



Eva Zamora

La esencia de mi vida

Un secreto. Una pasión.
Una peligrosa cuenta atrás para conocer toda la verdad.



Lectulandia

La vida de Álex está marcada por la pérdida de su pequeña hija, la infidelidad de su marido y el desapego de su madre. Un día, descubre que en realidad es hija de un afamado pintor y antiguo amigo de su familia, que acaba de fallecer y la ha declarado su única heredera.

Impactada y llena de curiosidad, Álex se traslada a Rota, lugar de residencia del pintor, para aceptar la herencia, y allí descubre un secreto oculto en el pasado de su progenitor, una peligrosa trama que sumió en la oscuridad los últimos años de vida de su padre y que a ella puede costarle la suya.

Pero también conoce al atractivo y seductor Darío, vecino y hombre de confianza del difunto pintor, y al amable y cariñoso Tomás, un periodista interesado en escribir un artículo sobre lo ocurrido. Ambos tratarán de encontrar el camino al corazón de Álex, quien, inmersa en una investigación llena de peligros y revelaciones, se verá obligada a elegir entre los dos hombres que han despertado en ella pasiones y deseos que creía perdidos y olvidados para siempre.

«El amor verdadero, el amor ideal, el amor del alma, es el que solo desea la felicidad de la persona amada, sin exigirle en pago nuestra felicidad.»

Lectulandia

Eva Zamora

La esencia de mi vida

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2018

Título original: *La esencia de mi vida*

Eva Zamora, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los dos hombres de mi vida,
Jesús y Adrián, los pilares
de mi existencia.

1

Las piernas me temblaron un poco al cerrar la puerta. Al girarme, vi a Sofía apoyada en el coche, esperándome. Observé a la gente que transitaba por la calle en ese momento, agarrándome con fuerza a la barandilla para bajar los cuatro escalones que separaban mi casa de la acera. El corazón me latía con fuerza al escuchar el ruido de la ciudad, el rugir de los motores, las voces de los transeúntes. Llevaba diez meses y trece días sin salir de casa y sentí un poco de miedo al contactar con el mundo otra vez. La última vez que pisé la calle fue para ir a la consulta de mi psicóloga, la doctora Gálvez. Ese día le dije que no iba a volver más; ya no me podía ayudar, había hecho demasiado y no quería hacerle perder su tiempo conmigo. Mi alma nunca volvería a ser la misma, pero tendría que aprender a vivir así. No obstante, ella se negó a perder nuestra relación y siempre que podía se pasaba por casa para hacerme una visita, o me llamaba por teléfono para saber cómo me encontraba.

Al llegar al tercer escalón, la rodilla me falló y perdí un poco el equilibrio.

—¡Cuidado, Álex! —exclamó Sofía, acercándose a mí para sujetarme por el brazo.

—Tranquila, solo estoy un poco nerviosa después de tanto tiempo sin relacionarme con la ciudad.

—¿Sabes qué me dijo el otro día tu madre?

—Cualquier cosa, ya sabes cómo es.

—Que te estás volviendo huraña —dijo, mirándome fijamente.

—Lo que te he dicho, cualquier cosa. —Me encogí de hombros.

—Álex, te quiero mucho, lo sabes. Y odio decirte esto, pero tu madre lleva algo de razón. No puedes seguir ocultándote de la vida dentro de tus cuatro paredes, al final te volverás huraña y loca. No vas a cambiar nada viviendo así y lo sabes.

—Así que ahora mi mejor amiga se compincha con mi madre. ¡Qué bonito! —Resoplé.

—Sabes que nunca le he dado la razón, por eso no soy santo de su devoción, pero esta vez sí la lleva.

—Bueno, entremos en el coche y luego hablaremos de ese tema, por favor.

—De acuerdo —contestó, y nos montamos las dos en el coche. Nos pusimos en marcha, sumándonos a la marea de vehículos que circulaban en ese momento por la carretera.

Hoy, veinticinco de abril, mi ángel cumpliría nueve años. Por eso había salido de casa, para visitarla a ella y a mi corazón que dormía en su regazo desde entonces. Todos los veinticinco de abril desde hacía cinco años iba a verla y le llevaba su tarta preferida, de chocolate. Luego pasaba allí toda la mañana, recordándole anécdotas nuestras y riendo de sus travesuras, de las pocas que le dio tiempo a hacer. Cuando

me marchaba me iba tan hundida que me llevaba meses reponerme un poco, si bien nunca lo hacía del todo, era imposible.

El día más feliz de mi vida fue el veinticinco de abril del 2004, ese día nació Carla, mi ángel. Una hermosa niña de tres kilos doscientos gramos, morenita y con unos despiertos ojos que se comían el mundo. Era tan guapa que parecía una muñequita. Todas las enfermeras se acercaban a verla de lo bonita que era. Me regaló los cuatro mejores años de toda mi vida. Hasta que un día decidió abandonarme, dejándome tan desolada que decidí enterrar mi corazón con ella. Ese fue el día más amargo de mi vida, el día que un médico me dio la noticia de que mi pequeña había fallecido. Jamás podré olvidar el dolor tan grande que sentí. Si me hubiesen atravesado el corazón con un hierro candente no me hubiese dolido ni la mitad. Dieciséis de abril del 2008, ese fue el día más duro de mi vida, el que cambió todo para mí.

Todo empezó de la forma más tonta, con un simple constipado. La llevé al pediatra, que le mandó un jarabe, como siempre, y para casa. Unos días después, lejos de mejorar, Carla empeoró. Le costaba respirar y tenía un tono azulado en los labios que no me gustó nada, así que me acerqué con ella a las Urgencias del hospital. Al llegar allí la pasaron rápidamente a que la examinase un médico. Después de practicarle un riguroso chequeo con el estetoscopio, me dijo que le iba a realizar alguna prueba para descartar problemas de corazón. Mi cara tuvo que reflejar mi nerviosismo, y él intentó tranquilizarme diciéndome que seguramente no fuese nada importante, pero que era mejor prevenir. Le realizaron un electrocardiograma, después un ecocardiograma, una tomografía y una analítica. Cuando el médico se acercó a mí, su cara lo delataba, no era portador de buenas noticias. Me contó que al examinarla le pareció que tenía un soplo, pero uno no común que las pruebas habían confirmado. Se iba a quedar ingresada para realizarle más pruebas, debían asegurarse de que no hubiese algo más. Finalizada la última, una angiografía, emitiría un diagnóstico. Me abracé a Sofía llorando, mientras él se marchaba, y pensé que debía llamar a Raúl, su padre, mi marido hasta hacía cuatro meses.

Dos días después de llegar al hospital terminaron de hacerle todas las pruebas. El médico nos condujo hasta un despacho para hablar con su padre y conmigo. Nunca olvidaré aquellas palabras, igual que nunca olvidaré aquellos espantosos días en que mi ángel no paró de sufrir con tanta prueba, médicos y demás. «Bueno, ya tenemos un diagnóstico. Su hija tiene un mixoma auricular. Es un tumor cardíaco primario: o sea, que comienza dentro del corazón. Realmente son poco comunes, pero Carla lo tiene. Las pruebas son concluyentes y la analítica muestra un claro incremento de los glóbulos blancos y una tasa de sedimentación eritrocítica elevada. No hay ninguna duda, hay que intervenirla.» Durante unos segundos Raúl y yo nos quedamos callados, mirándonos con los ojos llenos de pánico. El doctor se dio cuenta y empezó a tranquilizarnos, explicándonos cómo procederían en la intervención. Al terminar firmamos la autorización correspondiente e iniciaron el protocolo del preoperatorio.

Cuando abandonamos el despacho, Raúl me abrazó con fuerza, pero yo lo empujé, apartándolo. No podía soportar que me abrazase después de su infidelidad, que me tocase con aquellas manos con las que había abrazado a otra mientras vivía conmigo. Aún no conseguía apartar de mi mente la imagen de verlo en nuestra cama revolcándose con otra, tirándosela en el mismo lugar donde dormíamos juntos y me decía que me amaba. Ni lo podía olvidar ni lo perdonaría nunca. Jamás. En ese momento me recorrió una terrible angustia y pensé que a lo mejor por mi culpa Carla estaba en esa situación. Los últimos meses había estado muy hundida con la traición de Raúl. Quizá no le había prestado la suficiente atención y mi radar materno no se había activado. Realmente, durante esos meses el instinto maternal se encontraba sepultado por el insoportable dolor de amante esposa engañada cruelmente. Si hubiese estado más pendiente de ella, igual había detectado algo fuera de lo común.

Dos días después Carla entraba en quirófano para ser intervenida por el mixoma. Pero todo se complicó en aquella operación, y mi ángel nunca despertó de la anestesia. Falleció en la mesa de operaciones, allí sola, rodeada de médicos, pero sin la compañía de su madre. Me llevó años perdonármelo, tanto no haber estado con ella, a pesar de saber que eso nunca habría sido posible; como pensar que debía haberle hecho más caso y detectar yo, su madre, antes que nadie, su problema de salud. La doctora Gálvez me ayudó a entrar en razón, después de casi cuatro años, pero lo consiguió. Ahora no me echaba nada en cara, sabía que yo no había sido culpable de todo aquello. Solo me sentía muy sola sin ella, totalmente vacía, nada más.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Sofía, parando el motor del coche al lado de la puerta del cementerio.

—Has traído la tarta, ¿verdad?

—Sí, está ahí detrás. Y no es que me importe, lo sabes, pero deberías haber ido tú a por ella. Tienes que salir de casa.

—Ahora no, por favor, Sofí, luego hablamos.

—Vale. ¡Mira, ya está aquí! —comentó, señalándome con la cabeza el Audi TT rojo que llegaba al aparcamiento del cementerio.

—Espera que me arme de fuerza antes de salir para soportarla. No sé con qué sermón me sorprenderá hoy.

—¡Venga hombre, es tu madre! Vale que yo no hable bien de ella o que crea que es una bruja, pero en ti no está bien.

—¿Y qué te hace tener dudas de que no sea una bruja? ¿Por qué no le ves la escoba?

—Cuando quieres eres muy mordaz y lo sabes —contestó con una media sonrisa—. Pero hay que reconocer que a veces tu madre se lo gana a pulso. —Sonrió más, al final reímos un poco las dos.

Mi madre se acercó hasta nosotras con sus aires de superioridad gobernando el ambiente. Siempre iba tan estirada que parecía le hubiesen pegado un palo a la

espalda para no sufrir la mínima inclinación. Desde mis primeros recuerdos, nunca rememoraba no haberla visto arreglada y maquillada desde primera hora de la mañana, aunque no fuese a salir de casa. Pero cuando mi padre murió y ella se hizo cargo de la editorial, pasó a vivir tan pendiente de su imagen que no existía nada más para ella. No le gustaba que me viesen mucho a su lado, mi pena no pegaba con su *glamour*, estropeaba su imagen de mujer espectacular que tonteaba con hombres veinte años más jóvenes que ella. Realmente siempre había sido muy guapa, pero ahora los milagros de la cirugía plástica la habían dejado mejor que bien. Maite, mi madre, era una mujer alta y delgada, con el pelo cobrizo, los ojos marrones y almendrados, una tez fina como de porcelana y unos labios carnosos muy bien dibujados. Yo no me parecía mucho a ella, ni tampoco a mi padre, mi madre siempre decía que había salido a la familia de mi abuelo paterno. De altura estábamos a la par, pero yo siempre había usado más talla que ella, mis caderas eran más anchas. Si bien ahora mi extrema delgadez me había dejado en una talla treinta y seis. Desde hacía cinco años no me teñía el pelo, con lo cual tenía mi color original, castaño. Y me había crecido tanto que mi corta melena de antaño se había convertido en una mata de pelo hasta media espalda. Para mi madre era una persona, como solía decir ella, tan normal que pasaba desapercibida. Castaña, con ojos negros inexpresivos, delgaducha y con la pena impresa en mi rostro. Eso es lo que menos soportaba, estaba convencida. Pero no por mí, sino por ella; no poder presumir de hija la consumía. Cuando todo iba bien en mi vida, era feliz, me arreglaba y deslumbraba, mi madre me exhibía como un trofeo ante sus conocidos. Aún recuerdo la primera vez que expuse mis cuadros junto con otros dos pintores en una importante galería de Madrid. Esa noche tuve la impresión de que ella me exponía a mí en lugar de mi obra. Cada vez que alguien le decía lo guapísima que era se hinchaba de felicidad, se pavoneaba sin cesar, mostrando a todos lo que mejor había hecho en el mundo, a mí. Ahora, sin embargo, si pudiese me escondería. No me cabía ninguna duda.

—¿Vais a bajar del coche u os vais a quedar ahí?

—Hola, Maite —saludó Sofía con una falsa sonrisa.

—Buenos días, mamá. Gracias, estoy bien, ¿y tú? —respondí con sarcasmo, saliendo del coche.

—Hola, buenos días a las dos.

—Tu hija ha salido de casa hoy después de más de diez meses, ¿no le vas a preguntar nada? —Sofía la miró fijamente mientras cerraba el coche.

—Por supuesto. No me hace falta que tú me digas lo que sé que tengo que hacer, guapa.

—Gracias por el cumplido, Maite. —Volvió a sonreír falsamente.

—Paz, por favor, o no entraréis ninguna al cementerio conmigo —dije, mirándolas seria—. Coge la tarta, Sofí.

—Sí, ahora mismo.

—¿Cómo estás, cariño? —Mi madre entrelazó su brazo al mío.

—Bueno, me han temblado un poco las piernas al salir, pero ya estoy bien.

—Álex, debes empezar a cuidarte más. Tienes casi treinta y cinco años, toda una vida por delante. Arréglate, maquíllate, cuídate de las arrugas, ya estás en esa edad. Y sobre todo sal más, no te encierres, hija.

—En eso sí tengo que dar la razón a tu madre —contestó Sofía.

—¡Santo Dios! —exclamó asombrada—. No me puedo creer lo que acaban de escuchar mis oídos —manifestó mi madre mirando a Sofía fijamente.

—Cuando llevas razón, la llevas —le respondió esta.

—¿Has visto, Álex? Con tu actitud vas a conseguir que las dos opinemos de la misma forma.

—Sí, ya lo veo. Ahora tendré que soportar a dos dándome la paliza en lugar de a una. Y, por favor, aparquemos el tema. Ahora solo quiero estar con mi pequeña.

—De acuerdo —contestaron las dos a la vez, mirándome.

Pasamos toda la mañana en el cementerio, como cada año. Al llegar la hora de comer lo abandonamos, dejando otra pequeña parte de mí al marcharme, como cada año. Cerca de la salida, Raúl estaba esperando que me marchase para acercarse él, como cada año. Pero esta vez no venía solo. Una mujer bastante guapa lo acompañaba agarrada a su brazo. Al pasar por su lado, ella bajó la cabeza.

—Álex, tenemos que hablar —me anunció Raúl con un tono de voz suave.

—No sé de qué quieres que hablemos, pero este no es lugar. ¿No crees? —contesté a la defensiva, como siempre desde nuestra separación.

—Lleva razón —corroboró la mujer que lo acompañaba.

—Bueno, pues te llamaré para hablar.

—Vale. Aunque no sé si estaré en casa o si el móvil tendrá batería —repliqué, alejándome de él.

Cuando llegamos a los coches Sofía empezó a reír sin parar. Mi madre y yo la miramos sorprendidas, sin saber qué era lo que tanta gracia le hacía.

—¿Se puede saber de qué te estás desternillando? —le preguntó mi madre.

—De lo graciosa que es tu hija. —Continuó riendo—. ¡Ha sido buenísimo!

—¿Qué he dicho tan gracioso?

—Que no sabes si vas a estar en casa. Pero si no sales de ella —contestó con las lágrimas asomando a sus mejillas de tanto reír.

Mi madre y yo nos miramos y no fuimos capaces de contener la risa. Nos unimos a Sofía y su contagiosa risotada durante unos momentos.

—Es muy gracioso, de verdad —dijo Sofía, secándose el rostro.

—Anda, vámonos para casa —le respondí, intentado ponerme seria.

—Álex, he pensado que podía pedir algo de tu restaurante favorito y comer las tres juntas en tu casa. ¿Qué te parece? —me preguntó mi madre.

Las risas se cortaron al instante, ahora predominaba el desconcierto en nuestros rostros, en el de Sofía y en el mío propio. Seguramente ella estuviese pensando lo mismo que yo en este momento. ¿No era suficiente con aguantarla unas horas? No

me apetecía nada pasar más rato con ella, era raro que no acabásemos discutiendo. Sin embargo, me dio pena decirle que no.

—Vale, de acuerdo —asentí.

Sofía me miró alucinada y asustada a la vez.

—Entonces vamos para tu casa —dijo mi madre, y se encaminó a su vehículo.

Al montarnos en el coche y ponerlo en marcha, Sofía se dirigió a mí.

—¿Estás loca? Sabes que cuando estáis mucho juntas acabáis mal. Tu madre empezará a meterse en todo y tú no lo soportarás. Aparte de que tú y yo no podremos hablar de nuestras cosas con ella delante. Necesitaba tus consejos. —Suspiró fuerte.

—¿Otra vez has discutido con Miguel?

—Más o menos —contestó.

—Sofí, no sé qué habrá ocurrido esta vez, pero Miguel es un buen tío y está loco por ti. No lo estropees, por favor.

—Lo sé, Álex, de verdad. Solo que me ha propuesto algo que en estos momentos no sé cómo afectará en mi vida laboral, y me asusta.

—A ver, desembucha. —La miré seria.

—Quiere que tengamos un hijo. —Le tembló la voz al contestar.

—¿Y dónde está el problema? —le pregunté confusa—. Eso es maravilloso. Tenéis una relación sólida, lleváis casados... ¿Tres o cuatro años?

—Vamos a hacer cuatro.

—Bien, cuatro años llenos de amor y felicidad. Tú tienes treinta y tres, edad de sobra para ser madre. Por ese lado todo está claro. ¿Qué ocurre con tu trabajo?

—Pues que podrían ascenderme, y sé que si me quedo embarazada ni me lo propondrán. —Volvió a suspirar fuerte.

—Entonces tendrás que sopesar qué es más importante en tu vida, un ascenso o ser madre, algo increíble. —La garganta se me anudó en ese momento.

—¡Joder, has dicho las mismas palabras que Miguel!

—Porque tendrás que elegir, Sofía. —Hice un mohín—. Pero yo no tendría ninguna duda en ese tema. Daría toda mi vida por volver a pasar los cuatro maravillosos años que me regaló Carla junto a ella.

—No sabía si comentártelo. Sé que hablar de esto debe de ser duro para ti, pero eres mi mejor amiga y siempre has sabido aconsejarme en todo. Necesitaba escuchar tu opinión.

—Pues ya la sabes. No tengas dudas sobre eso, cariño, lo mejor de este mundo es ser madre.

—Gracias —dijo abrazándose fuerte a mí.

—De nada —respondí, notando una lágrima rodar por mi mejilla—. Ahora vámonos o mi madre pensará que le hemos dado esquinazo.

—¡Oh, no me des ideas! —imprecó, y nos reímos.

Mi madre esperaba apoyada en la barandilla de mis escaleras con el pie en continuo movimiento. Eso significaba que estaba harta de esperar.

—¿Dónde demonios os habéis metido? —nos interrogó alterada.

—Nos ha pillado un pequeño atasco, Maite, cálmate —contestó Sofía, aguantando la risa mientras me miraba.

Bajamos del coche y subimos los cuatro peldaños que separaban mi casa de la ciudad. Cuando estaba abriendo la puerta escuché una voz varonil pronunciando mi nombre y me giré.

—Alejandra Villanueva Ramos, ¿es usted? —me preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Buenos días, soy Esteban Rozalén, abogado del señor Alejandro Maxwell. ¿Podría hablar un momento con usted? Es importante.

—¿Sobre qué? —interpeló mi madre alterada, sin dejarme ni reaccionar.

—¿Ese no es aquel importante pintor amigo de tus padres? —me preguntó Sofía al oído.

—Creo que sí —afirmé.

—Es sobre su testamento, el señor Maxwell ha fallecido y le ha declarado su heredera universal.

—¿Cómo? ¿Por qué? No entiendo nada —contesté aturdida.

—Bueno, usted es su única hija, es lo normal.

—¿Qué? —pregunté perpleja—. Si esto es una cámara oculta no tiene la menor gracia, se lo aseguro —respondí mirando a mi madre, viendo cómo esta se sentaba en uno de los peldaños, turbada.

—No es ninguna broma, créame, señora —confirmó serio.

—Mamá, di algo, por favor —le supliqué con un nudo en la garganta, sintiendo mi cuerpo temblar.

Mi madre me miró fijamente, con los ojos llenos de lágrimas, y balbuceó algo, pero rompió a llorar sin poder proseguir.

—Mire, porque no pasamos a su casa y hablamos esto mejor dentro —aseveró el señor Rozalén.

—Mamá, habla, por favor, ¡explícame qué es todo esto! —Elevé un poco el tono de mi voz.

Mi madre se levantó, sujetándose a la barandilla sin pronunciar ni una sola palabra. Luego volvió a mirarme fijamente y continuó llorando.

—Álex, será mejor que paséis dentro y habléis. Yo me voy a casa, esto es un asunto familiar. —Sofía me dio dos besos y bajó la corta escalera.

Sin poder reaccionar aún, abrí la puerta de mi casa y entramos los tres al salón. Con un silencio sepulcral, mi madre y yo nos sentamos en el sofá, cada una en una punta, y el señor Rozalén en el otro. Me giré hacia ella, esperando una respuesta, una aclaración a la noticia que acababa de recibir, pero continuaba azorada.

—Mamá, ¿es cierto? ¿Es mi padre? —pregunté, ahogada en incompreensión.

—Sí, lo es —contestó, después de un largo silencio—. Alejandro Maxwell es tu padre biológico. —Lloró más fuerte.

—Perdone mi brusquedad, no debería haberlo soltado así sin más, disculpe mi falta de tacto —declaró el señor Rozalén—. Mejor las dejo solas para que hablen esto y vuelvo mañana para hablar con usted. —Se levantó del sofá.

—No, dígame para qué ha venido. Ya tendré tiempo de aclarar todo esto con mi madre luego —respondí con rabia.

—Como le he adelantado antes, su padre ha dejado todos sus bienes a su disposición. Yo he sido su abogado desde hace once años, desde que se trasladó a vivir a Rota. Quiero saber si se va a hacer cargo de la herencia o no. Sabrá que eso conlleva unos costes económicos que serán elevados por la gran cantidad de patrimonio, aunque también dejó una buena suma de dinero en depósitos bancarios. Lo único que quiero saber es si acepta el testamento para arreglar todo el papeleo cuanto antes, y las titularidades.

—¿Cuándo ha muerto? —preguntó mi madre secándose las lágrimas.

—Hoy hace cinco días.

—¿De qué? —volvió a preguntar.

—Un infarto, murió mientras dormía. Una muerte dulce, ni siquiera se enteró.

—¿Y qué quiere que haga? —le interpele confundida, sobrepasada por la noticia—. Me refiero a qué debo hacer en caso de aceptar y qué es lo que acepto.

—Debería acercarse a Rota y allí el notario le leerá el testamento. Usted decidirá lo que quiere hacer —contestó, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando algo—. Tome, esta es mi tarjeta. Si decide acudir, llámeme y yo la acompañaré. Además, le mostraré una pequeña parte del patrimonio que ha heredado.

—De acuerdo. Me lo pensaré y le llamaré con mi decisión —dije, asintiendo a la vez con la cabeza.

—No tarde en tomar una, señora Villanueva.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —Lo acompañé hasta la salida y se marchó.

Cuando cerré la puerta estaba tan aturdida que no sabía qué hacer. De golpe y porrazo había pasado de ser la hija de Julio Villanueva a ser la hija de Alejandro Maxwell. ¿Lo sabría mi padre o se habría ido al otro mundo en la ignorancia? Me acerqué rápidamente al salón, poniéndome frente a mi madre.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que investigarlo? ¿Lo sabía mi padre? ¿Por qué no me lo has dicho nunca? ¿Acaso crees que no tengo derecho a saber una cosa así? ¡Maldita sea, habla de una vez! —Levanté la voz.

—Sé que debería habértelo dicho, pero me dio miedo. No quería que me juzgases. —Se quedó en silencio.

—Vamos, continúa, ahora ya lo sé. Explícamelo todo, me lo merezco —dije cruzándome de brazos, esperando que hablase de una vez.

—Nos conocimos en una de sus exposiciones, entonces empezaba a despuntar como pintor y nos sentimos atraídos desde el primer momento. Tu padre y yo llevábamos casados dos años y éramos felices, pero él estaba más volcado en su trabajo que en mí. Se pasaba meses fuera de casa con sus negocios por medio mundo,

y yo cada día me sentía más sola. La soledad es una mala compañera, necesitaba un poco de cariño. Una cosa llevó a la otra y acabé en los brazos de Alejandro.

—Mejor dirás en su cama, mamá —expresé con reproche.

—No tienes derecho a hablarme así —contestó a la defensiva.

—¿Y tú sí lo tienes a ocultarme de quién soy verdaderamente hija? Tienes una vara de medir muy particular. Pero sigue hablando, ¿mi padre lo sabía?

—Se enteró un mes antes de su accidente, nos íbamos a separar por ello.

—¿Que os ibais a separar? —La miré atónita—. De eso tampoco me había enterado. ¿Toda mi vida está montada en una mentira o es mi impresión? Dime, mamá.

—Murió antes de mover nada, no hacía falta decírtelo. Ya sufriste bastante con su pérdida.

—Y ¿cómo se enteró? ¿Se lo contaste tú?

—No. —Suspiró fuerte—. Se lo dijo Alejandro —respondió, poniéndose de pie—. Él siempre sospechó que eras su hija, a pesar de que yo se lo negué por activa y por pasiva, pero nunca me creyó del todo. Decía que te parecías a su madre, y es cierto. En su casa tenía una pintura de ella y la semejanza es indiscutible. —Hizo una pausa—. ¿Te acuerdas cuando a los diecinueve años te operaron de apendicitis?

—Sí, lo recuerdo —contesté fríamente.

—Pues él consiguió hacerse con una muestra de sangre e incluso con algún cabello tuyo para realizar una prueba de ADN. Así lo confirmó. Habló conmigo y me dijo que si no se lo contaba a tu padre lo haría él, y eso hizo. El día antes del accidente de tu padre me advirtió que se iba a poner en contacto contigo, quería que supieses de quién eras verdaderamente hija. Luego la muerte de tu padre lo cambió todo. Le pedí, casi le rogué, que esperase. No era el mejor momento para hacerlo, tú estabas demasiado dolida para soportar otro golpe. Él lo entendió y accedió. Me llamaba para preguntar por ti, para saber cómo te encontrabas. Fui contándole mil mentiras, alargando con engaños tu dolor con la idea de que no hablase contigo, no quería que te enterases, tenía miedo de que me odieras. Y entre unas cosas y otras fue pasando el tiempo. Un día dejó de llamar, de insistir, hasta hoy.

—Eres una maldita egoísta, no lo hacías por mí, sino por ti —dije llorando—. Tú no pensabas en mi bien, sino en el tuyo. La perfecta Maite Ramos no podía ser juzgada por nadie. Nadie debía enterarse de que la maravillosa y entregada esposa se revolcaba en la cama con otro mientras su marido estaba viajando por negocios. Daba igual que se hubiera quedado embarazada de otro hombre y engañase a todos, su mundo estaba a salvo guardando su mentira. Hasta una puta habría sido más honesta con diferencia.

Me dio un bofetón, girándome la cara, sus dedos se quedaron marcados en mi mejilla. Notaba el calor de ese manotazo tan fuerte que quemaba mi rostro.

—Pero ¿cómo te atreves a hablarme así? No soy ninguna puta, soy tu madre. — Me observó con rabia.

—Sal de mi casa ahora mismo —contesté, apretando los dientes con mi mano encima de mi rostro.

—Lo siento, no quería hacerlo, pero me has humillado. —Intentó acariciarme.

—No me toques. —Esquivé su mano—. Tú tienes derecho a no contarme algo fundamental en mi vida, sin embargo yo no puedo expresar lo que siento. Siempre has sido dura conmigo, a veces hasta fría y distante. Cuando ocurrió lo de Carla, cuántas veces estuviste aquí prestándome tu apoyo, casi nunca. Yo te necesitaba, pero tú estabas siempre ocupada, no tenías tiempo para consolarme. Y no conforme con eso te negaste a que tuviese a mi verdadero padre a mi lado. ¿Por qué? ¿Querías que estuviese sola? ¿Tanto me odias?

—¡Yo no te odio! —Levantó la voz—. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Te quiero, soy tu madre.

—Una no es madre por parir, lo es por ejercer como tal. Eso tú no lo has sabido hacer nunca. Una madre antepone su vida por sus hijos, tú no serías capaz de preponer un solo segundo de la tuya. Siempre has sido tú, luego tú y después tú, y así continúas. Has permitido que un hombre se marche a la tumba sin poder decirle a su hija que él era su padre. Por favor, vete, no quiero verte ahora mismo. —Le señalé con mi mano la puerta.

—Pero, Álex...

—¡Que te marches! ¡Fuera! ¡Lárgate! —chillé sin dejarla terminar de hablar.

—Hija, lo siento, de verdad —dijo llorando.

—¿Que lo sientes? ¿No crees que ya es tarde para eso? No tienes ni idea de lo que es el amor maternal. Yo daría toda mi vida por pasar una sola hora con mi pequeña otra vez. Ese es el verdadero amor, el incondicional. —Las lágrimas recorrieron mis mejillas—. Eso tú no tienes ni idea de lo que es. Y ahora vete o te echaré yo misma.

Sin decir ni una sola palabra más, cogió su bolso y se marchó. Tras escuchar cerrarse la puerta, me desplomé en el suelo y comencé a llorar sin consuelo, preguntándome cómo una madre podía ser tan pancista, no lograba comprenderlo. Precisamente una madre debía ser todo lo contrario, la abnegación debía encabezar su lista de tareas. Pensé en mi padre, en el verdadero, aunque para mí Julio Villanueva siempre lo sería también. Él sí me había dado mucho cariño y amor, más que mi madre con diferencia. Me di cuenta de que no había vuelto a ver a Alejandro desde que me visitó en el hospital tras mi operación de apendicitis. Ahora comprendía el porqué, desde ahí todo se desató, aunque yo había vivido en la absoluta ignorancia. Quería saber más de su vida, de su familia, de mis verdaderas raíces. Me levanté del suelo meditando, secándome las lágrimas mientras determinaba qué hacer. Tras unos minutos de deliberación, decidí ir a Rota, no había marcha atrás. Me acercaría allí para enterarme de qué me había dejado en herencia e investigar un poco sobre él. Se lo debía, él era mi padre, había intentado decírmelo, si bien mi madre lo había manipulado todo a su antojo, lo habitual en ella.

Cogí mi *smartphone* y llamé a Sofía para pedirle que viniese a verme, necesitaba

desahogar todo aquel nudo con ella. En menos de media hora ya estaba en mi casa, como siempre que la llamaba; ella nunca me había fallado en todos estos años. Me demostró que su amistad estaba por encima de todo, que su fidelidad hacia conmigo no tenía precio, y eso que mi madre a veces se lo puso muy difícil. Cuando le conté todo, se quedó boquiabierta.

—¿Que le has llamado puta a tu madre? —Me miró perpleja.

—No la he llamado puta, he dicho que hasta una puta habría sido más honesta.

—Vamos, que le has relegado al más bajo lugar para ella. Habrá echado espuma por la boca.

—Es como se ha comportado, Sofía, de forma rastrera.

—Si lo sé no me voy. Habría pagado por ver la cara de Maite al escuchar de tu boca todo eso. —Sonrió.

—Me ha cruzado la cara con tanta rabia que aún me duele —le expliqué mirándola.

—Las verdades molestan y no nos gusta escucharlas, por eso su ira te ha abofeteado.

—Me voy a ir unos días a Rota. Quiero saber un poco más de la vida de mi padre, si vivía con alguien, qué ha hecho estos años, si seguía pintando...

—Ahora ya sabes de donde te viene tu talento, pura genética —dijo, volviendo a sonreír.

—Sí, seguramente. —Suspiré.

—¿Por qué no vuelves a pintar, Álex?

—Porque no estoy inspirada, Sofía. Para eso necesitas a las musas, y ellas me abandonaron hace cinco años.

—¡Inténtalo! ¿Qué vas a perder?

—Lo intenté una vez, pero no funcionó. Eso es algo que surge de tu interior y ahora no lo hace. La iluminación me ha abandonado —contesté apenada.

—¿Quieres que te acompañe a Rota? Podría cogerme un par de días, los juntamos con el fin de semana y son cuatro. Así no irás sola. Es un viaje largo, nos podemos turnar conduciendo.

—¿Lo harías? —pregunté emocionada.

—¿Y qué no haría yo por ti? Ya lo sabes.

—¡Oh, gracias, gracias, gracias! —exclamé, abrazándome fuerte a ella.

El viernes a las dos de la tarde Sofía y yo poníamos rumbo a Rota. Por primera vez en más de cinco años sentía ilusión al hacer algo. Estaba hasta un poco emocionada pensando en qué descubriría de mi padre, de mi familia. Durante los dos días posteriores a la impactante noticia de saber de quién era hija en verdad, investigué en Internet acerca de Alejandro y su obra. Una obra amplia y maravillosa que era aún más importante al otro lado del charco que aquí en la península. Mi padre había estado residiendo en Miami quince años. Allí era un reputado pintor, tenía un par de galerías donde exponía su obra y la de otros pintores a los que ayudaba a repuntar en el mundo del arte. Hacía once años que dejó Miami para trasladarse a Rota, y esa fue su última residencia. Lo habían enterrado en esa ciudad. Si bien aún no sabía quién se había hecho cargo del entierro, si tenía alguien en su vida, o si su abogado había sido el encargado de esa última gestión. Todo en mi cabeza eran preguntas y más preguntas. Estaba deseosa de llegar y poder empezar a aclarar todas las incógnitas.

Avisé al señor Rozalén de que iba a ir. Habíamos quedado en vernos el sábado a las doce de la mañana. Al notario no podíamos acudir hasta el lunes, evidentemente, la notaría estaba cerrada durante el fin de semana, pero concertaría una cita para ese día.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —me preguntó Sofía.

—No. No he vuelto a hablar con ella. —Soplé.

—Al menos podrías mandarle un *whatsapp* diciéndoselo. Si no te localiza se preocupará.

—¿Tú crees? ¿Piensas que tiene alma y sentimientos? —El sarcasmo afloró por mi boca.

—Bueno, a veces tengo mis dudas, pero es tu madre. —Hizo un mohín.

—Eso es cierto, lo pone en la partida de nacimiento. Aunque nunca ha ejercido como tal.

—A veces me das miedo, puedes ser muy mala si te lo propones. —Sonrió levemente.

—Y peor, no me tientes. —Le devolví la sonrisa un poco más amplia.

Separaban a Madrid de Rota seiscientos cincuenta y cinco kilómetros, así que al menos debíamos hacer un par de paradas para estirar las piernas. Primero condujo Sofía hasta Mérida. Esa fue la primera parada, nos tomamos un café y proseguimos el camino. Cogí el relevo al volante, llevaba casi un año sin conducir, pero no me paré a pensarlo; quería llegar cuanto antes a nuestro destino. Casi dos horas después llegamos a Sevilla y volvimos a parar. Aquí decidimos picar algo para matar un poco el gusanillo, eran las siete de la tarde y la comida ya estaba prácticamente en los pies.

Retomamos el viaje y de nuevo condujo Sofía. Siete horas después de salir de Madrid llegábamos a nuestro destino, Rota.

—¡Al fin hemos llegado! —exclamó Sofía.

—No se me ha hecho largo, ¿a ti sí?

—No, tampoco. —Sonrió—. Ahora escuchemos bien al GPS para llegar al hotel.

En menos de diez minutos estábamos aparcando cerca de la puerta del hotel. Al entrar observé lo grande que era la recepción y lo bien combinada que estaba, en mármol y madera. Al fondo presidían las banderas europea, española, andaluza y la última que, imaginé, sería la de la ciudad de Rota. Nos acercamos hasta el mostrador para solicitar nuestra habitación, había hecho la reserva a través de Internet. Un señor de mediana edad, muy educado y con un acento gaditano encantador, tramitó todo el papeleo y nos dio la llave. Al entrar dejamos las maletas casi junto a la puerta, corrimos hasta las camas y nos tiramos encima sin parar de sonreír. Examiné detalladamente la habitación; era muy espaciosa. Tenía dos camas de matrimonio, una alta mesilla de noche a cada lado y dos lámparas atornilladas a la pared con un brazo movable. Enfrente había un gran plasma colgado de la pared y un amplio escritorio con un par de sillas. En cada una de las esquinas, unos cómodos sillones orejeros tapizados en azul y amarillo con una lámpara de pie al lado de cada uno de ellos. Un banco, haciendo conjunto con estos, ejercía su dominio al final de las camas. Me levanté para ir al baño un momento y al entrar me quedé alucinada. Era impresionante, casi tan grande como la habitación. Tenía la zona de agua separada de la zona de aseo por medio tabique, y esta primera estaba compuesta por dos lavabos, una gran bañera y una gigantesca ducha.

—Sofía, no sé qué es más grande si la habitación o el baño. No nos vamos a pelear por asearnos, podemos elegir entre bañera o ducha —dije, acercándome hasta la habitación de nuevo.

—¿Tiene de las dos?

—Correcto. Y dos lavabos también.

—¿Y dos inodoros?

—No, de eso solo hay uno. —Chasqué los labios.

—Entonces nos peharemos por quién hace pis primero. De veras, debemos poner una reclamación por eso, es inaudito —expresó muy seria.

—Llevas razón, es intolerable que solo hayan puesto uno. ¿Quién habrá sido el incompetente? —pregunté con sorna, echándonos a reír sin parar.

—Bueno, pongámonos serias. —Miró el reloj—. Son casi las nueve y media. ¿Te parece que nos adcentemos y salgamos por ahí?

—Estupendo. Me voy a dar una ducha rápida —contesté.

—Yo me ducharé en la bañera, pero la próxima vez me tocará la ducha. —Arrugó los labios.

—De acuerdo, señora. No nos vayamos a pelear por eso también. —Esbocé una sonrisa.

Me acerqué hasta la entrada para coger mi maleta y me fijé en el espectacular cuadro que la vestía. Mi vista, con celeridad, buscó la firma del autor, A. Maxwell. La respiración se me cortó en ese preciso instante, y el corazón me dio un vuelco. Era de Alejandro Maxwell, era de mi padre.

—¡Sofía, corre ven! —hablé aceleradamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó un poco asustada, mientras venía deprisa.

—Mira, es de mi padre. Es un cuadro suyo.

—¡Vaya, qué bonito! —Silbó.

—Sí, es un paisaje precioso. —Lo observé asombrada—. Has visto qué mezcla de colores, qué realismo, es impresionante.

—Lo es. Pero ¿quieres ver otra cosa impresionante?

—¿El qué?

—Ven y verás. —Me cogió la mano y tiró de mí.

Me llevó hasta la terraza. Al salir, la maravillosa vista del océano Atlántico me fascinó. Nos miramos y volvimos a sonreír. En ese momento pensé en mi ángel, en cuánto le gustaría estar aquí conmigo, ver lo mismo que mis ojos veían, bañarse en esa agua salada y oleada. Suspiré fuerte, apretando los labios, intentando no llorar. Sofía se acercó a mí y me abrazó, sabía perfectamente en quién pensaba, estaba segura.

—Bonito, ¿verdad?

—Sí, mucho —contesté.

—Vamos a arreglarnos y a salir, tenemos que cenar algo. Y no te quiero triste, Alex, por favor.

—No lo estaré, de verdad. —Sonreí ligeramente.

Tras arreglarnos salimos a dar una vuelta, queríamos ver un poco la ciudad y buscar algún sitio para cenar algo típico del lugar. En el hotel nos aconsejaron un par de restaurantes donde podríamos encontrar el mejor pescadito frito, tortillitas de camarón y el marisco más fresco de la zona. Decidimos entrar al primero de los dos que llegásemos, estábamos cansadas para caminar mucho. Mañana, descansadas, tendríamos tiempo para visitar la ciudad y conocerla. No habríamos andado más de cinco minutos cuando llegamos a uno de ellos. Entramos, nos sentamos en una mesa y empezamos a mirar la carta. Un simpático camarero se acercó a nosotras con una agradable sonrisa y nos sugirió las especialidades de Rota. La urta a la roteña, un pescado típico cocinado con verduras, y el arranque roteño, una especie de gazpacho. Además, indiscutiblemente, de los famosos pescaditos fritos, mariscos, etc.

—¿Quieres unas tortillitas y unos pescaditos? —me preguntó Sofía.

—Vale, pero también quiero probar la urta a la roteña, ¿quieres?

—Sí, pidámosla.

—Y también podíamos pedir unas gambitas a la plancha, ¿te parece?

—Perfecto —asintió—. ¿Ha tomado nota? —le preguntó al camarero.

—Por supuesto, señora. Ahora mismo lo tendrán en la mesa. ¿Qué quieren beber?

—¿Qué nos sugiere? ¿Tienen algún vino especial de la zona? —le consulté.

—La tintilla es el vino de Rota. Pero es un vino dulce que está bien para tomar un aperitivo o para beber con el postre, no para acompañar el pescado o marisco que van a tomar. Les traeré un vino blanco, un sauvignon, si les parece bien.

—De acuerdo —respondí.

—Muchas gracias, señoras —dijo el camarero recogiéndonos las cartas.

Todo estaba exquisito. La urta a la roteña nos encantó, además estaba cocinada en su punto justo. Nos quedamos tan llenas con la copiosa cena que ya no hubo lugar para el postre. Pagamos y nos marchamos andando despacio; no queríamos meternos en la cama con la comida recién llegada al estómago. Sofía propuso tomarnos algo en el bar del hotel antes de subir a la habitación, y yo acepté. Cuando entramos en el increíble bar, todo compuesto por cristales, maderas y mármol, volví a ver un maravilloso cuadro de mi padre, Alejandro Maxwell. Este representaba a un hombre de raza afroamericana tocando el piano en un club, mientras los asistentes disfrutaban de unas copas sentados en unas pequeñas mesas.

—Mira, Sofí, otro cuadro de él. —Señalé con la mano.

—¡Vaya, pues sí! Parece ser que este hotel era cliente suyo. —Su boca hizo una mueca.

—Sí, eso parece.

Nos acercamos a una mesa y nos sentamos. Al momento, un joven camarero vino a tomarnos nota.

—¿Qué van a beber? —nos preguntó con ese acento tan bonito del sur de nuestro país.

—¿Lo mismo de siempre? —Sofía me miró, esperando mi respuesta.

—Sí.

—Tráiganos dos *gin-tonics*, por favor.

—Ahora mismo, señoras.

Sofía y yo continuamos hablando sobre los cuadros de mi padre. Era un genio del pincel. Sus obras estaban llenas de realidad, plasmaban con precisión todo cuanto quería transmitir. Aquel hombre que tocaba el piano parecía que lo estuviese haciendo de verdad, era como ver una fotografía en alta resolución. Era tan auténtico, que estaba convencida de que cerca de él, y en silencio, se podrían escuchar las notas emitidas por el piano.

El camarero llegó en ese momento con las bebidas y un pequeño plato lleno de golosinas para picar.

—Aquí tienen —dijo, dejándolo encima de la mesa.

—Perdone. —Sofía adoptó su postura de indagar para saber—. ¿Hay más obras en el hotel de Alejandro Maxwell? —Señaló a la vez con la mano el cuadro de la entrada.

—Sí, hay alguna más. No sé cuántas en total, nunca me he parado a contarlas. —Se encogió de hombros—. ¿Les gusta ese pintor?

—Sí, mucho —respondió mi amiga—. Tengo entendido que vivía aquí.

—Cierto, era muy querido por la ciudad. Además era un hombre muy generoso, siempre hacía donaciones a buenas causas. Y era muy campechano, su fama no le había emborrachado de ego, como les ocurre a otras artistas.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, venía de vez en cuando por aquí, era muy amigo del director del hotel. Siempre daba muy buenas propinas. —Sonrió—. Creo que no hay nadie en Rota que no lo conociese.

—¿Hay más cuadros de él en otros hoteles de la ciudad, o en otros lugares?

—Sí, por supuesto.

Yo observaba en silencio la conversación que Sofía había iniciado con aquel agradable camarero sobre mi padre, volviendo a percibir lo que a la mayoría de hombres les pasaba cuando estaban cerca de ella, atracción. Era lo que siempre conseguía a pesar de que nunca se lo proponía. Mi querida Sofía siempre había sido un imán para los hombres; era muy guapa. Tenía los ojos marrones un poco verdosos, el pelo castaño a media melena, con unas mechas rubias muy favorecedoras, unos buenos pómulos y unos labios sonrosados y provocadores. Y para qué hablar de su cuerpo; sus curvas hacían tambalearse hasta los cimientos más sólidos. Estaba acostumbrada a que nadie se fijase en mí cuando íbamos juntas, aunque nunca me había molestado. La realidad era la que era: ella, un bellezón; y yo, normalita, si bien cuando me arreglaba también tenía mi atractivo. La primera vez que empecé a salir con un chico ella ya me llevaba cinco de ventaja, y porque no había querido más. Yo solo había salido con dos cuando conocí a Raúl, el amor de mi vida, el padre de mi ángel, y el hombre que me partió el corazón seis años después de casarnos al encontrarle con otra en nuestra cama. Llevábamos saliendo dos años cuando nos casamos, apenas hacía uno que había terminado mi carrera de Bellas Artes. Un año y medio después, con veintiséis, tuve a Carla, el mayor regalo de mi vida. Siempre creí que Raúl y yo estábamos muy enamorados, nos entendíamos estupendamente. Solíamos ser la envidia de nuestros amigos, todos nos veían como la pareja perfecta, y yo también lo pensaba. Pero la realidad era otra muy distinta, eso fue obvio, y lo descubrí de la forma más amarga.

—Álex, despierta, ¿te ha dado un aire? —Sofía pasó su mano por delante de mis ojos.

—No, solo te escuchaba hablar con el camarero.

—¿Has oído? El arte de tu padre está repartido por toda esta ciudad y medio mundo.

—Sí, leí en Internet que es más famoso en América que aquí. Tiene dos galerías de arte en Miami. Ayudaba a despuntar a pintores noveles.

—Tu padre era un buen hombre, por lo que se ve. Lástima que no os hayáis podido conocer como padre e hija.

—Sí. Y la culpa, como de costumbre, es de la egoísta de mi madre —contesté con

rabia.

—Bueno, olvídate de ella y bebámonos los *gin-tonics*. Mañana tenemos muchas cosas que hacer, tengo que aprovechar estos días, no me voy a ir sin conocer la ciudad. Y necesito dormir al menos ocho horas para no ser un zombi.

—De acuerdo. —Sonreí—. Bebamos.

•

El sonido de mi teléfono me despertó, pero no era la alarma que había programado: alguien me estaba llamando. Me di la vuelta deprisa y lo cogí de encima de la mesilla.

—Sí, dígame.

—Señora Villanueva, soy Esteban Rozalén, espero no haberla despertado.

—¡Oh, no se preocupe! Ya estaba despierta —mentí.

—Verá, me ha llamado el notario para decirme que si quiere puede leerle hoy mismo el testamento. Él iba a acudir a la notaría igualmente para hacer unas gestiones y no le importa. Nos ha citado a las doce. ¿Quiere que pase a recogerla?

—De acuerdo, me parece perfecto.

—Estaré en la recepción del hotel a las once y media.

—Vale, nos vemos en un rato.

—Hasta ahora, señora Villanueva.

—Hasta ahora —contesté, y colgué.

Miré el reloj apresuradamente; no tenía ni la menor idea de qué hora era. Cuando vi las agujas marcando casi las nueve y media, salté de la cama.

—¡Sofía, despierta! —exclamé levantando la voz—. No ha tocado la alarma de mi móvil y se nos han pegado las sábanas.

—¿Qué, qué pasa? —Se incorporó rápidamente de la cama y se quedó sentada en ella.

—Me ha llamado el abogado, tenemos cita hoy con el notario a las doce y son las nueve y media. Sal de la cama pitando. Tenemos que ducharnos, arreglarnos y desayunar; hemos quedado a las once y media con él en el hotel.

—¿Me quieres estresar? Relájate un poco, Álex. Tenemos tiempo para todo —contestó con los ojos entornados.

—¡Vamos, espabila! —Chasquéé los dedos varias veces delante de su rostro—. Yo me voy a ir duchando, cuando salga te quiero despierta y preparada para hacerlo tú.

—A sus órdenes, mi coronel —respondió, llevándose la mano a la frente a modo de saludo militar.

Me duché en menos de cinco minutos y volví a la habitación. Sofía se había vuelto a dormir. Me acerqué a ella y la zarandeé con mis manos para que despertase. En ese instante sonó su teléfono.

—¡Sofía, por favor, despierta de una vez! Te están llamando por teléfono.

Volvió a incorporarse de golpe y abrió los ojos del todo.

—¿Quién me llama?

—¡Y yo qué sé! Cógelo, es tu teléfono —respondí un poco alterada viendo su pasividad.

Se lo puse en las manos y me marché a coger ropa limpia de mi maleta. Según me estaba vistiendo, vi cómo salía de la cama por fin y suspiré aliviada. Regresé al baño para terminar de peinarme y decidí coger sus pinturas para maquillarme un poco. Quería dar buena imagen ante el notario.

—¡Oye, ladrona! ¿Qué haces con mis pinturas? —La boca de Sofía dibujaba una gran sonrisa.

—¿Tú qué crees? Pintarme.

—Llevo años sin verte hacerlo. Me alegro de que por fin te arregles un poco.

—¿Quién era?

—¿Quién era quién?

—Jolín, Sofía, aún no te has despertado. ¿Quién te ha llamado por teléfono?

—¡Ah, el teléfono! Era Miguel. Quería saber si ya he pensado algo.

—¿Cómo que si has pensado algo? —le pregunté confundida.

—Le dije que estos días me servirían para pensar en lo de tener un hijo.

—No te lo pienses mucho o se te pasará el arroz. —Sonreí.

—A veces eres muy cruel y lo sabes. —Me sacó la lengua—. Me voy a duchar y lloraré un rato por tus hirientes palabras —dijo con ironía.

—Pues llora rápido, que se nos va a hacer tarde —contesté.

—Insensible. —De nuevo me sacó la lengua, antes de entrar en la ducha.

A las once y media, con puntualidad británica, estábamos en recepción. El señor Rozalén ya esperaba allí. Me fijé bien en él, el otro día, con el nerviosismo no me paré ni a ver de qué color tenía el cabello. Canoso, ese era su color, y con algunas entradas. Era un hombre un poco robusto y alto, con los ojos marrones, y llevaba unas adustas gafas de pasta. Lucía una barba muy bien arreglada e igual de canosa que su pelo. La edad no sabría muy bien calcularla, pero no creo que tuviese más de cincuenta años. Su semblante era serio, si bien se destensaba un poco al hablar. Aun así, no dejaba de ser algo desafiante.

—Buenos días, señora Villanueva y compañía —dijo, estrechándonos la mano.

—Buenos días. Esta es mi amiga Sofía, nos acompañará. Y, por favor, llámeme Álex.

—De acuerdo, Álex. Entonces llámeme Esteban. Encantado de conocerla, Sofía —dijo, dirigiéndose a esta.

—Igualmente. Aunque lo que es conocernos nos conocimos el otro día, cuando se presentó en casa de Álex.

—¡Ah, era usted! Ya decía yo que me sonaba su cara. —Sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Claro, le sonaba porque era yo. —Mostró uno de sus clásicos mohines.

—Álex, está distinta. —Me miró fijamente.

—Está más guapa, ¿a que sí? —le preguntó Sofía.

—¡Sofí! —le recriminé.

—Lleva razón. Está más guapa que el otro día —contestó él con una suave sonrisa.

—El otro día es que la pilló en un mal momento, pero Álex es una belleza, por dentro y por fuera. —Me guiñó el ojo.

—Por favor, vayamos hacia la notaría, ese es el tema que nos incumbe y por el que me encuentro aquí. —Observé a ambos y negué con la cabeza por la absurda conversación que se había establecido sobre mi aspecto físico.

—Es cierto, pongámonos en marcha —contestó Esteban, señalando con su mano la salida del hotel.

•

El notario era un señor mayor, no creo que le quedase mucho tiempo para jubilarse. Tenía una considerable calva y sus pequeños ojos, detrás de unas gafas de montura al aire, denotaban cansancio. Nos recibió con una agradable sonrisa y nos pidió que entrásemos en una sala con una gran mesa en el centro. Nos sentamos mientras él traía el testamento y una gran carpeta.

—¿Quién es Alejandra Villanueva? —preguntó, mirándonos.

—Yo —contesté, levantando un dedo a la vez.

—Soy Joaquín Collado Ursulle. —Me estrechó la mano—. Encantado de conocerla, señora Villanueva. Aunque realmente debería apellidarse Maxwell. A su padre le habría hecho muy feliz, pero murió antes de ver hecho realidad su sueño.

—¿Mi padre quería que me cambiase de apellido? —interpelé sorprendida.

—Siempre y cuando usted hubiese estado de acuerdo —contestó—. Bueno, procedamos a la lectura del testamento.

El notario empezó a leer. Mi corazón latía con fuerza con cada palabra que pronunciaba. Me golpeaba tan rápido que pensé que si en ese momento reinase el silencio se escucharía su impetuoso traqueteo. Todas y cada una de sus palabras empezaron a retumbar en mi cabeza como el eco en una montaña.

—En la ciudad de Rota, a 10 de abril del 2013, yo, Alejandro Maxwell Dorado, mayor de edad, soltero y gozando completamente de mis facultades mentales, manifiesto por medio de esta Escritura Pública mi última voluntad. Lo hago a través de este testamento abierto y de conformidad con las siguientes cláusulas:

»Primera. Declaro expresamente que tengo una hija no reconocida legalmente, ALEJANDRA VILLANUEVA RAMOS.

»Segunda. Instituyo y nombro como única y universal heredera de todos mis

bienes a mi citada hija, doña ALEJANDRA VILLANUEVA RAMOS. Y en caso estimado, sustituyo a la heredera nombrada por sus descendientes, si los tuviera.

»Tercera. Declaro también que no he otorgado ningún otro testamento y que me encuentro en el completo uso de mis facultades mentales.

»Cuarta. Declaro que es mi deseo y quiero que se cumpla mi última voluntad, así lo mando y dispongo, para que sea acatada en su integridad. Por ello ordeno que todos los bienes que tengo bajo mi propiedad al momento de fallecer deben ser dados en su totalidad a mi única hija, ALEJANDRA VILLANUEVA RAMOS.

»Quinta. Toda la documentación relacionada con mis bienes la dejo en poder del señor notario don Joaquín Collado Ursulle, quién procederá...

Y prosiguió un rato más leyendo y leyendo, mientras yo dejaba de procesar toda la información en mi mente.

—¿Acepta el testamento, señora Villanueva? —me preguntó el notario, mirándome fijamente.

Miré a Sofía, después a Esteban y por último al notario. En ese momento sentía un fuerte nudo en mi garganta que me impedía hablar, y asentí con la cabeza.

—No la escucho, señora, podría hablar alto.

—Sí..., acepto —respondí titubeando.

—Entonces firme aquí, por favor. —Entregándome una estilográfica, el notario señaló el lugar dónde debía estampar mi rúbrica.

Me temblaba un poco la mano y respiré profundamente antes de firmar, sin poder quitarme de la cabeza que mi padre quería que llevase sus apellidos. Sofía me apretó la mano, sonriendo para calmarme, luego la apartó despacio. La serenidad regresó a ella y firmé con temple.

—Muy bien, esto es para usted. —Me dio la carpeta llena de documentos—. Y, por favor, nos podrían dejar un momento a solas. —El notario miró a Sofía y al señor Esteban—. Debo decirle algo en privado a la señora Villanueva, era la voluntad de su padre.

Ambos se levantaron en absoluto silencio y salieron de la sala. Yo no dejaba de mirar al notario muy asombrada y expectante. ¿Qué era lo que mi padre quería hacerme saber y por qué no quería que nadie se enterase? Nada más cerrarse la puerta me miró sonriente y acercó dos sobres a mis manos.

—Tome, son dos cartas que su padre me pidió que le diese el día que viniera a la lectura del testamento. E insistió mucho en que se las entregase a solas, sin nadie más presente, y que usted no hablara de ellas con nadie.

—¿Por qué? —le pregunté estupefacta, sin ni siquiera cogerlas.

—Yo, evidentemente, no sé el porqué de habérselas dejado, ni lo que en ellas ha escrito, ni mucho menos, ni por qué no quería que nadie más que usted fuese conocedora de ellas. Solo me atengo a su petición. Él me indicó que se las diese a solas, y eso he hecho. Como observará, en la parte superior izquierda llevan un número, el uno y el dos. Solo deberá abrir la número uno, en ella encontrará las

indicaciones necesarias para saber cuándo debe abrir la segunda. Es primordial que siga mis preceptos, su padre me lo suplicó unas mil veces. No es necesario que vuelva a repetirle que debe leerlas usted sola y que no debe compartir su contenido con nadie. Eso también me lo rogó su padre por activa y por pasiva. Era su última voluntad, espero que la respete.

—Sí, por supuesto —asentí a la vez con la cabeza, un poco desconcertada aún.

—Bueno, señora Villanueva, encantado de haberla conocido. Guárdese las cartas antes de salir, por favor.

—Sí, no se preocupe —contesté, metiéndolas en mi bolso y cogiendo después la carpeta con toda la documentación. Luego estrechamos nuestras manos y abandoné la sala.

Sofía y Esteban me esperaban sentados en un sofá de la sala de espera. Nada más verme, Sofía se acercó rápidamente a mí. Esteban se levantó y espero allí de pie.

—¿Qué ha pasado? —me interrogó con rapidez la curiosidad y sorpresa de Sofía.

—Sofía, no puedo contarte nada. Es algo confidencial que mi padre quería hacerme saber.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí. —Mis labios trazaron una sonrisa.

—Jolín, qué misterioso tu padre. Cualquiera pensaría que esconde un terrible secreto —explicó con un poco de sorna.

—Sí, me ha desvelado la maldición de la familia. Por eso no podíais oírla, sino tendría que mataros —contesté muy seria. Las dos no pudimos evitar echarnos a reír.

—Parece que es muy gracioso lo que le ha contado el notario —dijo Esteban, mirándome.

—No, no nos reímos por eso, sino de una pequeña tontería, nada más. Pero tampoco era nada importante lo que me tenía que decir. Solo que mi padre quería que lo escuchase yo sola —respondí, inventándome así una excusa para que nadie me preguntase más sobre ese tema.

Al abandonar la notaría, Esteban nos preguntó si nos apetecía dar una vuelta en coche por la ciudad, así nos iríamos familiarizando con ella. Sofía no me dejó ni responder, con un grito, contestó un eufórico «sí» a Esteban, y nos montamos en su coche. Dimos una gran vuelta y nos mostró la muralla artística del casco antiguo, después nos llevó hasta una playa preciosa. Era semisalvaje, con unas increíbles dunas de arena fina y dorada y con mucha vegetación alrededor. Bajamos del coche y nos descalzamos para andar por ella, mojándonos los pies en la orilla de aquel inmenso océano. Después de pasear un rato, nos dijo que lo siguiésemos y comenzó a andar, saliéndose de la playa.

—Miré, ¿ve aquella casa azul? —La señaló con el dedo.

—Sí. ¡Qué grande es!

—Ahí vivía su padre. Tome. —Depositó unas llaves en mi mano—. Ahora es suya, Álex. Y puede entrar a vivir ya mismo si quiere.

Miré a Sofía y esta se abrazó fuerte a mí, dando saltos de alegría. Luego cogió mi mano y tiró de mí en dirección a la casa, corriendo sin parar hasta llegar a la entrada de la finca.

—¡Vamos, prueba las llaves, abre la puerta! —exclamó velozmente.

—Ya voy, no me metas tantas prisas —contesté sonriendo.

Metí una de las llaves, pero no abría. Probé con otra, y tampoco. Pero, como se suele decir, a la tercera va la vencida, y esta sí abrió. Me quedé quieta mientras Sofía entraba, era como si mis pies se hubiesen quedado pegados al suelo. En ese momento Esteban llegó hasta a mí y, con una espectacular sonrisa, me invitó a pasar con la mano. Sonreí yo también y entré en la gran parcela que rodeaba la casa de mi padre. El lugar donde había vivido desde hacía once años, donde pasó los últimos días de su vida, donde, seguramente, había escrito esas cartas que no quería que nadie leyese salvo yo. Y volví a pensar qué era lo que habría escrito en ellas, por qué había creado ese halo de misterio, por qué no quería que nadie supiese nada al respecto. Estaba deseando poder leer la primera para salir de dudas, para saber qué me contaba en ella, qué razones tan privadas había redactado para que nadie pudiese saberlas. Pero estaba claro que hasta que no llegase la noche y me quedase un momento sola no iba a poder hacerlo. Cumpliría la última voluntad de mi padre al pie de la letra y sin planteármelo.

—¡Vamos, ven y abre la puerta de una vez! —gritó Sofía, que ya había llegado a la casa—. Estoy yo más ansiosa que tú.

—Sí, estás como una niña pequeña ante un enorme regalo, un poco histérica. —Sacudí la cabeza.

—Vayan entrando ustedes, Álex, ahora mismo vuelvo —dijo Esteban.

Esta vez, a diferencia de lo que había ocurrido con el gran portón de la finca, acerté a la primera con la llave. Sofía empujó rápidamente la puerta y pasó. Yo lo hice despacio, casi cohibida el entrar allí. Sentía una extraña mezcla de sentimientos encontrados. Por un lado estaba feliz, pero por otro totalmente triste por no haber podido volver a verlo sabiendo que era mi padre. Me encontraba emocionada de estar en su casa, y afligida por no estar él en ella. La última vez que lo vi me sonreía con dulzura, mientras la enfermera me ponía una dosis de analgésico en el gotero para calmar el dolor de mi reciente operación de apendicitis. Me cogió de la mano y yo me dormí, cuando desperté ya no estaba, y nunca más lo vi.

—¡Guauu! —exclamé atónita.

—¡Joder, vaya choza tenía tu viejo!

—Y esa vena macarra, ¿desde cuándo la tienes? —le pregunté a Sofía sin poder dejar de contemplar la increíble casa.

—No sé, me ha salido de repente, colega —respondió, adentrándose en el salón.

Aquello no era una casa, era un museo. Estaba llena de arte por todos lados. Pintura, escultura, estanterías repletas de libros, un piano de cola, un saxofón... No cabía más arte dentro de esas paredes, sería imposible. Tenía tres plantas. En la planta de abajo había un salón enorme con un gran sofá blanco en forma de semicírculo por lo menos para diez personas. Una mesa alargada a su lado y al fondo una espectacular chimenea. Detrás del enorme sofá, una ovalada mesa de madera oscura con grandes vetas rodeada por doce sillas del mismo color. En una esquina del lado contrario estaba la exposición de los objetos de música, engalanada por el piano, como no podía ser de otra forma. En la otra esquina, la zona de biblioteca, con un cómodo sillón e incluso un atril regulable para disfrutar de la lectura sin tener que sujetar el libro. Las esculturas y pinturas estaban repartidas con gran gusto por el salón y por la escalera que subía a la siguiente planta.

—¡Ven a ver la cocina, es espectacular! Es tan grande como mi salón. —Sofía levantó la voz para que la escuchase.

Cuando me acerqué hasta ella me quedé deslumbrada. Ciertamente, era muy grande. Y todo lo que había en ella lo era. Un frigorífico de tamaño industrial, un horno casi de las mismas dimensiones, dos vitrocerámicas, una piedra de pizarra para hacer carnes en ella, un *wok*, una plancha para asar, un enorme microondas y dos lavavajillas.

Parecía más la cocina de un hotel que de una casa, la verdad. En el centro había una gran isleta redonda rodeada de altos taburetes; estaba claro que se usaba para comer. Todos los muebles eran de madera de nogal, y los electrodomésticos, de acero inoxidable. Había dos puertas de salida, una de ellas comunicaba con la finca saliendo a un porche en el que había una alargada mesa de teca y unos cómodos sillones. La otra accedía a otra habitación donde se encontraban la lavadora y la secadora, ambas de importante tamaño. Justo enfrente había otras dos más pequeñas, y al fondo, otra puerta. Esta comunicaba con el garaje, y en él se encontraban dos coches: un todoterreno y un deportivo, bastante nuevos los dos.

—¡Caray, tu padre no era tonto! —Sofía silbó fuerte—. Es un Porsche. ¡Un Porsche rojo alucinante! —Me miró con los ojos a punto de salirse de las cuencas—. ¡Álex, tienes un Porsche, tía! —exclamó a gritos.

—Sí, y un Mercedes negro también. Ahora ya no tendré que pensar en comprarme coche, tengo dos. —Sonreí.

—Déjame darme una vueltecita con el Porsche, porfa, porfa... —me suplicó Sofía, dando pequeños saltitos.

—Vale, luego daremos una vuelta y tú conducirás primero. —Volví a reír al verla tan exaltada y eufórica.

—Eres la mejor amiga del mundo y te quiero. —Me abrazó con fuerza.

—Venga, no seas pelota —dije apartándola—. Vamos a ver la planta de arriba.

—¿No creerás que hay otro coche más por ahí?

—Sí, en la buhardilla. ¡No te fastidia!

—Lo decía porque tres ya serían multitud, y a lo mejor querías deshacerte de uno. —Chasqueó los labios—. Mi Toyota está muy bien, pero ya va teniendo algunos añitos.

—Te prometo que si encontramos otro coche por la casa te lo regalo.

—Pues vamos, corre para arriba. —Tiró de mi mano.

Seis habitaciones y tres baños dividían la segunda planta. Todas, salvo una, con dos camas de matrimonio. La suya, la de mi padre, era la única que tenía solo una. Supe que era la de él por el vestidor lleno de ropa. Todas eran espectaculares, elegantes y acogedoras. Los baños estaban compuestos por una enorme ducha de mármol, una gran luna de cristal con dos lavabos, su inodoro y un mueble columna donde guardar las toallas y todo lo necesario para el aseo personal. Los tres estaban diseñados de idéntica forma salvo que en diferentes colores. Subimos por una escalera de caracol hasta la última planta, donde mi padre tenía su estudio. Todo aquel enorme espacio estaba lleno de cuadros pintados, algún que otro a medio pintar y muchos lienzos en blanco. Lo contemplamos despacio, asombradas de ver aquella pequeña exposición de su arte ante nuestros ojos.

—¡Mira, Álex! Sois Carla y tú —dijo señalando a un cuadro—. ¡Qué bien pintado está! Es tan real como la fotografía. —Cogió una pequeña foto que estaba en la esquina del cuadro, sujeta con el marco—. ¿Cómo tenía una foto vuestra? —preguntó

extrañada.

—No lo sé —contesté con asombro.

Miré el cuadro detenidamente, sin poder evitar que los ojos se me llenasen de lágrimas al ver a mi pequeña allí, en mis brazos. Me pareció tan real como verme en un espejo siete años atrás. Carla tenía dos en esa fotografía, nos la hizo Raúl. Y cuando terminó de hacérsola me besó y me dijo que éramos toda su vida. Falso de mierda. Nosotras no éramos su vida, su vida era tirarse a toda la que se pusiera por delante. El muy cabrón era un absoluto cerdo. Unos meses después de separarnos me enteré de que yo llevaba los cuernos desde el primer año de casada. Ni tan siquiera Carla estaba aún en nuestra vida cuando ya me fue infiel por primera vez. Cada vez que pensaba que me había hecho el amor habiendo estado antes compartiendo fluidos con otras, sentía náuseas.

Sofía me abrazó fuerte, besándome en la mejilla. Yo me abracé a ella también y nos quedamos en silencio, admirando el increíble cuadro, viendo a mi maravilloso ángel inmortalizado por mi padre.

—Ya estoy de vuelta y les traigo una visita —dijo Esteban, rompiendo nuestro ensimismamiento con el cuadro.

Nos giramos y vimos a un hombre más o menos de nuestra edad a su lado. Por los rasgos no me parecía español, seguramente era sudamericano, aunque daba igual de donde fuera para decir que era guapísimo.

—Es su vecino, Álex. Tenía una muy buena relación con su padre, eran muy amigos. Darío, te presento a Alejandra Villanueva, hija de Alejandro Maxwell, y a su amiga Sofía.

—Encantado —contestó con una sonrisa embelesadora, y nos dio dos besos a ambas.

—Igualmente, y puedes llamarme Álex.

—De acuerdo, Álex. —Volvió a sonreír.

—A mí me puedes llamar Sofí, Sofía o como quieras. —Sofía prácticamente babeaba.

—Bueno, las esperamos abajo —dijo Esteban.

—Sí, ahora mismo bajamos —le contesté.

Nada más salir del estudio y comenzar a bajar las escaleras, Sofía se acercó hasta la puerta y la cerró. Se quedó apoyada en ella, suspirando con fuerza y mirándome a los ojos.

—¿Tú has visto cómo está ese tío? Es un bombón. Y no lo digo por el color de su piel, no, lo digo por todo. Esa melena negra hasta los hombros le queda genial, está para comérselo. ¿Y los ojos? Esos ojos negros son penetrantes, profundos; me he acalorado cuando me ha mirado. Y tiene un cuerpo muy bien moldeado. ¡Umm, no me importaría verlo desnudo!

—¡Oye, guapa, que estás casada! Además, te recuerdo que con un buen tío que te quiere muchísimo.

—Lo sé. Y yo lo amo por encima de todo. Solo estaba recreando mi vista, eso no es pecado. —Me guiñó el ojo.

—Cierto, eso no es pecado. En verdad habría que estar ciega para no ver que es guapísimo. —Solté una pequeña carcajada.

—¿Perdona? Está buenísimo, que es más que guapísimo.

—Vale, es cierto. Está buenísimo. —Reímos las dos.

—¿No te gustaría que ese cuerpo te diese un buen repaso? —Su sonrisa se volvió al instante tremendamente pícara.

—¿Y eso qué es? Ya lo he olvidado.

—Eso no se olvida, cariño, es como montar en bici.

—Sofía, llevo casi cinco años y medio sin montar en bici, ¿sabes? Es muy probable que me caiga en cuanto empiece a pedalear.

—No sé —contestó con gesto extraño en la cara—. Lo que sí es muy probable es que haya que echarle aceite para que las piernas no te chirríen al abrirlas —dijo entre risas.

—¡Serás puñetera! —Le di un pequeño golpe en el hombro.

—Te la debía por decirme que se me va a pasar el arroz. —Volvió a sacarme la lengua, igual que esa mañana.

—Y llevo razón. Y te diré más, lo mío con un poco de práctica tiene solución, lo tuyo, si no espabilas, no la tendrá. —Hice un mohín de los suyos, a modo de burla.

—¡Oh, qué fuerte! Me acabas de meter un golazo sin ni siquiera verlo. Al final tendré que hacerte caso. —Sopló.

—Espero que me lo hagas. —Le di un beso en la mejilla—. Y ahora bajemos, volvamos a recrear nuestra vista con ese tío bueno.

—De acuerdo. —Estiró los labios.

Los dos estaban sentados en el enorme sofá, esperándonos. La gran carpeta que el notario me había dado estaba encima de la mesa, Esteban la había traído de su coche. Me pareció un poco descolocada, un par de picos de los documentos asomaban por una de sus esquinas. Al llegar donde estaban ellos, ambos se levantaron. Esteban sugirió marcharnos a comer a un prestigioso restaurante de la zona, del cual mi padre era un asiduo cliente. Según Darío, siempre decía que su cocina estaba hecha para paladares sibaritas. En principio él no nos iba a acompañar, pero la insistencia de Sofía terminó convenciéndolo. Volvimos al coche de Esteban, que él había acercado hasta la casa, y nos marchamos todos a comer.

Cuando entramos en el restaurante Sofía y yo nos quedamos deslumbradas con la finura y exquisitez que predominaba. Era tan elegante que me sentí una pordiosera con el vestido de punto color azul eléctrico que llevaba. Mis zapatos no eran de tacón alto para lucir más, llevaban una cuña no muy alta pero sí muy cómoda. Noté que vestida de esa manera estaba fuera de lugar en un sitio así. Todo lo contrario que Sofía y su gran gusto por los trajes chaqueta. La mayoría de ellos con falda entubada, marcando así sus maravillosas curvas. El rojo era un color que le favorecía bastante,

ella lo sabía de sobra, y precisamente por eso lo utilizaba con frecuencia. Como hoy, que iba vestida así y con una blusa de seda gris perla. Siempre usaba colores muy vivos en su vestimenta, salvo cuando se levantaba con el pie izquierdo, como ella decía. Entonces vestía de negro porque le resultaba un color fácil de llevar en un día de ánimo bajo, además de darle un aspecto de importante sobriedad en caso de tener que llamar la atención a algún empleado, algo que le ocurría muy a menudo cuando estaba de mal humor.

—Tenía una mesa reservada para tres a nombre de Esteban Rozalén, pero ahora vamos a ser cuatro —dijo a la señorita de la recepción del restaurante.

—No hay ningún problema, señor, síganme.

Cruzamos prácticamente todo el gran salón para llegar a nuestra mesa. Me sentí observada por todos los ojos de los comensales congregados allí. Quizá solo era una sensación mía por la inseguridad de mi ropa y nadie se había fijado en mí, pero notaba sus miradas clavadas en mi nuca. Me senté con prisa, observando a los presentes con una rápida ojeada. Todos estaban a lo suyo, comiendo, conversando e incluso riendo. Esperaba que esas risas no fueran por mí.

—¡Joder, tu padre no era nada tonto! Sabía muy bien cómo cuidarse. —Sofía giraba la cabeza observando todo alrededor.

—Alejandro no era un hombre de darse excesivos caprichos, pero le gustaba comer bien —contestó Darío—. A mí me encanta cocinar y no lo hago nada mal, a tu padre le encantaba mi cocina. Muchas veces comíamos juntos.

—¿No tenía a nadie en su vida? ¿No había ninguna mujer? —mi curiosidad me llevó a preguntar a Darío.

—Bueno, mujeres tenía siempre que quería, esa es la verdad. Pero nada serio nunca, si es a lo que te refieres.

—Sí, eso es lo a lo que me refería.

—¿Se ha fijado en la portada de la carta? —me preguntó Esteban.

—No —respondí, mirándola en ese preciso momento.

—La diseñó su padre. Igual que los dibujos de los manteles, de los delantales de los camareros, de las columnas y del cartel de la puerta. Todos son iguales; es el símbolo que creó para este restaurante.

Era un dibujo muy vanguardista, casi se alejaba de lo que yo había visto de él hasta el momento. Dejaba patente que había sido un artista muy ecléctico.

Mi teléfono empezó a sonar en ese momento. Al mirar la pantalla soplé con fuerza, casi con algo de furia, mi madre me estaba llamando. Le volví a guardar en el bolso ignorándole.

—Álex, ¿no lo vas a coger? —me recriminó Sofía; sabía perfectamente quién llamaba al ver mi reacción.

—Ahora mismo no me apetece hablar con ella, más tarde ya veremos —repliqué.

—Estará preocupada y lo sabes.

—¿Continúa enfadada con su madre? —preguntó Esteban mirándome fijamente.

—¿Cómo sabe que se trata de ella? —Lo miré confundida.

—No lo sé, solo lo he supuesto. Ha puesto la misma cara que el otro día cuando hablaba con ella.

—Estamos un poco enfadadas. No me hizo mucha gracia que guardase este secreto, la verdad. Y, ahora que estamos más tranquilos, quería pedirle algo.

—Dígame.

—Podría llevarme a ver la tumba de mi padre.

—Verá —respiró con fuerza—, su padre no está enterrado en ningún cementerio. Alejandro adoraba el mar, siempre decía que estaba convencido de que en otra vida fue marinero. —Sonrió—. Me tenía dicho que el día que muriese quería ser incinerado y que sus cenizas fueran esparcidas por el mar. Darío y yo nos encargamos de cumplir esa última voluntad —respondió mirando a este. Darío asintió con la cabeza y su mirada, velozmente, me buscó a mí.

—Así que no hay una tumba donde llorarle.

—No. Pero tiene todo un océano donde recordarlo, Álex.

Llevaba razón. No podría ir a un espacio delimitado para hablar con él, para expresarle mis sentimientos, para decirle: «Hola, papá, estoy aquí». Pero tenía todo un inmenso lugar donde mirar y desahogarme. Tenía todo un océano para hacerlo. Él estaba en su interior.

—Lleva razón. —Esbocé una tímida sonrisa.

—Bueno, vayan pensando qué van a pedir para comer o terminaremos cenando. —Esteban sonrió también.

Durante la refinada comida Darío me habló mucho sobre mi padre. Me contó anécdotas y curiosidades de su vida y obra. También me contó cuántas ganas tenía de hacerme saber que era su hija, aunque nunca le contó los motivos para no decírmelo. Sentí ganas de gritarle que eso se lo debía a la bruja de mi madre, a su gran egoísmo, pero callé. Me dijo que iba a mandarme la pintura en la que estábamos Carla y yo como regalo, pero en el último momento algo le hizo cambiar de opinión. Tuve que morderme de nuevo la lengua para no chillar: Maite Ramos le hizo cambiar de opinión, esa mujer sin alma y sin corazón que dice ser mi madre. Sofía fue consciente del malestar que se iba apoderando de mi cuerpo y cambió la conversación por completo. Empezó a preguntar qué podíamos visitar en Rota, ella se marchaba el lunes por la mañana y quería ver algo antes de irse. Darío se ofreció a hacernos una visita guiada de lo más representativo de la ciudad. Esteban dijo que él debía marcharse, que nos dejaba en buenas manos. Insistió en pagar la cuenta y abandonamos el maravilloso restaurante.

—Tendrán que ir al hotel a recoger sus cosas. Me imagino que teniendo una espectacular casa no pasarán una noche más allí, ¿no? —preguntó Esteban antes de marcharse.

—Cierto, luego nos acercaremos a por todo. Gracias, Esteban. —Estrechamos las manos.

—Tiene mi tarjeta, estoy a su entera disposición. Me pondré en marcha con todos los cambios de titularidades. Cuando esté todo arreglado la llamaré para firmarlo. No lo demoraré mucho para que no la echen de menos por Madrid.

—Tranquilo, no se preocupe, me voy a quedar una temporada por aquí, no tengo prisa.

—Perfecto, Álex, estamos en contacto. —Con una ligera sonrisa en su cara, se marchó hacia su coche.

—¿Cómo que te vas a quedar una temporada? —me preguntó Sofía con los ojos abiertos como platos.

—Pues eso. Quiero conocer un poco más sobre la vida de mi padre y esta ciudad me puede contar mucho.

—Y ¿cuándo lo has decidido?

—Ahora mismo.

—¿Y tu madre?

—Ya se lo diré —contesté seria.

—¿Estás segura, Álex? —Me miró con firmeza, casi clavándome los ojos.

—Sí, totalmente. —Asentí con la cabeza.

—Te voy a echar mucho de menos, lo sabes —dijo con aflicción.

—Y yo. Pero solo será una temporada, unas semanas, un mes..., ya veré.

—Bueno, señoritas —interrumpió Darío con una espectacular sonrisa que cortaba la respiración—, iremos dando un paseo por aquí y os enseñaré lo más turístico de la ciudad.

—Señora, si no te importa —contestó Sofía—. La única señorita aquí es Álex. —Se giró hacia a mí guiñándome el ojo.

—Perdón, no lo sabía. —Volvió a regalarnos su bonita sonrisa.

—Perdonado —respondió Sofía.

Nos llevó por unas calles estrechas, encaladas y repletas de macetas con flores coloridas. Nos contó que estaban construidas en torno al Castillo de Luna, que databa de la Edad Media. Cuando llegamos a él nos quedamos asombradas, era espectacular y estaba muy bien conservado. Ahora lo utilizaba el Ayuntamiento como parte de él. Después de dar una amplia vuelta y de ver la increíble costa de Rota bañada por el océano, decidimos coger un taxi para ir al hotel a por nuestras maletas. Allí cogeríamos el coche de Sofía y regresaríamos para instalarnos.

Una hora después volvía a la casa de mi padre para quedarme por tiempo indefinido. Realmente no tenía nada que me atase a Madrid, salvo la tumba de Carla y mi gran amiga Sofía. Darío nos sugirió ponernos algo más cómodo y bajar a la playa; quería enseñarnos un poco el entorno. Nos cambiamos rápidamente, aunque no llevábamos calzado apropiado para este fin, pero pensamos que una vez en la arena nos descalzaríamos. Dimos un agradable paseo y después nos acercó hasta un parque natural.

—Este es el Parque Natural de la Almadraba. Está lleno de pinares y rodeado de

dunas, es un lugar privilegiado. Esta es la Costa Ballena, para mí lo mejor de los dieciséis kilómetros de costa de Rota.

—La verdad es que es precioso —dije, respirando hondo para llenar bien mis pulmones.

—¿Qué dices tú, Sofía? —le preguntó Darío.

—Que a mi mejor amiga le ha cambiado la vida radicalmente en solo unos días.

—De eso no cabe la menor duda. —Sacudió su cabeza mirándome con firmeza —. ¿Has digerido ya todo el patrimonio que te ha dejado tu padre?

—Realmente no lo he mirado, así que aún no soy consciente de su legado.

—Pues te recomiendo que estés sentada cuando lo hagas porque es cuantioso, por lo que me contó.

—Te haré caso —asentí.

—Al final vas a tener que agradecer a tu madre que echase un polvo con Alejandro Maxwell —dijo Sofía.

—No me hace gracia, Sofía, con esto no se bromea —contesté muy seria, molesta por el comentario.

—Perdona, no era mi intención, lo siento.

—Perdonada, pero no lo vuelvas a repetir, por favor.

—De acuerdo, Álex —contestó, un poco avergonzada.

Volvimos dando un paseo en silencio, la inapropiada bromita de Sofía había tensado un poco el ambiente. Mientras caminábamos recordé las cartas que mi padre me había dejado y que de nuevo despertaron la curiosidad en mí. Estaba deseando poder leer la primera. Justo antes de llegar a mi casa le pregunté a Darío dónde podía ir a comprar algo para llenar la despensa. Él, muy amablemente, nos acercó hasta un supermercado. Hice una pequeña compra, lo justo para sobrevivir unos cuantos días. Cuando Darío vio toda la cantidad de comida precocinada que llevaba se asustó.

—¿No sabes cocinar o no te apetece? —me preguntó.

—No soy muy buena cocinera, pero en los últimos años no me ha apetecido cocinar nada. Me he alimentado a base de esta comida.

—¿Y has sobrevivido solo con esto?

—Parece que sí.

—Bueno, con eso y alguna que otra comida que yo le he llevado —intervino Sofía, mirándome con ternura.

—Es cierto. Ella sí cocina muy bien.

—Me parece que tendré que seguir compartiendo mi comida con mi vecino de al lado. Si te parece bien, claro.

—Le parece genial. ¿A que sí, Álex? —Sofía me hizo un gesto con la mirada, indicándome que no rechazase tal invitación.

—Vale, si tú quieres no me negaré. —Una leve sonrisa se dibujó en mi cara.

—Trato hecho. —Alargó su mano para estrecharla conmigo.

Llegamos a casa y colocamos la poca compra que había hecho en la nevera. Darío

se marchó a su casa a por unas cervezas para tomarlas allí, sentados en el porche, mirando al increíble océano que tenía de fondo. Aprovechó también para traer un poco de comida, tortilla de patatas que tenía hecha para comer él, un plato de jamón ibérico, queso curado y lomo. Estuvimos comiendo, bebiendo y charlando hasta casi las once de la noche. Nos lo estábamos pasando muy bien, Darío, además de muy guapo, era encantador y divertido. Pero por otro lado, mis ansias por leer la carta de mi padre aumentaban por momentos. Comencé a abrir la boca a modo de indirecta para ver si se acababa de una vez aquella reunión. A la tercera vez que bostecé, Darío captó que estaba cansada y se levantó para marcharse.

—Bueno, me voy. Tenéis que descansar. ¿Queréis comer mañana en mi casa?

—De acuerdo —contestó Sofía sin dejarme hablar a mí, una vez más.

—Luego, por la tarde, podemos bajar a la playa y os enseñaré Los Corrales de Rota.

—¿Qué es eso? —pregunté con curiosidad.

—Mañana lo verás. —Ladeó graciosamente la cabeza—. Hasta mañana —dijo, dándonos dos besos a cada una antes de marcharse.

Entramos en casa y subimos a una de las habitaciones. Nos desmaquillamos, nos cepillamos los dientes, nos pusimos el pijama y nos metimos en la cama para dormir. Un rato después, Sofía ya estaba dormida; tenía una facilidad increíble para hacerlo. Algunas veces bromeaba con ella diciéndole que podría hacerlo hasta de pie sin caerse. Salí con sigilo, cogiendo mi bolso, en dirección al baño. Cerré el pestillo y busqué las cartas. Saqué la número uno y respiré profundo antes de abrirla. Al sacar las dos hojas, el corazón me temblaba y palpitaba a doble velocidad de lo normal. Cuando las desplegué, los nervios consiguieron hacer tiritar a mis manos y dientes. «Querida hija» es lo primero que vislumbraron mis ojos empañados de emoción.

Querida hija:

Si estás leyendo esta carta significa que nunca he podido decirte a la cara que soy tu padre. No me guardes rencor por no habértelo dicho, las circunstancias han sido más complejas de lo que yo nunca habría querido, y eso me obligó a callar. Pero quiero que sepas que todos los días te he tenido en mi mente, que te he querido con toda mi alma y que siempre estabas en mi corazón. Tanto tú como Carla, mi pequeña nieta. Te acompañé en tu dolor y en tu llanto durante mucho tiempo. Todos los veinticinco de abril desde entonces me acerco a la iglesia a rezar por su alma, a pesar de no ser practicante, y enciendo una vela por ella. Me odié por no poder estar a tu lado en ese duro trance, por no poder estrecharte en mi pecho y darte todo mi cariño. Pero una vez cometí un error muy grande, hice algo ilícito que he pagado con creces, no poder estar a tu lado fue el mayor precio que pagué por esa equivocación. Si bien debía hacerlo para protegerte, por muy doloroso que me resultara. Créeme cuando te digo que habría dado todo por estar contigo, habría dado mil veces mi vida para que Carla estuviese a tu lado, aunque con ello yo no pudiese hacerlo. Te quiero, hija, te quiero mucho, nunca lo dudes.

Ahora te tengo que pedir algo; es muy importante para ti, para tu vida. Como te he dicho antes, cometí un grave error, y eso me llevó a mezclarme con gente indeseable, gente en la que nunca debí confiar, pero la desesperación nos lleva a cometer locuras. La segunda carta que te he dejado no debes abrirla salvo que creas que estás en peligro, solo entonces. Te adelantaré que no confíes en nadie, que no hables con nadie sobre el patrimonio que te he dejado, que todo lo lleves en la más absoluta confidencialidad. Quiero que las dos galerías de arte que tengo en Miami las conviertas en fundaciones sin ánimo de lucro, para ello debes hablar con Andrés Suárez Castro, solo con él; es el director de ambas y un buen amigo. Quiero que sirvan para lanzar a talentos noveles, no para comercializar más con mis cuadros. Al final de esta carta te

dejo una nota cifrada que espero sepas descodificar. Ella te llevará al segundo paso, te hará entender más cosas, el porqué de tanto misterio. Y cuando por fin llegue el momento de abrir la segunda carta, lo comprenderás todo. Vuelvo a repetirte que no te fíes de nadie. Incluso te pido que no dejes las cosas en manos de mi abogado, sino que busques otro, alguien fuera de Rota, mejor de Madrid. Te diría a quién creo que no debes acercarte, pero quizá si lo hago te pondría más en peligro que si vives en la ignorancia. A lo mejor me he vuelto un poco paranoico y solo son desconfianzas infundadas. Espero que nunca tengas que abrir la segunda carta antes de tiempo, pero no dudes en hacerlo a la menor sospecha de peligro. Una última cosa, recuerdo cuánto te gustaba leer, siempre tenías un libro en las manos cuando eras pequeña. En el primer cajón de mi mesilla de noche te he dejado una lista de los libros que más me gustaban y que podrás encontrar en mi biblioteca. Échales un ojo y léelos. Piensa en ellos, hija, porque ellos saben hablarnos. Por favor, quema esta carta una vez la hayas leído. Te quiero, Álex.

ALEJANDRO MAXWELL

C-7

27.21.12.27.3.25

25.13.14.21.7.14.25.12.2.21

14.25.12.23.25.12.21

22.9.14.25 - 10.2.7.14.15.12.21

25.13.23.12.2.14.15.12.21 - 19 - 5.5.21.16.25.13

Me quedé totalmente impactada tras leerla. No sabía si llorar de emoción, reír al saber cuánto me quería o asustarme de no saber aún de qué iba todo aquello. Mi cuerpo empezó a temblar como un flan, sin poder controlarlo, y comencé a repasar la carta otra vez despacio, para ver si encontraba una respuesta a mis dudas. Lo primero que asaltó mi cabeza fue mi madre, seguramente ella fue quien le obligó, no sé de qué manera, a no acercarse a mí. Era muy del estilo de Maite. Él cometió un error y ella lo chantajeaba. Pero ¿qué tipo de error? «Algo ilícito.» ¿Traficaba con armas? ¿Con drogas? ¿Blanqueaba dinero? ¿Qué narices había hecho? Me había dejado igual que estaba. Bueno, no, peor que estaba. Ahora tenía más dudas que antes y encima un poco de miedo. ¿En quién no debía confiar? ¿En mi madre? En ella ya no lo hacía desde años atrás, desde que me dejó sola con mi dolor y se olvidó prácticamente de mí. ¿En Sofía? ¿En su abogado? ¿En su vecino? ¿En el notario? ¡Joder! ¿En quién no debía confiar? Medité un momento y me asaltó una duda más. ¿Cómo conocía mi padre mi vida? ¿Cómo sabía lo de Carla? Era conocedor de los detalles más precisos, sabía incluso el día exacto que nació. ¿Cómo se había hecho con aquella fotografía de las dos? ¿Cómo? ¿Cómo? Me volvía loca pensándolo sin hallar una respuesta entre tal inundación de preguntas. Y si no era suficiente con todo eso, tenía que descodificar su nota. Esa cantidad mayúscula de números que mis ojos no paraban de mirar sin tener ni idea de qué estaban observando. Y lo que ya me había desconcertado por completo era ese apunte hacia mi gusto por la lectura. ¿Qué tenía que ver eso entre toda aquella maraña de errores, protección y ocultismo? ¿Por qué me dejaba una lista de libros para que leyese? ¿Pretendía decirme algo o simplemente apostillaba con ello sus recuerdos? Pensé un rato más y llegué a la conclusión de que intentaba llamar mi atención con esos libros, por eso había dicho que ellos sabían hablarnos. Esos libros tenían algo que ver con esa nota cifrada. Soplé con fuerza, guardando la carta de nuevo en el bolso; estaba mareada, confundida con tantas dudas

y misterio. Sabía que me había ordenado que la quemase, pero no era el momento para hacerlo. La escondería junto con la otra y cuando estuviese sola lo haría. Todo me resultaba tan enigmático que mi cabeza estaba a punto de explotar con el tremendo caos de interrogantes por despejar. Y se me olvidaba una cosa más: tenía que ponerme en contacto con el tal Andrés Suárez Castro. Debía informarle de la última voluntad de mi padre respecto a las galerías. Buscaría en Internet, cuando estuviese sola, cuando Sofía se hubiese marchado, cómo contactar con él. Menos mal que a última hora decidí traer mi portátil. ¡Bendita tecnología!

A la mañana siguiente me desperté pronto. Apenas había podido dormir dando vueltas a la misteriosa carta de mi padre y a la dichosa nota cifrada. Sofía dormía como un tronco, para no variar, así que decidí bajar al salón y echar un ojo a las escrituras. Cuando cogí la enorme carpeta y la abrí, vi claramente que alguien había hurgado en ella. Mi impresión del día anterior no había estado desacertada. Estaba claro que el único que había podido hacerlo era Esteban, y me pregunté por qué.

La primera escritura era la de la casa de Rota. Después había otra de una casa en Miami, otra de un chalet en Altea y las de las galerías. A continuación encontré un montón de documentos sobre sus obras, registros de propiedad, derechos de autor y muchas más cosas que no llegaba a comprender. Al final había muchos contratos bancarios de fondos de inversión y acciones. Cuando empecé a sumar las cantidades me quedé sin aire que respirar, mi mundo giró de golpe. Pero ¿cómo había podido sacar tanto dinero vendiendo cuadros? ¿Tan cotizada estaba su obra? Realmente me parecía imposible, aunque había dedicado toda su vida precisamente a eso, a pintar.

De pronto, escuché un ruido que me hizo botar del sofá; las escrituras que estaban sobre mis piernas cayeron al suelo. Miré alrededor con urgencia, pero no había nadie, seguramente solo había sido un ruido de dilatación. Recogí todo y volví a guardarlo en la carpeta. Subí en silencio para no despertar a Sofía y, con mucho cuidado, escondí las cartas en un departamento interior de mi maleta y la cerré con llave. Cuando me metía de nuevo en la cama, escuché a Sofía desperezarse y empecé a hacer lo mismo.

—Buenos días, holgazana —dijo mirándome—. Luego soy yo la que duerme mucho, pero tú aún estás encamada. —Sonrió mientras se desperezaba.

—Estaba demasiado cansada, ayer fue un día de muchas emociones. Eso también agota.

—Es cierto. —Chasqueó los labios—. Al final ayer no llamaste a tu madre, Álex, se va a preocupar e irá a tu casa. Cuando vea que no estás allí será capaz de avisar a la policía y lo sabes. No es que me importe que sufra, para nada, pero no desearía que armase un numerito de los suyos.

—Sí, la llamaré después, debo hacerlo. —Al instante pensé que en cuanto hablase con ella le iba a preguntar si había chantajeado a mi padre—. ¿Y tú has decidido algo ya?

—¿Algo de qué?

—Ya sabes, de tu arroz —dije entre risas.

—¡Serás asquerosa! —gritó, tirándome la almohada a la cara.

—No me has contestado, solo me has agredido, Sofí.

—Tú no sabes que la mejor defensa es un ataque, pues eso he hecho.

—Sigues evitando la respuesta y el tiempo corre en tu contra. Tic, tac, tic, tac...

—No lo sé aún, estoy sopesando todo. —Resopló, tapándose la cara con la sábana.

—Tic, tac, tic, tac, el reloj no se detiene, Sofí.

—A veces me exasperas, vas a ser peor que tu madre. No sé por qué te quiero tanto, debo de ser masoquista.

—Lo eres. En ocasiones aguantas a mi madre más que yo. Incluso llegas a hacer de abogado del diablo.

—Me estás buscando, señorita, y me has encontrado. —Se destapó de inmediato—. Vamos a hablar un poco de ti —dijo, incorporándose hasta quedar sentada en medio de la cama—. ¿Cuándo vas a volver a montar en bici? A este paso, cuando un hombre te ofrezca su sillín las telarañas lo asustaran y saldrá corriendo.

—¡Oh, serás rastrera! —Levanté la voz y le tiré su almohada a la cara.

—Rastrera o no acabo de decir una verdad como un templo. Estoy convencida de que Darío estaría encantado de quitar tus telarañas, engrasar tus piernas y hacerte una puesta a punto. O varias, si le dejas. —Sonrió con picardía—. He visto cómo te mira.

—¿Tú crees que se ha fijado en mí? —pregunté sorprendida.

—Estoy segura, Álex. ¿Le dejarás montar en bici contigo si te lo propone? —La sagacidad habló por su boca.

—Bueno, la verdad es que no es una mala idea, está como un queso. —Reí.

—Una vez más no utilizas las palabras apropiadas. Darío tiene un buen polvo, eso es innegable. —Comenzó a mover su mano abanicándose—. ¡Madre mía, si me estoy acalorando simplemente de pensarlo!

—Joder y eso que tú tienes sexo cuando quieres. —Solté una pequeña carcajada—. Si llevases el tiempo que llevo yo te morirías.

—Tenlo claro. —Asintió con la cabeza, mirándome fijamente—. Yo ya habría buscado a un gigoló para satisfacer mis más ocultos deseos. Y te garantizo que lo habría dejado seco. —Me guiñó el ojo.

—Mira que eres bestia a veces. —Continué riendo—. Y vaya una conversación que tenemos a primera hora de la mañana. Luego decimos que los hombres solo saben hablar de sexo. —Reí una vez más.

—Tenemos el mismo derecho, ¿o no?

—Por supuesto. —Intenté calmar mi risa.

—Pues eso, si queremos tirarnos a un tío imaginariamente lo hacemos y punto. A ver si me pongo chulita y me tiro a dos.

—¡Vale ya, valiente! —exclamé seria—. Tú solo tírate a Miguel todas las veces que quieras o puedas, pero solo a él. Y levantémonos de una vez o te tiraré de la cama —dije jugando con las palabras.

—¡Oh, oh! Eso ya no me gusta. Mejor me levanto yo solita —contestó, saliendo de esta.

Tras asearnos y vestirnos bajamos a la cocina para desayunar algo. Hacía un

maravilloso día de finales de abril y el sol alargaba sus rayos calentando el porche de la entrada. Decidimos salir a desayunar allí, mirando la magnitud del océano frente a nosotras. Eran más de las doce cuando terminamos, y como no teníamos nada que hacer, continuamos hablando durante largo rato. Sofía me preguntó si no iba a mirar lo que mi padre me había dejado como herencia, y yo, disimulando, le contesté que no me apetecía todavía. Volvió a recordarme, una vez más, que debía llamar a mi madre. Y lo tenía que hacer, pero no quería que ella escuchase la conversación, no quería que me escuchase decir nada sobre Alejandro, y era precisamente lo primero que pensaba preguntarle a mi madre en cuanto hablásemos. Unos minutos después, Darío se acercaba hasta mi casa. Traía una botella de vino y un plato tapado: algo de aperitivo, no me cabía ninguna duda. Pensé que ese era el momento ideal para llamarla, Sofía estaría entretenida con él y yo me podría escabullir.

—Buenos días, señora y señorita —nos dijo, dejando el plato encima de la mesa y dándonos de nuevo otros dos besos a cada una—. Traigo el aperitivo, tortillitas de camarón recién hechas por mí.

—¡Vaya! Eres una joyita —respondió Sofía.

—Tienen una pinta deliciosa. —Me relamí en cuanto Darío las destapó.

Fui en busca de unas copas y Darío nos sirvió el vino. Las tortillitas estaban buenísimas y el vino era suave y estaba fresquito. Después de tomarme una copa y de comerme un par de tortillitas, me ausenté un momento con la excusa de ir al baño. Subí a la planta de arriba, a pesar de que abajo había un aseo, porque yo no buscaba un baño, sino un lugar para hablar con mi madre sin que me escuchase nadie. Marqué el número y, tras el segundo pitido, empecé a escuchar sus gritos.

—¿Se puede saber dónde estás? No tienes derecho a tratarme así. Tú crees que no me importas pero eso no es cierto, eres mi vida. La angustia me estaba consumiendo al no localizarte.

—¿Has acabado ya? ¿Puedo hablar yo? —pregunté muy tranquila.

—Sí, habla, dime dónde estás —contestó un poco alterada.

—Estoy en Rota. He venido para aceptar el testamento de mi padre, de Alejandro Maxwell.

—¿Cómo no me lo dices? No te entiendo. Te pasas meses sin salir de tu casa y de golpe y porrazo te marchas a una punta de la península. ¿A qué juegas? —gritó.

—Yo no juego a nada. La que ha jugado con mi vida has sido tú. Bueno, con la mía y con la de mi padre, mejor dicho, con la de los dos padres que he tenido.

—No me hables así, Álex, no me lo merezco.

—¿Y Alejandro se merecía que lo chantajeases para que no pudiera verme?

—¿Qué dices? No sé de qué hablas. —Levantó la voz.

—¡Ah, no!, pues mi padre ha dejado una carta en la que me cuenta cuánto me quiso y que no pudo acercarse a mí por cometer un grave error. ¿Quién crees que era la única persona que se beneficiaba de que él no se acercase a mí? ¿Quién era la interesada en ocultar esto?

—Yo no tengo nada que ver con eso. Yo nunca lo chantajeé. ¿Te lo dice él en esa carta?

—Solo hay que saber leer entre líneas para deducirlo. ¿A quién no le convenía que se supiera? Solo a ti, mamá.

—Te repito que no he sido yo.

—Niégalo hasta la saciedad, ambas sabemos que has sido tú. —Levanté un poco mi tono de voz.

—Cree lo que quieras, me da igual. Tengo la conciencia tranquila.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? —pregunté atónita—. Me ocultas a mi verdadero padre hasta que me entero por terceras personas y dices que tienes la conciencia tranquila. No me lo puedo creer, de verdad, lo tuyo no tiene nombre. Es más, partimos de que no tienes conciencia. Si la tuvieses no podrías vivir, te lo aseguro.

—¿Cuándo vuelves? —me preguntó, cambiando de conversación por completo.

—No lo sé. De momento me voy a quedar aquí, me encuentro a gusto.

—¿De modo que te marchas por tiempo indefinido y no pensabas decírmelo? Es inaudito.

—Lo tuyo es inaudito, yo solo me defiendo, que es distinto. —Las lágrimas empezaban a llenar mis ojos—. Nunca he tenido tu apoyo, nunca me he sentido querida por ti, siempre he estado sola y he aprendido a vivir así.

—¿En qué hotel estás alojada? —Volvió a ignorar mis comentarios.

—No estoy en ningún hotel, vivo en la casa que mi padre me ha dejado. Un hombre que se ha muerto sin haberme dicho a la cara lo mucho que me quería, gracias a ti. Un hombre que en una sola carta me ha sabido expresar mucho más amor que tú en toda tu vida. Y no me digas que me quieres y que soy todo para ti, el amor se demuestra día a día. Tú has tenido treinta y cinco años para demostrarlo y no lo has hecho nunca. —Las lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Álex, hija, yo...

—Tú nada, mamá —grité, sin dejarla terminar de hablar—. Tú nada de nada, nunca —susurré, ahogada en mi llanto—. Adiós. —Colgué.

Enjuagué mis lágrimas y me acerqué al baño para lavarme la cara, intentando recomponerme para que Sofía y Darío no me notasen nada extraño. Al bajar las escaleras Sofía entraba en la casa.

—¿Dónde estabas? Nos tenías preocupados, has tardado mucho.

—Lo siento, no era mi intención.

—Has hablado con tu madre, ¿a que sí?

—Sí —contesté secamente.

—Habéis discutido, ¿verdad?

—Para no variar. —Entorné los ojos suspirando con fuerza.

—Venga, olvídalo y disfruta. Luego hablaremos —dijo dándome un fuerte abrazo.

—Sí, aparquemos el tema —contesté, separándome de ella y saliendo las dos al porche de nuevo.

Darío pensó en comer en mi casa, en el porche, en aquel increíble lugar donde llegaba la brisa del océano inundándote de paz. Me pareció perfecto. Se acercó hasta su casa con Sofía para traer la paella que había preparado y otra botella de vino. Yo, mientras, puse la mesa para comer. Al regresar, Sofía y él venían riendo sin parar, y Darío me miró de una forma que hizo encogerse a mi estómago. Hacía años que un hombre no me miraba así, con deseo.

—Este hombre es muy divertido, Álex. Vaya vecino más majo que vas a tener. Cocina bien, es guapo y sabe hacer reír. ¿Tienes algún defecto? —le preguntó sonriendo.

—Muchos seguramente —respondió, una vez más con su sonrisa embelesadora.

Nos sentamos a comer y empezamos hablar un poco de nuestras vidas. Bueno, mejor dicho, Sofía y yo ametrallamos a preguntas a Darío. Nos contó que nació en Paraguay y se quedó huérfano a los diez años, sus padres murieron en un accidente de tráfico junto con su hermana. Sus tíos se hicieron cargo de él y se fue a vivir a Colombia con ellos. No destacaba mucho en los estudios, hasta que un día descubrió que lo suyo era escribir. Hizo un curso de escritura creativa para formarse y publicó un par de novelas. Después el amor lo trajo hasta Rota, aunque aquella historia solo duró un par de años. Pero ese tiempo fue suficiente para enamorarse de la ciudad y decidir quedarse aquí. Sus tíos vivían bien y le mandaban un dinero todos los meses para su manutención, hasta que él se valiera por sus propios medios. Estaba escribiendo su cuarta novela y su agente literario estaba entusiasmado con ella. Esperaba que le reportase beneficios económicos a no muy largo plazo. Tras escuchar su historia, Sofía levantó su copa e hizo un brindis por ser tan excelente cocinero. Chocamos los tres nuestras copas y bebimos.

—Sí eres la mitad de bueno escribiendo como cocinando tendrás el éxito de tu novela asegurado —afirmó Sofía.

—Y si no tendré que plantearme abrir un restaurante. —Perfiló una sonrisa.

—Dos clientes seguras ya tendrías. ¿O no es cierto, Álex?

—Dalo por hecho —asentí, y él volvió a mirarme de la misma forma que antes. Mi estómago se encogió de nuevo.

—Qué os parece si recogemos todo esto y os llevo a ver Los Corrales como os prometí ayer —dijo levantándose.

—Perfecto —contestó Sofía—. ¿Hay que coger el coche?

—No, iremos dando un paseo por la playa. Los Corrales están dentro del agua.

—Pues cuando regresemos yo quiero ir a dar una vuelta con el Porsche. Álex, me lo prometiste ayer. —Me miró poniéndome morritos.

—Vaaale, de acuerdo. Luego daremos una vuelta en él.

—¿A que es un sol? Me la comería a besos. —Me estrujó contra ella y me besó en la mejilla.

—Sí, un auténtico sol —contestó Darío, guiñándome el ojo. Noté cómo mi semblante se ruborizaba al momento.

Empezamos a recoger la mesa, pasando todo a la cocina. Me puse a fregar los pocos utensilios que habíamos utilizado y él se empeñó en ayudarme a aclarar. Sofía, mientras, subió a cambiarse. Pasándole el último plato, acarició mi mano para cogerlo, sentí un escalofrío con su caricia.

—Tienes unas manos muy suaves y bonitas. —Me miró a los ojos.

—Gracias, nunca me lo habían dicho. —Mi timidez hizo brotar en mi boca una leve sonrisa.

—¿Y nunca te han dicho que eres muy bonita?

El estómago, una vez más, se me encogió. Salvo que ahora lo hacía con su pregunta, con su manera de resbalar las palabras por sus labios.

—Sí, pero hace muchos años de eso —contesté, separándome de él un poco y secándome las manos con una bayeta.

—Yo podría decírtelo todos los días, Álex. —Se acercó de nuevo a mí y retiró mi pelo hasta colocarlo detrás de mi oreja—. Eres muy linda —susurró.

—Gracias por tu cumplido, pero la guapa siempre ha sido Sofía, no yo.

—Pues a mí me gustas tú —dijo, aproximándose a mi cara despacio.

—¿Nos vamos? —gritó Sofía mientras bajaba por la escalera con rapidez.

—Sí, me cambio en un momento y nos vamos —respondí, y me alejé de Darío y sus intenciones.

Subí a mi habitación sofocada, acalorada por completo y con el corazón un poco disparado. Darío quería besarme; nos conocimos ayer y ya quería besarme. Realmente no perdía el tiempo. Me había dicho que le gustaba, que era muy bonita. Aún no me lo podía creer.

¿Si no hubiese bajado Sofía le habría dejado hacerlo? No. No creo, no sé... La verdad es que me atrae mucho, es muy guapo, pero no sé... Demasiados años sin montar en bici, Álex, y eso asusta. Asusta mucho, casi da vértigo.

Me cambié rápidamente y bajé. Sofía y Darío me estaban esperando fuera, en el porche. Cerré la puerta y nos dirigimos a la playa. Darío cruzaba miradas conmigo muy a menudo, consiguiendo que me ruborizase continuamente. No podía parar de pensar en lo sucedido en la cocina, en sus palabras, en su manera de susurrarlas. Después de un largo paseo, llegamos adónde nos quería llevar.

—Mirad, estos son Los Corrales de Rota. —Señaló unos muretes de construcción artificial.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Sofía.

—Son parcelas de pesca delimitadas, separan la superficie en distintos compartimentos. Los primeros Corrales se remontan a la época romana. En la actualidad ya no se explotan.

—¿Qué curioso? ¿Verdad, Álex?

—Sí, curioso y singular —contesté, observándolos.

Después de admirar la gran cantidad de corrales, nos sentamos un rato en la arena de la playa para descansar. Sofía empezó a preguntar a Darío de qué trataba la novela que estaba escribiendo. Era novela negra. Todo cuanto había escrito hasta ahora había sido drama con un toque de suspense, y quería dar un paso más. Nos contó que las dos primeras novelas las publicó en Colombia con un éxito aceptable. La tercera ya la publicó en nuestro país, pero pasó un poco desapercibida. Esperaba triunfar más con esta, para él la mejor de todas. Sofía empezó a hablar un poco de su vida. Le contó que había estudiado la carrera de Economía, que trabajaba en una empresa de análisis financieros como subdirectora y que, con un poco de suerte, la nombrarían directora en breve. Hablaban, hablaban y hablaban, y yo oía, aunque no escuchaba. Dejé de hacerlo al pensar de nuevo en la carta de mi padre. ¿Podía fiarme de Darío? Bueno, era amigo de mi padre, se llevaban muy bien, si bien en la carta me decía que no confiase en nadie. Tenía que buscar un abogado, él me lo había indicado. Debía llamar a Esteban y decirle que no moviese nada, que lo pondría en manos del abogado de la familia y que él lo llevaría a partir de ahora. En cuanto Sofía se marchase tenía que ponerme en contacto con Andrés Suárez Castro, debía contarle el cambio que mi padre quería hacer con las galerías. No paraba de preguntarme en qué sucio negocio se había metido. Estaba claro que si no era legal era algo turbio y oscuro. La cabeza empezaba a dolerme de dar tantas vueltas a las mismas cuestiones. Cuando regresé de nuevo a la realidad, Sofía y Darío continuaban hablando y riendo.

—¿Nos vamos a casa? —les pregunté a los dos.

—Sí, vámonos. Aún tengo que darme un paseo en un Porsche por Rota. —Sonrió Sofía.

—Se acabó la reunión —dijo Darío levantándose. Me ofreció su mano para ayudarme y, una vez en pie, la besó y la soltó muy despacio.

—¡Vaya! ¿Aún quedan hombres que besan las manos? —Sofía lo miró sorprendida.

—Al menos queda uno, yo —contestó con su seductora sonrisa, y comenzamos a andar de vuelta a casa.

Sofía se montó en el Porsche totalmente emocionada, por un momento tuve la sensación de que iba a llorar de alegría. Arrancó a la primera, aunque le costó un poquito coger el punto del embrague, el motor se le caló tres veces antes de salir del garaje. Darío no nos pudo acompañar porque solo había dos plazas, así que se fue a su casa mientras nosotras dábamos una vuelta. La pequeña vuelta acabó siendo un recorrido por toda Rota. Sofía estaba tan contenta conduciendo el coche que no creí conveniente decirle que regresáramos. Me gustaba verla disfrutar. Cuando al fin paró para darme el relevo al volante, le dije que no importaba, que siguiera conduciendo ella, yo ya tendría tiempo de cogerlo. Me abrazó con fuerza, besándome en la cara.

—¡Es una pasada, Álex! ¡Una auténtica pasada! —exclamó exaltada.

—¿Más que el hecho de que Darío me haya tirado los tejos? —le pregunté, mirándola a su ilusionada cara.

—¿Queeé? —gritó.

—Lo que has oído. Me ha dicho que le gusto y ha intentado besarme.

—¿Os habéis besado? —Se quedó boquiabierta.

—No. Te he dicho que ha intentado besarme. Ha sido cuando tú bajabas.

—¡Joder, lo he estropeado! También yo, qué oportuna.

—No has estropeado nada, no sé si le hubiera dejado hacerlo. Nos conocimos ayer, va un poco lanzado para mi gusto. Demasiado.

—¿Cuántas telarañas más quieres tener, Álex?

—¡Oye! —le recriminé.

—Es cierto. Como esperes mucho más va a ser igual que volver a desvirgarte. —
Hizo un mohín.

—No nos conocemos de nada, Sofí. No estoy tan desesperada como para meterme en la cama con el primero que me diga que le gusto. Tengo que conocerle algo más, las cosas deben fluir con calma. Una cosa es que me parezca guapo, muy guapo, y otra meterme en la cama con él sin más.

—Llevas razón, dale al menos un par de días antes de meterlo bajo tus sábanas. Que no piense que eres una mujer fácil. —Me guiñó el ojo.

—¿Has oído algo de lo que te acabo de decir? —le pregunté asombrada.

—Sí, pero sabes que mi mente solo procesa lo que le interesa. Así que me he quedado con Darío, atracción, besos y acostarse. —Sonrió.

—¡Ay, Sofía, Sofía..., mi Sofí! —proferí, mirándola con una amplia sonrisa y negando a la vez con la cabeza—. Nunca cambiarás, por eso te quiero tanto. —Le di un beso en la mejilla—. ¡Anda, arranca y vámonos!

Al llegar volvimos a meter el Porsche en el garaje y subimos a darnos una ducha. Después de cambiarnos, Sofía se empeñó en llamar otra vez a Darío para cenar juntos. En principio tuve mis dudas de hacerlo. Por un lado me apetecía pasar la noche sola con ella, mañana se iba a marchar, pero a la vez quería volver a verlo. Sentía un ligero hormigueo por las entrañas cada vez que recordaba su cara, que oía su voz retumbar en mi cabeza. Así que al final nos acercamos hasta su casa. Cuando nos abrió la puerta estaba sin camisa, con un pantalón vaquero y el pecho descubierto. Cientos de mariposas se desplegaron por todo mi estómago, revoloteando sin parar al verle de esa forma, con un increíble torso moreno y marcado. Se había recogido el pelo con una ligera coleta, su aspecto era más que sexy. Un calor repentino recorrió mi cuerpo cuando me miró sonriendo.

—¿Qué tal la vuelta con el Porsche? —nos preguntó a las dos.

—¡Fantástica! Voy a pedirme uno por mi cumpleaños. —Sofía rio entusiasmada.

—Tú no te irás a pedir otro, ¿verdad? —Me miró fijamente un segundo y después comenzó a tapar su espectacular pecho con una camiseta.

—No, con uno me basta. —Sonreí—. Aún ni he probado cómo va este. Sofía era tan feliz conduciéndolo que me ha dado pena quitarle el volante de las manos.

—Cuídamela bien cuando no esté aquí —dijo Sofía a Darío—. Te dejo a mi mejor

amiga, vale un Potosí. ¿Qué digo? Más aún, su valor es incalculable. —Se abrazó a mí—. Y no lo digo por el Porsche, que conste, pero si algún día te cansas de él... —Me guiñó el ojo al separarse de mí.

—¡Serás interesada! —La observé con la boca abierta—. Te he dado los mejores años de mi vida y solo me quieres por un Porsche.

—Es que es un Porsche muy bonito. —Volvió a poner sus característicos morritos para que le diera la razón.

—Eso es cierto, no te lo rebatiré —contesté, y nos echamos a reír los tres.

—No te preocupes, Sofía, cuidaré muy bien de Álex. —Me miró otra vez con deseo; tanto, que consiguió que mis piernas se sintieran débiles, creí que iban a fallarme—. ¿Queréis quedaros a cenar?

—Esa era la idea que traíamos —contestó Sofía mientras entraba en su casa y se sentaba en el sofá.

—¡Qué cara tienes, guapa! Ves como es una interesada —dije a Darío con una sonrisa, y entré yo también.

—No me molesta que la gente se aproveche de mí, y menos que lo hagan dos mujeres tan guapas. —Me guiñó el ojo—. ¿Me ayudas a preparar algo en la cocina, Álex?

—Sí, eso, ayúdalo en la cocina mientras yo descanso en el sofá. Mañana tengo que conducir durante muchas horas —contestó, volviendo a adelantarse a mí, haciéndome a la vez un gesto con los ojos para que fuese con él.

—De acuerdo, te ayudaré.

La cocina era más bien pequeña, pero todo estaba muy ordenado y pulcro. Todo en ella, al contrario que en la de mi padre, era reducido. Parecía que estuviera diseñado para una sola persona. Cuatro muebles y los electrodomésticos llenaban todo aquel espacio limitado. Darío me preguntó si me gustaba la quiche. Era un pastel caliente y salado relleno de ingredientes variados. Normalmente él lo cocinaba con cebolla, huevo, carne y un poco de verdura. Me contó que su tía lo hacía muy a menudo y a él le encantaba. Le dije que me parecía perfecto. Puso los ingredientes para hacer la masa en un robot de cocina, y mientras, aprovechó para servir una copa de vino que llevó a Sofía. Luego volvió.

—¿Quieres una copa tú?

—Vale —respondí.

—Entonces me serviré una yo también, beberé contigo.

Eché un poco de vino en unas grandes copas y me acercó la mía.

—¿Brindamos?

—¿Por qué?

—Por habernos conocido. —Acercó su copa a la mía y la chocó. Después bebimos, mirándonos a los ojos fijamente. Al separar mis labios de la copa, Darío se acercó y posó los suyos en mi boca, despacio, con un beso dulce y tierno.

—Darío, yo... —Bajé la cabeza y me aparté de su boca.

—Perdona, lo siento... Me he dejado llevar. —Se separó un poco de mí.

—Es que... —Suspiré, mirándolo.

—¿Voy muy deprisa?

—Demasiado para mi gusto. —Asentí a la vez con la cabeza.

—Te pido disculpas de nuevo. Suelo ser impulsivo, es algo que debo corregir.

—Aceptadas. —Sonreí sutilmente—. Y ahora pongámonos a preparar la cena o Sofía empezará a protestar en breve.

—Cierto, manos a la obra.

Unos minutos más tarde Sofía se unía a nosotros para ayudarnos a terminar. Cenamos en su pequeño pero acogedor salón, la cocina de mi casa tenía el doble de tamaño. Creo que toda su casa, repartida en una sola planta, cogería en la planta baja de la mía. Eso sí, todo lo tenía muy ordenado y con buen gusto. Nos sentamos alrededor de una mesa cuadrada y empezamos a comer. La quiche estaba deliciosa, no había duda alguna de que tenía buena mano en la cocina. Después de cenar no nos dejó recoger, nos mandó sentar en el sofá y nos ofreció una copa de vino de Jerez. Hablamos un largo rato, hasta que Sofía decidió poner punto y final a la velada despidiéndose de Darío con un fuerte abrazo y dos besos. Cuando regresábamos a casa le pregunté a qué hora pensaba marcharse. Me contestó que no iba a madrugar, no emprendería el viaje hasta las doce de la mañana. Pensaba levantarse tranquilamente, ducharse y desayunar conmigo mirando al océano. Después se iría.

Una vez en la cama sentí una inmensa pena pensando que en unas horas me quedaría sin su compañía. Y, sin saber por qué, recordé el día que Carla nació. Se adelantó dos semanas, mi pequeña estaba ansiosa por ver el mundo y a su padre le cogió de viaje fuera de Madrid. Seguramente, mientras estaba de parto él estaría tirándose a alguna, aunque eso ya me daba igual. Llamé a mi madre una y otra vez, pero no la localicé. Sofía, sin embargo, tras el primer pitido ya estaba cogiendo el teléfono. Sofía me llevó al hospital. Sofía estuvo conmigo en todo instante. Sofía me acompañó en el parto de Carla. Hasta ese increíble momento, el alumbramiento de mi ángel, lo habíamos compartido juntas. Sofía también lloró mucho su pérdida, lo pasó muy mal. Era su ahijada y estaba muy unida a ella. Pidió una excedencia de tres meses en el trabajo para no abandonarme ni un solo momento después de su fallecimiento. Mi madre, por el contrario, después del entierro regresó a su mundo, a su vida normal, como si nada hubiera sucedido. No compartió ni un solo minuto más de mi dolor con ella, era mucho sacrificio. Sofía y ella siempre habían chocado, pero desde entonces, sin ninguna duda, fue cuando Sofía empezó a despreciar a mi madre.

A las diez de la mañana, aproximadamente, Sofía y yo nos levantamos. Después de asearse y arreglarse, bajamos a desayunar. Cuando estábamos terminando, su *smartphone* comenzó a sonar; era Miguel. Se levantó con una gran sonrisa en la boca y empezó a hablar con él. Al colgar, suspiró con fuerza, mirándome.

—¿Ya tienes una respuesta para él?

—Todavía no. Y sé que va a ser lo primero que me pregunte cuando estemos

juntos —contestó soplando.

—¿Qué te ocurre, Sofía? No es solo por el trabajo, te conozco, hay algo más, ¿verdad?

—Sí, lo hay. —Hizo una pausa—. Me conoces muy bien. —Asintió con la cabeza—. Tengo miedo, Álex.

—¿Miedo a qué? —La miré perpleja.

—A no ser una buena madre, a no saber cuándo le ocurre algo, a... —Calló y miró al suelo.

—¿A perderlo? —pregunté.

—Sí, Álex..., a perderlo —respondió con los ojos encharcados en lágrimas.

—Sofía, no puedes pensar así. —Negué con la cabeza—. Está claro que puede ocurrir, yo lo sé mejor que nadie, pero no tenerlo por pensar que eso pueda suceder no es lógico. Si la humanidad hubiera pensado tanto las cosas no habríamos evolucionado, continuaríamos en las cavernas. Siempre hay peligros, aunque no sabemos ni cuándo ni dónde nos aguardan. Y por supuesto que serás una buena madre, no te quepa la menor duda. Seguramente de las mejores. —Le acaricié la cara.

—Cuando te veía con Carla pensaba: ¿dónde ha aprendido todo esto Álex? Alucinaba con lo que hacías, con tu entrega, tu seguridad. Yo no la tendré, estoy convencida. —Una lágrima saltó a su mejilla.

—Sofí, cariño, eso es el instinto maternal, y nace con tu hijo, en el mismo momento en que lo ves por primera vez. Lo más difícil es educar a un niño, pero amarlo es la tarea más fácil del mundo. Eso empiezas a hacerlo desde que sabes que está en tu vientre, creciendo.

—Gracias, Álex. —Se abrazó a mí con fuerza—. ¿Sabes? Tengo una lista mental con todos los pros y los contras.

—Y ¿quién gana? —pregunté, separándome de ella y mirándola.

—Después de esta charla contigo, los pros. —Sonrió.

—Me alegro mucho. —Le sequé la lágrima con mi pulgar.

—Bueno, y ahora llegó el momento de irme. Vuelvo a mi mundo real con mi trabajo, mi casa, un marido impaciente por ser padre y sin mi amiga cerca. No sé si podré soportar estar tan alejada de ti.

—Nos conectaremos por Skipe y hablaremos, ¿te parece?

—Qué remedio. Como dice el refrán: «A falta de pan, buenas son tortas». Me conformaré con verte a través del ordenador.

—En cuanto llegues, llámame. —Nos volvimos a abrazar y nos dimos dos besos.

—Lo haré, adiós —dijo mientras se subía a su coche, y acto seguido se marchó.

Nada más marcharse Sofía, cogí mi teléfono para llamar al señor Esteban, pero escuché y escuché los correspondientes pitidos de la señal sin que nadie descolgara. Decidí ponerme a buscar en Internet algo sobre Andrés Suárez Castro y ver cómo me podía poner en contacto con él, más tarde intentaría llamar de nuevo a Esteban. Tras poner su nombre en el buscador y apretar el ratón, apareció ante mí tanta información que me abrumé. Ahora debía filtrar lo que me interesaba, separando todo lo demás. Pinché en una noticia de prensa, un artículo sobre él, que decía lo único que ya sabía: era el director de ambas galerías. En ese momento el teléfono comenzó a sonar, interrumpiéndome. Miré la pantalla, Esteban me llamaba.

—Hola, Esteban, buenos días.

—Buenos días, Álex. ¿Qué tal va todo?

—Bien, gracias. Verá, le he llamado porque toda la tramitación, los cambios de titularidad, en fin, el papeleo, lo va a llevar el abogado de la familia. Espero que lo entienda. No tengo nada contra usted, pero el señor Leal es nuestro abogado desde siempre.

—Claro, lo entiendo —dijo con un tono de voz un poco serio—. Lo que me sorprende es que no me lo dijese antes, solo eso.

—No lo pensé, la verdad. Pero ayer, hablando con mi madre, ella me lo sugirió y creo que lleva razón —contesté, mintiendo.

—Me alegro de que hayan hecho las paces. Y entiendo su decisión. De todos modos, cualquier cosa que le haga falta ya sabe dónde me tiene.

—Desde luego. Muchas gracias, Esteban.

—Adiós, Álex.

—Adiós. —Colgué y soplé fuerte. Acababa de hacer una de las cosas que mi padre me había pedido en su carta. La primera.

Pensé en mandar un correo a Alfonso Leal, el abogado de nuestra familia desde que yo tenía uso de razón. Un hombre legal y fiel a mi padre en todos los aspectos, además de un gran amigo. Pero luego creí que lo mejor sería buscar un abogado que no conociese a la familia, neutro por completo. Minimicé en el portátil lo encontrado de Andrés Suárez Castro y busqué abogados especializados en herencias en Madrid. Fui apuntando en un papel los que me interesaban, para después decidir a cuál llamaba. Un sonido me sobresaltó. Era un timbre, evidentemente, sería el de la puerta. El del portón de la finca no podía ser porque lo había dejado abierto tras marcharse Sofía, pero como no lo había escuchado nunca, aún no lo tenía claro. Cerré el portátil y me acerqué a la puerta. No tenía mirilla, así que decidí asomarme un poco por la ventana que estaba a su lado a ver qué veía. Era un hombre que parecía aproximadamente de mi edad: alto, moreno, con el pelo un poco rizado, pero no

apreciaba bien su cara, entre otras cosas porque estaba de perfil y con la cabeza un poco agachada. Volvió a sonar el timbre y decidí preguntar antes de abrir.

—¿Quién es?

—Hola, me llamo Tomás Hernández y soy periodista. Trabajo para el periódico *El Individualista de Cádiz*. Estoy haciendo un reportaje sobre Alejandro Maxwell y me he enterado de que su hija está viviendo aquí. No sé si será usted, yo quería hablar con la señora Alejandra Villanueva, por favor.

Abrí la puerta despacio y él sonrió. En su mejilla derecha se marcó un hoyuelo al estirar sus labios. Le daba un toque divertido. Sus ojos eran azules como el cielo y sus rizos casi rozaban sus grandes y espesas pestañas.

—La puerta de la finca estaba abierta. No sé si suele estarlo o ha sido un descuido —dijo, señalándola.

—Durante el día la dejo abierta. Solo la cierro por la noche.

—¡Ah, vale! ¿Es usted Alejandra Villanueva? —me preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Qué tipo de reportaje quiere hacer?

—Bueno, quiero contar un poco la vida de su padre, aquí en Rota era muy querido. Y, evidentemente, me ha despertado mucha curiosidad saber que tenía una hija.

—¿Quién se lo ha dicho?

—No le puedo revelar mis fuentes, no sería muy profesional por mi parte, señora. —Sonrió levemente.

—Por favor, llámeme Álex. —Yo también sonreí.

—De acuerdo. Yo soy Tomás, como te he dicho antes, y tuteémonos, somos jóvenes. —Amplió su sonrisa a la vez que me ofreció su mano para estrecharla. Nos dimos un suave apretón con ellas—. Esta es mi acreditación de periodista. —La sacó de su bolsillo y me la mostró—. ¿No nos conocemos? Tu cara me suena.

—No, no creo. Yo no me acuerdo de ti para nada.

—Pues a mí me resultas conocida, ya lo pensaré luego. Ahora, ¿podría hacerte algunas preguntas sobre tu padre?

—No sé si voy a servir de mucha ayuda, conozco muy poco de su vida. Hasta hace unos días ni siquiera sabía que era mi padre.

—¡Caray, eso sí es un notición! —Silbó—. Saber de golpe y porrazo que eres la hija de un pintor cuya fortuna es cuantiosa tiene que costar digerirlo.

—Ni me lo he planteado. Para mí hay cosas más importantes en la vida que el dinero.

—Esa es una buena filosofía. —Volvió a sonreír, dejando surgir ese hoyuelo que le favorecía tanto.

—Es una realidad, no una filosofía. ¿Acaso tú no crees que hay cosas que el dinero no te puede proporcionar? ¿O crees que todo se puede comprar con dinero?

—Realmente, pocas cosas no se pueden comprar con dinero, muy pocas. —Negó a la vez con la cabeza.

—La felicidad no se puede comprar con dinero, ni el amor. Y eso es lo fundamental en la vida, o al menos para mí. —Lo miré con firmeza.

—Indiscutiblemente, llevas razón. Me has dejado sin argumentos. —Sonrió de nuevo.

—¿Quieres pasar y hablamos un poco? Te ayudaré con lo que pueda.

—Perfecto. Muchas gracias.

Pasamos y nos sentamos en el gran sofá semicircular. Tomás observaba todo detenidamente silbando, abriendo los ojos como platos, y me eché a reír al ver su reacción. Realmente no se había alejado mucho de la mía cuando entré por primera vez. Empezamos a hablar y le conté cómo me había enterado de que era su hija, lo poco que conocía de él, que fue amigo de la familia y que mi madre me había ocultado ese secreto siempre. Cuando pronuncié el nombre de mi madre me miró extrañado. La conocía, había estado alguna vez que otra entrevistando a algún escritor de su editorial. Me dijo que era un poco prepotente, que le gustaba demasiado mirar por encima del hombro. Me eché a reír, sorprendiéndolo.

—¿Estás seguro de que hablas de Maite Ramos? La dulce y tierna mujer dueña de una importante editorial y madre sacrificada.

—¡Uff! Noto malas vibraciones en esas palabras. Están cargadas de mordacidad.

—No, están cargadas de realidad. Mi madre no solo es arrogante, es egoísta, vanidosa, soberbia, orgullosa, déspota, distante, fría, calculadora... Puedes pararme cuando quieras o me quedaré sin aire —dije, perfilando una sonrisa.

—Pues para, no me gustaría que te asfixiaras. —Nos echamos a reír—. ¡Menudo repaso le acabas de dar! —Silbó otra vez—. Tengo la impresión de que no te llevas bien con ella.

—Es que somos muy distintas y siempre chocamos. Tenemos una visión de la vida muy diferente.

—Por eso me he extrañado cuando me has dicho que era tu madre. A simple vista eres todo lo contrario a ella.

—Gracias a Dios, lo soy —contesté, y sonreímos los dos—. Y volviendo a tu reportaje, ¿qué quieres contar de mi padre?

—Su vida, sus comienzos, cómo llegó a ser lo que era, su magnífica reputación en América, todo eso. Siento mucha curiosidad por saber por qué se vino a Rota habiendo triunfado tanto allí. Además, hay una etapa de su vida un poco difusa en la que desapareció como artista. Sin embargo, luego reapareció y empezó a amasar una fortuna. Quiero saber qué sucedió para, estando en lo más alto, desaparecer de repente. Quiero conocer los detalles de ese punto de inflexión en su vida. Necesito comprender por qué lo abandonó todo y años después resurgió cual ave Fénix. Todo lo demás lo tengo investigado y es nítido.

Ahí estaba la clave de todo, estaba convencida. Lo que mi padre hubiera hecho, esas cosas ilícitas de las que me había hablado en la carta, tuvieron que suceder en ese periodo, no tenía ninguna duda. Tomás estaba investigando una parte de su vida

de la cual él se arrepentía. La curiosidad se apoderaba de mí por momentos. Yo tenía unas tremendas ganas de saber qué tipo de error lo llevó a cambiar su vida, con qué gente se mezcló, por qué eso lo afectó para que no pudiera acercarse a mí. Además, necesitaba saber si mi madre andaba por medio o era cierto que ella no había tenido nada que ver, como me había dicho por teléfono. Me di cuenta de que desconocía por completo todo sobre mi padre, no solo su secreto, sino su vida en general. Le pedí a Tomás que me hablara de él, que me contase todo lo que supiera, tanto de él como de su familia. Acomodándose en el sofá, empezó a hablarme de Alejandro Maxwell, hijo de madre española y de padre americano, nacido en el madrileño barrio de Salamanca. Sobre su familia sabía poco. Había descubierto que se crio con sus abuelos maternos. Su madre murió en el parto y su padre, años después, regresó a su país y dejó a Alejandro con ellos. Ahí se perdía la pista. Por parte de su madre tenía una tía, pero enfermó de cáncer y falleció cuando él tenía veinticinco años. Sus abuelos lo habían hecho años antes, y no se le conocía más familia. En cuanto a su vida, Alejandro fue un hombre que no se había formado en ninguna escuela de arte, su talento era innato. Con solo veintiún años logró exponer sus primeros cuadros en una galería. A los veintiséis se había hecho un hueco entre los pintores más importantes y sus cuadros se cotizaban muy bien. Con treinta y tres se marchó a Miami, instalando su residencia allí. Dos años más tarde abrió su primera galería, y cinco después, la segunda. Su etapa difusa comprendía desde los cuarenta y cuatro a los cuarenta y ocho. Durante esos cuatro años desapareció de la faz de la Tierra como pintor, casi como persona. Luego retomó los pinceles con fuerza y abandonó Miami un año después para instalarse en Rota. Aquí había seguido pintando por encargo o para exponer obras nuevas en sus galerías. Al menos hacía dos envíos al año con cuadros suyos, y también vendía aquí algunos de sus galerías. Su vida amorosa fue muy ajetreada, siempre andaba con modelos o actrices, si bien nunca se casó ni convivió con ninguna. A los sesenta años había muerto en Rota. De eso solo hacía diez días.

Un nudo ahogó mi garganta al pensar una vez más en su carta. Sintiendo todo el amor que me había transmitido en ella, las ganas de decirme en persona que era mi padre. Y volví a recordar las palabras del notario: quería que llevase sus apellidos. Una lágrima comenzó a resbalar por mi cara. Tomás se acercó a mí y la secó con su mano.

—No llores, Álex. Si hay algo en este mundo que no soporto es ver llorar a una mujer. —Me miró entristecido.

Sin saber por qué, me abracé a él rompiendo a llorar con fuerza, sorprendiéndolo por completo, dejando sus brazos inmóviles mientras yo me apretaba contra su pecho. Durante unos segundos, los mantuvo en el aire, luego, poco a poco, los cerró hasta abrazarme con ellos. Estaba rebasada con todos los acontecimientos de los últimos días y me sentía muy sola. Necesitaba llorar para desahogarme, sentirme arropada por alguien, y en ese momento el único a mi lado era él.

—Lo siento, Tomás, perdona —dije apartándome—. Qué pensarás de mí. Nos acabamos de conocer y me echo a llorar en tus brazos. Vaya una carta de presentación. —Enjugué mis lágrimas con mis manos mientras me levantaba del sofá.

—No, no te preocupes. —Se levantó él también—. Entiendo que debes de estar un poco superada con todo esto —dijo, mirándome fijamente—. Si me sorprendí yo cuando me enteré de que Alejandro tenía una hija, no puedo ni imaginarme cómo te sentirías tú al saberlo.

—¿Quieres ver algunos cuadros de mi padre? —le pregunté con la voz temblorosa por mi llanto—. Arriba, en su estudio, tiene muchos.

—Perfecto, subamos —asintió.

Cuando entramos en su estudio, Tomás se quedó maravillado. Realmente mi padre era un portento del pincel. Todas sus obras estaban llenas de vida, sabía transmitir de una manera increíble. Se paró frente a mi cuadro con Carla y me miró.

—Eres tú —afirmó.

—Sí. —Suspiré con fuerza—. Somos yo y mi hija Carla. Lo pintó teniendo de modelo esa foto. —Señalé a la esquina del marco—. No sé cómo se hizo con ella.

—Y ¿dónde está Carla? ¿Se ha quedado en Madrid con su abuela?

—No —contesté, bajando la cabeza y notando correr las lágrimas de nuevo—. Carla murió hace cinco años. —La voz se me rompió.

—¡Oh, lo siento, perdóname! —exclamó. Se acercó a mí y me abrazó.

—No te preocupes, no lo sabías. —Me separé con suavidad de él, lo miré e intenté sonreír—. Creo que es la primera vez que me abrazo tanto a un hombre nada más conocerlo.

—Lo siento de nuevo. —Se apartó totalmente.

—Ya estamos en paz. Antes yo me he abrazado a ti y ahora lo has hecho tú.

—Era muy guapa, un ángel. —Miró hacia el cuadro de nuevo.

—Sí, lo era. —Intenté sonreír al ver su precioso pelo rizado y castaño, sus grandes ojos negros, sus regordetes carrillos y sus sonrosados y pequeños labios—. Yo la llamaba así, mi ángel.

—Tu padre tiene aquí unos cuadros maravillosos —cambió de tema—. ¿Has visto alguna exposición suya?

—Cuando era pequeña, aunque no las recuerdo. Ya te he dicho que era amigo de mis padres.

—Yo estuve en Miami viendo sus dos galerías de arte, son increíbles. Además, expone cuadros de otros pintores para lanzarlos, les enseñaba técnicas para mejorar. Tenía muchos pupilos.

—¿Has viajado a Miami para ver sus galerías?

—No exactamente. He vivido en Nueva York cinco años, trabajaba en un periódico importante. Regresé a España hace menos de uno. Una de las galerías de tu padre expuso obras tuyas nuevas con el fin de recaudar fondos para el Tercer Mundo. Quería construir hospitales y colegios. Tu padre estuvo esa noche allí, y toda la

prensa también. Después de tantos años sin aparecer por Miami, era todo un acontecimiento. Tuve el privilegio de que me concediese una entrevista. Era un hombre amable, sencillo y natural, pero cuando le pregunté por qué había dejado de pintar durante aquellos años, todo cambió. Me dijo que si no tenía otra pregunta la entrevista había acabado. Cuando intenté insistir se levantó, dejándome con la palabra en la boca, y se marchó.

—Está claro que algo le ocurrió en esa época, pero el qué. —Suspiré con fuerza.

—En eso estoy, intentando averiguarlo. —Hizo una pausa, mirándome—. ¿Te gustaría ayudarme a investigarlo? Tú tampoco conoces la vida de tu padre. ¿No sientes curiosidad?

Me quedé en silencio, pensando. Desde luego que sentía absoluta curiosidad, mucha más que él. Lo poco que mi padre me había explicado en su carta había despertado todas mis ansias por indagar en su vida. Pero quizá lo que encontrásemos fuera de índole demasiado privada como para compartirlo con el mundo. A lo mejor no me gustaría verlo publicado. Aunque, si yo no lo ayudaba, él lo iba a investigar de todos modos.

—Sí, me gustaría ayudarte. —Asentí con la cabeza—. Pero te voy a pedir un gran favor. Si nos encontrásemos con algo que enturbiase su memoria no me gustaría que lo publicaras. Está muerto, no puede defenderse de nada, y en vida ha hecho cosas buenas. Por qué tirar por tierra su reputación.

—¿Crees que podemos encontrar algo turbio? —me preguntó sorprendido.

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros—. Solo te he planteado una posibilidad.

—No te preocupes, ese no es mi estilo. Pero me gustaría pesquisar para conocer.

—De acuerdo. Tú dirás qué hago.

—Primero bajemos —dijo mirando el reloj—. Me tengo que marchar ya. Mañana volveré sobre la hora de hoy y repartiremos el trabajo.

Bajó las escaleras deprisa y yo lo acompañé a la misma velocidad. Al abrir la puerta se giró y me estrechó la mano para despedirse. Salió corriendo de la finca hasta llegar a su coche y se montó en él. Cerré la puerta, regresé al salón y me senté en el sofá, procesando toda la cantidad de información recibida en apenas una hora. El timbre volvió a sonar y me encaminé hacia la puerta.

—Álex, soy yo, Tomás —dijo desde el otro lado.

—¿Qué se te ha olvidado? —pregunté mientras abría.

—Ya sé de qué te conozco. —Sonrió, asintiendo.

—¿De qué? —Lo miré sorprendida.

—Año 2001, la espectacular fiesta que dio mi amigo Pedro en el chalet de sus padres en Navacerrada. Tu amiga era la novia de Pedro. ¿Te acuerdas?

—¿Pedro Blanco? ¿Ese era tu amigo?

—Exacto. Y tu amiga se llamaba... no me acuerdo.

—Sofía.

—Cierto, Sofía. —Sonrió de nuevo.

—Y tú, ¿quién eras? No me acuerdo de ti para nada. —Lo miré extrañada.

—Yo era un tipo con el pelo largo y liso, entonces me dio por alisármelo. Intenté ligar contigo, aunque tú pasaste de mí totalmente.

—¿Tú eras el de la cara llena de granos? —pregunté, llevándome las manos al rostro.

—El mismo —respondió, levantando la mano y asintiendo con la cabeza una y otra vez.

Comencé a reír sin parar. No podía creer que aquel joven feúcho, esmirriado y con la cara llena de espinillas se hubiera convertido doce años después en un hombre atractivo, sin una mala señal de acné, con un pelo muy favorecedor y marcando un poco de músculo.

—Lo siento, perdona. —Intenté calmar mi ataque de risa—. Jamás te habría reconocido, estás muy cambiado.

—Espero que para mejor. —Hizo una mueca.

—Sí, para mejor, claro está —continué riendo.

—Pues por tu risa no sé qué pensar. Ya me destrozaste entonces pasando de mí, no lo repitas ahora ridiculizándome. —Sus labios dibujaron una tímida sonrisa.

—No, no, qué va. —Intenté ponerme seria—. No es que pasara de ti por tu aspecto, es que entonces ya estaba saliendo con el que luego sería mi marido.

—¿Mi aspecto no influyó? —preguntó, enarcando sus cejas.

—Bueno, ayudar, lo que se dice ayudar, tampoco lo hizo, la verdad. —Volví a reír recordándolo.

—Ves cómo te ríes de mí.

—No, no me río. —Solté otra carcajada—. Solo un poco, pero sin mala intención, lo juro. ¡Es que eres otro hombre, joder!

—Me tengo que marchar, se me hace tarde. Mañana continuaremos hablando de esto. Espero que el ataque de risa ya haya finalizado o me harás llorar a mí.

—De acuerdo, hasta mañana —dije, riéndome un poco.

Cuando entré en casa me sequé las lágrimas que empezaban a salir por mis ojos de tanto reír. Me parecía imposible el brutal cambio. Había pasado de gusano a mariposa en esos años. Si él no me hubiera reconocido a mí yo nunca lo habría hecho. Pensé en todo lo que le quería preguntar cuando regresara mañana. Quería saber de Pedro, de su vida, y volví a reír recordando aquella noche. Tomás me entró a saco. Aunque yo ni siquiera sabía que se llamaba así, ni tampoco me interesaba. Me dijo que era muy guapa, que le gustaba mucho y que podíamos enrollarnos. Aunque no hubiese estado saliendo ya con Raúl, jamás lo habría hecho. Me pareció feo, con el pelo tan aplastado que parecía lamido por una vaca, y sus granos me daban escalofríos. Lo único bonito eran sus azules ojos, pero su largo flequillo casi los tapaba. Ni borracha me habría liado con él. Se pasó media noche detrás de mí, sin coger mis indirectas. Sofía me decía que le mandase a freír espárragos, pero tampoco

quería herirlo, me daba un poco de pena; era el feo de la fiesta. Al final terminó captando mi indiferencia y me dejó tranquila.

Volví al ordenador y maximicé la ventana de Andrés Suárez Castro sin poder dejar de sonreír recordando a Tomás. Buscando y buscando encontré el número de las galerías de arte, lo anoté en un papel y dudé en si llamarle ahora o mejor mañana. Caí en la cuenta de que los husos horarios eran distintos. Debía saber cuántas horas de diferencia nos separaban para llamar en un momento apropiado. Busqué de nuevo en Internet, el maravilloso milagro de la tecnología, comprobando que había seis horas de diferencia. Aquí eran casi las dos del mediodía y allí casi las ocho de la mañana. Tendría que esperar unas horas más para llamar. Entonces recordé que debía quemar la carta, como me había dicho mi padre. Dejé el portátil encima de la mesa y subí a por ella. Volví a leerla una vez más con atención y separé la nota cifrada de ella antes de romperla en diminutos pedacitos. La puse encima de una bandeja de cristal y le prendí fuego, observando cómo se consumía despacio, sintiendo una gran pena en mi corazón por perder las dulces y cariñosas palabras que mi padre había plasmado en ella para mí. Me quedé hipnotizada viendo las pequeñas llamas bailar mientras consumían el papel. Y después me puse a observar la maldita nota cifrada. ¿Cómo iba a descifrarla si no sabía qué tipo de código era aquel? Debía buscar en los libros de los que me hablaba en la carta, los de la lista que dijo haber dejado en la mesilla de su habitación. Si ellos sabían hablarnos, ellos contendrían la solución de ese código. Estaba convencida que era lo que trataba de decirme. Debía coger esa lista y buscar entre esos libros cuanto antes. Iba a subir la escalera para ir a su habitación, cuando sonó la puerta. Pero esta vez no llamaban al timbre, le estaban dando unos pequeños golpecitos, seguramente con los nudillos. Volví a asomarme por la ventana y vi que era Darío. Abrí al momento, con una sonrisa. Traía una cacerola en las manos y una bolsa colgada de la muñeca.

—Hola, traigo la comida. ¿Dónde quieres comer?

—Mejor en el porche, hace un día precioso. Y muchas gracias, Darío, no tienes que molestarte, de verdad. Vale que quieras invitarme de vez en cuando, pero no debes crearte ninguna obligación.

—Le prometí a Sofía que te iba a cuidar y eso voy a hacer. Además, yo cocino todos los días, me da igual hacerlo para uno que para dos. Es más, siempre sobra comida, podría comer hasta otra persona.

—Pues gracias de nuevo.

—De nada —contestó, sacando de la bolsa pan y una botella de vino—. ¿Te gustan los tallarines a la carbonara?

—Me encanta todo tipo de pasta, podría alimentarme solo a base de ella.

—Trae dos platos y los cubiertos, no me gustaría que se enfriase —dijo guiñándome el ojo.

La comida, una vez más, estaba riquísima. Darío realmente sabía cocinar muy bien. Mientras hablábamos recibí un *whatsapp* de Sofía, había parado a comer algo,

decía que le quedaban unas cuatro horas de camino todavía. Le contesté que fuese con cuidado y que en cuanto llegase me llamara, tenía que contarle algo. Volví a reír, recordando a Tomás. Darío me miró un poco sorprendido y sonrió.

—¿Te ha contado un chiste Sofía?

—No, es que me he acordado de algo muy gracioso. Solo eso.

—Hoy ha venido alguien a tu casa, ¿verdad?

Lo miré un poco aturdida. ¿Me estaba espiando? A él no le importaba quién venía o dejaba de venir, igual que a mí no me importaba si él recibía visitas.

—¿Tengo que darte explicaciones? —le pregunté a la defensiva.

—No, por supuesto. Disculpa si te ha molestado la pregunta. Simplemente he salido a comprar y he visto a alguien entrar en tu casa. Nada más.

—Lo siento. —Suspiré con fuerza—. Perdóname tú por ponerme de uñas. Es un periodista que quiere contar la vida de mi padre. Y además, curiosamente, resulta que nos conocimos hace muchos años. Solo que yo no me acordaba de él, pero él de mí sí.

—Es que tiene que ser muy difícil olvidar tu cara.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—Por supuesto. Pero iré a un ritmo más lento para que estés cómoda.

—Quieres seducirme a través de tu comida, ¿a que sí? —pregunté entre risas.

—¡Oh, eres muy lista! Has desmontado toda mi estrategia. —Rio también.

—Bueno, tú sigue por ese camino, a lo mejor llegas a algo. ¿Quién sabe? —Me encogí de hombros y él se acercó a mi cara para darme un suave beso en la mejilla.

—No te molesta, ¿verdad? —preguntó al separarse de mí, mientras cogía su copa de vino.

—No, no te preocupes, y gracias por entenderlo.

—¿Brindamos?

—Por habernos conocido otra vez, o hay otro brindis.

—Por lo guapa que eres.

—Vale, si te hace ilusión, brindemos.

Juntamos nuestras copas suavemente y luego bebimos. Preferí apartar mis ojos de su vista esta vez; no quería confundirlo y que volviese a besar mis labios. Me sentía muy atraída por él, no lo iba a negar, pero no quería lanzarme a sus brazos sin más. Yo necesitaba sentir algo para meterme en la cama con un hombre. Notar una descarga en mi corazón que relampaguease por todo mi cuerpo, apreciar cómo su latido se aceleraba al estar junto a él; ese tipo de estimaciones, además de las que surgen por la propia atracción física. No es que fuese una santurrón, ni que necesitara un compromiso para acostarme con alguien, si bien un poco de sentimiento era indispensable para mí. Darío volvió a dejar su copa en la mesa y empezó a preguntarme en qué trabajaba, de qué manera me ganaba la vida. Le conté que yo también pintaba, aunque hacía cinco años que no cogía un pincel. Vivía de la herencia de mi padre, del que llevaba sus apellidos, del que me había criado; de Julio

Villanueva. No era ni la cuarta parte de abundante que la de Alejandro, pero me había dado para comer y cubrir mis gastos. Además, había vendido a mi madre la parte de la editorial que me correspondió tras su muerte, y eso me reportó una suma considerable que supe invertir bien. Yo no estaba para nada interesada en ese negocio.

—¿Tu madre tiene una editorial? —me preguntó con interés.

—Sí, Editorial Eclipse de Luna. ¿La conoces?

—Creo que sí, me suena. Me parece que es una de las editoriales con las que trabaja mi agente. A lo mejor me publican en ella —contestó ilusionado.

—Puede ser. —Sonreí—. Y podrías dejármela leer a mí antes. ¿No te gustaría saber alguna opinión más además de la de tu agente?

—Mis tíos son siempre mis primeros lectores. Ellos me dan el visto bueno antes de moverla en ninguna dirección. —Su boca pintó una leve sonrisa en su rostro.

—No me has contestado.

—A lo mejor te la dejo leer, ya veremos. —Me guiñó el ojo—. Y ahora me voy a casa, a ver si escribo algo —dijo, levantándose y cogiendo la cacerola donde había traído la pasta.

—No, por favor, Darío. —Se la quité de las manos—. Yo fregaré todo y luego te la daré. Bastante es que hagas la comida, deja que yo aporte algo.

—De acuerdo. Ya me la llevaré. —Se acercó a mí y me dio dos besos despacio, rozando con sus labios mi mejilla, estudiados para hacerme desear más. Al separarse dejó asomar su cautivadora sonrisa y se marchó. Me quedé de pie allí parada viendo cómo se alejaba y pensando cuánto me atraía y cuánto me habían turbado esos dos besos.

Cuando logré adormecer mi incipiente deseo hasta serenarlo, acabé de recoger. Después se desveló mi curiosidad y empecé a abrir puertas y cajones del enorme salón. Intentaba encontrar algo que me hablase de mi padre, pero no lo encontré. Decidí subir a su habitación y coger la lista de libros que me había dejado para empezar a buscar ese código en ellos. Nada más abrir el cajón de la mesilla, la vi. Estaba escrita en una hoja de folio, a mano, como sus cartas, con esa preciosa caligrafía que tenía Alejandro y que yo envidiaba. Bajé las escaleras leyéndola; mi curiosidad continuaba impaciente y no quería perder más tiempo. Salvo dos que leí hacía muchos años, auténticos clásicos de la literatura, los demás ni los había leído ni me sonaban. Decidí empezar por el primero de la lista: *Infiltrados*, y así sucesivamente hasta ver si conseguía mi objetivo: descifrar el código que mi padre me había dejado. Busqué en su maravillosa biblioteca, los libros estaban ordenados alfabéticamente por títulos, así que me resultó muy fácil encontrarlo. Era una novela policíaca de corta extensión, no llegaba a las ciento ochenta páginas, acabaría pronto con él. Me senté en el cómodo sillón con su atril regulable y empecé a leer. Tras acabar, no encontré nada que me ayudase a descubrir el código. Me levanté un poco desanimada, pensando en qué ocurriría si después de leerlos todos no supiese

interpretarlo. Intenté calmar a mis nervios. Tan solo había leído uno, tenía todavía nueve por delante. No podía adelantarme a los acontecimientos porque no sabía qué me deparaban las lecturas de los demás.

Me acerqué a la cocina para beber un poco de agua, sentía la garganta seca por mi nerviosismo. Apoyada en la gran isleta de la cocina con mi vaso, pensé en qué habría pasado en su vida durante los años que desapareció como pintor. Y mi cabeza comenzó a echar cuentas. Él tenía sesenta años cuando murió, y yo treinta y cinco. A los veinticinco fue padre, aunque lo ignorase. Cuando me operaron de apendicitis yo tenía diecinueve años, y fue entonces cuando descubrió su paternidad. Entonces él tenía cuarenta y cuatro años; con esa edad entró en su etapa difusa. ¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo? ¿Por qué dejó de pintar? ¿Fue por mí? ¿Por qué luego volvió? Era un enigma que debía resolver, seguro que así entendería algo más su vida. Volví a coger el portátil, buscando algo de él entre esos años, de 1997 al 2001. Nada, no encontré nada. Una hora perdida buscando a alguien que estaba desaparecido en esa época. Es más, ni siquiera tenía ni idea de cómo buscar más información, cada puerta que abría me llevaba hasta el mismo callejón sin salida. Había un salto en el tiempo en su vida; esos cuatro años no existieron para Alejandro Maxwell como artista. Esperaba que Tomás supiese hacerlo mejor que yo, al fin y al cabo, él era el periodista.

Miré el reloj. Iban a ser las siete de la tarde, ahora en Miami sería casi la una. Decidí que era el momento de llamar. Cogí mi móvil, marqué y, rápidamente, un interlocutor me contestaba en inglés. Chapurreando malamente mi inglés en desuso, le pregunté si podía hablar con el señor Andrés Suárez Castro. Menos mal que, seguramente por mi acento y por mi forma de hablar, notó que no era americana y me preguntó si hablaba español. En mi vida me había alegrado tanto de hablar mi lengua materna con otra persona. Me pasó con el departamento correspondiente, con su secretaria, advirtiéndome que me hablasen en español, estaba convencida, porque la señorita que volvió a hablar conmigo se dirigió a mí en mi idioma. Después de decirme que estaba reunido y no se le podía molestar, me preguntó mi número de teléfono y si quería dejarle algún recado. Él se pondría en contacto conmigo cuando pudiera. Dudé en dárselo, pero mi padre me había dicho que confiase en él, así que se lo di, y también mi nombre, y añadí que era muy importante para mí hablar con él. Tras decirme que no me preocupase, que le daría el recado en cuanto terminase, colgó. Me quedé un rato pensativa, con la vista perdida en ninguna parte, y mi teléfono empezó a vibrar en mis manos antes de emitir su particular zumbido. Era un *whatsapp* de Sofía, lo abrí al instante.

Acabo de llegar. Conéctate al Skipe y hablemos.

19:21

Tan veloz como pude inicié la conexión. La cara de Sofía apareció inmediatamente en la pantalla de mi portátil.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el viaje?

—Largo, muy largo. —Resopló—. No me gusta viajar sola. Pero ya estoy aquí.

—Sonrió levemente—. Y tú, ¿qué tal el día? ¿Qué quieres contarme?

—No te puedes ni imaginar quién se ha presentado hoy aquí. —La sonrisa volvió a resurgir en mis labios.

—Alguien que te ha alegrado el día, por lo que veo. —Estiró más la boca, abarcando un gran gesto.

—Te acuerdas de aquel novio tan pintoresco que tuviste, de Pedro.

—¿Pedro Blanco? ¿Ha estado ahí? —preguntó pasmada.

—No, él no. ¿Recuerdas cuándo me llevaste a la fiesta que organizó en casa de sus padres?

—Sí, lo recuerdo. No podría olvidar esa fiesta nunca, fue brutal —contestó riendo.

—Y ¿te acuerdas de su amigo? Aquel pesado feo y con el pelo tan liso que parecía se lo hubiese lamido una vaca. Me estuvo dando el coñazo media noche para que nos enrollásemos.

—¿Ese ha estado en tu casa? —preguntó, echándose la mano a la boca a continuación.

—El mismo: Tomás. Salvo que ahora no se parece nada en absoluto. Yo no le habría reconocido nunca, él se ha acordado de mí. —Comencé a reír.

—¡Joder, Álex, le dejaste huella! —Rio conmigo—. Y eso que no te liaste con él. Y ¿cómo está ahora? ¿Por qué ha ido a verte? ¿Cómo sabe que vives ahí? —Sofía emprendió su interrogatorio de carrerilla.

—Tranquila, te lo voy a contar todo, pero coge aire antes. —Volvimos a reír—. Ahora está bien..., muy bien. —Sonreí otra vez—. Es bastante guapo, nada que ver con el otro Tomás que conocimos. Es periodista, quiere hacer un reportaje sobre la vida de mi padre. Se enteró de que tenía una hija y ha venido para hacerme unas preguntas. Mañana regresará de nuevo. Le voy a ayudar con el reportaje. —Me encogí de hombros sonriendo.

—¡Vaya! Te dejo un día sola y te buscas hasta un trabajo. Por no hablar de la sonrisa que Tomás ha despertado en ti.

—Es que cada vez que me acuerdo del que conocí me da por reír, no lo puedo evitar, Sofí.

—¿Y Darío? ¿Has estado con él?

—Hemos comido juntos, ha hecho unos tallarines a la carbonara que estaban buenísimos. Luego hemos charlado un rato y se ha marchado a escribir. También me apetece estar un rato sola, no lo quiero pegado a mí constantemente.

—Llevas mucho tiempo estando sola, ahora tienes a dos hombres pululando a tu alrededor. ¡Aprovéchalo, tonta! Porque Tomás estará soltero, ¿verdad?

—No tengo ni idea, no se lo he preguntado. —Volví a sonreír.

—Pues mañana, según entre por la puerta, hazlo —dijo muy seria, acercándose a la pantalla.

—Y a mí qué más me da que esté casado o no. Solo voy a ayudarle con su

reportaje, Sofí.

—Pero siempre es mejor saber esas cosas, una nunca sabe lo que puede surgir entre tanta investigación. —Carcajeó de forma traviesa—. De momento te ha sacado una sonrisa que yo hacía años que no veía, Álex, y estás muy guapa cuando sonríes así. Tus ojos se iluminan, tienen luz propia.

—Bueno, vale, me enteraré de si está casado. Ahora te voy a dejar, tienes que descansar. Mañana hablamos de nuevo, o mejor pasado, ¿de acuerdo?

—Sí, mañana no te molestaré, te dejaré a solas con Tomás. —Me guiñó el ojo.

—Veo que lo has entendido. —Nos echamos a reír y nos despedimos.

Cerré el portátil y subí arriba a prepararme la ducha. Nada más abrir el grifo, mi teléfono sonó de nuevo. Mientras lo sacaba rápidamente del bolsillo de mi pantalón vaquero, observé la pantalla: estaba completamente llena de números.

—Sí, dígame —contesté.

—La señora Alejandra Villanueva —me preguntó una voz varonil con un acento extraño.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Andrés Suárez Castro, soy el director de las galerías de arte de Alejandro Maxwell. Me han dicho que quería hablar conmigo.

—Sí, verá, yo soy la...

—La hija de Alejandro —dijo sin dejarme acabar.

—¿Ya lo sabía? —pregunté con curiosidad.

—Sabía que tenía una hija, me lo contó hace años, pero nunca me dijo quién era. Hasta hace unos días que recibí una carta suya. El matasellos tiene fecha del dieciséis de abril. Han tardado en dármela porque se extravió entre departamentos. En ella me cuenta que usted, Alejandra Villanueva Ramos, su hija, se pondrá en contacto conmigo. Dice que le ha dejado todo su patrimonio e instrucciones para proceder con las galerías.

—Sí, así es —respondí suspirando.

—Creo que debemos hablar de todo esto en persona. Además, no quiere que hable con nadie salvo con usted.

—A mí me ha dicho lo mismo, solo debo tratar este tema con usted.

—Pues debemos cumplir y respetar su última voluntad —añadió.

—Cierto.

—Mire, podría viajar el jueves a Madrid, tengo que reunirme con unos clientes. Me alojaré en el Hotel Continental. ¿Nos vemos allí?

—Perfecto. ¿Sobre qué hora?

—No sé aún, tengo que pedirle a mi secretaria que me saque el billete. La llamo cuando lo sepa y concretamos la hora, ¿le parece?

—De acuerdo. Espero sus noticias.

—Hasta pronto, señora Villanueva.

—Adiós —contesté, y colgué.

Acababa de dar el primer paso para solucionar lo del cambio de las galerías, otra de las peticiones de mi padre. Me apoyé en la encimera de mármol del lavabo y empecé a repasar la corta conversación en mi cabeza. Mi padre le envió esa carta dos días antes de morir, y hasta ese preciso momento no le contó quién era su hija. ¿Por qué? Todo me resultaba tan misterioso. Sabía desde hacía dieciséis años que era su hija, pero no se preocupó de hacer testamento hasta hace poco. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esas cartas? ¿Qué ocurría? Parecía que presintiera su muerte. Un escalofrío recorrió toda mi columna, haciendo que mi vello se encrespase al momento.

¿Y si lo presentía porque alguien quería matarlo? En la carta me dice que puedo estar en peligro, que no confíe en nadie. Tengo una segunda carta por abrir en la que me da más detalles de qué ocurre. ¿Por qué no la abro y salgo de dudas? No, Álex, te dije que la abrieses si estabas en peligro, ¿te sientes así? No, pues déjala. Pero ¿y si en ella encuentro las respuestas a su muerte? ¡Qué tonterías dices, Álex! Le hicieron la autopsia, descubrieron que le dio un infarto, él tenía un problema de arritmias. A lo mejor no se encontraba bien y solo quería arreglarlo todo por si ocurría lo peor, y ocurrió. Recuerda que también te dije que a lo mejor solo eran paranoias tuyas, igual tanto tiempo viviendo solo le hizo desvariar un poco. Lo único cierto es que nunca pudo decirme que era mi padre, y yo tenía claro gracias a quién.

Me desnudé y me metí en la ducha. Aparte de lavarme, necesitaba despejar un poco mi mente, donde empezaban a anidar tantas dudas, tantas incógnitas, que necesitaba serenarse. Al salir me envolví en una gran toalla para secarme, y en ese justo momento escuché otra vez el sonido de mi móvil. Secándome veloz las manos, descolgué.

—Sí, dígame.

—Señora Villanueva, soy Andrés Suárez de nuevo. Ya tengo el billete de avión.

—Por favor, llámeme Álex —le sugerí.

—De acuerdo. Mi vuelo llegará aproximadamente a las once de la mañana. Podríamos quedar a las doce en el hotel.

—¿En el restaurante? —pregunté, pensando que no iba a subir a su habitación sin ni siquiera conocerlo.

—De acuerdo. En el restaurante me parece bien.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, pregunte —contestó.

—¿Desde cuándo conocía a mi padre?

—Desde hace muchos años. Éramos amigos, además de la relación laboral que nos unía.

—¿Desde que abrió la primera galería?

—No, fue posterior. Pero creo que todo eso será mejor hablarlo cuando nos veamos, ¿no cree?

—Sí, lleva razón —corroboré; mi curiosidad me llevaba a ser impaciente.

—Nos vemos el jueves. ¿Cómo es usted para reconocerla?

—No se preocupe por eso, yo he visto fotos tuyas en Internet, sabré reconocerlo.

—Pues entonces lo dicho, hasta el jueves, Álex.

—Adiós, Andrés.

Terminé de secarme, me puse el pijama y bajé a coger, una vez más, el portátil. Debía buscar el aeropuerto más próximo a Rota para reservar un billete a Madrid. El de Jerez, a unos cuarenta kilómetros, era el más cercano, en media hora estaría en él. Dejaría el coche en el aparcamiento y cogería el vuelo. Reservé un billete para el jueves a las diez menos cuarto; el vuelo duraba aproximadamente una hora, así que si no iba con retraso, a las once estaría en Madrid. No le diría nada a Sofía, y le daría una sorpresa. De excusa para mi fugaz visita le diría que había acercado para recoger más ropa, cosa que, de paso, realmente haría. Haciendo de tripas corazón, tendría que acercarme a ver a mi madre también, por mucho que no me gustase la idea. Y ya que estaba en Madrid, aprovecharía para contactar con un abogado. Tenía dos días para mirar en Internet y decidirme por un bufete.

Mi cabeza comenzó de nuevo a ametrallarse con preguntas, todo hasta el momento me resultaba tan indescifrable que me aturdí. ¿Qué secreto guardaba Alejandro Maxwell? ¿Por qué podía ponerme a mí en peligro? ¿Qué narices había hecho? Las palabras de Andrés regresaron a mi cabeza con fuerza: «Sabía que tenía una hija, me lo contó hace años, pero nunca me dijo quién era». ¿Por qué no se lo dijo a él? Esteban lo sabía, el notario lo sabía, Darío lo sabía. ¿Desde cuándo lo sabían ellos? Todo me resultaba incomprensible. Me pedía que solo hablase con Andrés, era de su absoluta confianza; además, decía que era su amigo, y a él, sin embargo, no le había contado quién era su hija. Me sugirió cambiar de abogado, me suplicó que no confiase en nadie salvo en él. No lo entendía, me resultaba inconcebible, por más vueltas que le daba, mi razón no encontraba nada coherente que le hiciese comprender por qué no se lo había contado a él. Mi capacidad de raciocinio se hallaba totalmente perdida, desorientada sin remedio.

Los hilos dorados y brillantes del sol entraban por los pequeños y finos huecos de la persiana, acariciando mi cara. Mis ojos vislumbraron sus cálidos rayos al abrirse. Me estiré con fuerza hasta desperezarme totalmente y salí despacio de la cama. Al mirarme en el espejo, me asusté; mi pelo parecía un nido de pájaros de tan enredado como estaba. Mis dedos empezaron a colocarlo un poco, rememorando al hacerlo cuánto le gustaba a Carla coger un mechón de mi melena y girarlo hasta retorcerlo por completo. Sonreí sutilmente, haciendo yo lo mismo con mi pelo. Una lágrima se empezó a formar en mis ojos, enturbiándome la vista, hasta escapar por fin para aterrizar en mi rostro. De repente, escuché sonar varias veces fuera el claxon de un coche. Me acerqué hasta la ventana y vi que era Tomás. Miré el reloj; eran las diez menos cuarto de la mañana, venía casi dos horas antes que ayer. Estaba en pijama, con los pelos igual que si me hubiese peleado con alguien, y la cabeza densa, muy espesa; el riego aún no fluía por ella con normalidad. ¡Menudo principio de día! Rápidamente intenté peinarme un poco, pero aquello llevaba su tiempo y el timbre de la puerta ya estaba vibrando. Me puse las zapatillas con rapidez y salí de la habitación.

—¡Ya voy! —grité bajando por las escaleras. Como si pudiese oírme a tantos metros de distancia de la casa. Estaba esperando detrás del gran portón de madera de la finca, todavía no me había dado tiempo ni de abrirlo.

Cuando lo abrí y vi su cara, la sonrisa volvió a mis labios sin poder remediarlo. Traía en la mano un paquete de una pastelería que puso casi delante de mi cara al verme. Luego sonrió, y ese hoyuelo tan *sexy* volvió a surgir en su mejilla.

—Buenos días, he pensado que igual no habías desayunado todavía y he traído algo de bollería.

—Buenos días —contesté casi riendo—. Has acertado, no he desayunado. Es más, me acabo de levantar, ¿no se nota? —le pregunté, señalando con mi mano mi vestimenta.

—¿Te he sacado de la cama?

—No, me había despertado unos minutos antes. —Volví a sonreír, mirándolo.

—¿Continuas riéndote de mí? Eso es muy cruel por tu parte. —Las comisuras de sus labios se estiraron levemente.

—No me río de ti, sino de mis pintas.

—Bueno, si te vale mi opinión, te diré que estás muy bien en pijama.

—Gracias, pero no creo que sea lo que más me favorezca. Anda, pasa, entremos en la casa. Voy a cambiarme deprisa y desayunamos.

Tomás se acomodó en el sofá y yo subí a la habitación para cambiarme. Lo hice en menos de dos minutos. Después peiné un poco mejor mi melena, la recogí en una

coleta y bajé. Mi nariz captó al momento un rico olor a café. Tomás estaba en la cocina.

—¿Estás haciendo café? —pregunté sorprendida.

—Sí, espero que no te moleste. Pensé que así ganábamos tiempo.

—No, tranquilo, no me molesta. Veo que sabes utilizar la cafetera, tendrás que enseñarme a mí.

—Es muy fácil. Solo tienes que apretar aquí. —Señaló un botón grande—. Y luego a la opción de una taza o dos. Dependerá de si estás sola o acompañada.

—Ah, pues sí es fácil. —Asentí con la cabeza, mirándolo.

—Eso sí, acuérdate de poner el café y el agua antes. —Esbozó una sonrisa—. ¿Cruasán o napolitana? —me preguntó, enseñándome el paquete ya abierto.

—No sé —contesté, mirando fijamente a ambos mientras la boca se me hacía agua con su magnífico olor—. ¡Umm! Los dos tienen una pinta estupenda, la verdad.

—¿Quieres que los compartamos? La mitad para cada uno, así probarás los dos.

—De acuerdo. —Miré sus bonitos ojos azules.

Mientras desayunábamos le pregunté por Pedro, su amigo, el que en su día fue un noviete de Sofía. Me dijo que se había casado, que era muy feliz y que tenía dos niñas preciosas. Profesionalmente le iba muy bien; era ingeniero aeronáutico y estaba muy bien colocado. Después empecé a preguntarle sobre su vida, su trabajo y, de forma sutil, terminé preguntándole sobre sus relaciones sentimentales. Me contó que estaba divorciado desde hacía casi un año. Por motivos profesionales, lo enviaron durante unos meses a Nueva York, y allí conoció a una americana que le robó el corazón. En solo cuatro meses decidieron casarse, y él se quedó a vivir allí. Pero cuando todo terminó entre ellos prefirió regresar a España.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado? —pregunté con interés.

—Casi cuatro años —contestó con aflicción.

—Si no quieres hablar de ello lo dejamos —dije, mirándolo fijamente.

—No, no te preocupes. Estuve casado cuatro años, pero el matrimonio llevaba muerto casi dos antes de separarnos. Lo tengo superado por completo.

—Lo siento, de verdad. Una separación siempre es dura. Hablo desde la experiencia.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada tú?

—Cinco años. Cinco falsos años —contesté con un suspiro.

—¿Falsos años? No te entiendo. —Frunció el ceño.

—Yo creía que nos amábamos, que éramos una pareja perfecta, pero Raúl, mi exmarido, se tiraba a toda la que se ponía por delante. Por eso fueron falsos, estaban contruidos sobre una mentira. Un día lo encontré en nuestra cama con otra. Menos mal que no se le ocurrió decir la típica frase de «esto no es lo que parece», no había lugar a dudas de lo que era.

—¡Joder, qué fuerte! —Sopló—. No me puedo ni imaginar lo que tuviste que sentir en ese momento.

—Fue horrible, la verdad. Y en tu matrimonio, ¿qué fue lo que no funcionó?

—La verdad es que no funcionaba nada, salvo el sexo. Solo parábamos de discutir en la cama. Una relación así no va a ninguna parte. Ella quería intentarlo, le di tres oportunidades, pero nada cambiaba. Un día, superado por completo, le dije que quería el divorcio y me marché.

—Bueno, al menos no hubo cuernos de por medio.

—No, solo gritos y falta de respeto, sobre todo por su parte. Y cuando en una relación se pierde eso, que son los cimientos, todo ha acabado. Tenía mucho estrés por su trabajo y se lo solía traer a casa, siempre lo pagaba conmigo. Se desquitaba de él haciendo el amor o insultándome. Yo no podía más, me sentía usado y maltratado.

—Hiciste bien, eso ya no era una relación. ¿Sabes?, yo creí que Raúl solo me había sido infiel esa vez, luego descubrí que llevaba siéndolo desde casi un año después de casarnos. Me daba asco pensar que había estado con otras y conmigo a la vez, que me decía que me amaba y se tiraba a la primera que se abría de piernas. Le odié con todas mis fuerzas, me hundí en mi dolor. Pero luego ocurrió lo de Carla. —Hice una pausa para respirar profundamente e intentar que las lágrimas no saliesen de mis ojos—. Y todo lo demás dejó de importarme, era absolutamente banal.

Se levantó del taburete y me abrazó fuerte. Las lágrimas comenzaron a brotar sin poder impedirlo. Su voz intentaba tranquilizarme, y sus labios besaban mi pelo de vez en cuando. Su gesto de apoyo me conmovió, me agradó, me resultaba necesario. Después de un rato lo aparté despacio, él me miró con ternura, secando las lágrimas que bañaban mi cara; lo hizo con suma dulzura.

—No llores más, por favor, ya te dije ayer que no soporto ver llorar a una mujer. Me parte el corazón.

—Tranquilo, ya se me pasa. —Intenté sonreír un poco—. Será mejor que empecemos a trabajar o no harás ese reportaje nunca.

—Exacto. Pongámonos manos a la obra, Álex.

Nos marchamos al salón. Tomás comenzó a explicarme lo que debía buscar y más o menos por dónde. De su boca surgió el nombre de Andrés Suárez Castro, se le conocía como el mejor amigo de mi padre o, mejor dicho, como el único. No podía ocultarle mi encuentro con él, no me parecía justo empezar con mentiras, así que lo puse en su conocimiento. No le mencioné nada de las cartas, pero le dije que debíamos vernos en referencia a los trámites de la herencia. Se puso muy contento con la noticia. Yo podría preguntarle cosas para averiguar algo a través de él sin levantar sospechas, solo pensaría que me movía la curiosidad de hija que desconocía por completo la vida de su padre. Le conté que había reservado billete y me marchaba el jueves, en el vuelo de las diez menos cuarto. Se empeñó en acercarme él hasta el aeropuerto, no le costaba ningún trabajo; es más, quería hacerlo. Me supo mal negarme y acepté.

Eran casi las dos de la tarde cuando comenzamos a recoger. En ese instante la puerta sonó. Me imaginé que sería Darío con la comida y salí corriendo a abrir. No

me equivoqué, su preciosa cara con su embelesadora sonrisa me deslumbraron.

—Hora de comer, preciosa —dijo, mostrándome una cacerola que traía en las manos.

—Pasa, Darío, voy a presentarte a alguien.

—De acuerdo —contestó mientras entraba.

—Tomás, este es Darío, era muy amigo de mi padre. Quizá también pueda aportar algo a tu reportaje.

—Hola —dijo Tomás, alargando la mano para saludar a Darío.

—¿Qué tal? —preguntó Darío.

—Bien, todo bien. Investigando un poco la vida de Alejandro para escribir un bonito reportaje sobre él. Tú podrías contarme algunos aspectos de su vida. Podrías aportar la parte más personal del artista.

—Vale, pregúntame lo que quieras y yo te responderé a todo lo que pueda.

—Quédate a comer y así habláis —dije dirigiéndome a Tomás—. ¿Qué te parece, Darío? —le pregunté.

—No, volveré mañana. Comeré cualquier cosa por ahí. Debo acercarme a la redacción sin falta esta tarde.

—Tienes que comer de todos modos, come con nosotros y de paso puedes hacer alguna pregunta a Darío.

—Por la comida no te preocupes, hay de sobra para los tres —dijo Darío—. Espero que te guste el pollo en salsa de almendras con boletus.

—A mí me gusta todo, soy buen comedor. Y gracias por la invitación, a los dos. —Nos miró con una sonrisa que volvía a marcar su hoyuelo.

—Voy a poner la mesa, comeremos en el porche. Tiene unas vistas maravillosas del océano —le expliqué a Tomás.

—Perfecto, dejadme que os eche una mano.

Tomás y Darío pusieron la mesa mientras yo preparaba una ensalada para acompañar al pollo. Darío sirvió la comida en nuestros platos y Tomás abrió una botella de vino llenando nuestras copas. Nos sentamos a comer la exquisita comida que, una vez más, Darío había preparado. Tomás comenzó a preguntarle desde cuándo conocía a Alejandro, qué relación tenían, cómo era en el día a día, todo ese tipo de cosas que podían ser interesantes para su reportaje. Quería enseñar la parte más íntima del artista, mostrar a la persona, no solo al personaje. Yo los observaba hablar y almacenaba todo cuanto Darío contaba sobre mi padre. Era un hombre de costumbres, con una vida un poco monótona, y llegaba a aislarse de todo cuando trabajaba, cuando impregnaba en sus lienzos todo el arte que llevaba en su interior, dando vida a cada una de sus pinceladas. A veces, contaba Darío, llegaba a pasar una semana entera sin salir de casa, sin verse con nadie, inmerso por completo en la nueva obra que estaba creando. Al principio a él le extrañaba, e incluso le llegaba a preocupar que le hubiese ocurrido algo. Pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que era su forma de concentrarse, de vivir su arte, y nunca lo molestaba para no

romper su contacto con las musas. Él, como artista también, sabía que era muy necesaria esa inspiración de ideas que daba lugar a crear.

Después de una amena sobremesa, Tomás se levantó para marcharse. Estrechó su mano con Darío y me dio dos besos a mí, quedando en recogerme a las ocho de la mañana. Era mejor ir con tiempo de sobra al aeropuerto.

—¿Te marchas? —me preguntó Darío con sorpresa.

—Sí, me voy a Madrid mañana. Pero solo serán un par de días a lo sumo. Quiero dar una vuelta por mi casa, traerme algo más de ropa y ver a mi madre.

—Como no me habías comentado nada, me ha sorprendido. —Me observó con gesto serio.

—Es que lo pensé ayer por la noche y saqué el billete para mañana. Te lo iba a contar después.

—Álex, creo que debíamos intercambiar los números de teléfono —me dijo Tomás.

—Sí, cierto, llevas razón. Dime el tuyo y te hago una llamada perdida para que tengas el mío.

Después de hacer el intercambio, Tomás se marchó. Darío y yo nos quedamos un rato más sentados en el porche, charlando. Hablamos de todo un poco, pero sobre todo enfocamos la conversación en el arte. Dialogamos sobre literatura, pintura, escultura, música... Le conté que llegué a exponer en un par de galerías y que las críticas hablaban muy bien de mí. Alguna que otra llegó a mencionarme como la futura promesa del arte vanguardista. Me preguntó por qué no volvía a intentarlo. Le expliqué que la muerte de Carla también había matado mi inspiración, haciéndome abandonar los pinceles. La tristeza volvió a envolver mi alma al recordar a mi pequeña, al recordar sus vivos y alegres ojos mirándome; el sonido de su risa, que era verdadera música para mis oídos; el agudo timbre de su voz llamándome, expresándome cuánto me quería. Sus últimas palabras aún me acompañaban. Nunca había podido borrarlas, ni tampoco quería hacerlo, a pesar del dolor que me producían. «Mami, ven conmigo, tengo miedo.» Eso fue lo último que sus sonrosados labios pronunciaron antes de entrar en quirófano. «Ahora mismo voy, cariño, no te preocupes», le contesté, intentando hacerme la fuerte para que ella no notase cómo el miedo había tomado mi cuerpo por completo.

Darío notó mi tristeza y se acercó a mí. Levantándose de la silla, me dijo que fuésemos a dar un paseo por la playa, y accedí. Dimos una agradable vuelta, llenándonos con la fresca brisa que el océano nos ofrecía. Luego nos sentamos un rato en la arena y, echando su brazo por encima de mi hombro, me miró sonriendo.

—Te voy a echar de menos estos días. No sé si voy a saber hacer comida para mí solo.

—Pues lo que te sobre, congélalo —le expliqué, y una leve sonrisa brotó de mis labios.

—¿Siempre tienes soluciones para todo?

—Lo intento.

—Eres tan bonita, Álex. —Me miró serio, acercándose despacio hasta mi cara, hasta mi boca, uniendo sus labios a los míos en un dulce beso. Pero su boca quería más y volvió a besar mis labios una y otra vez, hasta que su lengua se hizo un hueco entre ellos para llenar mi boca. Le respondí temblorosa, hacía tanto tiempo que no besaba a un hombre que tenía dudas de saber hacerlo. Mientras nos besábamos, tumbó mi cuerpo en la arena, apoyando su torso un poco encima del mío—. ¡Oh, Álex, te deseo! Te deseé desde el primer momento que te vi.

—No, Darío —dije incorporándome, con la respiración agitada—. No puedo ir tan rápido, de verdad. Me atraes, sí, pero necesito tiempo. —Hice una pausa, mirándolo—. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto, te daré el tiempo que necesites. —Se incorporó también y acarició mi cara suavemente.

—¿Regresamos? No quiero cenar muy tarde, no me gusta meterme en la cama con la comida recién llegada al estómago.

—Pues vamos. —Se incorporó. A continuación me ayudó a levantarme a mí.

Al llegar a mi casa me dio su número de teléfono. Me pidió que le llamase o le enviase un *whatsapp* cuando llegara a Madrid, quería saber que estaba bien. Me dio un tierno beso en los labios y se despidió de mí.

•

Aún no eran las ocho de la mañana cuando Tomás estaba tocando el timbre del portón de la finca. Yo ya estaba preparada, esperándole, así que salí corriendo hasta el coche y nos marchamos. Durante el trayecto hasta el aeropuerto me sugirió algunas preguntas que podía hacerle a Andrés Suárez. Él no tenía ni idea del gran interés que tenía yo por saber de mi padre, por descubrir qué había hecho en su vida para tener que separarse de mí, para creer que podía estar en peligro. Mientras Tomás continuaba hablando, mis oídos dejaron de escuchar, mi mente volvió a pensar en aquella nota. Volví a angustiarme pensando qué pasaría si después de leer esos libros no sabía descifrarla. Y si no averiguaba nunca lo que me querían contar aquellos números, ¿qué ocurriría entonces?

—Álex, Álex. ¡Eh! Te estoy hablando —dijo Tomás.

—Perdona, estaba pensando —contesté, regresando a la realidad.

—Sí, ya lo he visto. Pero ¿a cuántos kilómetros de aquí estaba tu mente?

—A muchos, créeme.

—Ya hemos llegado. Te estaba diciendo que podíamos tomar un café en la terminal, hemos llegado con mucho tiempo.

—De acuerdo, tomemos un café.

Después del café Tomás me acompañó hasta la zona de embarque. Al despedirnos me miró fijamente, esbozó una sonrisa y me deseo buen vuelo. No había caminado ni

dos pasos cuando escuché mi nombre.

—Álex, ¿no me vas a dar ni un beso para despedirte, ni en agradecimiento por haberte traído al aeropuerto?

Me giré, mirándolo con una sonrisa de asombro.

—Yo no te pedí que me trajeses, tú te ofreciste, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso no quita para que me des un beso antes de marcharte, ¿no crees?

Sonreí de nuevo, esta vez pensando que era un caradura, pero me resultaba gracioso.

Me acerqué a él con la intención de darle dos besos, pero Tomás giró su cara, robándole un pequeño beso a mis labios. En ese momento no supe si reír o darle un bofetón, me quedé parada sin saber cómo reaccionar. Me di la vuelta sin más, sin decir ni una palabra, pensando en por qué había hecho eso. Y caminé hacia la zona de embarque de nuevo.

—Álex, ¿no te habrás enfadado? —La voz de Tomás sonó justo al lado de mi oído, venía detrás de mí.

—¿Por qué lo has hecho? —Me giré de nuevo para dirigirme a él.

—Porque eres muy guapa y me siento atraído por ti. Pero no lo he pensado, sinceramente, no era algo premeditado. Ha surgido al verte tan cerca de mí.

—No sé si reír o mandarte a freír espárragos por tener tanta cara —contesté, sin saber realmente si estaba molesta o todo lo contrario.

—Ríete, cuando lo haces te pones más guapa todavía. —Su boca trazó una fugaz sonrisa.

—Me voy o al final perderé el vuelo. Ya hablaremos de esto a la vuelta. —Negué con la cabeza.

—Llámame cuando llegues o mándame un *whatsapp*, por favor.

—Me lo pensaré —contesté, volviendo a emprender mi camino para embarcar.

•

A las once menos cinco estaba cogiendo un taxi para ir a mi casa. Prefería pasar primero por allí, ponerme algo más decente y después ir al Hotel Continental para verme con Andrés Suárez. Tenía una hora, tiempo de sobra. Por el camino mandé un *whatsapp* a Darío diciéndole que había llegado. Al momento me respondió con un montón de emoticonos con besos. Luego pensé en mandárselo a Tomás, pero no lo hice; era mi castigo. Sonreí de nuevo al recordar de qué manera más infantil me había besado, robándome un beso como un adolescente. Mis dedos acariciaron mis labios y empecé a negar con la cabeza, sonriendo una vez más. Cinco años. Cinco largos años de sequía y en solo unos días me besaban dos hombres. Aunque de forma muy diferente, evidentemente. Uno lo había hecho con todo su deseo, y el otro atropelladamente, usurpándolo de mis labios. Yo me sentía atraída por Darío, pero, a la vez, Tomás también tenía algo que despertaba mi atención y me cautivaba. Estaba

claro que físicamente Darío era mucho más guapo, sin lugar a dudas, si bien Tomás había salido de la crisálida convirtiéndose en una bonita mariposa. Era una locura, no me podía creer lo que estaba sucediendo: me atraían dos hombres, y ellos también se sentían atraídos por mí. Cuando se lo contara a Sofía iba a alucinar tanto como yo. En ese momento pensé en llamarla para quedar a comer con ella, se iba a llevar una sorpresa enorme al saber que estaba en Madrid. Marqué, pero no me cogió el teléfono. Lo intenté de nuevo, pero no hubo respuesta. Decidí dejarlo para más tarde; el taxi acababa de llegar a mi casa.

—Perdone, ¿no le importaría esperarme aquí para llevarme al Hotel Continental? En diez minutos estoy de vuelta.

—No se preocupe, la esperaré —me contestó el taxista.

Subí rápidamente los cuatro escalones que desconectaban la ciudad de mi casa y entré en ella. Fui corriendo a mi habitación, abrí el armario y saqué con urgencia un pantalón de vestir negro, una blanca e inmaculada blusa y una entallada americana bermellón. Sofía me la había regalado por mi último cumpleaños y todavía estaba por estrenar. Deseaba dar una buena impresión a Andrés Suárez, socio y amigo de mi padre; para mí la primera imagen era muy importante. Por eso precisamente quería vestir mejor de lo acostumbrado. La prenda imprescindible en mi fondo de armario eran los vaqueros. Raramente se me veía sin ellos; éramos inseparables. Pero hoy no era un día para ellos y mi estilo de *sport*, la ocasión merecía una vestimenta más formal. Me cambié rauda, me peiné un poco mejor, puse un poco de color en mis mejillas y labios y bajé veloz de nuevo.

—Ya estoy aquí —dije respirando con fuerza, falta de oxígeno—. Ahora lléveme al hotel, por favor.

—Lo que usted diga. —El taxista sonrió—. Es usted rápida, se ha cambiado de ropa y todo.

—Es que tengo prisa —contesté.

—No se preocupe, nos ponemos en camino ya.

En cuanto me senté en el taxi sonó mi teléfono. Pensé que sería Sofía, que habría visto mi llamada, pero me equivoqué; era Tomás. Lo ignoré, no respondí. No sabía exactamente por qué actuaba así, pero lo hice. Al momento entró un *whatsapp*; era suyo.

¿Has llegado ya? Te estoy llamando pero no te localizo. Solo quiero saber si estás bien.

11:44

Me dio pena. El pobre solo se preocupaba por mí y yo no le cogía el teléfono. Casi me estaba comportando de un modo igual de infantil que él o peor. Decidí contestar a su mensaje.

Sí, he llegado, estoy bien. No te preocupes.

11:46

Según pulsé para enviar el *whatsapp*, estaba recibiendo otro suyo.

¿Te ha molestado mucho lo de mi beso? Si es así, perdóname, lo siento.

11:46

Volví a contestarle rápidamente; estaba llegando al hotel.

Disculpas aceptadas. Ahora déjame, me voy a ver con Andrés en un momento.

11:47

Mis labios se estiraron, recordando de nuevo a Tomás años atrás. Esa fue la imagen que se me quedó de él, la primera impresión que para mí era tan importante. Un tío feo, lleno de granos, delgaducho y más pesado que una mosca en el mes de septiembre. Ahora la realidad era otra bien distinta, totalmente contraria a esa primera, con un giro de ciento ochenta grados. De feo había pasado a ser guapo, atractivo, con la piel tersa y sin una pequeña señal de sus espinillas; de flacucho, a estar musculoso y en forma; y de ser pesado a más no poder, a agradable y simpático. Un cambio radical, extremo. Aquella primera impresión distaba años luz de la actual realidad. Costaba creerlo, pero era cierto.

Pagué al taxista y me dirigí al vestíbulo del hotel mirando a mi alrededor por si veía a Andrés. Tenía grabada en mi mente su imagen cual fotografía. Miré el gran reloj que presidía la recepción, aún no era la hora, faltaban algo menos de cinco minutos. Me acerqué a preguntar dónde se encontraba el restaurante, el lugar donde habíamos quedado. Un joven muy gentil, trabajador del hotel, me acompañó hasta allí. Observé desde la puerta a las personas que estaban dentro, aunque mis ojos no veían a Andrés.

—Me disculpa, por favor. —Escuché una voz masculina detrás de mí. Sin darme cuenta obstaculizaba la entrada.

—Sí, perdone. —Me aparté a un lado.

Andrés no estaba, aún no había llegado, así que decidí sentarme en una mesa y tomar un café mientras lo esperaba. El teléfono comenzó a sonar en cuanto me senté. Lo saqué rápidamente del bolso y contesté sin ni siquiera pararme a mirar quién llamaba.

—Sí, dígame.

—Hola, Alejandra, soy Andrés.

—Hola, acabo de llegar al hotel —contesté.

—El vuelo se ha retrasado un poco, en media hora estaré ahí. Espéreme, por favor.

—De acuerdo, no se preocupe, lo esperaré.

—Hasta ahora.

Mientras me tomaba el café recibí un *whatsapp* de Sofía. Me decía que estaba en una reunión y que cuando terminase me llamaba. Había cambiado su foto en el perfil del *whatsapp* y había puesto una de las dos, de cuando éramos pequeñas. Mirando

aquella foto recordé cómo nos habíamos conocido.

Hacía mucho tiempo de ello, éramos tan solo dos niñas. Mis padres me cambiaron de colegio al empezar cuarto curso, y allí nos conocimos. Yo siempre había sido muy tímida y poco habladora, todo lo contrario a Sofía. Después de una semana en clase todavía no había intercambiado palabra con nadie, entre otras cosas porque nadie se acercaba a mí e intentaba conocerme, y yo no era capaz de dar ese primer paso. A la hora del recreo, en el patio, un par de niñas se acercaron a mí y empezaron a meterse conmigo. Me decían que era rarita, que no sabía hablar, se metían con mi ropa, con mis delgadas piernas, con todo mi aspecto en general. Yo estaba a punto de llorar cuando una niña, poniéndose delante de mí, les plantó cara y les hizo callar. Cuando se marcharon, se giró hacia mí sonriendo, me pasó la mano por el hombro diciéndome que no les hiciera caso y se presentó. «Me llamo Sofía, pero puedes llamarme Sofi si quieres. ¿Y tú cómo te llamas?» «Alejandra —contesté—, pero me llaman Álex.» Me fui con ella a jugar ese día, y al siguiente, y al otro. No íbamos a la misma clase; ella iba un curso por debajo de mí, pero nos juntábamos siempre en el recreo. Tenía más amigas y también jugaba con ellas, si bien Sofía y yo congeniamos a la perfección desde el primer momento, como almas gemelas. Y así, al igual que nuestros cuerpos fueron creciendo, nuestra amistad también lo hizo, convirtiéndonos en amigas íntimas, inseparables.

A mi madre nunca le cayó muy bien Sofía porque, a diferencia de mí, que siempre me callaba de todo y nunca rechistaba, Sofía le respondía y cuestionaba cuando no estaba de acuerdo con sus palabras. Yo admiraba precisamente eso de Sofía, cómo era capaz de plantarle cara a mi madre sin amedrentarse lo más mínimo. De ahí que mi madre no la soportase mucho. Siempre decía que haber crecido sin madre se notaba en su educación, que su padre, el pobre hombre, bastante tenía con trabajar. Y los abuelos se habían volcado tanto en ella que solo habían sabido malcriarla. Yo pensaba que no llevaba razón, pero callaba; no quería enfurecerla. Mi madre era una mujer con un carácter muy fuerte, y yo no era como Sofía; a mí terminaba doblegándome a su voluntad. Solo fui capaz de rebelarme contra ella cuando me separé de Raúl, cuando no encontré ni un pequeño consuelo por su parte, aún viéndome hundida. Es más, cuando le conté su infidelidad me dio a entender que a lo mejor era culpa mía. Llegó a preguntarme si tenía todo lo que necesitaba en casa. La miré atónita; esas palabras me resultaron tan machistas que creí imposible que una mujer las pudiese decir, cuando menos pensar. Y cuando Carla murió, su desapego hacia mí fue tan grande que todavía a día de hoy no había sido capaz de perdonárselo. Desde entonces habían empezado todas nuestras tiranteces, toda nuestra tensión. Sofía, en cambio, se sintió muy mal cuando le conté lo de Raúl. Se sintió responsable por habernos presentado. «Perdóname, Álex, por haberte presentado a un encantador de serpientes», me dijo llorando. Por aquel entonces Raúl era compañero de trabajo de Sofía. A ella le parecía un hombre maravilloso, ideal para mí, por eso nos presentó. Nada más verlo, mi corazón se agitó; era muy guapo. Alto, moreno, con ojos grandes

color miel, una perilla que le favorecía muchísimo y unos labios muy seductores. Su cuerpo estaba cuidado de gimnasio, no podía negarlo, la camiseta que llevaba marcaba sus músculos y lo delataba. Esa misma noche nos besamos, y a partir de ahí comenzamos a quedar y empezamos a salir. Éramos inseparables, no sabíamos estar el uno sin el otro. Sofía me llegó a decir que parecíamos tontos y que a veces nos comportábamos como críos. Pero a mí me daba igual; era tan feliz y me sentía tan bien, que el resto del mundo no me importaba. Fue la primera vez que me enamoré; bueno, y la última. No era el primer chico con quien salía, ni el primero a quien había besado, pero sí fue con quien conocí el amor y perdí la virginidad, al único que entregué mi alma y mi corazón, el mismo que años más tarde lo rompió en mil pedazos. Todo había sido fachada, pura fachada. Una fachada de amante esposo enamorado hasta las trancas que mantuvo hasta el último día. Pero la realidad fue otra muy distinta, en cuanto se le acabó la pasión por mí se buscó a otras que se la encendieran de nuevo. Eso sí, él seguía en casa conmigo, como si no pasara nada por echar una cana al aire tan a menudo como quisiera. Yo era su mujercita, la que lo mimaba y quería, la que no se enteraba de nada, la cornuda. Su vida era maravillosa, como a él le apetecía, una familia esperándolo en casa y unas cuantas putas calentándole la cama de cualquier hotel. Qué más podía pedir, lo tenía todo, absolutamente todo.

Un nudo comenzó a apretar mi garganta con mis recuerdos. Sacudí fuerte mi mente de todos ellos hasta despojarme de aquel lejano dolor. Miré de nuevo hacia la puerta para ver si Andrés hacía acto de presencia de una vez, pero no aparecía. El camarero se acercó hasta mi mesa y me preguntó si deseaba tomar algo más. Muy amablemente, y con una sonrisa dibujada en su cara, se alejó cuando le indique que no quería nada más por el momento. Volví a mirar hacia la puerta y un enjambre de nervios tambaleó a mi estómago en ese preciso instante. Justo cuando mis ojos vieron aparecer a Andrés Suárez Castro.

Andrés Suárez Castro era exactamente igual a las fotografías que había visto en Internet. A pesar de que esas fotos tenían casi cuatro años, por el aspecto de su rostro nadie diría que había transcurrido ese tiempo. Su pelo era moreno y con abundantes canas, sus ojos, negros; llevaba un fino bigote y su cara mostraba los estragos del acné en su juventud. O al menos eso quise pensar al ver esas pronunciadas marcas en su rostro, porque en las fotografías no se apreciaban tanto. Era alto y muy delgado. Tanto, que su cuerpo daba sensación de fragilidad. Eso sí, tenía porte y elegancia, y vestía con mucha clase un maravilloso traje oscuro de raya diplomática. Era más joven que mi padre, seguramente tendría la misma edad que el señor Esteban Rozalén. Me puse en pie y levanté mi mano para hacerle saber que yo era la persona a quien su vista ahora mismo no paraba de buscar. Esbozó una sutil sonrisa, acercándose hasta mi mesa.

—Buenos días, Alejandra, encantado de conocerla —dijo alargando su brazo para estrecharme la mano.

—Buenos días, Andrés, igualmente. Pero llámeme Álex, por favor. —Estreché mi mano a la suya.

—Es cierto, disculpe, ya me lo dijo por teléfono, Álex. —Sonrió, indicándome con la mano que me sentase, y después lo hizo él. Sus modales parecían los de un caballero a la antigua usanza.

El camarero se acercó de nuevo para tomar nota de lo que íbamos a tomar. Andrés se pidió una infusión de menta-poleo. A mí no me apetecía otro café, prefería tomar un zumo de melocotón.

—Y bien, Álex —dijo cuando el camarero abandonó la mesa—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, estoy bien. Bueno, digiriendo aún la noticia de ser la hija de Alejandro. Pero por lo demás bien.

—¿Usted tampoco lo sabía?

—No, mi madre prefirió guardar ese secreto. —Resoplé.

—¡Vaya! No sé qué decir a eso.

—Mejor corramos un tupido velo. No hablemos sobre ese tema.

—De acuerdo. —Asintió con la cabeza—. Y ¿a qué se dedica, Álex?

—Por favor, no me hable de usted, tutéeme.

—De acuerdo, pero también me tutearás tú. —Sonrió—. ¿A qué te dedicas?

—Ahora mismo a nada. Bueno, a saber más de mi padre y a conocer su obra. Era un portentoso artista, un mago de los pinceles. Sus obras son impresionantes, al menos las que he visto y conozco.

—Sí, Alejandro; bueno, tu padre —dijo mirándome fijamente— era un genio. No

pintaba, plasmaba de vida y realidad sus cuadros, los dotaba de alma. Eso no lo hacen todos los artistas, a pesar de ser buenos. Eso es algo que solo unos privilegiados son capaces de crear y transmitir.

—Estoy de acuerdo. Totalmente de acuerdo. —Afirmé con la cabeza—. Y sé muy bien de lo que hablo, a mí también me apasiona la pintura.

—¿Pintas?

—Pintaba, hace años que lo dejé. Expuse en un par de galerías y recibí muy buenas críticas, pero nunca podría compararme a mi padre.

—¿Por qué lo dejaste? —me preguntó, un poco sorprendido.

—Porque —la voz me tembló un poco— algo cambió mi vida por completo y no pude continuar pintando. Mi hija falleció. —Mis ojos se inundaron en lágrimas—. Fue un duro golpe del que nunca podré reponerme. Pero estoy aprendiendo a vivir así, no me queda otra. Sin embargo, no he sido capaz de volver a pintar, la inspiración la enterré ese día junto con mi pequeña.

—Lo siento muchísimo, de veras —dijo con aflicción—. Es durísimo para un padre sobrevivir a sus hijos. Lo sé porque mi hermano murió con veintiún años y mi madre quedó destrozada. Aunque, como bien has dicho, aprendes a vivir así, no hay más remedio.

Hubo un momento de silencio. La mirada de Andrés se entristeció mucho. No sabía si era por el recuerdo de su madre, por la memoria de su hermano o por ambas cosas, pero había mucha pena en él en ese instante. Casi tanta como mi alma guardaba.

—De verdad que nunca le dijo mi padre quién era su hija —le pregunté, por cambiar de conversación y por pura curiosidad.

—Nunca —contestó con rotundidad—. Y me enteré casi por casualidad de que tenía una hija. No quería hablar de ello.

Lo miré perpleja, desconcertada. No entendía nada en ese momento. No quería hablar de mí con su mejor amigo, o su único amigo, y al notario le había contado que quería que llevase sus apellidos. No lo comprendía.

—No lo malinterpretes, Álex —me dijo Andrés, serio—. Por tu gesto parece que te lo estás tomando mal. Tu padre no quería hablar de ti para protegerte, no porque no le interesases, todo lo contrario. Si a mí no me contó quién eras fue para no ponerme en peligro, ni a ti.

—Mira, me estoy perdiendo totalmente. No sé qué me dices o qué me quieres decir; no te entiendo.

—Tu padre te ha dejado dos cartas, ¿no es así?

—Sí.

—Has leído la primera, eso me dijiste, por eso me has buscado.

—Sí.

—¿Qué te decía en ella?

Dudé unos segundos en hablarle de su contenido, pero mi padre me había dicho

que confiase en él, y él conocía muchas cosas que yo quería saber. Necesitaba entender el entramado que rodeaba a mi padre.

—Me decía que cometió un error muy grande en su vida y que eso le impidió estar a mi lado. Que se mezcló con gente indeseable, gente de no fiar. Me explicó que si me sentía en peligro abriera la segunda carta, pero no antes. Me dijo que hablase contigo sobre las galerías, porque las quería convertir en fundaciones sin ánimo de lucro. Quiere que sirvan para lanzar a talentos noveles, pero no para comercializar con su obra. Me pidió que quemase la carta cuando la leyese... y me dijo que me quería. ¿Puedes explicarme todo esto mejor, por favor? —mi voz le imploró.

—Creo que te ha dicho bastante ya en esta primera carta.

—No. —Negué con la cabeza—. No me ha aclarado nada. Solo me ha generado dudas y más dudas. ¿Con quién se mezcló? ¿Qué es lo que hizo? ¿Por qué eso me puede poner a mí en peligro? Es más, ¿por qué le impedía acercarse a mí? Sé menos que al principio, porque ahora estoy desconcertada y hasta un poco asustada. Cuéntame algo más, por favor, Andrés, esclarece mis vacilaciones. —Lo miré con un poco de angustia.

—Álex, si él no te lo ha querido adelantar, tendrá sus motivos, entiéndelo.

—No, no entiendo nada, menos que nada. —Levanté un poco la voz—. Ayúdame, te lo ruego.

—Solo te puedo decir que tu padre se mezcló con la gente que no debía. Gente que es muy amable cuando haces lo que ellos quieren, pero ni se te ocurra pararte a meditar sobre sus cuestiones. Gente que se cobra muy caros los favores que te hacen, les da igual cobrarlos con una vida. Gente sin escrúpulos ni remordimientos. Ese tipo de gente, Álex. Por eso tu padre no quería que nadie supiese de tu existencia, no quería que nadie te vinculase con él. Por ti, por cuánto te quería. ¿Lo entiendes ahora?

—¿A qué se dedicaba esa gente? ¿Drogas? ¿Armas? ¿Era la mafia? ¿El qué? —le pregunté apresuradamente.

—¡Y qué más da! Todo lo que has mencionado proviene de un mundo sórdido donde convive la mala gente, las alimañas.

—Quiero saber en qué estaba metido mi padre, lo necesito. —Volví a levantar la voz, pero esta vez en tono de súplica.

—Eres igual de cabezona que él, tienes su misma testarudez. —Sonrió de forma irónica—. Si él no te lo ha contado aún, yo no lo voy a hacer, Álex.

Le observé en silencio, sin saber qué más decir para intentar convencerlo de que despejase alguna de mis dudas, aunque solo fuese una. Pensé en hacerle otro tipo de preguntas a ver si eso me llevaba a conseguir algo de información más sutilmente.

—¿Cómo os conocisteis mi padre y tú? ¿Y cuándo?

—Nos conocimos en una clínica de desintoxicación. —Hizo una pausa—. Hace veintidós años.

—¿Una clínica de desintoxicación? ¿A qué era adicto mi padre? —pregunté

atónita.

—Realmente, a todo. Adicto a la cocaína, al alcohol y al sexo. Era un caso muy complejo. Yo estaba por mi adicción a las drogas, llevaba algo más de un mes cuando él ingresó. Al principio lo paso muy mal, yo le ayudé mucho, todo cuanto pude. Aquello nos unió muchísimo, nos hizo inseparables. —Puso su mano encima de la mía apoyada en la mesa—. No lo juzgues, Álex, tu padre era una estupenda persona, pero confió en quien no debía. Precisamente por eso, por ser buena gente.

—No lo juzgo, solo me sorprende. Creí que era un hombre centrado. Los recuerdos que tengo de él son muy buenos, nunca podría haber imaginado que en su vida había ese tipo de excesos.

—No los hubo siempre. Según me contó fue entrando en ese mundo sin apenas darse cuenta. La gente continuamente lo invitaba a fiestas, le exaltaban su ego de artista, le regalaban el oído. En esas fiestas corrían por doquier los litros de alcohol, las drogas, y tenía todas las mujeres que quería en la cama, de una en una o a la vez. Todo eso degeneró en una espiral de vicio continuo que lo engulló sin saber cómo salir de él. Dejó de pintar, no podía; su vida se había convertido en una Sodoma y Gomorra completa. Además, por ese entonces se enteró de que tenía una hija, tú. Eso le hizo hundirse más. Saber todo cuanto se había perdido como padre lo atormentaba. Perdió gran parte de su patrimonio durante ese periodo de su vida. El ritmo que llevaba era frenético y caro de sostener. Ahí fue cuando se mezcló con las personas equivocadas, las que marcaron su vida. Las serpientes que disfrazadas de buenos samaritanos mancharon su dignidad como persona y artista. Las que te ofrecen la mano para ayudarte a levantar y después se cobran ese favor a un alto precio. —Suspiró fuerte, pasándose la mano por el pelo.

—Era la mafia, ¿verdad? Mi padre se mezcló con la mafia. —Asentí con la cabeza.

—No te voy a contar nada más, creo que ya he hablado demasiado.

—Sigo sin comprender por qué no te contó quién era su hija y, sin embargo, te contó con qué clase de personas trataba. ¿Eso no te ponía más en peligro que saber quién era yo?

—No me lo contó por propia voluntad. Cuando recibimos el alta de la clínica de desintoxicación tu padre me invitó a vivir con él una temporada. Un día recibió la inesperada visita de los tipejos de marras. Oí su conversación, querían cobrarse todos los favores que le habían hecho hasta entonces. Le ofrecieron un trato, y él se negó. Discutieron, lo golpearon y le dieron cuarenta y ocho horas para tomar una decisión. Cuando se marcharon salí a ayudarlo. Le pregunté qué ocurría, qué favores querían cobrarse, por qué se había mezclado con esa gentuza. Entonces fue cuando me contó todo, cuando me explicó el grave error cometido muchos años atrás, con el que ellos le estaban chantajeando. Primero le ofrecieron su ayuda y solucionaron el problema, pero luego decidieron cobrárselo. Lo tenían premeditado desde el principio, por eso lo ayudaron.

—¿Qué error?

—Hasta aquí, Álex, mis labios no van a decir nada más. Estoy convencido de que tu padre te lo habrá explicado en la segunda carta. Si en algún momento crees que debes abrirla, hazlo sin dudar. Entonces conocerás todos los detalles, seguro.

—Y con el tema de las galerías, ¿qué pasa? —le pregunté, dejando a un lado el enredado misterio de mi padre. No quería forzar más a Andrés, a pesar de mi insaciable curiosidad.

—No te preocupes, pondré en marcha toda la maquinaria para cumplir la última voluntad de tu padre. Déjalo en mis manos. Y con el resto de la herencia, ¿has empezado a hacer algo?

—Me sugirió que cambiase de abogado, había pensado buscar uno en Madrid. Esta noche buscaré bufetes en Internet y mañana me pondré en contacto con uno.

—Si quieres puedo sugerirte uno muy bueno, tu padre también lo conocía. Además, era cliente suyo, le compró un par de obras hace unos años.

—Vale, si es de confianza, mejor.

—Le puedo llamar ahora mismo y concertar una cita con él. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Andrés sacó su móvil y llamó a un tal Francis Soler. Se notaba que tenían mucha confianza por la manera de tratarse, gastaban pequeñas bromas continuamente. Le contó que mi padre tenía una hija y que buscaba abogado para solucionar legalmente todo el tema de la herencia. Por lo que hablaba Andrés, el abogado se tuvo que sorprender de que Alejandro Maxwell tuviese una hija. Charlaron un rato más y concertaron una cita para el día siguiente a las doce de la mañana. Al colgar, no volvió a mencionar nada más sobre mi padre y sus secretos. Yo no quise presionarlo más, y ahí terminó ese asunto. Hablamos un poco sobre las galerías, sobre los cuadros de mi padre, sobre su forma de vivir el arte. Comenzó a explicarme cómo era capaz de aislarse del mundo cuando estaba creando, su absoluta concentración era imperturbable. Yo le escuchaba pensando lo gracioso que me resultaba su acento. Hablaba perfectamente español, pero con la musicalidad del idioma inglés. Sentí la curiosidad de saber de dónde era. Sus rasgos no correspondían a una nacionalidad sudamericana, como eran más evidentes en Darío. Pero, por otro lado, el acento llegaba a parecerse en ocasiones al de él. Cuando terminó de hablar decidí atreverme a preguntárselo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —le dije, un poco cohibida.

—Por supuesto.

—¿De dónde eres? Tu acento me desconcierta un poco.

—Bueno, es que he recorrido mucho mundo. —Sonrió—. Soy natal de Guadalajara, México, pero he vivido muchos años en Venezuela, Colombia, y al final en Miami. Por eso esta mezcla de acentos conjugados con el idioma inglés que habitualmente más hablo.

—Yo y el inglés estamos peleados. De hecho, mi inglés es tan mediocre que

cuando llamé a tu oficina me lo notaron al instante y me hablaron en español. ¡Menos mal! —Soplé.

—Eso tiene fácil solución. Vente a vivir una temporada a Miami, a la casa de tu padre. Conocerás las galerías y practicarás el idioma, es como mejor se aprende.

—Lo haré, pero cuando esté todo un poco más asentado. Ahora tengo mucho que ordenar, sobre todo en mi cabeza.

—Cuando tú quieras, Álex. Y ahora te voy a tener que dejar, he quedado para comer con unos clientes de las galerías. Toma —dijo mientras apuntaba algo en un papel—. Este es el teléfono y la dirección de Francis Soler. Yo estaré en Madrid hasta mañana a la tarde, si precisas algo de mí, ponte en contacto.

—De acuerdo, Andrés. Muchas gracias por todo, estaremos en contacto —contesté, estrechando mi mano a la suya y despidiéndonos.

Según salía del hotel, mi teléfono comenzó a sonar, Sofía me estaba llamando. Cuando le dije que estaba en Madrid, gritó de la alegría. Quedamos en vernos en media hora, en un restaurante al que llevaba años sin ir. Cuando el taxi me dejó en la puerta, el estómago se me encogió, recordando la última vez que estuve allí. Raúl me invitó a cenar por nuestro aniversario, cuando aún desconocía todas sus infidelidades y todavía era feliz viviendo en la ignorancia. Sofía se quedó de canguro con Carla, con mi ángel, le encantaba quedarse con ella, y mi niña no quería quedarse con nadie más. Adoraba a Sofía, su tía putativa, como ella misma se denominaba. Borré todos los pensamientos de mi cabeza antes de entrar, no quería que las lágrimas volviesen a asaltar mis ojos. Raúl no se merecía ni un cuarto de ellas, aunque para Carla todas eran demasiado pocas.

Sofía ya estaba esperándome sentada cuando entré en el salón del restaurante. La decoración había cambiado en esos años. Las cortinas que cubrían las ventanas habían pasado a ser estores muy modernos y combinados en colores neutros y vivos. La disposición del salón también había variado, y ahora las mesas eran redondas. La tonalidad de los manteles iba conjuntada con la de los estores y las fundas de las sillas. El suelo continuaba siendo el mismo: mármol verde oscuro con vetas blancas. Todo en conjunto creaba un ambiente cálido y acogedor. Me gustaba el cambio de imagen que había experimentado; es más, me alegraba que no pareciera el mismo restaurante de años atrás. Al verme acercar a la mesa, Sofía se levantó de prisa y me abrazó emocionada. Parecía que llevásemos sin vernos años, y tan solo habían pasado tres días.

—¡Cuánto me alegro de tenerte aquí conmigo! —exclamó mientras me abrazaba.

—Y yo también, aunque no me ha dado tiempo de echarte de menos. He estado muy atareada. —Sonreí, separándome de ella, y las dos nos sentamos.

—Y qué te ha tenido tan atareada, ¿Darío o Tomás? —preguntó, guiñándome el ojo.

—Ambos —contesté entre risas.

—¿Queeé? ¿Cómo me debo tomar eso? —preguntó perpleja.

—Tal cual te lo he dicho. —Le guiñé el ojo yo también.

—Alejandra Villanueva Ramos —dijo muy seria—, ¿me estás queriendo decir lo que yo estoy interpretando?

—No sé qué estás interpretando tú —volví a contestar, con una risa.

—Que tienes a dos hombres coladitos por ti. ¿Es eso?

—Más o menos. —Gesticulé con la boca.

—¿Cómo que más o menos? —preguntó, enarcando las cejas.

—Ellos se sienten atraídos por mí, y creo que yo también por los dos. ¡Es de locos! —Apoyé mis manos en la cara y sonreí, me resultaba inevitable no hacerlo.

—¡No me lo puedo creer! Al fin vuelves al mundo. ¡Aleluya! —Elevó la voz mirando al cielo.

—Sí, realmente mi vida ha cambiado mucho en poco más de una semana.

—Joder, y tanto. Llevabas sin salir casi un año de tu casa, aislada del mundo, de la vida y, ni que decir tiene, de los hombres. Y ahora vuelves a tener chispa en tu sangre, ilusión en tus ojos, y encima, no conforme con sentirte atraída por un macizo, te sientes atraída por dos. Creo que quieres engrasar con ganas la bicicleta y que no quede ni una sola telaraña —dijo riendo.

—Eres una mala persona, todo lo llevas al mismo terreno siempre. ¿Qué tal va tu arroz a punto de pasarse? —Le saqué la lengua y comenzamos a reír las dos.

—Mi arroz, para tu interés, se está cocinando.

La miré fijamente, intentando pensar que esas palabras querían decir lo que yo creía.

—¿Estás diciendo lo que creo? —pregunté, mientras mi boca esbozaba una sonrisa.

—Exacto, nos hemos puesto manos a la obra. Miguel y yo estamos buscando un bebé.

—¡Pero eso hay que celebrarlo, Sofí! ¡Cuánto me alegro!

—No, perdona, hay que celebrar ambas cosas. Tu vuelta a la vida y mi búsqueda de una vida nueva.

—¡Oh, qué poético! —exclamé, y reímos las dos sin parar.

Cuando conseguimos sosegar nuestra alegría, miramos la carta y pedimos la comida. Estuvimos charlando todo el tiempo de Tomás, de su reportaje, de lo que me había contado sobre su vida, del gran cambio físico que había experimentado y de lo agradable que era. Cuando le conté de qué manera me había robado un beso en el aeropuerto, Sofía se desternilló de la risa. Me preguntó qué pensaba hacer, por cuál me iba a decidir, y terminó sugiriéndome que probase a los dos antes de elegir a uno. Después de bromear con la comparativa entre Darío y Tomás y sus diferentes formas de amar, según Sofía, dimos por finalizada la comida.

—Tengo que volver al trabajo, cariño. Me espera otra reunión. Esta vez con los altos mandos de la empresa —me dijo con voz tristona y gesticulando con la cara.

—Y yo tengo que acercarme a ver a mi madre. —Soplé con todas mis fuerzas.

—¡Oh, oh! No te lo cambio ni aunque me supliques de rodillas. —Negó con la cabeza—. Antes prefiero mamársela a uno de esos vejestorios con los que voy a reunirme.

—¡Sofía, cuida tu vocabulario! —le recriminé.

—Lo siento. Es lo que tiene estar rodeada de hombres durante todo el día, se te pega su burdo lenguaje. Pero si quieres te lo diré más finamente: Antes prefiero complacer con mi boca en sus bajas partes a un ancianito poderoso de mi empresa. ¿Mejor así? —Sonrió.

—Mala amiga, esta te la guardaré —contesté—. Ya le contaré a tu hijo qué tipo de madre eres. —Nos echamos a reír.

—No creo que pueda desbancar a la tuya. Maite lidera la clasificación de madres malvadas y egoístas desde hace muchos años.

—Eso no te lo discutiré. Y vámonos, cuanto antes pase por el duro trance mejor.

—No seas excesivamente dura con ella, solo lo justo, ¿vale?

—Lo intentaré. Te llamo esta noche y quedamos para mañana. Regresaré el sábado por la mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó, poniendo sus morritos de desacuerdo—. Pensé que te quedarías hasta acabar el fin de semana. Quería que vinieses a comer el sábado a casa, con Miguel, tiene ganas de verte —dijo, transformando sus morritos en cara de pena.

—Bueeeeno, a lo mejor me voy el domingo. Ya veremos.

—¡Cuánto te quiero! —exclamó, dándome un fuerte beso. Luego abandonamos el restaurante.

•

Llegué al edificio de la editorial, el lugar donde mi madre pasaba prácticamente su vida. No lo hacía porque fuese imprescindible su trabajo, sino porque le gustaba gobernar, tener poder, y don de mando no le faltaba para lograrlo. Llevaba mucho tiempo sin pisar aquel edificio. Tanto, que apenas recordaba su interior. Al llegar a recepción me recibió una silla vacía, la persona en cuestión que la ocupaba no estaba en ese momento. Me adentré por el largo pasillo hasta el fondo, aún recordaba que la última puerta, la más grande, la más suntuosa, era la del despacho de mi madre. No podía ser de otra forma, tenía que destacar entre los demás. Toqué con suavidad antes de abrir y entré. El grandioso despacho estaba vacío, mi madre no presidía su majestuoso sillón. Entré despacio, sin saber si esperar o volver a salir para ver si encontraba a alguien que me pudiese decir dónde se encontraba mi madre. Escuché una ligera risa al fondo, en la otra habitación que había pegada al baño. Me acerqué hasta ella sin dar crédito a lo que mis ojos vieron a través de la ventana. Mi madre estaba tumbada en el sofá mientras un joven, de mi edad aproximadamente, la besaba y desabotonaba la blusa. Los ojos de mi madre se encontraron con los míos en ese

preciso instante. Aceleradamente, lo empujó para quitárselo de encima. Negué con la cabeza y di la vuelta veloz para salir de su despacho sin tiempo que perder.

—¡Álex, Álex, espera, hija! —Escuché su voz acercándose a mí—. Álex, por favor, espera, tenemos que hablar.

—¿De qué mamá? —pregunté con rabia, a la vez que me daba la vuelta—. ¿De qué quieres que hablemos? ¿De cómo te tiras a uno de tus empleados en tu despacho? ¿De tu preocupación por cómo me siento? ¿De tu interés por mí? ¿De qué, mamá? He sido una estúpida viniendo. —Me giré de nuevo y comencé a andar.

—No, Álex, no te vayas. —Su mano me agarró del brazo para pararme—. Pasa un momento a mi despacho y hablemos, te lo suplico.

La miré a la cara con cierto desprecio y pensé en soltarme de su brazo e irme, pero sus ojos me rogaron quedarme y entré con ella en el despacho. Ya no había ni rastro del joven que hacía un momento estaba a punto de llenarla de placer. Se había evaporado.

—Álex, hija, lo siento...

—¿El qué sientes? —pregunté, cortándola—. ¿Estar a punto de echar un polvo? ¿El que te lo haya estropeado? ¿Que no te importen lo más mínimo los sentimientos de tu hija? ¿El qué?

—No estás siendo justa, Álex. Soy una mujer libre, llevo viuda dieciséis años, puedo hacer con mi vida lo que quiera sin dar explicaciones.

—Bueno, eso ya lo hacías aun estando casada con mi padre. —La miré con furia.

—No te consiento que me trates así de nuevo. —Levantó la voz.

—Vale, dejémoslo. Ahora hablemos de tu faceta como madre. ¿Te has preocupado en saber cómo me encuentro? ¿En saber de qué manera ha afectado todo esto a mi vida? ¿Ha habido un solo puñetero minuto en tu vida en que te hayas parado a pensarlo? ¡Ah, no, qué tonta! Estás demasiado ocupada. Tienes demasiados asuntos entre manos, o entre las piernas.

—Alejandra, te estás pasando de la raya. Tú no tienes derecho a tratarme así —gritó.

—¿Y tú sí lo tienes? ¿Tienes derecho a joder la vida de los demás? ¿Tienes derecho a alejar a un padre de su hija? ¿Lo tienes? —le pregunté exaltada.

—Si vuelves al tema de Alejandro, ya te dije que yo no lo chantajeé para separarlo de ti. Siento no habértelo dicho antes, tenía miedo a tu reacción, por eso callé. Ahora sé que me equivoqué, que no tenía derecho a ocultártelo, pero ya no tiene remedio. Por favor, calmémonos y hablemos, hija. —Hizo una pausa—. Yo te quiero, de verdad.

—¿Por qué me pusiste Alejandra? ¿Por mi padre? Es una curiosidad que tengo.

—No, eso fue una broma cruel del destino. Era mi castigo para que no pudiese olvidar nunca de quién eras en verdad hija. —Suspiró fuerte—. Tu padre, Julio, quien te crio, estaba empeñado en elegir ese nombre cuando tuviese una hija. Así se llamaba su abuela, estaba muy unido a ella, la adoraba. Por eso te llamas Alejandra,

aunque la idea de llamarte Álex sí fue mía, así me sería más fácil no recordar mi error todos los días.

—¿Eso soy para ti, un error? ¿Por eso no me quieres? —La miré, perpleja.

—¡No digas tonterías! Tú no eres ningún error. Y por supuesto que te quiero. — Levantó de nuevo la voz—. Yo cometí el error, un grave error que he arrastrado y que ahora me ha pasado por encima, arrollándome. Solo yo. —Se le quebró un poco la voz.

—Entonces, si me quieres, ¿por qué no te preocupas nunca por mí? ¿Por qué no me has dado cariño en los momentos más difíciles de mi vida? ¿Por qué no estás a mi lado cuando te necesito?

—Álex, quizás yo no soy como otras madres. Me cuesta expresar mis sentimientos, pero eso no significa que no te quiera, que no me importes.

—Yo solo sé que una madre debe estar apoyando a sus hijos siempre, en lo bueno y en lo malo. Debe mostrarles su amor. A veces eso era lo único que necesitaba, un abrazo, un beso; pero tú nunca tenías tiempo para mí. Nunca me has sabido dar cariño, nunca me he sentido querida por ti, mamá. —Las lágrimas hicieron acto de presencia en mis ojos.

—Lo siento, Álex, es mi carácter. Quizá soy un poco fría y distante, pero, te vuelvo a repetir, te quiero, eres lo más importante para mí.

—¿Un poco fría y distante? ¿Un poco? Debes de estar bromeando. Un témpano de hielo es cálido a tu lado. No tienes ni idea de lo que es amar a un hijo, ni idea — dije, saliendo apresuradamente de su despacho mientras las lágrimas cubrían mi rostro.

—¡Álex, Álex! Vuelve, por favor —gritó mi madre, pero mis piernas no quisieron parar hasta salir de aquel edificio.

Caminé por las calles mi tristeza, mientras las lágrimas bañaban mi rostro sin importarme que la gente que paseaba a mi alrededor me viese llorar. Me sentía desolada. Era tan duro no sentirme querida por mi madre, no notar el amor materno, el puro, el incondicional, que quemaba mi alma. Dolía tanto que me abrasaba por dentro. Después de un largo rato andando sin saber hacia dónde, me topé con unos bancos y decidí sentarme a descansar, si bien era mi alma la que más agotada estaba en ese momento. Mi teléfono sonó en ese instante. Al cogerlo comprobé que mi madre me estaba llamando y volví a guardarlo, haciendo caso omiso a su sonido. Unos minutos más tarde, un zumbido me dispersó de mis pensamientos; acababa de recibir un *whatsapp*. Pensé que sería de nuevo ella y volví a ignorarlo, ni me molesté en comprobarlo. Levanté mi desánimo del banco de metal y busqué un taxi para volver a mi casa. Necesitaba un lugar tranquilo donde ahogar todo el pesar que era incapaz de sacar de mi corazón.

Un largo y cálido baño consiguió aplacar un poco mi desasosiego. Mientras me estaba secando, pensé en buscar en el congelador algo de comida para cenar. Nada más abrirlo, vi una *pizza* para microondas. La saqué del envoltorio y la puse a calentar mientras me iba poner el pijama. Al pasar por el salón, mi teléfono comenzó a sonar. Soplé con fuerza al acercarme a él, pensaba que sería mi madre de nuevo y no tenía idea de contestar, no me sentía con ganas ni fuerzas para seguir discutiendo. Pero no era ella. Era Tomás. Tomás estaba llamándome por teléfono.

—¿Qué quieres? —contesté de mala manera.

—Paz, por favor. Solo quería saber cómo te encontrabas, pero si llamo en mal momento cuelgo ahora mismo.

—No, perdona. —Suspiré—. He tenido un día largo y duro, tú no tienes la culpa.

—¿No te ha ido bien con Andrés Suárez?

—¿Solo me has llamado para saber qué me ha dicho?

—Veo que estás a la defensiva. Casi va a ser mejor hablar contigo en otro momento.

—Disculpa, disculpa. —Soplé con fuerza de nuevo—. He discutido con mi madre y no estoy bien.

—Bueno, para que te sientas mejor, quiero que sepas que no te he llamado para saber qué te ha dicho Andrés. Cuando regreses ya lo hablaremos. Te he llamado para saber cómo estabas, para hablar contigo. Para disculparme por lo de esta mañana, por el beso.

—Ya te dije por *whatsapp* que disculpas aceptadas. No quiero hablarlo más, por favor.

—¿Hablar de qué? ¿No sé de qué hablábamos?

—¡Qué bobo eres! —Una sonrisa, sin poder evitarlo, afloró en mis labios.

—Al menos este bobo te ha sacado una sonrisa, aunque no la vea, la percibo.

—Sí, me has hecho sonreír por un momento. Si no quieres algo en concreto te voy a tener que dejar. Tengo una *pizza* en el microondas esperándome, acabo de escuchar el pitido.

—¿Cuándo regresas?

—¿Impaciente por tu reportaje?

—No, mi reportaje va genial. Hoy he avanzado mucho. Solo tengo ganas de verte, me caes muy bien. Me encantan las mujeres que me dan calabazas, me gusta lo difícil.

—¿Soy un reto para ti? —pregunté sorprendida.

—No lo sé aún. Depende de cuánto pases de mí.

—¿En qué escala? —pregunté casi riendo.

—De uno a diez.

—Creo que entre siete y ocho. —Contuve mi risa.

—¡Uf! Eso ha dolido. Entonces eres un reto, está claro.

—Pues tu reto da por zanjada la conversación. Buenas noches, Tomás. —Colgué el teléfono.

Mis labios no pudieron contener la risa que me había producido esa conversación tan de adolescentes, pero a la vez me parecía tierna y bonita. Una sutil forma de hacerme ver que le gustaba, que se sentía atraído por mí. Corrí a la habitación para ponerme el pijama y cenar la *pizza* que llevaba aguardando un rato en el microondas. Mi móvil emitió un zumbido, un *whatsapp* acababa de entrar. Las comisuras de mis labios se volvieron a estirar al ver que era de Tomás.

No me has dicho cuándo vuelves. Necesito saberlo, iré a recogerte al aeropuerto. No vayas a pensar que es por otra cosa. A ver si se te va a subir a la cabeza el que seas mi reto.

20:14

¡Pero ¿podía tener más cara?! Reí, sin poder evitarlo, a la vez que mis dedos comenzaron a contestar a su mensaje.

Seguramente regrese el domingo, voy a mirar luego vuelos para ese día. Y perdona, me explicaré mejor, no soy tu reto, soy una quimera para ti.

20:16

Al momento entró su contestación. Realmente era rápido escribiendo.

Tocado y hundido. Duele. Pero yo soy como don Quijote, persistente en la búsqueda de su Dulcinea.

20:17

Volví a reír. Y volví a responderle lo más rápido que pude, mi cena se estaba enfriando.

Sigue soñando, pero déjame cenar. Al final voy a tener que tirar la *pizza*.

20:18

Regresé a la cocina y saqué mi cena del microondas. La *pizza* estaba ya casi fría. Mientras me la comía no podía dejar de sonreír recordando las palabras de Tomás; era muy gracioso, la verdad. Y pensé cuánto tiempo hacía que no sentía esa sensación de nervios por el estómago, de alas revoloteando por las entrañas, de corazón agitado e ilusionado. Mucho. Demasiado. Tanto, que ya no recordaba muchas de las emociones que aquellas palabras me habían hecho revivir.

Cuando terminé de cenar busqué un vuelo de regreso a Jerez para el domingo. Había uno a las doce de la mañana. Me pareció perfecto y reservé billete. Después, llamé a Sofía y estuvimos charlando durante un larguísimo rato, como de costumbre. Le conté lo de mi madre, mi dolor al salir de allí, mi desolación al sentirme tan sola. Me regañó. Me reprochó que no la llamase, que no compartiese en ese preciso

instante mi aflicción. Le recordé que estaba en una reunión y que yo no era el ombligo del mundo. Volvió a regañarme. Me aclaró que en ese momento yo era más importante. No me lo podía creer, mi amiga volcaba su vida para hacerme sentir mejor y mi madre ni tan siquiera se había preocupado en saber cómo me había afectado descubrir que mi padre era otro, que mi vida estaba construida sobre una mentira, que todo lo que creía ser no era, que todo había cambiado en solo unos segundos. Estaba convencida de que ni se lo había planteado. Ella había continuado con su vida como si tal cosa, como si no fuese con ella, como si el problema fuera de otros, típico de Maite Ramos. Después de aparcar el tema de mi madre le conté la llamada de Tomás y sus *whatsapp*. Reímos sin parar las dos. Sofía decía que se moría de ganas por volver a verlo, apenas recordaba cómo era antes. No paraba de decirme que estaba coladito por mí y que a mí también parecía que me gustaba un poco. No se lo negué, realmente también me sentía atraída por él. Aunque Darío y sus besos tampoco se apartaban de mi cabeza. Jamás creí que pudiese fijarme en un hombre después de lo de Raúl y Carla. Pensé que mi vida acabó en aquel mismo momento. Primero, con él, perdí la confianza y la enterré bajo capas de inseguridad y traición. Luego, con mi niña, sepulté mi corazón debajo de una pesada losa de dolor y desconsuelo. Pero ahora, de repente, sentía correr de nuevo la sangre por mis venas, sentía cómo llegaba con fuerza a mi corazón, haciéndolo latir. Y quería latir. Aunque el problema era que lo hacía a dos tempos, por dos hombres, y no sabía cuál le disparaba más de pulsaciones. Esa noche lo había conseguido Tomás, pero no sabía qué ocurriría cuando volviese a ver a Darío. Años sin fijarme en un hombre, y en solo unos días me atraían dos, me hacían sentirme viva los dos, me sacaban una sonrisa los dos. ¡No me lo podía creer!

A las doce menos cinco estaba en el bufete de Francis Soler, el abogado que Andrés Suárez me había recomendado. La secretaria, muy amable, me condujo hasta su despacho. Nada más entrar en la espaciosa dependencia, me recibió uno de los cuadros de Alejandro, mi padre. Era arte abstracto, totalmente diferente de lo que yo había visto hasta el momento. Aunque cada vez estaba más convencida de que apenas conocía ni una octava parte de su obra. Resaltaban los colores vivos; los rojos, verdes y azules. Y si bien no sabría decir qué representaba, quedaba claro que la mezcla y los trazos estaban tan bien estructurados y repartidos por aquel lienzo, que uno se quedaba embobado admirándolo.

—Es precioso, ¿a que sí? —me preguntó una voz varonil detrás de mí.

Me giré al momento. Un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, con una abundante mata de pelo negro teñida con alguna que otra cana y muy atractivo, estaba detrás de mí.

—Buenos días. Soy Francis Soler —dijo alargando su mano para saludarme—. Y usted es la hija del maravilloso genio que pintó ese cuadro que está admirando.

—Buenos días. —Le estreché la mano—. Sí, soy Alejandra Villanueva, hija de Alejandro Maxwell. Y estoy completamente de acuerdo con usted, es una pintura

increíble, tiene vida.

—Siéntese, por favor —dijo, pasando hasta su sillón para sentarse también—. Me comentó Andrés que quería que yo le llevase todo el tema de la herencia. Perdóne mi atrevimiento, pero es que aún estoy impactado con la noticia. No tenía la menor idea de que Alejandro tuviese una hija. Jamás habló de usted.

—Bueno, ni siquiera yo lo sabía. —Las comisuras de mis labios se estiraron sutilmente—. Me enteré casi una semana después de su muerte.

—¡Vaya! Eso sí es impactante.

—Mucho. —Esboqué de nuevo una tímida sonrisa.

Después de hablar un rato de mi padre, de cómo se conocieron, de sus pinturas y de la gran persona que era, aparcamos todo para concentrarnos en lo que había venido a tratar: la herencia. Me preguntó por qué quería cambiar de abogado y le puse de excusa la distancia. Prefería un abogado en Madrid, en mi lugar de residencia. Le pareció totalmente comprensible y empezó a decirme todo lo que le tenía que hacer llegar para que pudiera ponerse manos a la obra. Me explicó que cuando hubiese realizado todos los cambios me citaría para firmar ante notario. Antes de marcharme me acercó a otro despacho para mostrarme otro cuadro de mi padre. Este era un retrato. El retrato del padre de Francis Soler, juez de la Audiencia Nacional. En el cuadro había sido inmortalizado con la toga, y su aspecto de sobriedad era tan intenso que transmitía el peso de la justicia. No pude contenerme y me acerqué hasta él para percibir de cerca las pinceladas. El realismo era tal que parecía que de un momento a otro ese hombre iba a salir del cuadro para dictar sentencia. Cada vez me asombraba más su arte. Daba igual la técnica que usase; era bueno, excelente en todas ellas. La amable secretaria nos interrumpió un momento, Francis tenía una llamada importante esperándolo. Me dio su tarjeta y me apuntó su número privado por si tenía que hacerle alguna consulta. Quedé en mandarle todo lo requerido por mensajero y nos despedimos.

•

Camino a casa de nuevo, mientras viajaba en el taxi, recibí otro *whatsapp*. Era de Darío. El corazón me dio un pequeño vuelco en ese momento.

Hola, Álex. ¿Qué tal te va todo por Madrid? Te echo de menos, ya te dije que no sé cocinar para mí solo. Congelé comida ayer y tendré que congelar comida hoy también. ¿Cuándo regresas? Si tardas mucho no tendré espacio para congelar más. Besos.

12:54

Sonreí sin poder evitarlo. Tenía a dos hombres pendientes de cuándo regresaba para verme, y yo también deseaba volver a verlos a los dos. Recordé el beso que me dio Darío en la playa y me alteré un poco. Y sin saber por qué, pensé en besar a Tomás de la misma forma que me había besado Darío. Deseé hacerlo en ese preciso

momento. Quería comprobar cómo besaba. No me bastaba con un beso robado que solo rozó un poco mis labios; necesitaba sentir su pasión. O más bien, mi cabeza necesitaba decidirse por uno y no volverse loca pensando en los dos. Creí que si me besaba con él mi corazón decidiría por cuál latía con más fuerza. O quizá no. Estaba hecha un lío. Y volví a sonreír, preguntándome a la vez qué era lo que me hacía tanta gracia. Ni idea. No tenía la menor idea, pero no era capaz de apartar la sonrisa de mi boca. Volví a mirar mi móvil y empecé a contestar a Darío.

Regreso el domingo, a medio día estaré allí. Prepárame una buena comida de bienvenida. Nos vemos.

12:57

Sofía vino a casa a comer. Traía comida de un restaurante japonés que le encantaba. A mí no me apasionaba mucho, pero si había que comérsela lo hacía sin protestar. Al terminar me sugirió salir de compras, hacía muchos años que no salíamos juntas para esos menesteres. Cuando le dije que sí sin ni siquiera titubear, se lanzó a mis brazos. Parecía que le hubiesen dado la mejor noticia que pudiese recibir, saltaba de alegría. Tan contenta estaba, que me prometió comprarme un vestido y ropa interior *sexy*. No quería que Darío ni Tomás se asustasen al ver mis braguitas de anciana. Así denominó a mi ropa interior de algodón. Reímos un rato y abandonamos mi casa en busca de tiendas, algo que tampoco recordaba, lo había olvidado por completo. La última vez que fui de compras a un centro comercial iba con Carla. Le compré un jersey precioso. Había uno muy similar en mi talla y me lo compré para mí. Aún recuerdo lo contenta que estaba cuando nos los pusimos para sorprender a Raúl. Las dos los combinamos con unos pantalones vaqueros, Carla no paraba de decir que yo iba vestida de ella. Raúl empezó a bromear, decía que a ella le quedaba mucho mejor que a mí. Mi ángel me abrazó con fuerza, diciéndome que no le hiciera caso, «Tú también estás muy guapa, mami», me dijo con su dulce voz. Tan solo unas semanas después de eso le encontré en la cama con otra. Muchas veces me pregunté cuánto se habría reído de mí el maldito hijo de puta. Ahora ya no me importaba, hacía años que dejó de hacerlo.

—Álex, ¿estás bien? Te has quedado muy seria. ¿Ocurre algo? —me preguntó Sofía a punto de entrar en el centro comercial.

—No tranquila. —Intenté sonreír—. Solo me han asaltado unos recuerdos, pero ya los aparco. Disfrutemos de una tarde de amigas, como en los viejos tiempos.

—Hecho. Déjaselo a mi Visa —contestó enseñándomela. No pudimos evitar echarnos a reír.

Pasamos a un montón de tiendas y me probé no sé cuántos vestidos. Al final Sofía se empeñó en regalarme uno rojo con el escote en V, decía que tenía unas clavículas preciosas que debía volver a lucir. Era un poco entallado hasta la cintura y con una caída muy natural, dejando ver mis rodillas. También me regaló un par de conjuntos de encaje muy bonitos. Uno de ellos con tanga. Me explicó, como si fuese tonta, que con ese maravilloso vestido no podía llevar nada que se me marcara. Luego me llevó

a la peluquería. Yo insistí en que no quería un cambio de imagen, pero al final su persistencia pudo más que mi voluntad y terminé cortándome el pelo. Me dejé una melena a la altura de los hombros. Sofía no paraba de decirme lo guapa que estaba, aunque, para mejorar, debía darme unos reflejos. La paré al momento, ya había hecho demasiados cambios por hoy. Sonrió y no me presionó más, sabía que había dado un gran paso con todo aquello. Era igual de consciente que yo y entendía lo que significaba. Ambas sabíamos que por primera vez en más de cinco años sentía ilusión ante la vida y quería volver a vivir.

El sábado me acerqué a casa de Sofía para pasarlo entero con ella y Miguel. Desde que llevaba sin verlo, en su pelo negro azabache se había dibujado alguna que otra cana, aunque eso le hacía todavía más atractivo. Era un hombre muy guapo y con una silueta esbelta y bien cuidada. Sus ojos eran grandes, expresivos y negros como su pelo. Se había dejado una perilla que le hacía más interesante, si bien le tapaba el *sexy* hoyuelo que tenía en su barbilla. Al verme se alegró muchísimo y se sorprendió ante mi cambio de imagen. Me dijo que estaba muy guapa y que mis ojos habían vuelto a recobrar la vida. Era cierto. A pesar del dolor que aún guardaba en mi interior y del que tenía la certeza jamás lograría despojarme, la savia de la ilusión había ocupado todo mi resto. Y eso se transmitía en mi rostro, el espejo del alma. Sin haber conocido a mi padre como tal había cambiado mi vida. Me había hecho resurgir del pasado, me había llevado a contactar de nuevo con el mundo y eso me llevó a conocer a dos hombres que hicieron despertar a mi corazón. El destino, una vez más, me volvía a sorprender. Aunque esta vez de forma más grata que las últimas.

•

Sofía y Miguel me acercaron el domingo hasta el aeropuerto. Nada más despedirme de ellos y entrar en él, mi teléfono empezó a sonar, mi madre volvía a llamarme. Pensé que debía cogérselo, el día anterior desoí todas sus llamadas, y habían sido bastantes. Sofía, para no variar, se había pasado todo el día regañándome e hizo un poquito de abogada del diablo, como siempre. Decía que hacerla sufrir lo justo le divertía, pero ya no le gustaba que abusase de ello. Sabía que muy en el fondo y en su peculiar forma de ser mi madre me quería y yo la importaba. Yo tenía mis dudas al respecto, sinceramente, pero lo que no debía dudar era en atender esa llamada. Era justo que supiese que volvía a Rota.

—Dime —contesté secamente.

—Por favor, Álex, nunca me vas a perdonar por no haberte dicho que Alejandro era tu verdadero padre. ¿Cuánto más piensas castigarme, hija? —Su voz sonó desolada.

—Mamá, no quiero discutir. Lo único que te diré es que tu desamor maternal hacía mí se remonta desde que tengo uso de razón. Ahora no quieras achacarlo todo al hecho de haberme ocultado durante toda mi vida quién era mi padre en verdad.

—Yo te quiero, Álex. Perdóname si no he sabido demostrártelo, quizá mi instinto maternal esté menos desarrollado que en otras mujeres, no sé. Pero eso no quiere decir que no me importes, que no te quiera. No, Álex.

—Mamá, me agota la misma conversación siempre. Tú ves las cosas de manera muy distinta a mí. Yo necesito sentirme querida, como cualquier hijo necesita el amor de sus padres. Solo puedo decir que me sentí muy querida por el mío, por Julio, aunque no fuese mi verdadero padre. Él sí supo darme todo su cariño. —La garganta se me anudó al recordarle.

—¿Dónde estás? Me gustaría verme contigo y hablar un poco. Además, te tenía que contar que el próximo sábado hacemos un homenaje a tu padre en la editorial. Hace cuarenta años de su inauguración. El otro día, como te fuiste de esa forma, no pude hablarlo contigo.

—Estoy en el aeropuerto, me vuelvo a Rota.

—¿Te marchas de nuevo y no pensabas decírmelo? ¿Crees que eso es justo por tu parte? —Levantó un poco la voz.

—¿Y es justo por la tuya hacer un homenaje a mi padre y tirarte a otro en el que un día fue su despacho? ¿O es justo hacer creer a todo el mundo que él es mi padre cuando en realidad no lo es? Cómo te atreves a hablar de justicia. Me exasperas, de verdad. —Exhalé el aire todo lo fuerte que pude, hasta vaciar mis pulmones.

—¿Cuánto más, Álex? Dímelo. O mejor dicho, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo vas a estar echándome en cara mi error? ¿Acaso crees que yo no he arrastrado toda mi vida con él? Te recuerdo que tu padre y yo nos íbamos a separar por ello, que toda mi vida se iba ir al traste, que rompí el corazón de un buen hombre por aquel maldito error. —La voz se le quebró.

—Pues haberlo pensado antes, mamá. Haber pensado antes en el dolor que provocarías en mi padre, en que te jugabas tu matrimonio solo por acostarte con un hombre, con mi padre. ¡Joder, mamá! No fue solo una aventura de la que uno se arrepiente a la mañana siguiente y quiere olvidarla. —Las lágrimas cubrieron mis mejillas—. Engendrasteis un hijo, me engendrasteis a mí. Y callaste siempre para cubrir tus espaldas, para mantener tu mundo a salvo. Engañaste a mis dos padres y a mí, mejor dicho, engañaste a todos. ¿Con qué derecho, dímelo? —Rompí a llorar con más fuerza.

—Álex, perdóname, de verdad. Sé que no tenía derecho, hija, pero tenía tanto miedo, tanto...

—Tu cobardía no soluciona nada, mamá —grité, cortándola—. Tú cobardía solo nos ha jodido la vida a todos, solo eso. —Colgué.

Busqué un aseo para entrar y lavarme la cara. No quería que nadie se diese cuenta de que había estado llorando. Según salía de él, el móvil volvió a sonar, era de nuevo mi madre. Apreté la tecla de colgar para que dejase de emitir su sonido, no pensaba hablar más con ella. Ya llevaba mi ración de dolor rebosante por mi alma, no podía con más. Al momento entró un *whatsapp*, también era de ella. Lo abrí para ver qué

quería decir ahora en su indefendible justificación.

Espero que vengas el sábado al homenaje de tu padre. Tu abuela paterna estará allí, viene desde Francia, y le encantaría volver a verte. Hace más de un año que no os veis. También vendrá nuestra familia, los tíos y el abuelo. Todos están ansiosos de verte. Hazlo por ellos, no por mí, y ven, por favor.

11:41

Guardé el móvil y me dirigí a embarcar. No pensaba contestarla por el momento, no sabía qué iba a hacer. Reflexionaría todo durante el vuelo y tomaría una decisión al respecto.

Al llegar al aeropuerto de Jerez, Tomás estaba esperándome. Mi corazón dio un vuelco al verlo nada más abrirse las puertas. Me encontraba tan apenada en ese momento por todo lo sucedido con mi madre que me dieron ganas de salir corriendo y tirarme a sus brazos, necesitaba el calor de alguien en ese instante. En cuanto me vio se acercó a mí rápidamente. Cuando me saludó no pude reprimirme, fue imposible, y le abracé con fuerza.

—¡Vaya! Parece que me has echado de menos —dijo riendo.

Me aparté de él y lo miré fijamente, ambos detuvimos nuestras miradas en nuestros ojos unos segundos. En ese momento estaba un poco confusa con mi reacción y con mis sentimientos al verlo. No sabía si todo se debía a mi consternación o a la pequeña atracción que sentía hacia él. Lo único que estaba claro era que mi corazón se alegró al verlo.

—Lo siento, Tomás, ha sido un impulso —dije un poco nerviosa, y aparté mi mirada de la suya.

—Tranquila. Puedes abrazarme todas las veces que quieras, me encanta la impulsividad. —Sonrió—. Además, Dios me dio los brazos para eso, aparte de para llevarte la bolsa de viaje —dijo, quitándomela de las manos—. ¿Nos vamos?

—Sí. Vámonos. —Sonreí yo también.

—Te sienta genial ese corte de pelo, estás muy guapa. —Tomás no paraba de mirarme mientras abandonábamos el aeropuerto.

—Gracias —contesté, tocándome mi melena y sonriendo—. Sofía se empeñó en que me lo cortase. Al final su testarudez pudo conmigo.

—Creo que te sienta muy bien el cambio de imagen, de verdad —asintió.

Una vez en el coche me preguntó cómo había ido todo por Madrid, aclarándome de inmediato que no se refería a mi reunión con Andrés. Es más, me dijo que no le contase nada hasta el día siguiente. Era domingo, día no laborable. Después de reír los dos un poco, le conté que había estado con Sofía y con su marido y lo habíamos pasado muy bien. Y también le conté lo de mi madre; todo, absolutamente todo, de principio a fin. Necesitaba hablar de ello para ver si así, al expulsarlo, borraba todo el dolor que me producía.

—¿Te apetecería venir el sábado a Madrid conmigo? ¿Querrías acompañarme al homenaje de mi padre? Bueno, de Julio, aunque para mí continuará siendo mi padre

siempre.

—Es que siempre será tu padre. Él te crio, te educó, te dio cariño, compartiste tu vida con él. Lo único que no compartís es la genética, pero ser padre es más que fecundar un óvulo. ¿No crees?

—Sí, llevas razón. Aunque Alejandro no pudo ejercer de padre porque mi madre se lo ocultó. Nos engañó a todos. —Bufé con furia.

—Vale, tranquila. No te castigues más con eso, Álex. Ya no tiene remedio.

—No me has contestado a mi pregunta —dije, mirándolo.

—Es cierto. No sé qué decir, la verdad.

—No te preocupes, no debía habértelo pedido. Lo siento.

—No me entiendes. Yo estoy encantado de acompañarte, pero me ha sorprendido un poco. Como eres una quimera para mí me has dejado un poco desconcertado. —Estiró un poco los labios.

—Y lo seguirás siendo. Precisamente quiero que me acompañes para que lo compruebes.

—Y no podría ocurrir que si te acompañó pudieses cambiar de idea. ¿No hay una mínima posibilidad de que eso ocurra?

—Puede, quién sabe. A lo mejor, si eres un buen acompañante, te permito ser tu reto en lugar de tu quimera.

—A lo mejor te gusto tanto como acompañante que podría tener alguna posibilidad de salir contigo. —Agrandó la sonrisa.

—¡No seas tan creído! Para eso debes esforzarte mucho, pero mucho. —Sonreí y terminé riendo. Él lo hizo también, surgiendo en su cara su hoyuelo otra vez.

Darío nos estaba esperando en la puerta de la finca de mi casa. Tomás y él se estrecharon las manos y a mí me dio un abrazo y dos besos. Un hormigueo recorrió todas mis entrañas al hacerlo. Estaba muy feliz de volver a verme, no hacía falta que lo dijese, se le notaba a simple vista.

—Te has cortado el pelo, te sienta fenomenal —dijo mirándome fijamente.

—Gracias. —Me toqué el cabello con coquetería.

—Yo también se lo he dicho —añadió Tomás.

—Bueno, dejemos mi cambio de *look* y entremos en casa, señores.

Nada más dejar Tomás mi bolsa de viaje en el salón, les pedí salir al porche y beber algo los tres. Así podríamos hablar un rato y descansar mirando al precioso océano que teníamos frente a nosotros. Tomás tenía prisa, dijo que tenía muchas cosas que hacer. Se bebió un refresco de naranja con rapidez, quedamos en vernos el día siguiente y se marchó.

Después de comer, Darío y yo nos quedamos sentados hablando de lo que había hecho por Madrid. A él no le conté lo de mi madre, no me apetecía volver a sacar el tema, solo le hablé de lo mucho que disfruté con Sofía. Me comentó que se iba a ausentar dos o tres días. Tenía que ir a Barcelona para verse con su agente literario. Continuamos hablando un rato de su novela, de cómo la llevaba, de cuánto le

quedaba para acabar. Luego nos levantamos para recoger la mesa y me ayudó a fregar lo poco que habíamos usado. Al acabar me miró fijamente, deseoso de nuevo, mi estómago volvió a encogerse con su mirada.

—Te he echado mucho de menos, Álex. Estaba ansioso por que llegase hoy —dijo acercándose a mí.

—Yo también me he acordado de ti. Sobre todo de tu maravillosa comida.

—¿Solo te has acordado de eso?

—¿Es que tenía que acordarme de algo más? —Lo miré con una incipiente sonrisa resurgiendo en mi rostro.

—Sí, de esto. —Se acercó a mi boca y me besó lleno de pasión. Mis labios le devolvieron el mismo deseo mientras mi sangre cosquilleaba con fuerza por mis venas—. ¿Lo recuerdas?

—Puede —respondí, prácticamente pegada a su boca.

—¿Quieres recordarlo mejor?

—Quizá —contesté.

Él se separó despacio de mí y se quitó la camiseta. Volví a quedarme asombrada observando su escultural y moreno torso. Cogió mis manos suavemente y las posó sobre su pecho, deslizándolas despacio hasta bajarlas a sus oblicuos. De nuevo acercó su boca a mis labios y volvimos a besarnos, esta vez sus besos subieron de tono, eran sumamente apasionados. Darío comenzó a acariciar mi espalda, mi cintura, mis nalgas. Sus manos se volvían locas a la vez que su boca no paraba de llenar la mía. Con sutileza, comenzó a meterlas por debajo de mi camiseta hasta acariciar mis pechos por encima del sujetador. En ese momento la imagen de Tomás irrumpió en mi mente con fuerza y aparté, instintivamente, a Darío de mí.

—Ya, Darío, ya —le dije, intentando calmar mi desconcierto, mi confusión al pensar en Tomás.

—¡Vamos, Álex! Tú me deseas tanto como yo a ti. Ambos estamos deseosos de acabar en la cama, lo sabes.

—No, Darío, te equivocas —contesté seria—. Es cierto que eres muy guapo, que me atraes mucho, pero no puedo.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes? No te entiendo. —Resopló.

—Yo necesito sentir algo más que una simple atracción para acostarme con alguien. Igual soy un poco chapada a la antigua, pero lo necesito.

—Álex, me gustas mucho, no es solo una atracción sexual, te lo prometo. Estos días sin verte he sido incapaz de pensar en otra cosa que no fueses tú. —Acarició mi cara—. No paraba de recordar tus besos y ansiaba volver a tener tus labios en mi boca. Me gustas de verdad, no para pasar un rato.

—Lo siento, Darío, pero por el momento no puedo darte más. Espero que me entiendas. —Suspiré e hice una pausa—. Y ahora, si no te importa, me gustaría ducharme y descansar un rato.

—Como tú quieras, Álex —contestó, un poco apesadumbrado. Cogió su camiseta

y se marchó.

Me fui al salón y me senté en el sofá totalmente aturdida. Me gustaba Darío, era muy guapo, tremendamente bello. El típico hombre que podía tener a la mujer que quisiera, estaba convencida que todas caerían rendidas a sus pies. Sin embargo, no podía apartar a Tomás de mi mente, era imposible, completamente imposible. Su tonto beso permanecía impreso en mi recuerdo junto a su gracioso hoyuelo y no lo podía borrar ni por un segundo. Dubitativa ante esos recuerdos e incluso un poco desorientada, cerré mis ojos para imaginarme a Tomás besándome igual que había hecho Darío apenas unos minutos antes. Mi pulso se aceleró, mis entrañas sintieron un batir de alas extremadamente agitador y un sofoco sacudió mi cuerpo. En ese momento fui consciente de lo que ocurría, de lo que estaba sucediendo. Mi corazón acababa de tomar una decisión por mí. Había decidido que era Tomás el que le hacía latir con brío, por el que quería subir el ritmo de sus palpitaciones. Darío era más guapo, eso era indiscutible, pero Tomás sembró algo en mi interior que brotó con más fuerza que solo una pura atracción física. Había hecho germinar ilusión, esperanza y confianza de nuevo en mí. Había zarandeado a mis más dormidos sentimientos y algunos de ellos empezaban a desperezarse. Lo hacían sin prisa, pero también sin pausa. Había pedido permiso a mi alma para intentar adentrarse en ella y, por el momento, todas esas puertas se iban abriendo lentamente, aunque con energía. Estaban floreciendo unas sensaciones que daba ya por mustias y marchitas, por muertas completamente debido a mi continua melancolía.

Nada más levantarme tomé una larga ducha. Me quedé debajo del grifo durante mucho tiempo, mientras pensaba en todo lo que me estaba sucediendo y la velocidad a que lo hacía. La tibia agua recorría mi cuerpo desnudo y le ayudaba a relajarse lentamente. Necesitaba un poco de sosiego entre el maremoto de sentimientos encontrados de los últimos días y que mi mente procesaba como bien podía. Mis padres, el biológico y el que ejerció siempre de progenitor; mi madre y su frialdad para conmigo; el misterio que envolvía a Alejandro; Darío y sus ganas de mí, casi en demasía, y por último, Tomás y lo que empezaba a despertarme. Esboqué una tímida sonrisa recordando el gracioso y *sexy* hoyuelo que marcaba su mejilla al sonreír. Y de nuevo sentí su precipitado beso en mis labios, haciéndome desear probar su boca con más calma. Cerré el grifo y decidí que era hora de salir de allí, mis dedos empezaban arrugarse cual pasa. Me vestí y bajé a prepararme una taza de café, necesitaba desayunar algo, mi estómago empezaba a demandarlo. Mientras se hacía, salí a abrir el rudo y gran portón de la finca, como todas las mañanas. Miré hacia la playa y vi a Darío paseando. Lo hacía cabizbajo, y me dio pena pensar que estuviese así por lo de ayer. Tuve intención de alzar la voz y gritar su nombre para saludarlo, pero luego creí que era mejor dejar las cosas como estaban, ya se le pasaría. Volví a entrar en mi casa y fui derecha a la cocina; el café ya estaba hecho. Cogí un par de galletas y me senté en la isleta a bebérmelo despacio, sin poder parar de pensar. Todavía no lo había terminado cuando el timbre de la puerta sonó. Me imaginé que sería Tomás, Darío llamaba con los nudillos, nunca con el timbre. Me asomé por la ventana y comprobé que era él, no me había equivocado. Al verle, las mariposas revolotearon por mi estómago velozmente, sin poder remediarlo, el pulso se me aceleró y la sonrisa tomó mi cara, también sin poder evitarlo.

—Buenos días —dije abriendo la puerta.

—Buenos días y felices para ti por lo que se ve. —Sonrió.

—¿Para ti no lo son? —le pregunté.

—Siempre lo son si veo una cara tan bonita como la tuya. —Estiró más sus labios hasta aparecer una vez más su hoyuelo. No pude contenerme y reí ligeramente, me encantaba verlo resurgir en su mejilla.

—Anda entra. Vamos a la cocina, estaba terminándome el café.

—¿Qué tiene mi cara que te hace tanta gracia? ¿Aún sigues viendo mis granos en ella?

—A veces. —Volví a sonreír, cogiendo mi taza para tomar el poco café que quedaba.

—Eres un reto cruel —susurró—. Y lo peor es que lo sabes y te gusta jugar conmigo.

—Bueno, dejemos el tema reto y hablemos de Andrés Suárez. ¿O ya no quieres hacer tu reportaje? —le pregunté con sorna.

—Sí. —Sopló fuerte, pasando a la vez sus manos por la cara.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Esa expresión no me ha gustado nada. —Lo miré sorprendida.

—Veras. —Hizo una breve pausa, observándome—. He estado investigando mucho estos días y he descubierto ciertas cosas que no te van a gustar. Bueno, aún podía decir que son teorías, aunque cuando el río suena, agua lleva.

—¿Qué clase de teorías? ¿Qué has descubierto? —Mi corazón comenzó a bombear con más fuerza.

—Sé con qué clase de gente se empezó a juntar tu padre por esa época, en su etapa difusa. Y, créeme, no son buena gente. Son los típicos que no se pueden tener ni como amigos ni de enemigos. ¿Me entiendes?

—Pues no sé... No sé qué tengo que entender, me estás asustando.

—Voy a irme unos días a confirmar todo lo que he descubierto. Regresaré el jueves por la noche o el viernes.

—¿Adónde? ¿Adónde vas? —pregunté, un poco perdida ante tanto misterio.

—Eso da igual, lo que importa es la información que traiga.

—¿Qué tipo de gente era esa con la que se mezclaba mi padre? ¿La mafia? —le pregunté con la voz embargada de curiosidad. Él me miró sorprendido y se quedó en silencio—. Te he hecho una pregunta, joder. Tengo derecho a saberlo, más que tú. Te tengo que recordar que era mi padre. —Levanté la voz.

—¿Te suena el nombre de Alberto Mendoza de algo? —me preguntó, apoyándose en la encimera de la cocina.

—No. ¿Debería sonarme? —le pregunté, molesta.

—Es uno de los principales narcotraficantes que hay en América. Y, por lo visto, se hizo cliente de tu padre y un gran amigo.

—¿Y por eso tiene que ver algo con ese mundo? ¿No pudo ser su amigo sin más? —Volví a levantar la voz un poco alterada.

—Por eso voy a corroborar ciertas cosas antes de adelantarme a nada. Pero esto no me gusta. Esa gente son parásitos, solo buscan chupar la sangre de los demás. No tienen amigos, Álex. Solo quieren sacar un beneficio de la gente que los rodea, de una u otra forma. Eso es así.

Me quedé en silencio, no quería hacer más preguntas, sabía que él llevaba razón. Lo poco que quiso contarme Andrés y lo que acababa de decirme Tomás confirmaban en qué había estado metido mi padre. Drogas. Pero ¿cuál era su grado de involucración? ¿Qué era exactamente lo que había hecho? Y ¿qué tenía todo eso que ver conmigo? Continuaba igual de perdida que al principio, y ahora, además, me sentía un poco enojada. Me cabreaba saber que de alguna forma tenía relación con un mundo que yo despreciaba.

—Andrés te dijo algo, ¿verdad? —Me miró fijamente.

—No, no me dijo nada de esto —contesté seria.

—¡Vamos, Álex, no soy tonto! —Alzó un poco la voz—. ¿Por qué vas a pensar que tu padre hacía tratos con la mafia sin más? De algún sitio lo has tenido que sacar.

—Pero no es la mafia, es un narcotraficante.

—¡Venga ya, Álex! —Levantó un poco la voz—. ¿En qué mundo vives? Es lo mismo. Él es el jefe de toda la organización, es su mafia. ¿Acaso crees que solo pasan drogas sin más? ¿Crees que no intimidan, chantajean, usan la violencia y matan? De eso viven, Álex, joder. —Apoyó sus manos en las caderas—. Si tu padre hacía tratos con ellos de algún modo, y ten claro que tengo muchos indicios que me lo están indicando, vas a descubrir que estaba de mierda hasta el cuello.

Me senté en el taburete de nuevo sin saber qué pensar ni qué decir. Estaba claro que Tomás había descubierto cosas que Andrés me dejó entrever sutilmente. No le tenía por qué ocultar lo poco que me había dicho Andrés; es más, él parecía tener mucha más información que yo. Lo que no le iba a contar era nada sobre las cartas, esa era la voluntad de mi padre y yo la cumpliría a rajatabla.

—Bueno, lo único que me dijo Andrés es que se juntó con gente indeseable, gente que se hacen pasar por tus amigos y luego se cobran a un alto precio los favores. Pero no me dijo con quién.

—Ya te dijo suficiente, Álex, solo hay que saber leer un poco entre líneas.

—Lo sé. Yo fui quién pensó en la mafia. Y se lo dije a él, pero me respondió con evasivas. Solo me contó que mi padre y él se conocieron en una clínica de desintoxicación. Mi padre era adicto a la cocaína, al alcohol y al sexo. Por eso en esa etapa de su vida dejó de pintar, no podía hacerlo, el vicio lo tenía engullido. Confío en las personas equivocadas para dejarse ayudar. Pero hasta ahí me contó. También añadió que mi padre nunca le dijo quién era su hija para protegerme, porque me quería mucho. —Mi voz se rasgó un poco y mi garganta se anudó.

—No, por favor, no llores. —Se acercó a mí y me abrazó, logrando al sentir su apoyo que rompiese a llorar con más fuerza.

Pasamos prácticamente toda la mañana hablando del mismo tema, especulando con diferentes hipótesis sobre lo que podía haber ocurrido. Pero, evidentemente, solo eran conjeturas, no revelaban nada. Justo lo contrario, albergaban cada vez más dudas en mi interior.

Darío no vino a mediodía, como era su costumbre, deduje con su ausencia que estaba molesto por lo de ayer. Pero no quise darle más vueltas, tarde o temprano se le terminaría pasando. Bastante tenía en mi cabeza pendiente de solucionar como para preocuparme con más. Tomás y yo comimos comida precocinada, unos raviolis con tomate que estaban riquísimos. Después continuamos recopilando más datos y él estuvo escribiendo un largo rato en el portátil. Al llegar las ocho de la tarde decidí pedir una *pizza* y cenar juntos, si a mí me parecía bien. Me pareció perfecto, me agradaba estar con él, me hacía sentir bien su compañía. Sabía que le gustaba, me lo había dicho, pero él no llevaba las prisas que Darío, y eso a mí me relajaba. En aproximadamente media hora la *pizza* estaba en mi casa. Descorchamos una botella

de vino y nos sentamos en el salón a comérmola. Empezamos a hablar de otras cosas que no tuviesen que ver con el reportaje ni con Alejandro Maxwell. Y Tomás me preguntó si no me molestaba contarle algo sobre Carla, mi pequeño ángel.

—No, no me molesta. Puedes preguntar lo que quieras.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, apoyando su brazo en el respaldo del sofá y mirándome de frente.

—Le diagnosticaron un mixoma auricular, un tumor en el corazón. Había que intervenirla, pero ya no salió de quirófano. Murió en la mesa de operaciones. —Apreté los labios con vigor para contenerme de llorar.

—Lo siento, no ha sido buena idea hacerte hablar de esto, soy un torpe. Perdona. —Acarició con delicadeza mi cara.

—No, no te preocupes. Mi psicóloga decía que lo que no es bueno es callar. Exteriorizarlo me hace bien, aunque sea doloroso hablar de ello en voz alta.

—Tuvo que ser muy duro —dijo mirándome sin pestañear, con pena en los ojos.

—Lo fue. Mucho. Y aún sigue siéndolo. Pero debo aprender a vivir con ello. —Bebí un trago de mi copa y volví a dejarla en la mesa—. Al principio me sentí culpable de lo que ocurrió, hacía cuatro meses que me había separado de Raúl y estaba totalmente hundida en mi dolor. Creí que no le había prestado la suficiente atención y que yo tenía parte de culpa.

—No puedes pensar eso, Álex. Tú no podrías saber nunca lo que le ocurría a Carla.

—Lo sé. Con el paso del tiempo lo comprendí.

—Joder, te llegó todo de golpe. —Suspiró con energía.

—Sí. Y solo tuve el apoyo de Sofía. Mi madre no quiso saber nada de mi dolor. —Una lágrima saltó a mis mejillas. Tomás se acercó lentamente y me la limpió con suavidad.

—Eres muy fuerte, Álex, mucho. —Me miró con ternura.

—No sé, creo que solo hago lo que puedo.

Sonreí tenuemente y comencé a hablarle de ella, de mi pequeña, de sus prisas por nacer. Tantas, que la llevaron a adelantarse de su fecha. Fue un parto largo y duro, pero después de trece horas, al fin vi su preciosa carita redondita y sonrosada. Cuando la matrona la puso en mi regazo lloré emocionada, y Sofía lo hizo conmigo. Las emociones estaban a flor de piel en ese mágico momento. Al subirme a la habitación con mi ángel, la enfermera tuvo que bajar un poco la persiana para que el sol, que brillaba radiante de esplendor, no nos deslumbrase. Parecía que hasta él estaba feliz y quería recibirla. Le conté que Carla había sido siempre una niña muy dulce y risueña, siempre estaba feliz y no paraba de mostrarme cuánto me quería llenándome continuamente de besos. Mi vida era perfecta, completamente perfecta. Tenía un marido maravilloso, una hija que era una auténtica bendición y empezaba a exponer mis cuadros. A Carla le encantaba pintar conmigo. Habíamos pintado un cuadro precioso utilizando nuestras manos y pies, fue realmente divertido hacerlo. No

paraba de reír mientras pintábamos, en ese cuadro no solo se quedaron plasmados los trazos, las líneas, sino toda su contagiosa alegría. Era el que iba a encabezar mi exposición. Hice una breve pausa tomando aire, una gran bocanada para llenar bien mis pulmones. Y terminé describiéndole el dolor desgarrador que sentí con su muerte y cómo cambió mi vida. Desde ese mismo instante en que ella me abandonó el tiempo se paró para mí, a pesar de que el reloj continuaba marcando las horas y las estaciones se sucedían. El sol, ese mismo que brillaba deslumbrante el día que ella nació, dejó de existir. Mi vida se convirtió en una continua borrasca llena de niebla donde solo se encontraban oscuros nubarrones que empapaban mi alma de pena. Pasé de tener una vida perfecta, llena de plenitud solo por escuchar el agudo timbre de su risa, a la nada absoluta, al vacío más completo. Me convertí en una muerta en vida. Mi corazón latía, y con ello mis constantes vitales seguían adelante, pero mi alma había muerto, la enterré ese mismo día con ella. Miré fijamente a Tomás, había evitado su mirada mientras desahogaba todo mi tormento con él, sus ojos estaban inundados en lágrimas a punto de saltar a su rostro.

—Hay tanto amor y tanto dolor en tus palabras. —Suspiró con brío—. No sé qué decirte..., es algo durísimo —se secó las lágrimas antes de que rozasen sus mejillas.

—¿Sabes qué pone en la lápida de mi pequeña? —La voz se me quebró totalmente.

—Seguro que algo precioso. —Los ojos se le empezaban a encharcar de nuevo.

—Unos días después de fallecer, unas palabras llegaron a mi cabeza con fuerza y decidí ponerlas en su tumba. Es un poema. «No pares, no calles, vive. Hazlo en mi memoria, en el recuerdo, con o sin mí, pero vive».

—Son unas palabras muy bonitas para expresar que siempre permanecerá en ti, que nunca la olvidarás.

Las lágrimas afloraron a mis ojos con más fuerza y Tomás me abrazó. Era un abrazo de consuelo absoluto, parecía que él también fuese partícipe de mi dolor, era como si lo sintiera. En unos pocos segundos había sido capaz de darme más consuelo con ese simple abrazo que mi madre en los cinco años que habían transcurrido desde la muerte de mi niña. Se apartó un momento y me retiró un mechón de la cara, mirándome dulcemente.

—Es muy difícil sobrevivir a la muerte de un hijo. —Negué con la cabeza a la vez—. Es más, creo que es imposible. Tan solo se aprende a vivir así, con un hueco en todo tu ser imposible de llenar.

—Mejor cambiemos de tema, Álex. —Secó mis lágrimas con sus pulgares—. Creo que por hoy has exteriorizado suficiente dolor.

—De acuerdo. —Intenté sonreír, aunque con poco éxito—. ¿Tú no has pensado en ser padre?

—Sí, muchas veces —asintió—. Realmente es algo que me encantaría.

—¿Os planteasteis alguna vez tu mujer y tú tener hijos?

—Sí, pero yo decidí que no era buena idea. Un niño no es la solución a los

problemas, sino todo lo contrario. Y no sería nada bueno para él crecer con unos padres que se pasasen el día discutiendo. Bueno, mejor dicho, crecería con unos padres divorciados. Megan y yo no habríamos durado nunca. Éramos incompatibles.

—¿Tienes familia? ¿Padres, hermanos, tíos...?

—Sí. Mis padres viven en Ávila. Están muy contentos de que esté de nuevo en España. —Sus labios se estiraron de oreja a oreja—. El día que regresé me hicieron una fiesta de bienvenida por todo lo alto.

—Igualitos que mi madre. —Hice un mohín—. Ella se olvidó de mi cumpleaños en cuatro ocasiones, a los ocho, doce, quince y veintiún años.

—¡Vaya! Es la primera vez que escucho que a una madre se le olvide el cumpleaños de su hijo.

—Pues a Maite Ramos se le olvidó varias veces. Pero mi padre, Julio, siempre estaba ahí para suplir sus carencias. A él nunca se le olvidaban las fechas importantes para mí, jamás, aunque estuviese fuera por negocios. —Sacudí mi cabeza, enfatizando así mis palabras de negación, de nunca jamás. Observé a Tomás un segundo, y la curiosidad de saber más sobre él volvió a brotar rápidamente por mi boca—. ¿Y hermanos tienes o no?

—Sí, tengo dos. Marcos y Jorge. También estaban en la fiesta. Bueno, estaba casi toda mi familia. Mis hermanos, cuñadas y sobrinos. Tengo dos sobrinas y un sobrino. Mis tíos, mis primos e incluso mi abuelo Julián, el único que me queda. También vinieron mis amigos, Pedro sin ir más lejos. Hasta se apuntaron algunos vecinos —dijo entre risas, y yo terminé riendo con él.

—Pues sí que te quieren, la verdad. Me alegro por ti. Al menos, aunque no te haya ido bien en el amor, tienes una familia que te adora. Eso ya es mucho. Yo no tengo hermanos, pero con tener a Sofía me ha bastado. Siempre me ha demostrado lo importante que soy para ella y lo que signifique en su vida. Para mí es más que una hermana, que una madre, lo es todo.

—A veces no hace falta tener a mucha gente a tu alrededor, con unos pocos importantes es más que suficiente. Y en ocasiones, con solo uno imprescindible sobran todos los demás.

—Sí, llevas razón —afirmé.

—Y ahora me voy a marchar. Mañana tengo que madrugar mucho. —Se levantó del sofá.

—¿No me vas a decir adónde vas? —Me levanté yo también.

—Da igual el lugar, lo que importa es lo que averigüe, ya te lo he dicho antes. Pero si te vas a quedar más tranquila te diré que voy a Francia, a París.

—¿París? ¿Qué tiene que ver mi padre con París?

—Voy a verme con alguien que conocía muy bien a tu padre y hace años que vive allí. Él sabe mucho de su vida, y sobre todo de esa misteriosa etapa.

—¿Hablas francés? —pregunté con interés.

—No mucho, pero hablaremos en inglés. Es norteamericano. Bueno, me voy. Nos

vemos el viernes.

—Recuerda que el sábado viajamos a Madrid. Eres mi acompañante en el homenaje a mi padre.

—No lo podría olvidar aunque quisiera. Puede que después de ese viaje quieras algo más conmigo. —Chasqueó los labios y esbozó una media sonrisa.

—¿Tú crees? —le pregunté todo lo serio que pude.

—Ya lo verás. Cuando compruebes mis dotes como acompañante no querrás que me aparte de ti el resto de tu vida.

—Eres un poco vanidoso.

—A lo mejor es porque puedo.

Se acercó despacio a mi cara, trazando una bonita sonrisa. Lo miré fijamente, observando cómo sus alborotados rizos tapaban sus cejas. Me vi reflejada en el azul de sus iris y sentí un incontrolable deseo por probar sus labios. Se acercó un poco más y yo hice lo mismo, al final nuestras bocas se unieron en un tierno beso. Nos quedamos unos segundos sin reaccionar, separados de nuestros labios por tan solo un par de milímetros. Tomás volvió a besarme de nuevo y yo volví a responderle una y otra vez. Hasta que nuestras bocas decidieron quedarse pegadas en un dulce, largo y apasionado beso. Al separarnos, mi cuerpo estaba alterado, nervioso; su beso me había despertado sensaciones que ya no recordaba. Hacía tantos años de ellas que las había olvidado por completo. Era cierto que Darío me había besado tan solo hacía unos días, y que sus besos estaban llenos de deseo, y que yo los sentí así. Pero el beso de Tomás me hizo sentir algo más, despertó pasión y vida en mí. Nos miramos y sonreímos sin saber qué decirnos. Aunque parecía que ese beso lo había dicho todo.

—Me gustas, Álex. Me gustas mucho. —Volvió a sonreír.

—A mí me parece que también me gustas.

—Sigues en tu línea dura, ¿eh? Ni siquiera con este beso vas a ser capaz de admitir que te gusto mucho también.

—Estás a prueba, sigo siendo tu reto. Veremos qué sucede después del fin de semana.

—Caerás rendida a mis pies. Ya lo verás.

—Creído.

—Incrédula.

Sonreímos los dos, mirándonos. Yo sentí un poco de vergüenza con su dulce mirada, me cohibió un poco sin entender por qué.

—Que tengas buen viaje. Dime al menos que has llegado y estás bien.

—Lo iba a hacer aunque no me lo hubieses pedido —contestó, y me besó de forma tierna antes de marcharse.

Me quedé esperando a que se fuese en su coche y cerré el portón de la finca. Miré hacia la casa de Darío, no había luz por ninguna parte. Pensé que igual ya se había marchado a Barcelona y ni siquiera se había despedido. Realmente parecía estar molesto, no encajó muy bien mi negativa. Pero uno no mandaba en el corazón y el

mío ya había elegido. Tomás era el que le había hecho resurgir.

•

Al día siguiente decidí, ya que iba a estar sola, intentar encontrar la maldita solución a la nota cifrada que mi padre me había dejado. Me pasaría todo el día leyendo si era necesario, pero tenía que hallar la solución cuanto antes. Cogí de nuevo la lista de libros, el siguiente se titulaba *El reglamento ámbar*. Como estaban colocados por orden alfabético respecto al título, me fui directamente a la E, pero no lo encontré. Volví a repasar uno a uno y lentamente los libros de esa estantería, pero no apareció. Sin saber por qué, busqué en la R, de *reglamento*, y allí lo hallé. Mi padre los había colocado por orden, pero desatendiendo a los artículos iniciales. Miré de nuevo la nota cifrada, llamando mi atención su encabezamiento: C-7. Algo intuitivo me hizo buscar con rapidez en la C y contar hasta el libro siete. Lo saqué de la estantería y comprobé si su título estaba en la lista de mi padre. El corazón me dio un vuelco de alegría al confirmar que estaba incluido en ella. No podía ser una casualidad, estaba claro que ese libro era el libro que mi padre quería que leyese: *El código secreto de un pueblo*. Era una novela acerca de la segunda guerra mundial. La sinopsis decía que trataba de unas simples amas de casa que sirvieron como espías sin levantar ninguna sospecha. Para ello utilizaron un código secreto muy infantil, aunque precisamente por eso pasó inadvertido. Comencé a hojearlo en busca de algún tipo de numeración que pudiese coincidir con lo que mi padre había dejado en la nota. Unos números seguidos de puntos, idénticos a como él los había puesto, aparecieron ante mis ojos. Empecé a leer para ver de qué forma se descifraba. Casi me tuve que leer el capítulo integro para llegar a lo que quería. Había que escribir el alfabeto entero y asignar un número a cada letra. Pero en lugar de hacerlo por su orden justo, se correrían siete letras antes de dar el número uno a la primera. De este modo la H sería el número 1, y la G el número 27.

Busqué papel y bolígrafo con urgencia y escribí el alfabeto, a continuación le numeré de la misma forma que decía la novela. Y comencé a descifrar, por fin, la incómoda nota.

C-7

27.21.12.27.3.25: GARAJE

25.13.14.21.7.14.25.12.2.21: ESTANTERIA

14.25.12.23.25.12.21: TERCERA

22.9.14.25 - 10.2.7.14.15.12.21: BOTE - PINTURA

25.13.23.12.2.14.15.12.21 - 19 - 5.5.21.16.25.13: ESCRITURA Y LLAVES

Corrí hacia el garaje a toda velocidad. Busqué en la estantería tercera, allí se encontraba el bote de pintura. Estaba totalmente cerrado y pesaba como si estuviese

de verdad lleno. Busque algo a mi alrededor con lo que poder ayudarme para abrirlo. Cogí un destornillador plano y empecé a hacer palanca hasta que lo abrí. Azul. Ese era el color de la pintura que contenía. Tenía que buscar unos guantes para meter mis manos en él y sacar lo que mi padre decía que allí se encontraba. Fui a la cocina y busqué por todos los cajones, al final encontré unos. Empecé a ponérmelos de prisa a la vez que corría de nuevo para el garaje. Metí mi mano hasta el fondo del bote sin pensarlo y lo saqué. Era una bolsa cerrada con precinto. Escurrí todo lo que pude la pintura y, con ella, me acerqué de nuevo a la cocina. Debía ponerla debajo del grifo para eliminar cualquier resto y no manchar los papeles que contenía. La dejé en el fregadero y volví para tapar el bote y colocarlo otra vez en su sitio. Me quité los guantes, los tiré a la basura y regresé una vez más a la cocina. Abrí la bolsa, ayudándome con unas tijeras, y saqué la escritura y un llavero con tres llaves. Empecé a leerla para ver de qué era. Era un piso, estaba en Madrid, en la calle Serrano. Pero no estaba escriturado a nombre de mi padre, sino a nombre de Paula Dorado Parés. Imaginé que sería su tía, de la que me habló Tomás, la hermana de su madre. Dorado era el segundo apellido de mi padre. Pero llevaba muchos años muerta y no entendía que nadie hubiese cambiado la titularidad. Al coger la bolsa para tirarla percibí que dentro había algo más. Era otra carta. Aunque esta vez no llevaba ninguna nota cifrada, gracias a Dios.

Querida hija:

No sé si habrás sabido interpretar la sutil pista que te dejé sobre los libros o, por el contrario, ha sido Joaquín, el notario, el que te ha puesto sobre aviso del libro que debías leer para llegar aquí. Tenía que asegurarme bien de todo e ideé un plan B por si no conseguías hacerlo de *motu proprio*. El notario tenía órdenes mías de comunicarte, en un tiempo estipulado, que leyese *El código secreto de un pueblo*, el resto continuaría siendo asunto tuyo y tú ya sabrías de qué forma proceder. Por ese motivo no sé cómo andamos de tiempo, debemos actuar con rapidez. Ahora tienes en tu poder las llaves y escritura del piso de Serrano. Se lo regalé a mi tía hace muchos años, casi dos antes de fallecer. Nadie sabe de su existencia, y al no estar inscrito en el Registro de la Propiedad a mi nombre, nadie lo asocia conmigo. Por eso no quería descubrirlo en la primera carta ni adjuntarlo con las demás escrituras. Debía darte tiempo a ti para así no levantar sospechas ante ellos, no te verían actuar de forma extraña porque eras ignorante de la realidad. Esa era la mejor arma con la que podía protegerte. Ahora presta atención, Álex. En el interior del piano encontrarás escondido mi portátil. La contraseña es «Álex y Carla». En él encontrarás muchas cosas y una de especial valor. Hay una carpeta con el nombre «cuentas», debes descargar sus archivos en una memoria extraíble y guardarla en lugar seguro. Luego bórrala del portátil, por favor. Es muy importante que hagas todo como te digo porque a partir de este momento puede que estés jugando contra reloj. Debes ir lo antes posible a ese piso. Allí encontrarás un DVD que te he dejado grabado contándote muchas cosas más. Lleva encima la segunda carta siempre por si te ves obligada a abrirla. Sé que te he dicho que no confíes en nadie, pero ahora te pido que no vayas sola allí, llévate a tu amiga, en ella sí puedes confiar. Siempre ha estado a tu lado y te ha sabido ayudar. Lo sé muy bien, Álex, el que no haya estado a tu lado no significa que no me haya preocupado por ti y por toda tu vida. Eso lo he hecho continuamente. Actúa con precaución y prontitud, el tiempo juega en tu contra. Quema también esta carta. Te quiero, hija.

ALEJANDRO MAXWELL

Me guardé la carta en mi bolsillo trasero y corrí al salón, directa hacia el piano. Me costó abrir un poco la tapa, era pesada, o quizás yo y mi delgadez un poco flojas. Allí estaba su portátil, tal y como me había dicho. La curiosidad se apoderó al

momento de mí. Lo abrí ansiosa y apreté el botón de encendido, pero, como era de esperar, no tenía batería. No había señales de su cargador por el piano y fui a por el mío rápidamente, suplicando por el camino que fuese compatible y pudiera cargarlo. Reí fuerte cuando el pequeño puerto coincidió con el de mi cargador. Estaba desesperada por ver qué había dentro, qué podía contarme de mi padre, si me ayudaría a desvelar alguno de sus secretos. Le dejé un momento que se cargase un poco y poder encenderlo, y caí en la cuenta de que no tenía ningún *pendrive* para descargarme el archivo que me había pedido. Sin pensármelo dos veces, me fui al garaje y me monté en el todo terreno, dispuesta a buscar un lugar donde poder comprarlo. Después de una larga vuelta encontré una tienda de informática y compré uno. Regresé a casa de inmediato, los nervios me consumían, la curiosidad arañaba las paredes de mi estómago. Me sentía como un espía en una misión, aunque realmente no tenía ni idea de qué me aguardaba mi encomienda.

Apreté el botón de encendido y la pantalla se iluminó rápidamente. Al momento me pedía la contraseña. «Álex y Carla», escribí, y apreté el botón de iniciar sesión. El escritorio se llenó de carpetas e iconos de programas y aplicaciones. Antes de saciar mi voraz curiosidad con otras cosas, abrí la carpeta «cuentas» y descargué todo su contenido en mi *pendrive*. Una vez hecho, eliminé el archivo por completo y guardé la memoria USB en un bolsillo interior de mi bolso, dentro de una cajita de caramelos. Mis ansias volvieron al portátil y empecé a fisgonear todo lo que en él había. Encontré fotos mías con diferentes edades. Había hasta de mi boda, del día que nació Carla, con Sofía, de mis cuadros, de mis cumpleaños... Cientos y cientos de fotografías. Todo un breve resumen de mi vida en imágenes, en instantáneas. Luego abrí otra carpeta en la cual solo se encontraban fotos de Carla, de mi niña, y todas esas fotografías tenían emparejado un cuadro idéntico a ellas. Me pregunté dónde estaban esas pinturas, esas increíbles obras que reflejaban la vida de mi pequeña. En su estudio solo había un cuadro en el que estábamos las dos. Adónde habían ido a parar aquellos maravillosos retratos pintados. Al final de todos ellos había escrita una poesía que me encrespó la piel:

*Los ángeles vienen y van, nunca se quedan.
Y cómo ángel que eras, regresaste a tu lugar.
Lo que no sabías es que te llevabas nuestras
almas contigo al hacerlo, y ahora la vida es fría sin ti.
Muy fría.*

Era bello, muy bello. Sus palabras transmitían toda la verdad, la única que existía. La vida era otra sin ella, totalmente distinta. Mis saladas lágrimas se derramaron por mi cara sin poder evitarlo otra vez. Dolía tanto no tenerla que siempre embargaba de pena mi alma aunque fuese con el mejor de sus recuerdos. Intenté calmarme y continué mirando todo. Había muchísimas fotos de sus pinturas, de sus increíbles

lienzos, algunos de tamaño considerable. También había fotos de fiestas en la casa, con un montón de gente que no conocía de nada. En unas cuantas aparecía Darío, en otras estaba Andrés Suárez, en alguna que otra Esteban Rozalén, y en casi todas no faltaban mujeres a su alrededor, todas en actitudes muy cariñosas. Estaba claro que su vida amorosa había sido ajetreada. Cuando abrí la última carpeta me quedé conmovida. En ella estaba escrita prácticamente toda mi vida año por año desde que tenía veinte. Mi padre tenía un diario sobre mí que ni yo misma habría sido capaz de escribir. Era cierto que se había preocupado por mí, no mentía; lo sabía todo. Y entonces me asaltó una pregunta: ¿cómo? O mejor dicho: ¿quién? ¿Quién le había contado todo aquello? Las únicas personas posibles eran Sofía y mi madre, nadie más podía saber ni conocer tantos detalles. Estaba claro quién había sido, la única que sabía que él era mi padre: Maite Ramos, mi madre. Ella había permanecido en contacto con él todos estos años y me lo seguía ocultando. ¿Por qué? ¿Por qué seguía mintiéndome cuando ya conocía la verdad? Cogí mi móvil y marqué su número con rabia, enfurecida. Quería una explicación y me la iba a dar, costase lo que costase. No tenía ningún derecho a mentirme más.

—Hola, Álex. ¿Cómo estás, hija?

—¿Que cómo estoy? —contesté, elevando el tono—. Encolerizada como poco, así estoy. ¿Por qué me mientes? ¿Por qué? ¿Con qué derecho continúas haciéndolo?

—No sé de qué me hablas si no me lo explicas primero. Cálmate y cuéntame de qué hablas ahora.

—Tú has estado en contacto con mi padre todos estos años y me lo has ocultado. Me dijiste que no sabías de él desde hacía mucho tiempo, pero es mentira. Es otra más de tus mentiras.

El silencio se hizo al otro lado del teléfono, por un momento creí que se había cortado la comunicación.

—Contesta, madre, ¿por qué?

—Álex, yo no quería herirte y preferí callar. —Suspiró con fuerza.

—¿Que no querías herirme? Explícate mejor, porque me has herido mucho, más que mucho. Primero me haces creer que no sabes nada de él desde hace años y luego descubro que mi padre es conocedor de toda mi vida y tiene montones de fotos mías y de Carla. Tú se lo facilitaste todo. De alguna forma lo chantajeaste y, como premio de consolación, le mantenías informado de mi vida.

—Eso no es cierto. —Elevó la voz—. Yo nunca lo chantajeé, ya te lo he dicho. Y si le mantenía informado era porque él me lo pidió. Un día me dijo que era mejor que no supieses la verdad, no se iba a acercar a ti. Yo no me lo podía creer, no sabía cuál era la razón ni tampoco se lo pregunté, estaba feliz con su decisión. Era lo mejor para todos. Pero me suplicó que le mantuviese informado de todo cuanto te ocurría y que le enviase fotos a menudo. Y eso hice. Cada uno o dos meses le enviaba un correo poniéndole al corriente y le adjuntaba fotos en él. Ya lo sabes todo.

—¿Estás segura? ¿No sigues ocultándome más cosas? ¿Por qué tengo que creerte

ahora? Y lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste desde el principio. ¿Por qué, mamá? —le pregunté gritando. Sentía a la angustia empezar a adueñarse de mi cuerpo y las ganas de llorar me inundaban. Tantas mentiras eran difíciles de digerir.

—Porque no quería que creyeses que no quiso saber de ti, que no le importabas como hija. Es lo que yo pensé, y me dolió. No quería que tú sufrieses también. Tanta insistencia en querer hacerte saber que eras su hija, en que todos lo supieran, rompió mi matrimonio..., y de repente ya no le parecía buena idea. Me desconcertó por completo. Por eso preferí callarlo.

—No tienes derecho a ocultarme cosas que me pertenecen, no lo tienes, ninguno —chillé, entretanto mi rostro se empezaba a empapar de llanto—. Tú te das cuenta del daño que me haces con eso, no tienes ni idea. —Me desgarré a llorar.

—Álex, cariño, por favor, solo lo hice para que no sufrieras, para que no pensaras que no le importabas. Eres muy sensible y sabía que lo encajarías mal. —La voz le tembló—. No llores, hija.

—Él no lo hizo porque no me quisiese, todo lo contrario, me quería tanto que solo buscaba protegerme. —No podía hablar, mi sollozo me lo impedía. Era demasiado doloroso saber cuántas cosas me había estado ocultando durante toda mi vida.

—Álex, tranquilízate, todo esto te está superando. Vas a caer enferma de seguir así. Perdóname, sé que te lo tenía que haber dicho, pero yo también quería protegerte.

—Protegerme de qué, mamá —casi susurré, mi voz se ahogaba entre mi desconsuelo—. De saber quién era mi padre, de saber cuánto me quería, de qué, mamá. Ni tú lo sabes. Lo único que sabes es protegerte a ti misma, eso es innegable. —Colgué.

Lloré con fuerza y rabia durante largo rato. Después subí a mi habitación y me metí en la cama para continuar llorando. Me dolían tanto sus mentiras que me escocía el alma, me hervía de dolor. Me hería profundamente saber que mi padre nunca pudo sentir mi cariño por su culpa, por su falta de valor, una vez más por sus mentiras. Unas mentiras que nos habían marcado a todos de una u otra forma. A Alejandro, a Julio, a mí y hasta a ella. A todos. Y todos habíamos pagado un alto precio por su falacia, no solo ella, como quería hacerme creer.

10

Eran casi las diez de la noche cuando decidí salir de la cama y poner en marcha de nuevo mi vida. Tenía cosas pendientes que solucionar, y Alejandro, mi padre, me había pedido que actuase con rapidez. No podía dejarme vencer por mi dolor, al menos no de momento, debía hacer antes unas cuantas cosas con urgencia. La primera, quemar la carta, como me había pedido. La segunda, sacar billete de avión para Madrid, a ser posible para mañana mismo. Y la tercera, pedirle a Sofía que me acompañase al piso y contarle todo el misterio que envolvía a mi padre y que, a pesar de saber por dónde iba, todavía no comprendía del todo. Bajé a la cocina, busqué la misma bandeja de cristal que la vez anterior y quemé la carta, tal y como me había ordenado. A lo lejos escuché el zumbido de mi móvil, la entrada de un *whatsapp*. Me acerqué a la mesa del salón a cogerlo y vi que era de Tomás. Y no era solo uno, tenía tres más de él sin abrir. Empecé a leerlos todos.

Hola, Álex, acabo de llegar a París. Espero que estés bien y que te acuerdes de mí. Yo ya tengo ganas de volver a verte.

9:37

¿No me vas a contestar? ¿Te estás haciendo la dura? Eres un reto un poco testarudo, eso me gusta más.

10:28

Espero que no te hayas arrepentido de nuestro maravilloso beso y no quieras saber más de mí. Tu silencio me está haciendo dudar.

12:51

Álex, me empiezas a preocupar de verdad. Si no contestas a este *whatsapp* te llamaré para hablar.

22:04

Después de leer todos sus mensajes empecé a escribir, veloz. El pobre se había pasado el día preocupado por mí y yo ni siquiera había reparado en él. Con el descubrimiento de todo lo de mi padre y luego la discusión con mi madre y posterior abatimiento, ni me acordé de él ni me percaté de tener el móvil a mi lado. Me sumí en mi mundo por completo. El nuevo mundo en el que giraba mi vida desde que Alejandro entró en ella.

Perdóname, Tomás, me he olvidado del móvil y casi del planeta. He estado buscando entre las cosas de mi padre para ver si podía conocer algo más sobre él. No me arrepiento para nada de nuestro beso, de verdad. Fue muy bonito.

22:07

En cuanto lo envié, me acerqué a por mi portátil para buscar un vuelo. No había ninguno por la mañana, solo uno a las cuatro de la tarde. No me gustaba mucho el

horario, tendría que hacer noche en mi casa, y esa no era mi idea. Tras meditar un momento acabé reservando el billete. Después, ya puesta a reservar, lo hice con los billetes del sábado para Tomás y para mí. Había un vuelo a las once y cuarto; era perfecto. En ese momento mi móvil volvió a recibir un *whatsapp*, seguro que era la contestación de Tomás. Lo miré y comprobé que así era.

Perdonada, pero el móvil se tiene siempre cerca de uno, no lo olvides. Si yo he tardado ahora en responderte es porque estaba en la ducha y ahí no puede entrar ;). Espero que hayas encontrado algo que satisfaga tu curiosidad de hija. Y me alegro de que te gustase tanto como a mí nuestro beso.

22:16

Al leer su mensaje, sonreí sin poder evitarlo. Recordé el gracioso hoyuelo que surgía en su mejilla al sonreír y mis labios se estiraron más todavía. Luego ese recuerdo se borró de golpe, pensando en lo que descubriría con su viaje, en qué grado de implicación tendría mi padre con esa gente y por qué lo hizo. El estómago giró con fuerza dentro de mí al considerar en serio que pudiese haber hecho tratos con esa gentuza. Quería pensar que su relación no iba más allá de artista a cliente, pero algo dentro de mí sabía que no era así, sabía que había más. Quizá mucho más de lo que yo imaginaba o de lo que me gustaría saber.

A pesar de ser un poco tarde, decidí llamar a Sofía y decirle que iba a Madrid y precisaba de su compañía. Las explicaciones de mi visita se las contaría después, cuando estuviese con ella. Marqué su número, y al momento lo cogió.

—Dime, guapa. Estaba a punto de entrenar para fabricar un bebé. —Noté su sonrisa.

—¡Oh, lo siento! He llamado en el peor momento —contesté cohibida.

—¡Mira que eres ingenua! Te crees todo lo que te digo, me encanta tomarte el pelo. —Rio.

—Eres una mala persona, Sofía Crespo. Cuánto te gusta reírte de mí.

—No me río de ti, solo te vacilo un poco. Miguel no ha llegado todavía; hoy tenía reunión con unos clientes de Tokio y luego iba a cenar con ellos. Pero cuando venga nos pondremos manos a la obra, eso sí es cierto.

—Bueno, pues que se os dé bien —contesté con una tímida carcajada.

—Eso ni lo dudes, se nos da genial. Creo que nos quedan muy pocas posturas del *Kama Sutra* por realizar. —Se echó a reír.

—¡Eh, vale! No necesito tanta información.

—Te he dado la mínima, cariño.

—Bueno, hasta aquí. Ahora hablemos en serio.

—Yo hablaba en serio todo el rato, guapa.

—Vale, pero ahora un poco más, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, Álex.

—Mañana voy a Madrid.

—¡Qué bien! —exclamó feliz—. Has pensado en pasar unos días más en lugar de

venir solo para el homenaje de tu padre, ¿verdad?

—No. Solo voy a hacer una visita relámpago. Llego por la tarde y regreso al día siguiente por la mañana. El sábado volveré para el homenaje de mi padre e iré con acompañante. Tomás vendrá conmigo.

—¡Álex! —casi gritó—. ¡No me lo puedo creer! Vas a salir con un hombre, es maravilloso.

—Sí, lo es. Tomás me hace sentir bien y...

—¿Y qué? —preguntó impaciente sin dejarme acabar.

—Y ha despertado cosas en mí que hace mucho no sentía. Siento ilusión cuando estoy con él y también...

—¿Qué, habla? —volvió a preguntar con ímpetu.

—También siento deseo. Deseo sentir su abrazo, sus labios, su compañía. —Las comisuras de mis labios se estiraron hasta más no poder—. Siento mi alma revivir poco a poco, de verdad, Sofí.

—¡Eso es fantástico, Álex! ¡Cuánto me alegro! —exclamó con alegría—. Te pondrás el vestido rojo que te regalé el otro día, ¿a que sí? Estabas muy guapa con él. ¡Ah! Muy importante —dijo seria—. Ponte el conjunto que te regalé, el del tanga. No se te ocurra ponerte tus bragas de abuela.

—Siempre igual, Sofí. —Reí—. Siempre terminas en el mismo lugar, todo lo enfocas a lo mismo. Pero no cambies, me encanta que seas así, me diviertes mucho —dije entre risas.

—Mira, Álex, en esta vida es mejor ir preparada para lo que pueda surgir. No querrás que te ocurra lo mismo que a Bridget Jones y su braga faja —contestó, las dos volvimos a reír sin parar.

—No, no me gustaría, la verdad. —Solté una carcajada.

—Pues ya sabes lo que debes ponerte. Y ¿por qué vienes mañana entonces? —preguntó con curiosidad.

—Mañana te lo explicaré. ¿Podrías ir a buscarme al aeropuerto? Llegaré a las cinco aproximadamente. Luego necesito ir a un lugar y quiero que vengas conmigo. ¿Puedes?

—Sí, por supuesto. Pero me estás intrigando, ¿qué ocurre?

—Nada, no te preocupes. Espera a mañana y te lo contaré cuando estemos juntas.

—Vale, de acuerdo. Nos vemos en el aeropuerto. ¿Llegas por la T2?

—Sí.

—Hasta mañana, cariño. Me voy a ir preparando para Miguel, a ver qué le apetece practicar hoy.

—Pues que lo paséis muy bien —dije con ironía.

—¿Acaso lo dudas?

—¡Oh, eres incorregible! —Soplé.

—Lo sé, adiós.

—Hasta mañana. Muak. —Le tiré el beso y colgué.

A la mañana siguiente mi estado de ánimo se encontraba perdido entre las sábanas de la cama y no quería dejarme salir de allí. No paraba de pensar en mi madre y sus mentiras, en cómo no éramos capaces de hablar sin acabar discutiendo, en su despego, en su falta de amor maternal, y acabé llorando de nuevo. Ese desasosiego me hizo trasladar mi memoria años atrás. Volvió a introducirme en el bucle de mi tormento, en la espiral de desolación que nunca llegaba a su fin. Mi cabeza, una vez más, volvió a someterme a la tortura de recordar el entierro de Carla. Ese horrible día oscuro y tenebroso que jamás olvidaría por mucho tiempo que viviese. Sofía me sujetaba de un brazo y mi madre de otro, prácticamente me llevaban en volandas para no caerme, mis pies apenas rozaban el suelo. Mi mirada se encontraba perdida en el infinito de la desesperación. Por eso, aunque mis ojos percibieran a toda la gente allí congregada, yo no veía nada más que desamparo, angustia y dolor. Dolor en cada molécula de aire, en cada milímetro de tierra, por todos lados. No comprendía qué hacíamos en ese tétrico lugar, qué ocurría en ese momento tan devastador para mí. No entendía por qué, si había un Dios, había permitido que se llevaran a mi pequeña de este mundo y alejarla de mí. No entendía nada de nada. Solo sentía un terrible desvalimiento y mi alma totalmente asolada sin ella. No quería vivir. Para qué hacerlo o para quién. Lo único que deseaba era acompañarla en su viaje al cielo. Cuando aquel pequeño féretro blanco comenzó a hundirse bajo la tierra, grité con todas mis fuerzas. Tan fuerte lo hice que noté cómo mis cuerdas vocales se rasguñaban con el desgarrador sonido que fluía de ellas. Me dejé caer al suelo, suplicando que me dejaran allí con ella, dentro de aquel agujero, no quería estar en ningún otro lugar. «Por favor, enterrarme con ella, no quiero vivir. Por favor, hacedlo, por favor..., por favor», susurré, ahogada en llanto. Raúl se acercó veloz para ayudar a Sofía y a mi madre a levantarme. Lo miré con odio y di un fuerte tirón para que me soltase. «Ni te atrevas a tocarme, ni me mires, ni te acerques a mí, cabrón», le grité con furia. Él me miró apenado y una lágrima resbaló por su rostro. Me giré hacia Sofía y rompí a llorar más fuerte. «Era mi niña, mi pequeña... No es justo. ¿Por qué Sofía, por qué?» Y ya no recuerdo más. Según parece, me desmayé y me llevaron a casa. Estuve en estado de semiinconsciencia durante unas horas. Cuando desperté estaba en mi cama, y en ella pasé prácticamente los primeros tres meses de mi vida sin mi ángel. No tenía fuerzas para nada ni quería salir de allí, como ahora mismo me ocurría. El dolor me engullía a la cama, me atrapaba en ella, y yo se lo dejaba hacer sin oponer ninguna resistencia.

Unas horas después escuché a lo lejos el sonido de mi móvil. Pensé en no cogerlo con tal de no salir de la cama, del lugar que me protegía del mundo, que me aislaba de la realidad. Pero luego recordé que tenía un vuelo que tomar para ir a Madrid y ver qué era lo que mi padre quería decirme. Tenía que salir igualmente de ella más tarde o temprano. Decidí que debía hacerlo ya y coger el móvil que continuaba sonando.

—Sí, dígame.

—Buenos días, Álex, soy Esteban. La llamaba solamente para saber qué tal está, cómo se encuentra.

—Hola, Esteban. Bien, estoy bien —mentí.

—¿Ha empezado a tramitar todo el tema de la herencia?

—Sí, ya está con ello nuestro abogado. Gracias por su interés —volví a mentir.

En ese momento a mi mente le asaltó una de mis inquietudes y quise aclararla en aquel instante.

—Esteban, quería hacerle una pregunta.

—Usted dirá —contestó.

—¿Desde cuándo sabía que yo era la hija de Alejandro Maxwell? Quiero decir que cuándo se lo contó mi padre.

—Realmente hace poco, aunque no me lo contó primero su padre, sino Darío.

—Y ¿desde cuándo lo sabía él? —pregunté, confundida.

—Según parece desde unas horas antes. —Suspiró—. Ese día su padre bebió, algo que me desconcertó muchísimo, llevaba años sin probar el alcohol. Pero, además, bebió más de la cuenta. Últimamente su padre estaba distinto, intranquilo, preocupado, a veces hasta casi ausente. Darío me llamó alarmado porque no se tenía en pie y lo iba a llevar al hospital. Al llegar a urgencias, Darío ya esperaba en ellas. Le pregunté qué había pasado y me contó que estaba extraño, le hablaba de forma mordaz continuamente, casi atacándolo. Bebía y bebía sin parar, y si él intentaba quitarle la botella, se ponía agresivo. Después me preguntó si yo sabía que tenía una hija. Le dije que no tenía ni idea y me quedé muy sorprendido con la noticia. Darío decía que no paraba de reprocharse no poder estar al lado de ella y no poder darle su amor.

—Entonces supieron de mi existencia. —Medité un solo segundo antes de formular otra pregunta—. ¿Cuándo fue eso?

—No, no sabíamos que era usted. Eso lo supimos cuando falleció y el notario se puso en contacto conmigo para que la buscara. Entonces descubrimos que su nombre era Alejandra Villanueva Ramos, no antes.

—Pero Darío me dijo el día que nos conocimos que mi padre me iba a enviar el cuadro que pintó junto con mi hija y que luego se arrepintió. Él sabía quién era yo.

—No, Álex. Sabía que las personas de ese cuadro eran su hija y nieta, pero ambos desconocíamos su identidad. Su padre nunca quiso decírnosla. Y nos enteramos de que tenía una hija unas tres semanas antes de su muerte. Durante ese tiempo no paró de hablar de usted, aunque de forma anónima, sin un nombre. Estoy seguro de que su padre la quiso mucho y se atormentaba por no poder estar a su lado. No dejó de decirlo durante esos días. Igual que no paraba de decir que todo lo había hecho para protegerla.

—¿De qué? —pregunté con ansiedad.

—No lo sé, Álex, no tengo ni idea. Su padre fue hermético con esa parte de su

vida. Ni tan siquiera a mí, que era su abogado y me consideraba su amigo, me había contado nunca nada.

—Bueno. —Soplé fuerte—. Le tengo que dejar, Esteban. Tengo unas cosas que hacer y se me va a hacer tarde.

—Vale, no la entretengo más. Ya sabe que me tiene para cualquier cosa que necesite, Álex.

—Gracias, adiós. —Colgué, tiré de mala manera el móvil a la cama y a continuación me tumbé otra vez en ella. Debía asimilar toda la información que Esteban me había facilitado en tan solo unos minutos, y mi cuerpo no tenía suficientes fuerzas para hacerlo de pie. Y mi alma estaba todavía más agotada, extremadamente cansada y debilitada por tanta incompreensión.

•

Eran las cinco y diez cuando llegué a Madrid. En cuanto las puertas se abrieron vi a Sofía esperándome con una sonrisa. Tras darnos un fuerte abrazo y dos besos, nos dirigimos a su coche. Por el camino, con dirección a la calle Serrano, le conté todo para que comprendiese mi visita y adónde íbamos. Como mi padre me había dicho que podía confiar en ella, aunque jamás hubiese desconfiado, le conté lo de las cartas, la nota cifrada, la otra carta dentro del bote de pintura... En fin, todo el misterio, con pelos y señales, que ocultaba Alejandro Maxwell. Sofía se quedó estupefacta y boquiabierta durante unos larguísimos segundos, al final reaccionó.

—¡Joder, vaya historia más intrigante! No te has aburrido durante estos días, no. Has tenido a dos hombres bailando a tu alrededor mientras tú estabas haciendo de Sherlock Holmes. Has estado muy entretenida, la verdad. —Asintió una y otra vez con la cabeza.

—Demasiado diría yo. Me he estado volviendo loca a preguntas. Y mi madre había estado en contacto con él para informarle de toda mi vida y todavía me lo seguía ocultando. La odio, lo digo en serio. Se cree que tiene derecho a todo, a pisar la vida de los demás, a pasarles por encima sin dar ni una sola explicación. Me exaspera, de veras.

—Bueno, ya sabes cómo es tu madre, no sé de qué te extrañas. Ella siempre ha sido muy reservada con su vida, extremadamente cautelosa. Si te ha ocultado quién era tu padre durante todo este tiempo, no creerás que después te iba a contar que le mantenía informado sobre ti. Eso te molestaría, como es normal.

—Me saca de mis casillas, no lo puedo remediar. Cada vez que hablamos es para discutir, no sabemos hacer otra cosa. Y yo no tengo la culpa, Sofía, solo me defiendo de sus mentiras. —Levanté la voz fuerte.

—¡Ehh, calma! Yo no te he echado la culpa, gatita. Así que guarda tus afiladas uñas en tu garra.

—Perdón, lo siento. Es que me pone..., me pone..., no encuentro ni la palabra

adecuada para describirlo. —Resoplé con ira.

—Te pone de uñas, está claro. —Chasqueó los labios—. Pero ahora cálmate porque ya hemos llegado. Dejaremos el coche en ese aparcamiento e iremos a ver qué misterio esconde ese piso.

—De acuerdo. —Amagué una imperceptible sonrisa, en un intento de aparentar calma, de tranquilizar al manojo de nervios que atrapaba a mis vísceras.

Cuando llegamos al portal, una señora mayor muy elegante lo abandonaba en ese momento y entramos sin tener que usar la llave. Cogimos el antiguo ascensor y subimos hasta el tercer piso. Al salir, justo frente a mí estaba la puerta D, la del piso al que íbamos. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al meter la llave en la cerradura y girarla. Sofía, para no variar, se adelantó a mí y entró, mirándome.

—¿Te vas a quedar ahí parada o piensas acompañarme? —me preguntó.

—Esa pregunta te la tendría que hacer yo a ti. Tú eres mi acompañante.

—Sí, lo sé. Pero yo no me pienso las cosas tanto como tú.

—Bueno, eso depende de qué cosas sean —contesté, entrando y cerrando la puerta a continuación.

—¡Por Dios, Álex! No irás a comparar tener un hijo a entrar en un piso. ¡Vaya un símil! —exclamó, apretando la llave de la luz—. ¡Anda, hay luz! Yo pensé que si no vivía nadie no habría, pero se ve que alguien continúa pagando la factura. —Sonrió.

Observé el largo pasillo con atención; estaba vacío. Ni siquiera adornaban sus paredes un pequeño cuadro. Nada, no había nada. Nos adentramos despacio hasta la primera puerta y la abrimos; era un salón. Había un gran mueble tapado con una enorme tela, una mesa baja en el centro y unos sofás tapados también. Continuamos hasta la siguiente puerta, que era el baño, y la puerta de enfrente, la cocina. Al fondo había dos puertas más, las dos eran habitaciones, pero una de ellas estaba llena de lienzos pintados, apoyados entre sí y repartidos por todo el habitáculo. Comenzamos a mirarlas una a una y sonreí con fuerza. ¡Eran las pinturas que había visto en su ordenador! Todas las magníficas pinturas de Carla; eran maravillosas. Mis ojos se inundaron de felicidad y pena al mismo tiempo. Sofía se abrazó fuerte a mí y me besó en la mejilla sin dejar de sonreír también.

—¡Es increíble, Álex! Hay un montón de cuadros fantásticos de Carla. Son tan bonitos, tan reales. Bueno, allí hay uno en el que estáis las dos, y otro allí. —Señaló con la mano—. Tu padre tuvo que dedicar mucho tiempo para hacer toda esta obra.

—Sí, me lo imagino.

—Mira ese —dijo, acercándose a por él—. Lleva escrito un poema. —Lo cogió, mostrándomelo.

Carla estaba sentada en un sofá de mi casa. Llevaba dos coletas que dejaban caer en cascada sus bonitos rizos. Al lado de ella se podía ver una mesa sobre la cual mi padre había pintado un pergamino con un poema escrito:

Con solo cuatro inviernos,

*te robaron las primaveras.
Lloro tu ausencia
sin apenas conocerte,
me partí al perderte.*

No pude evitar que las lágrimas resbalasen por mi rostro al sentir, no leer, aquellas bellas palabras de amor hacia mi niña. Sin apenas conocerla, como bien decía en su poema, había sentido muchísimo su pérdida. Sofía dejó con cuidado el cuadro y me abrazó de nuevo.

—Venga, Álex, no llores más, por favor. Sé que todo esto es muy bonito a la par que doloroso, pero debes ser fuerte. Tu padre te ha traído hasta aquí para hacerte este regalo y para contarte algo más. Busquemos el DVD. —Empezó a secarme el rostro con sus dedos.

—Es cierto, llevas razón. —Afirmé con la cabeza y miré alrededor—. No lo veo por aquí.

—Busquemos más a fondo. No hemos mirado casi en la otra habitación, quizás esté allí.

—Sí, miremos a ver —le contesté, apresurándome hasta ella.

En la otra habitación había un gran armario y una cama con una mesilla, todo tapado con telas también. Sofía levantó la tela de la mesilla y abrió sus tres cajones; estaba vacía. Luego buscó por el armario de cinco puertas; yo la ayudé, pero tampoco había nada. Decidimos volver al salón y mirar por el mueble. Nada más levantar la tela vimos un aparato reproductor DVD portátil con un cargador.

—Y el disco, ¿estará dentro? —le pregunté a Sofía, como si ella lo supiera.

—No lo sé, imagino que sí. Primero busquemos un enchufe y pongámoslo a cargar.

Al enchufarlo, presioné la tapa del disco y lo abrí para comprobar si estaba dentro. Ahí estaba, esperando para ser visionado. Mientras se cargaba unos minutos para poder encenderlo, volvimos a la habitación a admirar los hermosos cuadros.

—¿Dónde los vas a colgar todos? Me podías regalar alguno, creo que me lo merezco. —Me guiñó el ojo.

—No sé, Sofía, lo tendré que pensar —contesté con tono adusto.

—¿Hablas en serio? —Sus ojos me observaron sorprendidos.

—Parece ser que yo también sé tomar el pelo un poco. —Sonreí.

—¡Eh! A ver si la alumna va a superar a la maestra.

—Quién sabe. —Sonreí más—. Y ahora vayamos a ver si ya podemos ver el DVD. Estoy ansiosa por saber qué tiene mi padre que decirme.

Regresamos al salón y encendimos el reproductor. Los nervios se apoderaron de mi estómago, de todas mis entrañas, tomaron mi cuerpo al completo; cuando vi aparecer, en aquella pequeña pantalla, a mi padre sentado en el sofá donde estábamos sentadas nosotras ahora mismo.

—Es él, ¿verdad? —me preguntó Sofía intrigada.

—Sí, es él —respondí, sin dejar de mirar la pantalla. Le miraba su canoso pelo, sus ojos azules, sus marcados pómulos. Realmente era un hombre muy atractivo y había envejecido bien—. Y ahora silencio para enterarnos de lo que dice. —Sofía asintió con la cabeza y las dos nos quedamos paradas esperando oír sus palabras.

—Hola, Álex. ¿Qué tal estás, hija? Espero y deseo que bien. —Hizo una pausa—. Espero que nada te ponga en peligro, eso es lo único que he deseado durante toda mi vida, y por eso no me acerqué nunca a ti, para protegerte. Me imagino que estos días estarás haciéndote muchas preguntas sobre qué es lo que hice, qué error cometí y por qué eso influyó para que no me acercase a ti. También me imagino que habrás hablado con Andrés Suárez sobre el tema de las galerías, aunque sé que él no te va a contar nada de mí hasta que yo lo haga. Lo conozco muy bien. Y ahora escucha atenta todo cuanto te voy a decir, hija. —Sopló con energía y se pasó las manos por el pelo, acercándose un poco más al monitor. Sofía me cogió con fuerza la mano y la posó en su regazo—. Mis ganas por triunfar, por comerme el mundo, por hacerme un hueco en la escena del arte, me llevaron a cometer una enorme estupidez. Cuando expuse por primera vez, entre mis obras había dos que no eran de mi propiedad, sino de un conocido que las dejó olvidadas en un rincón de mi casa y se marchó a América en busca de más fortuna como pintor. Me encantaban esos dos cuadros, me apasionaban, y decidí cambiarles la firma por la mía y exponerlos con mi obra. Esas dos pinturas fueron las que más éxito obtuvieron, las vendí muy bien, casi al doble que las mías propias en ese momento. Después de veintitrés años, cuando casi lo había olvidado por completo, cuando llevaba años residiendo en Miami; un día, Roberto Núñez, el verdadero autor de esas obras, vino a buscarme a una de mis galerías. Me dijo que sabía lo que había hecho con sus obras, aunque no me quiso contar cómo se había enterado porque eso era lo de menos, tan solo quería dinero para silenciar mi engaño. Él también continuaba pintando, pero no tenía el renombre que ansiaba. Accedí. Le pagué una considerable suma para callarlo, para seguir ocultando mi mentira. Pero no se conformó con eso, y a los pocos meses me exigió más. Discutimos, habíamos acordado algo y él no estaba cumpliendo, pero al final volví a consentir su chantaje. Tenía miedo de que se supiese la verdad y la gente tuviese dudas sobre toda mi obra. Y regresó una tercera, y una cuarta, y yo pagaba resignadamente, como si con ello se limpiase mi alma y no me remordiera continuamente aquella argucia. A la quinta no pude más. Se presentó en una fiesta y me amenazó con decírselo a todos los allí presentes. Terminamos pegándonos, y entonces fue cuando confié en quien no debía, cuando cambié aquella maldita estupidez, apoderarme de dos cuadros y soportar el chantaje de Roberto, por manchar mi alma con sangre. El anfitrión de esa fiesta era una persona poderosa y un buen cliente. Me encargaba muy a menudo cuadros para decorar sus casas. Me preguntó qué había ocurrido y, sin saber por qué, se lo conté. Ese fue mi gran error, otro más que añadir a la lista. Me dijo que no me preocupase, que le dejase ayudarme, Roberto

no iba a volver a chantajearme. Estaba tan desesperado que me pareció perfecto. Solo le pregunté qué era lo que pensaba hacer. Él sonrió, contestándome que le quitaría las ganas de extorsionarme más. A los pocos días lo encontraron muerto, ahogado en el mar, según parece, estaba ebrio. Todo apuntaba a un accidente, al menos eso decía el periódico. Los pelos se me pusieron de punta al deducir cómo le habían quitado las ganas de coaccionarme más: quitándole la vida. Fui a pedirle explicaciones y me dijo que a sus hombres se les había ido un poco la mano. «Gajes del oficio», contestó riendo, y no comentó nada más, solo me dijo que lo olvidará. Por esa época mi vida estaba un poco descontrolada, demasiadas fiestas y todas las añadiduras que estas conllevan. Y ese incidente, del cual solo yo era el responsable, aunque no hubiesen sido mis manos las que lo matasen, me hizo sentir tan despreciable que me aparté del mundo como pintor y me sumergí en el vicio para no pensar, para no sentir. —Volvió a hacer una pausa, esta vez más larga, y suspiró con un vigor extremo antes de proseguir—. Drogas, alcohol y mujeres, y todo sin medida, sin control. Caí en una espiral autodestructiva de la cual no sabía salir ni quería. Por entonces también supe que era tu padre, y eso me mortificaba más aún. Diecinueve años perdidos, totalmente perdidos, y encima tú adorabas a Julio, lo venerabas como padre. Y cuando falleció, tu amor por él creció tanto que llegaste a idealizarlo. Yo no sabía cómo competir con aquello, con la mitificación de Julio; era imposible. Todo me derrumbó. Pasé de ser un reputado y adinerado pintor a no tener casi nada y ser escoria, pura escoria. Toqué fondo. —La voz se le quebró un poco—. Ese señor, el que me ayudó, según él, a quitarme de encima a Roberto, sintió lástima de mí y pagó mis deudas. Todas. Incluso me ingresó en una clínica de desintoxicación, que él costeó también, para recuperar al pintor que fui. Estuve casi un año en ella y allí conocí a Andrés, mi buen amigo. Pero como te conté en mi primera carta, esas personas no hacen favores sin más, los hacen con la idea de cobrárselos en algún momento, cuando les interese a ellos. Al salir de la clínica me encargó un cuadro, y empecé a pintar de nuevo, entonces descubrí su verdadera cara, el rostro de la maldad. Yo había sido su inversión, y ahora quería cobrarse todos sus favores. Era un narcotraficante, quería pasar droga a través de mis cuadros, entre los lienzos, formando una fina película que pasaría inadvertida. Además, nadie sospecharía de mí. Volvería a relanzarme y exportaría cuadros a distintas partes de Europa. Me negué rotundamente, no me iba a convertir en un camello. A los pocos días mandó a sus matones a darme una paliza; era solamente un aviso, con la siguiente terminaría en el hospital, me aseguraron. Acabé accediendo con una condición, solo lo haría durante un año, así saldaría mi deuda con él. Le pareció bien, pero añadió que como mínimo haría seis envíos de dos cuadros cada uno. Doce cuadros de tamaño considerable que pintar en un año, pues debían albergar un mínimo de dos kilos de cocaína cada uno. Doce cuadros llenos de droga, veinticuatro kilos en total. Cuando aquello llegó a su fin, él no cumplió su parte del trato. Era un negocio demasiado bueno como para abandonarlo, y me propuso continuar. Le dije que no, ya había

cumplido mi parte, pero él decidió que continuase por las buenas o por las malas. Llevaba viéndome unos meses con una modelo muy guapa, además de ser una mujer encantadora. Unos días después de decirle que no iba a continuar pasando la droga, Miriam, ese era su nombre, fue atacada y le destrozaron la cara con ácido. Fue mi aviso. Ahora no iban a hacerme daño a mí, sino a la gente que yo quería, a las personas que me importaban. Entonces fue cuando decidí que nadie debía saber que tú eras mi hija, para ponerte a salvo de esa gentuza. Por eso mi terrible error me llevó a alejarme de ti, a no poder ejercer como padre o, al menos, a poder decirte que yo, Alejandro Maxwell, era tu verdadero padre. No podía arriesgarme a que alguien supiera de tu existencia, era demasiado peligroso. Andrés sabía que tenía una hija, pero jamás le conté quién era, cuanto menos supiera, mejor para él. Volví a acceder y continué pasando droga entre mis obras. Pero esta vez aquel hombre pensó que era mejor que me fuese a vivir a otro lugar, por eso llegué a Rota y abandoné Miami. Las galerías servían de tapadera; eran el punto de encuentro. Yo pintaba cuadros que enviaba allí, esos cuadros se vendían, incluían la droga y los mandaban al lugar que ellos querían. A veces, algún envío de las galerías con carga extra me lo enviaban a mi casa para clientes ficticios. En un máximo de veinticuatro horas una furgoneta venía a recoger ese pedido y se lo llevaban. —Resopló fuerte, pasándose otra vez las manos por la cabeza—. Cada vez lo llevaba peor. Saber que traficaba con mi obra, que pasaba droga por medio mundo, me desesperaba, sentía náuseas de mí mismo. Intenté volver a dejarlo, pero entonces lo pagaron con Andrés, mi amigo, mi socio. Él estaba al corriente de lo que hacía desde el principio, se lo conté desde el primer momento porque entre nosotros no había secretos, salvo tu identidad. Un día le dieron tal paliza que le rompieron unas cuantas costillas y le fracturaron los dos brazos. Me desplazé inmediatamente a Miami a verlo. Cuando entré en aquella habitación de hospital y lo vi, me vine abajo. Estaba hecho un cristo, lleno de vendajes, moretones y escayolas. Incluso le habían llegado a apagar cigarrillos en la cara. Me suplicó que continuase, me lo imploró llorando, tenía miedo de que volvieran a por él. —Paró un momento con la mirada cargada de lágrimas—. Y eso hice, Álex, continué. —Su voz se ahogaba en resentimiento y volvió a hacer otra pausa, hasta recobrarla—. Pero a principios de esta primavera me informaron de que iba a recibir cuatro cuadros con carga extra a mediados de abril. Fue entonces cuando empecé a planear mi venganza. Quería resarcir a Miriam y su forma de arruinarle la vida, quería escarmentarlos por la salvajada que le hicieron a Andrés e incluso quería vengar la injusta muerte de Roberto, aunque me hubiese estado chantajeando, pero lo que yo hice con su obra estuvo peor. Y sobre todo, quería una represalia por ti. Por haberme perdido toda tu vida por su culpa. Sabía que me lo jugaba todo a una carta y lo asumí, no me importaba, pero me seguías preocupando tú. Hice testamento y adjunte las cartas que el notario te dio para advertirte. Tuve que tomar muchas precauciones, esa gente tiene ojos en todas partes, y yo, desconfianza por cada poro de mi piel. Por eso todo este misterio, hija, tenía que dosificar la información para que actuases con normalidad

porque seguramente te estarán vigilando. Quizás en cuanto abandones este piso alguien vendrá después para registrarlo. Aunque también estoy convencido de que si haces todo como yo te lo explico, no te molestarán. Primero querrán encontrar lo que buscan, es lo único que les interesa. Solo si esto se alarga demasiado perderán la paciencia. Mira, te dejo esta carta aquí —dijo, mostrándola a la pantalla. Se levantó y la metió en el segundo cajón del mismo mueble que tenía frente a mí—. Quiero que la abras y la dejes encima de la mesa, que parezca que la has leído, pero no lo hagas, por favor. Tan solo es una pista falsa que por el momento los aleje de lo que quieren, y de ti. Debes actuar con prontitud, con esto solo conseguiremos un poco más de tiempo. Llévate todos los cuadros de este piso, haz que Andrés aligere el cambio de las galerías y, en cuanto esté hecho, abre la segunda carta y cumple todo lo que en ella te pongo. Pero si te sientes en peligro de alguna manera antes, no dudes en abrirla; en ella te cuento cómo me he vengado y con quién debes ponerte en contacto en ese preciso instante. Haz todo como te digo, Álex, es por tu bien. Tú no sabes qué clase de gente es esa, hija, no se andan con chiquitas cuando ven que no consiguen su objetivo. Y, por favor, no confíes en mi abogado, últimamente me hizo albergar muchas dudas sobre su lealtad hacia mí. Espero que hayas buscado otro como te sugerí.

»Por último, quiero hablarte de los cuadros que me imagino ya habrás visto. Son para ti, son mi regalo, cariño. —La voz se le rompió una vez más. Calló unos largos segundos durante los cuales pude observar cómo le temblaban los labios de emoción. Respiró profundamente y tragó saliva antes de continuar—. Me gustaría que hicieses con ellos una exposición y vendieses la gran mayoría. Lo que recaudes, dónalo a la investigación de enfermedades cardíacas infantiles. Es mi último deseo, en memoria de la nieta que nunca conocí en persona y nunca pude disfrutar, mi pequeña Carla.

»Bueno, hija, me tengo que despedir. Espero que no me juzgues ni te avergüences de mí nunca, y sobre todo no me odies, por favor. Yo ya me he castigado suficiente en vida por todos mis errores y los he pagado con creces, todos y cada uno, créeme. Solo quiero que recuerdes una cosa de mí, tan solo una, lo mucho que te he querido. Tanto, que preferí vivir apartado de ti antes de poner un solo pelo tuyo en peligro. Eso sí que no me lo hubiese perdonado nunca, jamás, ni después de muerto. Te quiero, Álex, cuídate mucho, cariño. Por favor, llévate contigo el reproductor de DVD y cuando puedas rompe el disco. Adiós. —La pantalla se quedó en negro y el DVD se paró.

Sofía y yo nos miramos aturcidas, completamente turbadas. Tanta información y tan impactante nos dejó mudas y sobrecogidas.

—¡Joder, Álex, qué fuerte! —exclamó Sofía al cabo de un rato—. Esto da para escribir una novela. Estoy acojonada ahora mismo de solo pensar que alguien pueda estar vigilándonos.

—Dios, no puedo creerme todo lo que ha dicho, es..., es...

—Muy fuerte, ya te lo he dicho —contestó Sofía, totalmente atónita aún.

—¿Es que no sabía quién era Alberto Mendoza? ¿No sabía a lo que se dedicaba?

—Levanté la voz un poco cabreada a la par que confusa.

—¿Cómo sabes tú que era Alberto Mendoza? Nunca ha mencionado cómo se llamaba. —Me miró perpleja.

—Tomás me lo comentó. Me dijo que había estado investigando y que se juntaba mucho con él. Es más, por eso está en París. Iba a investigar sobre esa parte de su vida y tenía a alguien que podía contarle mucho de Alejandro. Bueno, de mi padre.

—Eso no me lo habías contado —me dijo, seria.

—Porque no quería pensar que realmente estuviese involucrado con la droga, con la mafia. Una parte de mí sabía que era así, pero la otra tenía esperanzas de encontrar otra explicación. Quería pensar que solo había una relación pintor-cliente, nada más. Pero está claro que había más, mucho más. —Exhalé una gran bocanada de aire con rabia, metí mis dedos por entre el pelo y tiré de él hacia atrás con ímpetu. Me daban ganas de arrancarme la cabeza en ese momento para así ser capaz de dejar de pensar en todo aquel turbio asunto que envolvía a mi padre. En ese instante de desconcierto mental, mi teléfono sonó, sobresaltándonos a ambas. Al mirar la pantalla me cambió la cara por completo—. Es Tomás. ¡Joder, es Tomás! —grité nerviosa.

—¿Y qué? Cógelo —me dijo Sofía, mirándome y encogiéndose de hombros.

—No. No quiero. No sabe que estoy aquí y no se lo voy a contar.

—Pues creo que deberías hacerlo, Álex. Además, él está investigando esto también y llegará al mismo punto que tú. Seguramente no con tantos pelos y señales, pero si sigue husmeando encontrará muchas cosas. Él ya sabía con qué gente se mezclaba.

—No sé, igual llevas razón. Pero hoy no lo voy a hablar con él. Esto es algo que se debe hablar en persona. —El teléfono paró en ese momento y suspiré aliviada al dejar de escuchar el tono de llamada.

—Bueno, coge la carta que te ha dicho tu padre, no vaya a ser que se te olvide.

—Sí, es cierto. —Me acerqué al mueble y la saqué del cajón. Abrí el sobre, la desdoblé un poco para que diese impresión de haberla leído y la dejé encima de la mesa.

—No sientes curiosidad por saber qué pone. —Sofía la cogió.

—¡Oye, no, Sofía! Déjala ahí ahora mismo. Mi padre me ha pedido por favor que no la lea y ninguna lo vamos a hacer. —Me puse extremadamente seria.

—Vale, tranquila, solo era una broma. Estás un poco tensa.

—Cómo estarías tú si te enteras de que tu padre ayudaba a un narcotraficante a pasar droga. Dime, ¿cómo estarías? —Alcé la voz.

—Pues como tú o peor. Estaría atacada, la verdad —contestó, y se acercó para abrazarme—. Pero aunque te enfades y grites no vas a cambiar nada, Álex, debes asumirlo y ya está.

—Lo siento, Sofí. —Me abracé más fuerte a ella; necesitada de amparo y consuelo. Me encontraba perdida, desorientada y un poco asustada con todo lo que mi padre había puesto en mi conocimiento—. Lo siento, de veras. —Una lágrima saltó a

mi cara en ese preciso instante. Una lágrima fruto de la incertidumbre de saber pero no conocer todos los detalles. Una lágrima que tan solo indicaba el miedo a no saber de qué forma actuar ante una situación inimaginable para mí.

•

Abandonamos el piso y regresamos a casa de Sofía sin parar de hablar por el camino de todo lo que mi padre había confesado. Aún me costaba creer que hubiera sido capaz de apropiarse de dos obras cuando él, desde sus principios, había dejado patente que era un prodigioso pintor. Y me resultaba más increíble de qué forma más tonta el robo de esas dos obras le complicó toda su vida y se la cambió para siempre. No paraba de pensar por qué tomó esos dos cuadros, qué falta le hacían a él con su excelente talento. No entendía por qué a veces las personas actuábamos de una forma tan patosa.

Sofía preparó algo ligero para cenar y me invitó a dormir en su casa. Lo agradecí, no me apetecía ni lo más mínimo pasar la noche sola. Eso me llevaba siempre a hacerme demasiadas preguntas y a volverme loca pensando. Mi teléfono sonó de nuevo, volvía a ser Tomás. Sofía me regañó y casi me obligó a cogerlo. Le hice un gesto de enfado con mi cara y descolgué.

—Hola, Tomás.

—Hola, ¿qué tal estás? Te he llamado antes, pero no lo has cogido.

—Estaba en la ducha, no lo habré oído. —Vi reír a Sofía al sonrojarme con mis mentiras.

—Entonces no te puedo regañar, a la ducha no puede entrar el móvil. Aunque otros estaríamos encantados de poder hacerlo contigo.

—¿Cómo que otros? —pregunte, estirando levemente mis labios.

—Bueno, puedo soñar con ello. Eso no puedes prohibírmelo. —Percibí su sonrisa y recordé su bonito hoyuelo.

—Es lo único que podrás hacer, soñarlo. —Intenté alejarme un poco de Sofía, pero ella venía detrás de mí.

—¡Oh! Vuelves a ser la misma, la dura, mi reto. Creí que te habías ablandado un poco después de nuestro beso, pero veo que no.

—Un solo beso es poca cosa para ablandarme, ¿no crees?

—Y ¿qué has pensado?

—Yo nada. ¿Y tú?

—Yo pienso muchas cosas..., muchas. Y tu resistencia hace que tenga más ganas de hacer muchas cosas contigo.

—No corras tanto, no creo que tengamos tanta prisa. Todo a su tiempo, si es que llega.

—No creo que tenga prisa. Tan solo muchas ganas de besarte de nuevo, casi ansia por volver a probar tus dulces labios. Pero con calma, recreándome en ellos,

saboreándolos.

—Me parece que esta conversación está subiendo de grados, Tomás. Quizá no te vendría nada mal darte una ducha —dije entre risas.

—Ves, regresamos al punto de partida. Ahora me he acalorado más pensando en tu cuerpo dentro de esa ducha.

—Dátela con agua muy fría, creo que lo necesitas. Adiós, Tomás.

En cuanto colgué vi a Sofía boquiabierta mirándome.

—¿Qué? —le pregunté.

—Alejandra Villanueva Ramos, ni con el cabronazo de Raúl te he visto tontear de esa manera. Te gusta Tomás, pero te gusta mucho. —Asintió con la cabeza sorprendida—. No parabas de sonreír mientras hablabas con él, estabas coqueteando a través del teléfono. Y parece que la conversación era sutilmente calentita. —Pestañeó con un ojo, a modo de guiño.

—Quizás un poco. —Incliné mi cabeza a un lado.

—Me gusta, Álex, me gusta muchísimo verte así. De nuevo tienes vida en los ojos y eso me hace muy feliz. —Me abrazó con fuerza.

—Nos besamos —le conté mientras estábamos abrazadas—. Fue un beso maravilloso, mis entrañas sentían cosquillas con él. Y él no para de recordarme cuánto le gustó y que desea volver a repetirlo.

—¿Y tú lo deseas también? —me preguntó, separándose de mí y mirándome fijamente.

—Sí. Yo también lo deseo. —Mis labios volvieron a desplegarse, dibujando una gran sonrisa en mi rostro—. Lo deseo con muchas ganas, más de las que pensaba.

—Esto va por muy buen camino. Estoy desesperada porque llegue el sábado para verle la cara. Le voy a dar dos besos con todas mis fuerzas para agradecerle haberte sacado la preciosa sonrisa que tienes en este instante. Y ahora sentémonos un rato en el sofá y charlemos. Miguel vendrá en una media hora.

—Vale, lo que tú digas. —Me encogí de hombros—. Estoy en tu casa, tú mandas. —Soltamos una carcajada a la par y nos fuimos felices al sofá. Tomás había conseguido evaporar, por el momento, la angustia que la confesión de mi padre me había provocado horas antes.

Regresé de nuevo a Rota sin parar de recordar todo lo que mi padre me había revelado. El disco lo destruí en casa de Sofía y a ella le dejé el reproductor de DVD. Tenía que volver a ese piso para recoger todos los cuadros que mi padre me había dejado, pero me asustaba un poco regresar después de ponerme en alerta sobre que podían estar vigilándome. Al pasar con mi coche frente a la casa de Darío vi su puerta abierta; ya estaba de vuelta. Por un momento pensé en ir a hablar con él, pero luego deseché la idea.

Era casi la una y mi estómago empezó a pedirme algo para saciarle. Busqué entre las latas de comida precocinada y elegí una de albóndigas en salsa de tomate. El timbre de la puerta sonó en ese preciso instante, el corazón me dio un vuelco de alegría pensando que pudiese ser Tomás. Pero de inmediato lo descarté, solo era miércoles y me dijo que no regresaría hasta el viernes. Luego ese feliz vuelco se transformó en nervios. Puros nervios al regresar de golpe a mi cabeza las palabras de mi padre, su aviso sobre que podían estar vigilándome. Un fuerte escalofrío recorrió toda mi columna, erizándome la piel. Lentamente me acerqué a la ventana para ver quién llamaba. Retiré sutilmente la cortina, el timbre volvió a sonar y yo boté del susto.

—Álex, soy yo Darío. Puedes abrirme, por favor.

Mi corazón volvió a la normalidad tras escuchar sus palabras. No era ningún desconocido ni nadie del que tuviese que desconfiar, era Darío. Me alegré y a la vez me entristecí. Me alegraba que estuviese allí, era señal de que no estaba molesto conmigo, pero me entristeció comprobar que no era Tomás el que estaba detrás de la puerta que yo abría en ese momento.

—Hola, Darío. —Mi sonrisa también lo saludó—. Qué raro que tú llames al timbre, ¿no?

—Sí, cierto. Siempre lo hago con mis nudillos. Pero para eso están los timbres, ¿no?

—Sí —asentí—. ¿Sabes?, creí que estabas enfadado conmigo. Te marchaste sin ni siquiera despedirte.

—Lo siento, he sido un poco cretino. ¿Me podrás perdonar?

—No pasa nada, tranquilo. Lo bueno es reconocer los errores; eso te hace crecer como persona.

—Entonces daré un buen estirón. —Sonrió.

—Iba a comer, comida precocinada, claro. ¿Quieres acompañarme?

—Y no prefieres comer unos espárragos envueltos en salmón ahumado y pollo a la naranja. Olía deliciosamente bien.

—Creo que me has convencido por completo. —Reímos los dos.

—Pues ve preparando la mesa, ahora mismo vuelvo con todo. —Me guiñó el ojo y se marchó a por la comida.

Preparé la mesa del porche, hacía un día precioso, sería un pecado no aprovechar la ocasión para contemplar el océano azul que tenía de vista panorámica. Darío llegó en unos minutos con una bandeja en cada mano. Saqué una botella de vino espumoso y nos sentamos a comer. Le pregunté qué tal le había ido su visita a su agente literario y comenzó a hablar ilusionado. Estaba convencido de que con esa novela iba a triunfar, su agente no hacía más que repetírselo y él tenía la corazonada de que sería así. Le sugerí que me hiciese un resumen de ella o, al menos, me contase en qué consistía la trama o me describiera a los personajes. Toda la comida la pasamos hablando de su obra. Después de escucharle hablar con tal entusiasmo, yo también creí que triunfaría con ella. Por lo poco que me había contado pintaba muy bien, era muy intrigante, realmente había despertado mi curiosidad. Tras acabar de comer recogimos los platos y preparé café.

—¿Te gusta solo o con leche? —le pregunté.

—Solo, por favor.

Mientras lo servía, Darío se acercó a mí en silencio y empezó a acariciar mi hombro.

—Perdóname, Álex, de verdad. Me he comportado como un niño cuando coge una rabieta.

—Así que te molestó mi negativa. No estaba equivocada —contesté girando mi cara para mirarlo.

—Sí, me molestó. —Suspiró y agachó la cabeza—. Me gustas mucho, Álex, eso lo primero y ante todo. Y lo segundo es que no sabía cómo encajar tu negativa, eres la primera mujer que me da una. —Volvió a levantarla y me miró fijamente.

—Entonces, ¿qué te ha molestado más? Contéstame sin reservas.

—Las dos por igual. No te pido que me entiendas, solo que me perdones. Pero, con sinceridad, te diré que me ha servido para comprender que debo ir al ritmo que tú quieras, no te volveré a presionar por mucho que te desee. Esperaré a que tú des el primer paso.

Me quedé muda. Yo ya había dado el primer paso, o mejor dicho, mi corazón lo había dado por mí e iba en dirección contraria a él. Lo miré sin saber qué decir, pero no podía hacerle albergar ninguna esperanza conmigo, no sería justo.

—¿Tampoco te parece bien? —me preguntó extrañado.

—Verás, Darío, en los sentimientos a veces uno no es capaz de mandar. Ellos vienen a ti y te atrapan sin saber bien por qué, pero ocurre.

—No sé si me va a gustar lo que viene a continuación —dijo serio.

—Eres muy guapo, no me extraña que ninguna mujer te haya dado nunca una negativa, sería de tontas.

—Pues tú lo has hecho y no te considero tonta para nada.

—Pero yo lo he hecho porque mi corazón se sentía más atraído por otro hombre.

A pesar de ser menos guapo que tú, él le hizo despertar sin saber cómo. Por eso, cuando me besaste, no pude continuar, mi cabeza pensaba en él no en ti. Lo siento, de verdad, pero no quiero engañarte.

—¿Y puedo saber quién es el afortunado que ha conquistado tu corazón?

—Bueno, no sé aún si lo ha conquistado. Solo sé que lo ha cautivado y él quiere probar a ver si surge algo más.

—¿Quién lo ha cautivado, lo conozco? —Se cruzó de brazos frente a mí, sin apartar la mirada de mis ojos.

—Sí. —Hice una breve pausa—. Es Tomás —respondí un poco nerviosa.

—¡Vaya! Los hay con mucha potra. Para que luego digan que con ser guapo lo tienes todo ganado. —Negó con la cabeza—. ¡Qué suerte! Viene para hacer un reportaje sobre tu padre y se liga a la hija. Le ha salido redondo. —Su tono sonó irónico.

—¿Qué quieres decir? ¿No sé adónde quieres llegar? —pregunté un poco a la defensiva.

—No sé, Álex, igual es que soy un poco malpensado, solo eso.

—No me gusta la gente que habla a medias. Sé claro con lo que tengas que decir. —Levanté un poco el tono de mi voz.

—¿Crees que es de fiar? Me refiero a si no piensas que quiere acercarse a ti solo por su reportaje. A mí me daría que cavilar.

—Eso es absurdo. —Lo miré perpleja—. Lo que pasa es que te da rabia, eso es lo que ocurre. No soportas una negativa, y mucho menos que haya elegido a alguien que no sea tan extremadamente guapo como tú. Alguien que jamás habrías pensado era una amenaza para ti. Pues que sepas que hay muchos más valores importantes dentro de las personas, no solo existe el físico.

—No te confundas. Yo solo lo digo por ti, Álex, tú sabrás lo que haces y dónde te metes. Pero si luego te das cuenta de que solo te ha utilizado no vengas llorando, recuerda que ya te lo advertí —dijo, y se marchó de mi casa malhumorado.

Entré en casa un poco cabreada por las insinuaciones de Darío hacia Tomás y me senté un rato a pensar. Pensaba en infinidad de cosas, de personas, en mi vida, en todo. Después de un largo rato, empecé a repasar todo lo que mi padre me había contado en aquel DVD una vez más. Cogí el teléfono para llamar a Andrés Suárez; tenía que saber cómo iba el asunto de las galerías, debía aligerar el tema con él. Estaba a punto de colgar cuando por fin contestaron al otro lado.

—Sí, hola, Álex —contestó la inconfundible voz de Andrés y su musical acento.

—Hola, Andrés. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—Estoy bien, gracias. Te llamaba para saber cómo llevabas el tema del cambio de las galerías.

—Bien, muy bien. En una semana estará todo a punto para firmar. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté confusa.

—Sí. Me refiero a si te vas a desplazar hasta aquí o lo hacemos todo a través de Francis.

—Mejor a través de él. Iré a Madrid. No me apetece por el momento viajar hasta Miami. Lo dejaré para más adelante.

—De acuerdo, como tú quieras. Informaré a Francis. ¿Le has mandado ya toda la documentación para arreglar lo de la herencia?

—No, todavía no lo he hecho. He estado un poco liada y se me ha ido el santo al cielo.

—Pues hazlo cuanto antes, por favor. Le llevará un tiempo arreglar todo, no lo demores más tú.

—Llevas razón. A ver si se lo envío un día de esta semana.

—Bueno, si quieres, puedes llevárselo en mano cuando te cite para firmar lo de las galerías.

—Cierto. Casi mejor. Me esperaré hasta entonces.

—Hablaré con él ahora mismo y ya se pondrá en contacto contigo. ¿Querías algo más?

—No, nada más. No te robo más tiempo. Gracias, Andrés.

—Llámame para lo que quieras, Álex. Hasta pronto.

—Adiós.

Apenas colgué empecé de nuevo a pensar. Me preguntaba si Andrés sabría todo lo que mi padre me había contado en aquel DVD o solo sabría una parte. No había querido hablar de esa cuestión con él, me parecía inapropiado hacerlo por teléfono. Al cabo de un rato de meditación, decidí subir a darme una ducha para relajarme. Necesitaba despejar mi cabeza de todos los pensamientos que la estaban inundando.

•

El resto de la semana se me hizo largo y pesado. Tan solo los *whatsapp* de Tomás y una prolongada llamada en la que continuamos con nuestro juego fueron capaces de amortiguar las pesadas horas de esos días. Darío no volvió a aparecer por casa, y en parte me alegré de ello, ahora era yo la que estaba molesta por su infundada acusación hacia Tomás. Aunque sabía que en ese momento no hablaba realmente él, sino la rabia que lo consumía por no poder cumplir sus intenciones.

El viernes por la mañana, mientras estaba desayunando, mi teléfono sonó. Lo cogí de inmediato, pensando que era una llamada de Tomás diciéndome a qué hora regresaba. Al mirar la pantalla solo vi números, no el nombre de quién llamaba. No era ningún teléfono memorizado en mi *smartphone*.

—Sí, dígame —respondí con cautela.

—Hola, buenos días. ¿Es usted Alejandra Villanueva? —me preguntó una voz muy viril.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Joaquín Collado Ursulle, el notario, señora Villanueva.

—¡Ah, sí! Disculpe, no le había reconocido la voz.

—Disculpada. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. ¿A qué se debe su llamada? —interpelé, un poco sorprendida.

—Verá, solo quería transmitirle algo que su padre me pidió que le dijese justo dos semanas después de contactar con usted.

—¿El qué? —pregunté, pensando que me iba a hablar del libro tal y como mi padre me había puesto sobre aviso en su carta.

—Su padre me dijo que por favor se leyese un libro de su biblioteca. Se titula *El código secreto de un pueblo*. Hizo mucho hincapié en ello, no sé por qué motivo, yo solo le traslado su petición.

—Vale, de acuerdo, lo buscaré y lo leeré —mentí. Últimamente, mentir se estaba volviendo una costumbre para mí. En realidad yo ya había encontrado ese libro y lo que me interesaba de él, lo que mi padre quería que buscara. Pero, tal y como mi padre me había pedido, no iba a hablar de ello a nadie.

—Álex, quizás es cosa mía, no lo sé, pero me dio la impresión de que su padre presentía su muerte. Últimamente estaba cambiado, nervioso, hasta triste. Cuando me dijo que quería hacer testamento y me enteré de su existencia, me quedé asombrado. Jamás había mencionado que tuviera una hija. Pensé que quizá de ahí su cambiado estado de ánimo. Pero luego, su forma de proceder dejándole esas cartas, dándome instrucciones tan claras, precisas y persistentes... Y por último, dos días antes de fallecer, suplicarme que le dijese que leyese ese libro, que no lo olvidase, me hicieron tener un pálpito. Él sabía que le iba a ocurrir algo malo. —Calló un momento y escuché cómo cogía aire—. Lo único que le pregunté fue el porqué de tanta insistencia con ese libro, me parecía muy extraño. Me contestó que usted lo entendería, ¿es así?

—Sí, yo sé a lo que se refería —respondí, sabiendo perfectamente que a Joaquín no le había fallado su intuición. Mi padre estaba preparando todo porque sabía que podía morir—. No debe preocuparse por nada, ha cumplido todo cuanto le pidió. Aunque tengo una curiosidad que quizás usted pueda satisfacer.

—Dígame cual.

—¿Qué habría pasado si yo no hubiera aceptado la herencia?

—El señor Maxwell también contempló esa posibilidad. Por eso había otro plan preparado, había otras dos cartas escritas para ese caso.

—¿Dónde están esas cartas ahora? —pregunté con curiosidad.

—Me pidió que, después de que usted decidiera, me deshiciese de las que no iba a leer, que las quemase.

—Ya veo que lo tenía todo muy bien pensado. —Suspiré con aflicción.

—Sí, por eso mismo creo que él sabía que iba a morir.

—Bueno, eso ya no lo podemos saber, solo son conjeturas. Él no está aquí para

contarnos el porqué de su actuación —contesté, intentando así convencerlo de mi ignorancia respecto a ese tema.

—Lleva razón, nunca lo vamos a saber a ciencia cierta. —Espiró con fuerza—. Álex, si necesita de mí para cualquier cosa no dude en hacérmelo saber. Yo apreciaba enormemente a su padre, todo cuanto pueda hacer por su hija lo haré, solo tiene que pedírmelo.

—Lo tendré en cuenta, no se preocupe, Joaquín. Muchas gracias. —Nos despedimos y colgué.

Al momento recibí un *whatsapp*, ahora sí era Tomás. Me decía que llegaría muy tarde y que mejor se pasaba mañana a por mí. Le contesté con un «OK» y me tumbé en la cama para repasar en mi mente todo lo que el notario me había contado. Tanto él como Esteban se habían dado cuenta del cambio que había experimentado Alejandro, aunque solo Joaquín había sospechado que auguraba su muerte, o al menos Esteban me había omitido esas palabras. Después pensé en Andrés, me preguntaba si él también se habría percatado de esos cambios en mi padre o si la distancia se los había impedido ver. Ansiaba encontrar una respuesta a todas las lagunas que aún continuaban rodeando la vida de mi padre, un libro con los capítulos incompletos y que yo debía terminar de escribir por petición suya. Las ganas de que todos los trámites para el cambio de las galerías llegasen a su fin me consumían. Ello me llevaría al último paso, a abrir la segunda carta, a aclarar mis vacilaciones, mis dudas por fin. El amasijo de pensamientos inconclusos se apoderaba por segundos de mi mente trastornándome, hasta Darío y sus insinuaciones contra Tomás llegaron a mi embarullado cerebro. Mi mente no podía más, estaba pisando la vorágine de lo caótico, al filo de lo anárquico, tumbada sobre un lecho de desconcierto. Y con todo ese embrollo desordenado e incoherente dando vueltas sin parar, pasé la noche a saltos entre el sueño y la angustiada confusión.

Me levanté muy temprano, apenas podía dormir. Sacudí mi mente de todo aquel enredado que envolvía a mi padre y decidí disfrutar del fin de semana junto a Tomás. Lo necesitaba. Necesitaba un soplo de aire fresco, un poco de sosiego, la semana había sido agotadora mentalmente. A las ocho en punto le esperaba ansiosa en el porche con mi pequeña maleta. El portón de madera de la finca estaba abierto esperando su llegada, mi vista no se apartaba de él, mi corazón se agitaba más con cada milésima de segundo que pasaba. Cuando vi aparecer su coche, mi cuerpo se estremeció emocionado. Me pregunté cuántos años hacía que no sentía aquella ilusión recorriéndome las entrañas. Muchos. Eran muchos. Quizá demasiados. Sentí vértigo al pensar si estaba preparada para ello, si estaba preparada para salir con un hombre, para mantener una relación, para volver a amar, para confiar. Sencillamente, para confiar. A medida que Tomás se acercaba andando, mis nervios se adueñaron de mi cuerpo de tal manera que lo sentía temblar. Me miraba fijamente, sonriendo, mostrándome su maravilloso hoyuelo; eso me hacía temblar cada vez más. Se quedó parado frente a mí, observando cada uno de los rasgos de mi rostro con dulzura

y, pausadamente, sus labios se fueron acercando a los míos hasta unirse. Primero fue un beso dulce, tierno, recatado. Pero poco a poco nuestras bocas subieron de intensidad hasta acabar besándose con absoluto deseo, con toda nuestra pasión, saboreándonos por completo.

—Te he echado mucho de menos —susurró, pegado a mi boca—. Solo he estado soñando con volver a besarte, lo hacía a cada segundo.

—Yo también tenía muchas ganas de volver a verte.

—¿Solo eso? —preguntó mirándome fijamente.

—También de besarte. —Sonreí con timidez. Nuestros labios volvieron a unirse apasionadamente.

—¿Podría pasar un momento al baño antes de marcharnos? —me preguntó al separarse de mí.

—Sí, por supuesto. Toma. —Le di las llaves.

Esperé fuera pensando en lo guapo que estaba y lo bien que le sentaban los vaqueros un poco ajustados que llevaba. Realmente tenía un trasero precioso. Sonreí, recordando a Sofía y sus calificaciones a los hombres en ese sentido. Cuando los miraba por detrás siempre emitía una puntuación: «Has visto, Álex, ese es un ocho, vaya culito». O todo lo contrario: «Joder, ese tío no llega ni al cuatro. Qué pandero más espantoso». Yo me reía, e incluso alguna vez la ayudaba con la nota. Muchas veces coincidíamos en las calificaciones.

—¿Nos vamos al aeropuerto? —Las palabras de Tomás disiparon mis pensamientos al momento. Cerró la puerta de mi casa y me devolvió las llaves.

—Sí. Vámonos ya.

—Pues móntese en el coche, princesa —dijo, marchándose deprisa para abrirme la puerta de este.

—Vaya, ¿ahora hemos cambiado de clase social? ¿Yo soy de sangre azul y tú mi lacayo? —Sonreí entre tanto montaba en el coche.

—Si quieres que juguemos a eso, pues juguemos. —Me guiñó el ojo—. A mí lo único que me importa es conseguirte de la manera que sea, de la forma que tú quieras, pero tenerte a mi lado.

—Ya veremos si algún día se gana mis favores, caballero. —Volví a sonreír, no podía dejar de hacerlo desde que lo había visto.

—Y hablando de favores, tendré que buscar un hotel para dormir. ¿O dónde has pensado tú que lo haga? —Me miró de forma perspicaz.

—Bueno, puedes buscarte un hotel o puedes dormir en mi casa. Tengo dos habitaciones y un sofá cama en el salón. Tú verás.

—Creo que me quedaré en tu casa, en donde tú digas que duerma. Prefiero tenerte cerca —contestó, y acto seguido me besó otra vez. Después, con una enorme sonrisa que iluminaba toda su cara, sacó el coche de la finca, se bajó a cerrar el portón y nos pusimos en marcha.

Entramos en mi casa a la una menos veinte de la tarde. Dejamos las dos pequeñas maletas en el salón y le dije a Tomás dónde se encontraba el baño por si quería darse una ducha. Tras agradecermelo, me preguntó en qué habitación iba a dormir para acomodarse en ella. Lo acerqué hasta una de las dos habitaciones de invitados, luego le mostré la mía. Volví a repetirle, señalando la puerta, dónde estaba el baño, y también le enseñé mi estudio de pintura. Bueno, el que un día fue mi lugar de trabajo, de inspiración y creación. Aún había lienzos en blanco aguardando a que alguien los llenase de color. Y llegamos a la última puerta. Mi mano tembló un poco cuando se posó en el picaporte para abrir.

—No la abras si no quieres, Álex —me dijo, dejando caer su mano encima de la mía. Lo miré sorprendida, había comprendido perfectamente que aquella habitación era la de Carla.

—Quiero que la veas. —Lo miré con firmeza a sus azules ojos—. Contigo he hablado de Carla mucho y quiero que la conozcas aunque solo sea a través de su habitación.

Mientras mis ojos no paraban de observarlo, pensé que con él había sido capaz de desnudarme con la palabra, de hacerle partícipe de mis más profundos sentimientos, de mostrarle todo mi dolor. Hasta conocerlo mejor, eso solo lo había conseguido hacer con Sofía. Pero Tomás sabía transmitirme confianza para hacerlo, comprendía mi pesar, entendía mi desconsuelo.

—Como tú quieras. —Asintió con la cabeza, apartando su mano de mí.

Volvió a ocurrirme lo de siempre al poner mis pies allí. Cada vez que entraba en su habitación mis ojos no podían reprimir el llanto. Era demasiado doloroso. Esas cuatro paredes estaban llenas de vida para mí, llenas de su vida, de la vida de mi ángel. Sus muñecos, sus peluches, sus fotos, su ropa... Incluso a mí me continuaba oliendo a ella, a mi pequeña y su aroma suave y acaramelado, tan dulce. A veces me parecía escuchar el cascabel de su risa y sonreía recordando lo feliz que era, el resplandor de sus ojos y su preciosa carita. Y con la vista emborronada por el recuerdo, recorrí aquellas cuatro paredes hasta terminar en el mismo punto de siempre, en nuestro cuadro. Aquel cuadro que pintamos juntas con nuestras manos y pies y que, en su momento, iba a encabezar mi exposición. *Nuestro amor*, así lo titulé. Realmente era lo que habíamos plasmado en él cuando lo hacíamos: todo nuestro amor, todo cuanto nos queríamos. Tomás llevaba un rato observándolo también, después se giró y me miró.

—Este es el cuadro del que me hablaste, ¿verdad?

—Sí. —La voz se me rompió un poco.

—Es precioso —continuó, admirándolo—. Eras buena, la mezcla de colores es impactante. Se nota de quién son los genes que llevas.

—Gracias —contesté a duras penas. El nudo de mi garganta me ahogaba, no me

dejaba hablar.

—Ven aquí —dijo, abrazándome con fuerza—. Debe de ser muy duro, pero no puedes torturarte todos los días. Eres joven y tienes toda la vida por delante. Estoy seguro de que aún te esperan muchas cosas buenas. —Se separó y me cogió la cara con las manos—. Tienes que vivir, Álex, te lo mereces. Nada cambiará, aunque no lo hagas, pero estoy convencido que Carla, allá donde esté, estará más feliz si te ve sonreír. —Acercó sus labios a los míos y los besó sutilmente, con dulzura y sumo cariño. Me pareció un beso de consuelo mezclado con amor. Me encantó esa ternura y comprensión que sentí en ese momento, tanto con sus palabras como con su beso. Paz. Eso sentí. Me hizo sentir mi alma en paz y era mágicamente reparador.

—Lo sé, ahora lo sé. Y también he comprendido que debo vivir, y lo mejor es que quiero hacerlo. Por primera vez en más de cinco años deseo vivir de nuevo, siento ilusión, tengo esperanza y ánimos..., aunque también tengo un poco de miedo y desconfianza.

—De mí no debes desconfiar nunca, Álex. Yo estoy siendo totalmente sincero con mis sentimientos hacia ti. Me gustas mucho, lo sabes, y quiero conocerte mejor. Me gustaría que entre nosotros hubiera algo más, me encantaría. Y si yo he contribuido en una ínfima parte a despertar tu ilusión, tu ánimo y esperanza, me consideraré el hombre más afortunado del planeta. Solo por ver tu sonrisa ya lo soy.

—Pues lo has hecho, Tomás. Tú también has contribuido a ello. Has despertado cosas en mí que nunca pensé que podría volver a sentir. Pero me equivoqué —dije, mirándole a los ojos. Él volvió a besarme con la misma dulzura una y otra vez. Nuestros labios solo se rozaban con tímida pasión—. Y ahora qué te parece si vamos a comer algo. Hay un restaurante al final de la calle donde se come bien.

—No tardemos más. —Sonrió—. Vayamos a comer y luego descansemos un rato antes de asearnos y vestirnos para la fiesta.

—De acuerdo. —Le devolví la sonrisa. Su mano se entrelazó a la mía con el fin de irnos unidos a ellas—. ¿Me contarás algo sobre tu viaje mientras comemos? No me has hablado de lo que has investigado en ningún momento.

—Y no hablaremos de nada de eso hasta el lunes. El fin de semana es para descansar, y este en especial, más. Es importante para ti, homenajean a tu padre. No pienses en nada que no sea eso, ya habrá tiempo para lo demás.

—Está bien, como quieras —contesté.

Abandonamos la habitación de Carla y el piso cogidos de la mano, como si fuéramos una pareja. Anduvimos hasta llegar al restaurante así, no me lo podía creer. Era un ínfimo acto de amor, nada por lo que sorprenderse, pero resultaba tan puro, tan natural... Algo que, simplemente, tenía sumamente echado en el olvido.

•

Radiante. Esa fue mi sensación al mirarme en el espejo. Ni me conocía, estaba

radiante. El vestido me favorecía mucho; el rojo era un color que me sentaba bien. El maquillaje que utilicé no solo hacía que mi imagen resultara muy natural, sino que me daba un toque *sexy*, seductor; me gustaba. Y los taconazos que me había dejado Sofía para el evento realzaban más mi figura, me hacían sentir seguridad como mujer, afianzaban mi feminidad tan olvidada. Realmente estaba muy bien. Me sentí guapa y atractiva, algo que hacía también mucho tiempo que no recordaba. Cogí un chal color marfil y salí de mi habitación dirigiéndome al salón, Tomás ya me esperaba allí. Al entrar estaba de espaldas, observé lo bien que le caía el traje gris oscuro que llevaba. Tenía porte y elegancia con él. Se dio la vuelta de inmediato al oír el sonido de mis tacones entrar en el salón. Al verme, se quedó boquiabierto.

—¡Estás guapísima, Álex! —Silbó—. ¡Dios! ¡Estás espectacular! —exclamó de seguido.

—Bueno, no estoy mal. —Hice una pequeña pausa mirándome a mí misma—. No, llevas razón, esta noche estoy muy bien, estoy guapa. —Sonreí volviendo a mirarlo, más bien contemplándolo. Estaba muy guapo con ese traje. Lo había combinado con una camisa blanca resplandeciente y una corbata de idéntico color que el traje. Estaba guapísimo, tremendamente atractivo, todo un dandi.

—Guapa estás siempre, pero hoy estás increíblemente bella. —Silbó de nuevo—. Y yo tengo la suerte de ser tu acompañante. La de miradas envidiosas que me van a matar con sus ojos esta noche. Ni me puedo imaginar la cantidad.

—Pues disfruta de mi compañía para que sufran más. —Le guiñé el ojo.

—Eso haré, disfrutaré de todo lo que pueda contigo —susurró acercándose a mí—. Nos vamos, princesa. —Me ofreció su brazo.

—Nos vamos, caballero. —Sonreí y me entrelacé a él—. Espero que esta noche mi madre no me haga perder los estribos como es su costumbre. —Suspiré fuerte.

—Esta noche olvídate de todo, por favor. De Alejandro, de tu madre..., incluso de tu dolor, de todo. Vive, Álex, disfruta de un poco de calma y paz en tu vida, por favor. Y si en algún momento no puedes hacerlo, ven y abrázate a mí, yo te aislaré del mundo. —Me dio otro tierno beso en los labios y salimos de mi casa. Al llegar a la calle, Sofía y Miguel ya nos estaban esperando en su coche.

—Hola, ¿lleváis mucho esperando? —le pregunté a Sofía mientras se bajaba del auto.

—No, acabábamos de llegar —me contestó—. ¡Madre mía, Álex, estás guapísima! —exclamó mirándome de arriba abajo. Luego sus ojos se volvieron en dirección a Tomás—. Tú eres Tomás, ¿verdad? —le preguntó directamente.

—Sí, el mismo. —Se acercó a ella y se dieron dos besos—. Y tú eres la que un día fue la novia de mi mejor amigo, de Pedro.

—Esa misma soy yo, Sofía. —Asintió con la cabeza—. Me alegro mucho de conocerte, Tomás. Bueno, realmente, de volvernos a ver. ¡Ah! Una cosita... —Hizo una pequeña mueca—. Has conseguido que Álex, mi mejor amiga, mi hermana, haya vuelto a sonreír y a tener brillo en sus ojos, quiero agradecértelo enormemente. Pero,

te aviso, como por cualquier motivo hagas que esa sonrisa desaparezca y que sus ojos brillen por lágrimas, te juro que te castraré. ¿Lo has entendido? —preguntó con una sonrisa mordaz.

—¡Sofía! —le increpé alucinada, levantando fuerte la voz.

—Perfectamente, de forma nítida —contestó Tomás.

—No le hagas caso. A veces es un poco bruta, pero lo compensa con el buen corazón que tiene —le dijo Miguel, que salía del coche en ese momento—. Soy Miguel, su marido. Y sé que lo único que quiere es que Álex sea feliz, como lo queremos todos. No dudo en que si le haces daño a Álex te cruce la cara, pero no llegará más lejos, te lo aseguro —afirmó, y ambos estrecharon sus manos.

—Soy Tomás, el que le ha sacado a Álex una sonrisa y el que ha entendido perfectamente a Sofía, tu mujer. —Sonrió con sutileza.

—Un tío con sentido del humor, me gusta —dijo Miguel, mirándome.

—De momento no está mal —añadió Sofía—. Al menos es mejor que Raúl en eso. Él no sabía lo que era el humor, y mucho menos el irónico, ese no lo pillaba nunca.

—Pues ese precisamente es el mejor —contestó Tomás.

—Eso creo yo —corroboró Sofía.

—Bueno, montemos en el coche y vayámonos. No está bien que llegues tarde, tú eres la hija del homenajeadó —me dijo Miguel, y todos nos montamos en el coche.

Al entrar de nuevo en la editorial no pude evitar recordar a mi madre con ese jovencuelo comiéndose a besos, y suspiré profundamente. Tomás pasó su mano por mi hombro, me dijo que me calmase, que esta noche todo iba a salir bien y que la disfrutase. Sofía le escuchó y añadió que le hiciese caso, que me olvidase un poco de mi madre. Ella sabía perfectamente lo que mi cabeza estaba pensando, a veces creía que nuestra conexión era tan fuerte que teníamos telepatía. Cuando entramos en la gran sala habilitada para la ocasión, noté todos los ojos de los allí presentes mirándome. Y no era una sensación, sino una realidad. Algunos de ellos no me habían vuelto a ver desde hacía años, estaban casi impactados, sus caras los delataban. Con alguno llegué a tener la sensación de que hubiese visto un fantasma en lugar de a mí, su cara era de sobresalto. Muchos otros no habían vuelto a verme desde el funeral de Carla, era normal su sobrecogedora sorpresa. Intenté ignorarlos a todos y continué adentrándome en la magnífica sala, toda forrada de madera. La primera persona que me alegré de ver fue a mi abuela. Angélica, la madre de Julio Villanueva, una mujer octogenaria y delicada de salud que llevaba postrada en una silla de ruedas casi ocho años por una enfermedad de huesos. Era una mujer dulce y cariñosa, con una corta melena blanquecina por las canas, una cara redonda repleta de los surcos de la edad y unos ojos pequeños y marrones pero llenos de una inmensa ternura. En ese preciso instante los tenía colmados en lágrimas al ver cómo me acercaba a ella.

—¡Álex, hija, cuánto tiempo! Dale un abrazo a tu abuela —me pidió con los brazos abiertos. Me agaché y me estreché a ella a punto de llorar yo también.

—Abuela, ¿cómo estás? Tenía muchas ganas de volver a verte.

—Y yo hija, y yo. Pero tu madre me había dicho que no sabía si ibas a venir. Estaba muy triste pensando que no te iba a ver.

—Pero estoy aquí, abuela —le dije sonriendo—. Y he venido principalmente por ti, para verte y darte un fuerte beso. —Me volví a abrazar a ella y la besé en la mejilla.

—Ponte bien, quiero verte de nuevo. —Me puse frente a ella y me giré para que me observara bien—. Estás muy guapa, Álex, divina. Me alegra tanto verte así. —Se quedó callada mirándome a los ojos—. Acercarte. —Me hizo un gesto con la mano para que me agachase un poco—. ¿Eres feliz, cariño? —me preguntó, dejando escapar en ese momento una lágrima de sus ojos.

—Lo estoy intentando, abuela, de verdad —contesté, secándole sus lágrimas.

—Eso ya es un gran paso, hija —dijo, sacando un pañuelo de su diminuto bolso—. Continúa intentándolo todos los días, ¿vale? —Me acarició la mejilla.

—Vale, abuela, lo haré —asentí—. Y ahora quiero presentarte a alguien. Bueno, a Sofía la conoces perfectamente. —Sonreí, y Sofía se acercó a ella.

—Hola, Angélica, ¿cómo estás? No pasan los años por ti, ¿cómo lo haces? —preguntó y le dio dos besos.

—Y tú sigues igual de zalamera. Siempre con tus cariñosos cumplidos.

—No es un cumplido, estás genial. Hasta podrías ligarte a uno de estos estirados que se pavonean por aquí.

—¡Diablo de muchacha! —exclamó riendo mi abuela—. Nunca cambiarás, siempre tienes ganas de liarme con alguien.

—Así es Sofía, abuela, ya lo sabes —dije entre risas.

—A mi marido no lo conoces, se llama Miguel —dijo. Miguel le estrechó la mano—. Pero ya te he dicho que es mi marido, Angélica, con él no te voy a dejar coquetear.

—Pues ten cuidado, cariño, porque es una mujer muy atractiva —contestó Miguel.

—¡Oh, otro adulator! Dios los cría y ellos se juntan —dijo mi abuela, y todos acabamos riendo—. Y usted, joven, ¿quién es? —preguntó mi abuela a Tomás.

—Soy Tomás Hernández, Angélica, el acompañante esta noche de su nieta —estrechó su mano con ella.

—¿Solo acompañante? —Mi abuela me miró fijamente.

—Se están conociendo, como se suele decir —contestó Sofía, adelantándose a mí.

—Soy un amigo, no se preocupe.

—Y con lo guapa que es mi nieta, ¿se conforma solo con ser un amigo? ¿No será gay? —le preguntó muy seria. No pudimos evitar echarnos de nuevo a reír todos, incluso Tomás.

—Eres la mejor, Angélica, no cambies nunca —le dijo Sofía, riendo sin parar.

—No, señora, no soy gay —contestó con una tímida sonrisa—. Y, evidentemente,

habría que estar ciego para no ver lo guapa que es su nieta. Y si quiere sinceridad, le diré que me gusta mucho y nos estamos conociendo, como bien ha dicho Sofía. Y por último, añadiré, no hace falta que se preocupe por mis intenciones, Sofía ya me ha advertido ante eso también.

—Y si no es indiscreción, joven, ¿qué le ha dicho?

—¿Textualmente?

—Por supuesto.

—Que si le hago daño me castrará.

Mi abuela miró a Sofía, negando con la cabeza.

—¿Qué? ¿No te parece bien? —le preguntó esta a mi abuela.

—Sofía, cuando a un hombre se le amenaza con algo debes ser clara en tu lenguaje para que ellos no tengan ninguna duda al respecto. Caballero —dijo mi abuela dirigiéndose a Tomás— lo que Sofía ha querido decir es que si mi nieta derrama una sola lágrima por usted le cortará los huevos. ¿A que ahora le ha quedado más claro?

—¡Abuela! —le recriminé, mientras escuchaba reír a Sofía sin parar.

—Con absoluta transparencia, señora.

—Eres un *crack*, Angélica, deja que te dé dos besos de nuevo. —Sofía no podía dejar de reír.

—Mire, joven, no tengo nada contra usted, al menos de momento. Igual usted es un hombre maravilloso, pero yo no lo sé. Lo único que sé es que mi nieta ya tuvo un cabrón en su vida y no quiero que dé con otro. Espero que me comprenda.

—Por supuesto, señora. Pero lo único que deseo es hacer feliz a Álex, de verdad. Y me gustaría poder demostrárselo con el tiempo.

—Esperemos que eso sea así, por su bien.

—Bueno, abuela, nos vamos a ir a ver si veo a mis tíos y abuelo. Espero que ellos no traten a Tomás como tú o seguramente saldrá corriendo despavorido —dije, mirándolo. Él perfiló una ligera sonrisa—. Luego vengo a verte otra vez.

—De acuerdo, cariño.

Tomás no dijo ni una sola palabra mientras íbamos andando hasta el fondo de la sala. Sofía me dijo que ella y Miguel iban a por unas bebidas y que se quedarían por ahí mientras yo hacía la ronda de visitas. Miré a Tomás, estaba muy serio, demasiado, lo normal después del trago por el que había pasado.

—Si quieres quedarte por aquí y yo voy a buscar a mi familia lo entenderé. Siento mucho lo de mi abuela, pero sabe cuánto he sufrido y solo busca mi bienestar. Perdónala.

—No, Álex, la entiendo, es normal. Pero eso no quita para que me haya quedado un poco cortado. Primero Sofía y después tu abuela. Me da miedo que me vea tu madre, igual ella me ataca directamente. —Se encogió de hombros.

—¡Oh, oh! Pues creo que ya tenemos a la fiera encima. Viene justo hacia aquí, no te gires, por favor —susurré.

—¡Álex, hija, has venido! —exclamó, abrazándome con fuerza—. Pero estás fantástica, guapísima. Te has cortado hasta el pelo, te queda genial. ¡Cuánto me alegro de tenerte aquí! —Me observó de pies a cabeza—. Si tu padre pudiera verte ahora mismo lloraría emocionado.

—Hola, mamá. ¿Has acabado ya? Porque tengo que presentarte a alguien.

—¿A quién, cariño?

—A Tomás —dije, mirándolo de frente. Ella se giró para ver a quién miraba.

—Encantado, señora Ramos —le ofreció su mano y mi madre se la estrechó, sorprendida—. Me llamo Tomás Hernández.

—¿No nos conocemos? —le preguntó mi madre.

—Sí, soy periodista. He entrevistado en alguna ocasión a escritores de su editorial. Por eso le sonará mi cara.

—¿Y de qué os conocéis vosotros? —me preguntó extrañada, frunciendo el entrecejo.

—Tomás está realizando un reportaje sobre Alejandro Maxwell, mi padre, y yo le estoy ayudando.

Mi madre se quedó paralizada, blanca como la pared, en ese momento la sangre se le había congelado en las venas.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Que Tomás está haciendo...

—No, eso me ha quedado muy claro —cortó mi frase sin dejarme acabar de hablar—. Me refiero a eso de que vas a contar en un periódico que él es tu padre. ¿Lo vas a hacer?

—Me lo estoy planteando —contesté seria.

—Por favor, ven a mi despacho y hablemos un momento.

—¿Para qué? ¿Para que me sigas contando más mentiras?

—Álex, aquí no —dijo, hablando bajo—. Vayamos a mi despacho. ¿O quieres enturbiar el homenaje de tu padre?

—Álex, lleva razón. No es el lugar. —Tomás negó con la cabeza.

—Hazle caso, parece inteligente. —Mi madre me miró seria.

—De acuerdo. Vamos a hablar, mamá —contesté, adelantándome a ella y yendo hacia su despacho con celeridad.

Nada más entrar en él mi madre se sentó en su majestuoso sillón, soplando con brío. Luego me miró seria, sacudiendo una y otra vez la cabeza.

—No te entiendo, Álex.

—¿El qué no entiendes, mamá?

—¿Por qué quieres contar al mundo que Alejandro era tu padre? ¿No piensas en el daño que eso hará a todos los demás?

—¡Oh, por Dios! Ahora no pongas a los demás de escudo. Solo te importa cómo te repercutirá a ti, solo eso, como siempre. —Levanté la voz.

—¿Eso crees? —Se levantó con furia de su sillón.

—No lo creo, lo sé. Solo te mueves por tu interés, como haces constantemente, no es algo nuevo que me pille desprevenida.

—¿Y tu padre? Me refiero a Julio, ¿has pensado en su memoria? ¿Y en tu abuela? ¿Y en el resto de la familia?

—¿Y cómo te afectará a ti mamá? ¿Cuántas veces lo has pensado y te han dado escalofríos? ¿Cuántos amigos perderías? ¿Cómo afectaría el escándalo al negocio? ¿A los accionistas? ¿A tu posición social? Eso es lo único que te importa. No quieras ahora hacerme creer que antepones a los demás antes que a ti. No te lo crees ni en sueños, no es tu estilo.

—Pues aunque no te lo creas pienso mucho más en ellos que en mí. Pienso en tu abuela, en cómo se sentirá al descubrir que no eres realmente su nieta, en el dolor que le proporcionará saber que yo engañé a su hijo. ¿Y para qué? ¿Por qué lo haces? No te entiendo, Álex. Si quieres vengarte de mí no mezcles a los demás, ellos no tienen la culpa de mi error.

—Lo tendrán que saber porque me voy a cambiar los apellidos. Mi padre quería que llevase los suyos y, realmente, son los que me corresponden. Las verdades duelen, pero mentir ocasiona más dolor aún.

—No es cierto, dime que no es cierto. —Se dejó caer en el sillón y comenzó a llorar—. No puedes hacer eso, Álex, no puedes hacerlo. Julio no te engendró, pero era tu padre, te crio como tal, te quería, eras su vida, no le puedes hacer eso, no puedes, no puedes... ¿No lo ves? —Levantó la voz y me miró fijamente; su mirada se quedó petrificada en mi rostro, esperando una respuesta.

—Puedo hacer lo que quiera, ya no soy la niña que tú manipulabas a tu antojo. No, mamá. Hace años que tomo sola mis decisiones, por muy duras que hayan sido, lo he hecho sin tu ayuda. Ahora no me vengas diciendo qué puedo o no hacer y sécate las lágrimas de cocodrilo, te van a estropear tu magnífico cutis. Además, tienes que dar un discurso en breve, tienes que homenajear a mi padre, al mismo que traicionaste y engañaste durante todo el tiempo que pudiste. Ahora ya entiendo por qué defendiste a Raúl cuando me engañó con otra, te defendías una vez más a ti misma. Me das pena, joder.

—Alejandra, no te tolero que me hables ni una sola vez más así —gritó, levantándose del sillón hecha una furia.

—No te preocupes, no te voy a hablar más, me marcho de aquí. No quiero ver ni un segundo más de la patraña que has montado en memoria de mi padre. Seguramente le haga revolverse en su tumba —dije, saliendo del despacho como una exhalación.

Busqué a Tomás por la gran sala, en unos pocos segundos lo vi. Mientras me acercaba con urgencia a él, alguien me paró. Me giré veloz, era Sofía.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

—Me marcho, no aguanto ni un minuto más aquí —contesté malhumorada.

—¿Has vuelto a discutir con tu madre? ¿Hoy también?

—Sí, Sofía, hoy también. —El timbre de mi voz elevó su volumen—. ¿Acaso tiene algo de especial este día para no hacerlo? Todo esto es una pantomima, una farsa, un montaje, no está cimentado en una sola verdad. Y me voy, joder.

Al darme la vuelta me choqué con Tomás.

—¿Qué ocurre? —preguntó perplejo.

—Que nos vamos. Por favor, sácame de aquí te lo suplico. —Mi voz se quebró.

Tomás me cogió de la mano y empezamos a andar hacia la salida. Llamamos al ascensor y, en cuanto nos montamos y las puertas se cerraron, me lancé a comerle la boca. Estaba desesperada, quería sentirme tan bien como cuando él me había besado en casa, cuando sus besos habían calmado por completo mi alma. Lo besaba tan fuerte que llegué a hacerlo con violencia, apretándome contra su cuerpo, tirando de su pelo, me dejé arrastrar por la agresividad que llenaba mi cuerpo en ese momento.

—¡Eh, para, para! —Tomás me separó de él y me sujetó por las muñecas—. No sé qué coño te pasa, pero a mí no me gusta sentirme utilizado, no soy la vía de escape de nadie. Eso ya lo fui durante años y no me agradó, no quiero repetirlo. —Me miró serio.

—Lo siento, Tomás, lo siento. —Rompí a llorar. En ese momento el ascensor paró y las puertas se abrieron. Tomás echó su brazo por encima de mis hombros, cubriéndome con su abrazo, y salimos a la calle en busca de un taxi.

El trayecto lo hicimos en silencio. Un silencio absoluto. Tan solo de vez en cuando nuestras miradas se encontraban y Tomás me mostraba una más que leve sonrisa. Me empezó a recorrer la vergüenza. Me sentía avergonzada por cómo me había comportado con él. Las ganas de llorar me inundaban tanto por ello como por todo lo sucedido con mi madre. Continuamos en silencio. El silencio bajó con nosotros del taxi, subió en el ascensor, pasó dentro de mi casa y se sentó en el sofá, acompañándonos. Yo quería hablar, pero la vergüenza me lo impedía, con ello el silencio se instalaba más entre nosotros, acomodándose en el mullido sofá de mi casa. Por fin la voz de Tomás consiguió romperlo, aunque con lo menos esperado para mí. Me preguntó si tenía algún tipo de infusión que pudiese relajarme. Tras mi afirmación, se acercó a la cocina a preparármela. Cuando regresó se sentó a mi lado, mirándome con firmeza. No pude contener más mi llanto, las lágrimas asaltaron mis mejillas con urgencia. Entre sollozos, le volví a pedir perdón, él me abrazó de nuevo con su comprensión y lloré hasta desahogarme por completo. Necesitaba vaciar aquel dolor que no paraba de incinerarme por dentro. Intentó sosegar me suplicándome que me calmase, me tomase la tila y hablásemos un poco, eso me vendría bien. Apenas había puesto la taza en mis manos, empecé a contarle la discusión con mi madre y cómo me había hecho sentir. Él me escuchaba atento, sin decir nada, solo me oía y acariciaba mi pelo, hasta que mencioné cambiarme de apellidos, entonces su cara cambió.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó sorprendido.

—Lo estoy sopesando, Tomás. ¿Tú tampoco lo ves bien?

—Creo que lo deberías pensar despacio. Es algo que no solo te afecta a ti, sino a muchas otras personas. Pienso que te estás cegando por querer vengarte de tu madre de alguna forma, pero eso no solo le hará daño a ella.

—Has dicho casi lo mismo que mi madre. ¿Entonces soy yo la equivocada también para ti?

—No debes tomar ninguna decisión ahora mismo. Espera a que todo se calme y actúa con serenidad, no llevada por un impulso de escarmiento.

—¿Eso crees que hago? —le interpelé apenada.

—Sí, Álex, aunque tú en este momento no lo veas así. Buscas castigar a tu madre para que ello te desagradie de tu dolor. Pero habrá más dolor para otras personas.

Me quedé callada meditando sus palabras. Pensé que quizá llevara razón, tenía que actuar con tranquilidad. Dejé la taza encima de la mesa y me acurruqué en silencio en su pecho. Él me cubrió con su brazo, arropándome con su calor. Escuchaba el traqueteo calmado de su corazón pegado a mi oído, y ese sonido, suave y acompasado, terminó sosegándome, me transportó a la placidez y acabé durmiéndome entre sus brazos.

Abrí los ojos despacio, estaba en el salón, entre los brazos de Tomás, y me separé despacio de él. Miré la hora, eran más de las dos y media de la madrugada, ambos nos habíamos quedado dormidos en el sofá. Le observé durante un largo rato, era muy guapo, aunque lo mejor lo guardaba dentro, en su interior, ahí era donde más belleza tenía. Sus graciosos rizos morenos le cubrían las cejas y le tapaban la nuca, realmente tenía una buena mata de pelo. Su prominente nuez a pico me fascinaba, no sabía el porqué de mi atención a esa parte del cuerpo de un hombre, pero mis ojos siempre la buscaban. Sus sedosos labios estaban levemente entreabiertos en ese momento, y sentí una inmensa atracción por ellos, por besarlos. Me acerqué despacio, posando mis labios en ellos con delicadeza. Los ojos de Tomás se abrieron de golpe al momento, topándose con los míos, y me devolvió el beso. Me levanté, ofreciéndole mi mano, se cogió a ella y nos dirigimos a mi dormitorio. Al llegar allí volvimos a besarnos, pero esta vez apasionadamente, jugando con nuestras lenguas a amarnos. Fue un beso tan largo que apenas nos quedaba aire que respirar al apartarnos. Apoyó su cabeza en mi frente, mirándome con dulzura.

—¿Estás segura, Álex? —susurró con voz aterciopelada.

—Lo estoy. Te deseo, Tomás —contesté, y volvimos a besarnos.

Las manos de Tomás suavemente comenzaron a bajarme los tirantes de mi vestido hasta que este cayó al suelo. Me quedé en ropa interior, con mi sujetador y mi tanga. Sin saber por qué, las palabras de Sofía sobre la braga faja de Bridget Jones regresaron a mi mente con fuerza. No pude evitar reírme.

—¿De qué te ríes? ¿No te habrás vuelto a acordar de mis granos? —preguntó sonriendo.

—No, tonto —contesté entre risas—. Es algo entre Sofía y yo que me ha venido de repente a la cabeza.

Tomás me observó de arriba abajo lentamente, examinando, admirando al milímetro mi cuerpo. Sentía mi corazón galopando fuerte en mi pecho al verle contemplarme así. Al subir su mirada a mis ojos, vi el deseo reflejado en su arco azul celeste. El deseo en su estado más puro. Sus manos se colaron por mi pelo, se apoyaron en mi cuello y volvió a besarme con total pasión. Yo aproveché, mientras le respondía, a desabrochar despacio los botones de su camisa, luego mis manos acariciaron su maravilloso pecho. Nos tumbamos en la cama sin ser capaces de despegar nuestras bocas y terminamos desvistiéndonos el uno al otro. Estaba deseosa de hacer el amor con él, me gustaba, me atraía, había chispa entre nosotros. Pero a la vez me encontraba aterrada, los nervios tenían atenazadas mis entrañas por completo. Llevaba más de cinco años sin estar con un hombre en esa situación. Me asustaba que mi falta de práctica fuese demasiado evidente. Sin embargo, Tomás y sus besos

crearon una atmósfera de dulzura y deseo que terminó evadiéndome de todo, entregándome a él por entero. Nos envolvimos en pasión y complacencia mutua. Yo temblaba entre sus brazos, me agitaba con el roce de su cuerpo, me estremecía sintiendo su pasión. Él agradecía mis caricias, colmándome de besos; mis besos, con más ardientes caricias, y mi deseo, saciándome con una espectacular ternura y delicadeza. Hicimos el amor sin poder apartar nuestras miradas, viendo el placer de cada uno y el propio reflejado en la pupila del otro. Fue vigoroso, dulce y realmente cariñoso. Vibramos con fuerza al alcanzar el orgasmo, rodeando nuestros cuerpos con los brazos mientras el placer nos embargaba. Me cubrió de besos. Más de mil besos pequeños y suaves en los que yo me deshacía con su sabor. Sabían a amor. A total entrega de amor. Se apartó de mí con cuidado y se echó a un lado, mirándome con una fantástica sonrisa. Observé atenta su pecho, veía cómo su respiración, poco a poco, se calmaba, y sonreí yo también.

—Eres una maravilla, Álex —dijo acariciándome la mejilla—. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien al estar con una mujer. Te lo aseguro.

—Pues yo ya no recordaba lo que era estar con un hombre. Llevaba más de cinco sin estar con uno. —Estiré las comisuras de mis labios ligeramente.

—Yo también llevaba mucho sin estar con una mujer, aunque no tanto como tú. —Hizo una pausa mientras continuaba acariciando mi cara—. Pero lo que sí llevaba mucho tiempo echando en falta era sentir lo que he sentido contigo. Me he sentido deseado, muy deseado, Álex. Ha sido muy bonito, había olvidado esa sensación. —Volvió a besarme dulcemente.

—Para mí también ha sido muy bonito. Yo he sentido cosas que tenía por olvidadas. Y no me refiero únicamente por esto, hablo de antes de llegar a la cama. Creo que tenemos algo más que solo una mera atracción, por eso me he acostado contigo.

—Lo sé, yo también lo siento. Hay química entre nosotros, conectamos bien. —Sonrió—. Bueno, después de esto yo diría que muy bien, encajamos a la perfección. —Rio y me guiñó el ojo. Yo terminé riendo con él. Después su risa se disipó y me miró serio—. ¿Sabes? No he sido totalmente sincero contigo en una cosa.

—¿Cómo? ¿En qué? —le pregunté, incorporándome un poco, sorprendida por sus palabras.

—Tranquila, no es nada malo —contestó. Su mano, con delicadeza, empujó a mi cuerpo para que volviera a tumbarme.

—¿Qué es? —Mi impaciencia le habló en tono de interrogatorio.

—Es sobre el primer día que nos vimos. Mejor dicho, cuando nos reencontramos después de tantos años —dijo sin parar de observarme—. Yo te conocí nada más abrir la puerta, Álex.

—Y ¿por qué no me lo dijiste? —Habló mi desconcierto.

—Porque quería saber si tú te acordabas de mí. Sabía que había cambiado mucho, pero no hasta el punto de que ni me reconocieras.

—Bueno, solo te vi aquel día, y tus granos tapaban tu bello rostro. —Una leve sonrisa brotó por mi boca al recordarle con semejante aspecto—. Pero me lo podías haber dicho desde el principio.

—No sabía qué hacer, me daba un poco de corte al ver que no me recordabas en absoluto. Primero pensé no decirte nada, pero luego, cuando me marchaba de tu casa, cambié de idea. Solo quería que lo supieras, necesitaba hacerte saber que yo nunca me olvidé de ti. Me gustaste mucho desde que te vi en aquella fiesta, fue un flechazo. Aunque lo superé, no creas que ya no volví a fijarme en las mujeres. —Se carcajeó sutilmente—. Si bien el recuerdo de tu imagen se quedó en mi cabeza y de vez en cuando te retenía en ella. Claro que también me ocurre eso con Beyoncé y Shakira, las retengo muy a menudo en mi mente.

—¡Serás tonto! —exclamé, dándole un pequeño manotazo en el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Es que a ti no te gustan Brad Pitt o Keanu Reeves?

—Desde luego, y muchísimo más que tú. Sobre todo el segundo.

—Estoy seguro, pero debes conformarte conmigo. —Acercó sus labios a mi boca y me besó con la dosis justa de pasión y ternura.

—Eso haré, conformarme contigo. ¡Qué remedio! —Sonreí, y nuestros labios volvieron a unirse en otro largo beso.

Estuvimos charlando un rato, no teníamos sueño, y empezó a hablarme de su vida en Nueva York. Me contó dónde estuvo viviendo y cómo vivía allí la gente. Me habló un poco de su exmujer, de su vida en general, de su familia, su profesión y cuánto le apasionaba. Me explicó a cuánta gente importante llegó a entrevistar para el periódico que trabajaba y la pena que le dio tener que dejarlo. Sin embargo, quería regresar a España, eso pesaba más.

—Resuélveme una duda, ¿cómo un buen periodista como tú no está trabajando en un periódico nacional? Tienes un magnífico currículum a tus espaldas.

—Porque con la actual crisis que sufre nuestro país no se puede elegir trabajo. Después de patearme muchas redacciones y de recibir muchas negativas, encontré este y no me lo pensé dos veces. Pero si el reportaje de tu padre sale bien, tengo a un periódico importante interesado por él. Y, además, estoy empezando a escribir un libro. Una novela ambientada en la posguerra española.

—¡Eso es genial! No sabía que escribieras.

—Bueno, soy periodista. Mi vida se basa en investigar y escribir.

—Es cierto. —Le di un casto beso en su mejilla y él me regaló una sonrisa con la que marcó el hoyuelo que tanto me gustaba ver resurgir en su rostro—. ¿Sabes? Darío también es escritor. Está escribiendo su cuarta novela. Estuvo hablándome de ella el otro día y suena muy bien.

—Espero que tenga suerte. Al fin y al cabo, el mundo literario se mueve así. Nunca sabes lo que le va a gustar a los lectores realmente. El factor suerte es determinante, aparte de ser un buen escritor. Y ahora por qué no nos dormimos un ratito —dijo acurrucándose en su pecho.

—Sí, llevas razón. Durmamos un rato. —Nos dimos un dulce beso y nos quedamos abrazados buscando juntos el sueño.

•

Unos tiernos besos por mi cuello me hicieron despertar. Giré mi cabeza y vi la maravillosa sonrisa de Tomás y sus azules ojos centelleantes de deseo una vez más.

—Buenos días, princesa —susurró casi pegado a mis labios, besándome al terminar de hablar.

—Buenos días para ti también —le contesté, y nos volvimos a besar.

—Lo de anoche fue increíble, Álex, mi cabeza no para de recordarlo una y otra vez.

—Sí, estuvo muy bien. —Acaricié sus morenos rizos.

—He pensado que una buena forma de comenzar bien el día sería ducharnos juntos. —Me miró de forma astuta—. Nos podemos lavar el uno al otro. —Sonrió—. Me encantaría volver a acariciar tu cuerpo.

—¡Ah!, ¿sí? Y ¿qué más me vas a hacer si entro en esa ducha contigo? —le pregunté descaradamente.

—Todo lo que quieras y nada que no desees.

—Muy diplomático, señor Hernández —dije entre risas.

—Lo sé, lo tengo estudiado. —Sonrió una vez más.

—¿Eres un embaucador?

—Lo soy. Y ahora mismo es lo único que pretendo. Embaucarte para volver a tener tu cuerpo.

—Tu sinceridad me ha convencido. Vayamos a la ducha —contesté, y nos besamos apasionadamente antes de abandonar la cama.

Dentro de la ducha Tomás me miró sonriendo.

—¿Qué? ¿Te resulta graciosa mi cara? —le pregunté.

—No, me resultan graciosas unas palabras que me dijiste hace unos días.

—¿Cuáles?

—Que eras una quimera para mí, aunque luego suavizaste esa palabra dejándola en reto. Acuérdate que te dije que era muy buen acompañante y caerías a mis pies. — Se acercó a mí, apoyando sus brazos en los azulejos, dejándome entremedias de ellos.

—Pues que yo sepa no he caído en tus pies. —Lo desafié con mis ojos.

—Es cierto, has caído en mis brazos —contestó, y me besó de nuevo con inmenso deseo.

—Ahora te he cambiado de categoría. —Mi boca trazó una ínfima sonrisa a escasos milímetros de la suya.

—¿Y qué soy ahora para ti? —preguntó susurrando.

—Eres mi proyecto —respondí seria.

—Pues tu proyecto no te va a defraudar, Álex. Quiero hacerte feliz, sé que te lo

mereces. La vida ya ha sido demasiado dura contigo, yo solo quiero hacerte sonreír. Tienes una sonrisa maravillosa, me fascina.

Abrí el grifo del agua despacio, esta empezó a caer lateralmente sobre nosotros, mojándonos.

—Bueno, duchémonos, para eso estamos aquí, ¿no?

—En principio, sí. —Rio con sagacidad.

—Lo que he dicho, empecemos por el principio. —Le devolví la misma risa, pero la mía iba aún más cargada de perspicacia.

Tomás me besó una vez más, dulcemente y con deseo. Se separó de mí sin parar de mirarme con su azul mirada, cogió el bote de gel, se llenó las manos de él y comenzó a lavar mi cuerpo con delicadeza. Nuestras bocas no paraban de buscarse y encontrarse entre lavado y enjuague. Mis manos, impregnadas en gel, también le recorrían por entero, aseando todo su bonito cuerpo. Y así, entre besos y enjabonadas caricias de blanca espuma, nos lavamos el uno al otro. Más en un acto de disfrutar de nuestros cuerpos, de rozarnos con nuestro deseo, de subir nuestra excitación, que buscando la mera higiene. Se podría decir que ese baño era todo un torrente de caricias, un alegato al placer, la necesidad mutua de conocer nuestros cuerpos a la perfección. Al finalizar aquel maravilloso ceremonial de manos agradecidas por satisfacerse del otro, Tomás me abrazó por la cintura y volvió a mirarme fijamente con su penetrante mirada.

—Ya hemos acabado, ¿qué más quieres?

—¿Qué más sabes hacer? —le pregunté con una ligera arrogancia.

—¡Oh, muchas cosas! —contestó en un tonito un poco chulesco—. Ya te he dicho antes que todo lo que quieras y...

—Y nada que no desee —acabé la frase por él—. Es una frase brillante. —Sonreí.

—Lo es. —Perfiló una sonrisa tan sexy como desvergonzada—. Y ahora, ¿qué deseas, Álex?

—¿Qué piensas tú que quiero? —susurré, acercándome más a su boca.

—Quieres que te haga disfrutar, que te dé cariño, placer, que te haga vibrar. ¡Umm, me encanta hacerte vibrar! —Pegó sus labios prácticamente a los míos.

—¿A qué estás esperando? —pregunté, deslizando suavemente las palabras por mis labios.

—A que me lo pidieses. —Posó su boca en la mía y nos besamos con pasión, con loca y arrebatada pasión.

Tomás se perdió por mi cuerpo, yo me fundí en el suyo. Mis manos se apoyaban con fuerza a la mampara de cristal mientras nuestros cuerpos se tomaban, nuestros corazones se disparaban y el oxígeno faltaba en nuestros pulmones. Al terminar de consumarnos, nos quedamos apoyados en una de las paredes. Entretanto, la calma regresaba a nuestros cuerpos extasiados de placer. Volví a abrir el grifo de la ducha, y el agua comenzó a empapar nuestro agotamiento. Tomás soltó una ligera carcajada al sentirla sobre él y me besó de nuevo.

—Está claro que debemos ducharnos otra vez, hemos sudado demasiado. Es lo que tiene el sexo, te hace trabajar a pleno rendimiento. —Me guiñó el ojo.

Nos besamos una vez más y volvimos a ducharnos. Pero esta vez preferimos hacerlo cada uno por su lado, centrándonos tan solo en lavarnos.

Tras abandonar la ducha, Tomás se secó un poco, se enrolló una toalla a las caderas, volvió a besarme y fue a vestirse. Secándome, pensé que era la primera vez que hacía el amor en un sitio así, en un lugar diferente de la cama. Con Raúl lo intenté en un par de ocasiones, pero después de tontear hasta subir la excitación a su punto más álgido, decía que prefería practicar sexo de forma más cómoda que de pie y nos marchábamos al dormitorio. ¡Menudo hipócrita! Cuando le pillé en casa, en nuestra cama, en la misma donde nosotros hacíamos el amor cepillándose a otra; la postura que practicaban jamás la habría podido ni imaginar. Y podía asegurar, sin lugar a dudas, que sería de todo menos cómoda. Casi era acrobática. No se percataron de mi existencia hasta unos segundos más tarde, y yo no podía articular palabra porque me quedé muda del impacto. Aunque tampoco se impresionaron mucho al descubrirme. Raúl me miró de una forma que tuve la sensación de que quería decirme: «Vuelve en un rato, cuando haya acabado». La mujer tuvo un poco más de decencia que él. Se tapó con la sábana, recogió su ropa y abandonó la habitación. Él se quedó sentado en medio de la cama, desnudo, sin importarle lo más mínimo cómo me sentía yo en ese momento. Permanecí allí de pie, sin saber qué decir, estaba en estado de *shock*. Al cabo de un rato, Raúl se puso sus calzoncillos y, mirándome fijamente, me dijo: «Son cosas que pasan, Álex, pero ella no significa nada para mí. La única eres tú. Tú eres mi mujer y la madre de mi hija». Lo miré con odio, mientras resbalaban por mi cara las primeras lágrimas. «Coge tus cosas y márchate de aquí, maldito cabrón. A partir de ahora te puedes tirar a todas las que quieras», articulé con la voz casi ahogada. No sabía cómo no lo vi venir antes. Estaba tan ciega por él que no quise darme cuenta de que no era normal nuestra escasez sexual. A veces nos pasábamos semanas y semanas sin hacer el amor. Yo quería achacarlo a su estrés en el trabajo, pero estaba claro que su fatiga se debía a que se lo montaba con demasiadas. Y, evidentemente, ya no le quedaban ganas para mí. Con cumplir un par de veces al mes era más que suficiente. Aunque después de conocer toda su viciosa vida habría preferido que se hubiese ahorrado esos dos encuentros puntuales al mes también. Me asqueaba pensar que me había llevado las babas de todas las demás, que había estado dentro de otras y luego llenando mi interior. Sentía absoluta repugnancia cuando lo pensaba.

Mientras terminaba de vestirme, sonó el timbre de la puerta. Tomás me miró y me preguntó si esperaba a alguien. Imaginé que sería Sofía, anoche no le hablé muy bien y sabía que vendría para preguntarme qué me ocurrió. Me calcé rápidamente y salí a abrir. Cuando vi aparecer la cara de mi madre frente a mí, me quedé helada.

—Buenos días, Álex. ¿Puedo entrar para hablar un momento contigo?

No contesté. Dejé la puerta abierta para que pasase y me dirigí al salón a

esperarla. A la vez que mi madre entraba en él, Tomás lo hacía también por la otra puerta. Mi madre me miró desconcertada, luego volvió a mirarlo a él.

—Yo no debo darte explicaciones de mi vida, mamá. Tú llevas años sin dármelas a mí.

—No te las he pedido, Álex.

—No con la boca, pero sí con los ojos. Así que para que te quedes tranquila te diré que Tomás ha pasado la noche en mi casa y conmigo.

—Me parece estupendo, Álex, lo digo de verdad.

—Me da igual lo que te parezca, yo haré con mi vida lo que quiera igualmente. No necesito tu visto bueno.

—Por favor, hija, no quiero discutir más. Solo quiero hablar contigo. Simplemente vengo a pedirte que pienses las cosas antes de actuar. Escúchame, te lo suplico.

—Bueno, yo mejor me voy a dar una vuelta —dijo Tomás.

—Te lo agradezco —contestó mi madre—. Este asunto es mejor que lo hablemos a solas.

—No hace falta que te marches, Tomás. Tú sabes todo lo que mi madre viene a decirme, lo hablamos anoche.

Mi madre lo miró aturdida, y él me miró a mí desconcertado. En ese momento la tensión que dominaba el ambiente era tan densa que se podía cortar con un cuchillo y servir como ración.

—Bueno, iré a preparar café a la cocina. —Se marchó y nos dejó solas.

—Álex, no he podido dormir en toda la noche pensando en lo que me dijiste ayer. No puedes pensar en serio eso, cambiarte de apellidos. Tú adorabas a tu padre. ¿Por qué quieres causarle ese daño?

—Yo no quiero causar daño a nadie, mamá. Solo te dije que me lo estoy planteando porque realmente mi apellido es Maxwell, no Villanueva. Evidentemente, Julio siempre será mi padre para mí, pero, biológicamente, Alejandro es mi progenitor.

—Lo sé, Álex. Pero que lleves su apellido no cambiará tu vida, la que ya has vivido. En cambio, afectará a muchas personas.

—No creo que yo sea la responsable de eso. Tú eres la culpable de causar todo ese dolor. Tú y tu engaño. Tú y tus mentiras. Tú y tu silencio. Siempre tú, mamá. ¿Aún no lo ves?

—Y vuelvo a repetirte lo mismo de anoche, hija. No quieras causar más dolor a personas que no se lo merecen por querer vengarte de mí. No es justo, Álex. —La voz se le rompió un poco.

—Y yo, una vez más, te repito que no me hables de justicia. Que no quieras chantajearme escudándote en los demás, poniéndolos de pantalla, haciéndome creer que te importan. Nunca te ha importado nadie que no hayas sido tú, ambas lo sabemos. Yo haré lo que crea más conveniente, te guste o no, duela o no. Eso lo he

aprendido de ti.

—Álex, si lo haces nos harás daño a todos, todos sufriremos, incluida tú. Pero entonces ya no tendrá remedio, ya no podrás retroceder y borrarlo como si no hubiese sucedido.

—¿Acaso has pensado alguna vez que tu error podía ser borrado? —Levanté la voz—. ¡Joder, mamá, mírame! Yo soy tu error. ¿Crees que puedo pasar inadvertida por la vida? ¿Soy invisible? Me has engañado durante treinta y cinco años y a mis padres durante diecinueve, pero aún no estás contenta. Tú quieres continuar con tu mentira hasta la muerte, hasta que quede sepultada bajo tu lápida. —Mis manos se enredaron por mi pelo tirando de él hacia atrás, y suspiré hondo. Mi madre me observaba quieta, inmóvil, sin ni siquiera pestañear—. ¿Puedes dormir por las noches? —le pregunté, mirándola fijamente—. Porque yo en tu lugar no podría ni mirarme al espejo.

—Álex, estás cegada por el odio que sientes hacia mí, no ves la realidad. A veces decir la verdad es mucho peor que mentir. A veces debes aprender a vivir con ella y soportar esa dura carga tú sola cada día. A veces es mejor que solo sufra una persona a que lo haga toda una familia. La verdad no rectificará mi error, nunca.

—No, no lo haré, lo sé. Pero no pretendas condenarme a mí a vivir con ello el resto de mis días. Yo decidiré lo que quiero hacer. Tengo ese derecho, no me lo puedes quitar.

En ese momento sonó el timbre de la puerta de nuevo. Tomás gritó desde la cocina que él abría. Mi madre y yo nos quedamos en silencio, esperando a ver quién llegaba. Al momento Sofía entraba con Tomás en el salón.

—Buenos días —nos dijo a las dos. A mí me miró, señalando con sus ojos a Tomás.

—Hola, Sofía —contestó mi madre.

—¿Qué hacéis? —nos preguntó.

—Nada. No hacíamos nada. Mi madre ya se marchaba, ¿a que sí, mamá?

Mi madre me miró entristecida, y yo aparté la mirada de ella. No tenía ganas de continuar con esa discusión, no iba a malgastar más saliva. Se acercó, un poco abatida, a darme dos besos antes de marcharse.

—Piénsalo con calma antes, por favor, te lo ruego.

—Ya te he dicho que haré lo que crea conveniente —respondí—. Adiós, mamá —dije, despidiéndome de ella. Abandonó el salón con sigilo, afligida y cabizbaja.

Tomás nos preguntó si queríamos un café. Le dijimos que sí y regresó de nuevo a la cocina para preparárnoslo. Sofía y su curiosidad me preguntaron de inmediato para qué había venido mi madre, sin parar de resaltar las malas vibraciones que se respiraban en el ambiente en ese momento. Le conté toda la discusión en el homenaje de mi padre por mi planteamiento de cambiarme de apellidos, y que la visita de hoy era su reiteración para convencerme de que no lo hiciese. Sofía me miró atónita, negando sin parar con la cabeza.

—Álex, ¿hablas en serio? ¿Lo has pensado fríamente?

—He dicho que lo estoy pensando. Mi padre quería que llevase sus apellidos y realmente son los que me corresponden. —Levanté la voz.

—Claro, muy bien. —Un tono de reproche salió por su boca—. Y Julio te crio como su hija y te quería muchísimo. Y ahora tú, en agradecimiento, te planteas quitarte sus apellidos. Me lo estás contando y aún no sé si creérmelo.

—¿Tú también? —le pregunté cabreada. En ese instante Tomás entró en el salón con nuestras tazas de café.

—Álex, tu madre lleva toda la razón. Sabes que no la aprecio mucho, pero es cierto que con la verdad dañarás a más personas. Hay momentos en los que decir la verdad lleva a solucionar las cosas, pero este no es uno de esos casos. Más bien es todo lo contrario.

—Sofía lleva razón, Álex. —Tomás entró en la conversación—. Si no quieres hacerme caso a mí, lo entiendo. Si tampoco se lo quieres hacer a tu madre, lo comprendo. Pero tu mejor amiga te está diciendo lo mismo, será por algo. No te dejes llevar por tu sed de venganza, te lo dije anoche.

—Hazle caso, Álex. Mejor dicho, haznos caso, por favor. No te precipites y cometas un error del cual ya no haya marcha atrás posible. Reflexiona con calma, deja que pasen unos cuantos meses para que todo este asunto se pose, se asiente. Si entonces continúas creyendo que eso es lo que debes hacer, pues hazlo, pero espera antes.

—Estoy de acuerdo con Sofía. Cálmate y medita todo con tranquilidad, la impulsividad es una mala consejera.

—Oye, me estás cayendo bien —le dijo Sofía a Tomás—. Se te ve un tío sensato. Pero no bajas la guardia, recuerda lo de ayer. —Sofía empezó a abrir y cerrar sus dedos índice y corazón a modo de tijera—. Te los cortaré llegado el caso. —Volvió a sonreír de oreja a oreja y con mordacidad.

—Me quedó muy claro ayer, tranquila. —Tomás también le sonrió.

—Sofía, me acompañas a dar una vuelta al cementerio. Quiero ir a ver a mi pequeña, lo necesito.

—Por supuesto. Vámonos.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó Tomás.

—No, gracias. Prefiero ir solo con Sofía, espero que no te importe.

—No, desde luego.

—En el cajón del mueble de la entrada hay otro juego de llaves del piso. Lo digo por si quieres salir a dar una vuelta.

—Gracias, lo cogeré. Saldré a pasear un rato.

—Como muy tarde a las cinco tenemos que estar en el aeropuerto. No te vayas a perder por ahí.

—Tranquila, solo daré una vuelta, no voy a visitar la ciudad. —Sonrió.

—Hasta luego —me acerqué y le di un casto beso en los labios. Al volverme,

Sofía me miraba con los ojos abiertos como platos.

Nada más cerrar la puerta del piso Sofía empezó a ametrallarme a preguntas. La primera fue que si nos habíamos acostado. La segunda que cómo había ido la cosa en la cama. Después, y de carrerilla, me preguntó qué sentí, si era buen amante, si mis piernas chirriaron mucho por la falta de uso, si me había hecho una buena puesta a punto y muchas más que dejé de escuchar. Yo sonreía y negaba a la vez con la cabeza, pensando qué hacer con ella y su curiosidad. Al salir del portal me paró en seco, mirándome fijamente.

—¿Me piensas contestar o qué? Soy tu amiga. Yo siempre te cuento todo, Álex.

—Sí, es cierto. Tú a veces eres demasiado descriptiva con tu vida sexual. No es necesario conocer todos los detalles, eso es algo tuyo y de Miguel.

—No sabía que te molestase, perdona —contestó, un poco a la defensiva.

—No es que me moleste, Sofí, pero a mí no me gusta contar mi vida más privada. Tú quieres saber si nos hemos acostado, pues sí, lo hemos hecho. Y ha sido muy dulce y bonito, pero hasta ahí, no te voy a contar nada más. Te quiero mucho y lo sabes, pero el resto es solo mío y de Tomás, solo de los dos.

—Llevas razón. —Se lanzó a darme un abrazo—. Y me alegro mucho de que estés empezando algo con Tomás, se le ve buen tío.

—Creo que lo es. —Asentí con la cabeza—. Sabe escuchar, sabe consolar, sabe ofrecer amor y, sobre todo, sabe hacerme sonreír. —Sofía me miró y besó mi mejilla. Mi garganta se anudó por un momento, creí que iba a ponerme a llorar, pero pude contenerme—. Y ahora vámonos, por favor.

—Pues vamos al coche, lo tengo a la vuelta de la esquina.

Era domingo y el cementerio estaba lleno de visitas. El sol brillaba radiante en un espléndido día de casi mediados de mayo. Era totalmente contradictoria la felicidad que sus rayos transmitían con la absoluta pena que se respiraba en aquel lugar. Andábamos despacio, observando la aflicción de la gente, pasando casi por entremedias de ella. Mis ojos prefirieron mirar al frente para no ver tan de cerca el dolor. Dolor. Ese compañero de viaje que estaba unido a mi alma desde que Carla me abandonó.

Estando cerca de mi niña, lo vi. Raúl estaba allí, con la misma mujer del último día que nos vimos. Conmigo se había portado como un cabrón y un cerdo, pero como padre siempre fue maravilloso con Carla. También sufrió mucho con su pérdida, aunque él fue capaz de rehacer su vida en un corto espacio de tiempo. Yo, por el contrario, empezaba a hacerlo ahora. A mí me había costado cinco años y descubrir que mi padre era otro para volver así a contactar con el mundo. Porque ese contacto fue lo que me llevó a relacionarme de nuevo y a comunicarme. Querer saber y averiguar sobre mi padre fue lo que hizo romper mi encierro y me llevó a conocer a Tomás. Y conocer a Tomás logró hacerme querer vivir otra vez.

Sofía me dio un codazo para indicarme que Raúl estaba allí, algo de lo que ya era consciente. Pero no di marcha atrás ni me detuve a esperar que él se marchase, como

en cualquier otra ocasión habría hecho. Me acerqué a la tumba de Carla con paso firme y di los buenos días. Raúl me miró asombrado; tanto, que balbuceó su saludo. La mujer que lo acompañaba nos saludó muy educadamente. Después de un par de minutos todos juntos y en silencio, Raúl volvió a decirme que teníamos que hablar. Pero esta vez no me dio tiempo a contestarle que ese no era el lugar, se adelantó a decirme que quería el divorcio. Estábamos solo separados legalmente, íbamos a firmarlo cuando ocurrió lo de Carla y nunca lo hicimos. Lo miré seria y, de nuevo sin dejarme responder, me dijo que se quería casar, señalándome a la mujer que lo acompañaba. Le comenté que no estaba viviendo ahora mismo en Madrid y le sugerí que me enviase los documentos por correo. Anotó mi dirección, añadiendo que me los enviaría por mensajería para que tardasen menos. Me pareció perfecto, cuanto antes zanjásemos definitivamente lo nuestro, mejor.

Un poco cohibido, pues resultaba una situación extraña y no el mejor lugar, me presentó a Alicia, su futura mujer, y estrechamos nuestras manos de forma cortés. Luego se marcharon, y Sofía y yo, por fin, nos pudimos quedar solas con Carla. Quería y necesitaba contarle a mi pequeña que había conocido a un hombre y que por primera vez en mucho tiempo, desde que ella me dejó, sentía ilusión y ganas de vivir. Le conté que era divertido y atento, guapo, aunque no siempre me lo había parecido, de más joven tenía muchos granos por la cara y a mí me daba grima. Sofía y yo nos echamos a reír recordándole, y ella destacó, al igual que yo, el increíble cambio que había realizado. Su metamorfosis. Le conté que le había hablado mucho de ella, que le había enseñado su habitación y nuestro cuadro. Estuve más de una hora hablándole y hablándole, expresándole con mis palabras todo lo que fluía en mi interior, mis más puros sentimientos. Aunque, por primera vez, no solo le hablaba de dolor, de cuánto sentía, cuánto acumulaba; también le hablaba de amor, del que empezaba a sentir, del que comenzaba a aflorar.

Al abandonar el cementerio no me fui tan hundida como en otras ocasiones. Era cierto que el dolor estaba ahí, pero había menguado, era más llevadero, más soportable, y eso me hizo sentir bien. Mi alma, por primera vez después de perder a mi niña, no se marchaba de allí hecha jirones, tan solo magullada. Y con esa magulladura era con la que tenía que aprender a vivir el resto de mi vida. Pero estaba convencida de que Tomás y su balsámico amor sabrían cómo hacerme coexistir con ella.

De vuelta a Rota, Tomás y yo hicimos el viaje muy en silencio. Él parecía preocupado y un poco triste. Pensé que a lo mejor se había sentido mal por no haberle dejado acompañarme al cementerio y de ahí su silencio. El mío provenía de todo mi malestar. No paraba de pensar en la discusión con mi madre, en sus palabras casi de súplica para hacerme reflexionar sobre mi cambio de apellidos. También pensaba en las palabras de Tomás pidiéndome que meditase todo con calma, y en las de Sofía, que me rogaban lo mismo. Escuchaba una y otra vez la voz del notario diciéndome que a Alejandro le habría encantado que llevase sus apellidos. Y por otro lado, no paraba de escuchar la voz de Julio diciéndome cuánto me quería. No podía hacerle eso, era cierto, sería como traicionarlo. Él me había querido muchísimo, se encargó cada día de su vida de demostrármelo. Pero también era cierto que Alejandro lo había hecho a pesar de no estar a mi lado, había sacrificado mucho en su vida para protegerme. Estaba claro que los dos me habían querido, los dos se sentían mis padres, y los dos lo eran. En ese momento me di cuenta de que nada iba cambiar eso, aunque yo cambiase mis apellidos. Sin embargo, si lo hacía, cambiaría la vida de muchas otras personas. Por mucho que me fastidiase dar la razón a mi madre, esta vez la tenía. Yo solo quería que llevase en la cara la V de *vendetta* que mi corazón herido deseaba tatuarse. Pero eso no solo la avergonzaría a ella, sino que mancharía la memoria de mi padre. Vengarme de ella suponía causar dolor en personas que no se lo merecían, y con ello no iba a cambiar nada. Lo perdido nunca se recuperaría, mis padres ya no estaban junto a mí y jamás lo estarían. La verdad, simplemente, sería más pernicioso. Realmente, mi obcecación por dañar de alguna forma a mi madre por su engaño me había llevado a plantearme una insensatez, algo irreflexivo. No podía borrar todo lo vivido de la noche a la mañana, siempre sería Alejandra Villanueva, aunque el verdadero apellido que me correspondiese fuese Maxwell. Mis recuerdos no podían cambiarse de apellido sin más, era imposible.

Abandonando el aeropuerto, Tomás cogió un periódico local y se puso a hojearlo. La respiración se me paró en seco cuando al mirar leí uno de sus titulares. «Fallece don Joaquín Collado Ursulle, presidente de la Asociación de Notarios y fundador de la ONG: Por una infancia feliz.» Le arranqué a Tomás el periódico de las manos, observando fijamente aquella noticia. Era él. Era el notario. El mismo que había hecho el testamento a mi padre, el que me entregó sus cartas, con el que había hablado tan solo hacía unos días. Además, por si pudiese albergar la mínima duda, la noticia estaba acompañada por dos fotografías. En una aparecía Joaquín junto a un grupo de niños, y en la otra, él y mi padre. El pie de dicha foto decía que Alejandro Maxwell era un colaborador asiduo de las buenas causas. Hacía unos meses había donado cincuenta mil euros para la ONG fundada por Joaquín Collado Ursulle.

Ambos se habían hecho amigos precisamente por su afán en ayudar a los más necesitados.

—¡Oye! ¿Qué pasa? —me preguntó Tomás, sorprendido.

—Este es el notario que me leyó el testamento de mi padre. Estuve con él hace poco más de dos semanas. Hablamos por teléfono tan solo hace un par de días... Ha muerto —dije, mirándolo aturdida.

Tomás tomó el periódico y lo miró sobrecogido. Luego, cuando reaccionó un poco, comenzó a leer la noticia en voz alta. Yo le escuchaba atenta sin dejarle de mirar, sin salir de mi asombro. Decían que había sufrido un accidente, se había caído por las escaleras de su dúplex y se había partido el cuello. En ese momento se encontraba solo en casa, su mujer había salido a comprar material de embalaje y cajas para su inminente mudanza. Le quedaba menos de un mes para jubilarse y se iban a trasladar a vivir a la isla de La Palma, en el archipiélago Canario. Su único hijo residía allí desde hacía años y deseaban estar más cerca de él y sus nietos. Resaltaban su gran calidad humana y su vasta labor ayudando siempre a los más desfavorecidos, en especial a los niños. Y terminaba diciendo que siempre viviría en la memoria de estos. Una lágrima rodó lentamente por mi mejilla. Me dio pena, mucha pena, parecía un buen hombre.

—Ironías de la vida. —Tomás sopló.

—¿Cómo?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Te pasas toda tu vida trabajando, haciendo bien las cosas, siendo una buena persona; y cuando estás a punto de empezar una vida tal y como deseas, como has soñado, el destino se ríe de ti y te hace trizas tus sueños.

—Me da mucha pena por él, pero no quiero ni pensar en su mujer. Pobre, el dolor que le queda por pasar. —Mi voz se quebró un poco.

—¡Eh, tranquila! No pienses en eso. —Me abrazó y me dio un suave beso en los labios—. No cargues con el dolor de nadie más, cada uno debemos arrastrar el nuestro.

—Cierto. —Suspiré, a la vez que llegábamos a la entrada del aparcamiento en busca del coche de Tomás.

Durante el trayecto desde Jerez a Rota no dejaba de pensar en la noticia, que me había impactado por completo. Tomás intentaba bromear conmigo para hacerme sonreír, aunque su éxito era más bien escaso, pero no desistió en su empeño. Cuando llegamos a mi casa le pedí que entrase un momento y tomásemos algo, a lo que accedió de inmediato. En cuanto dejé mi pequeña maleta en la entrada al salón, mis ojos buscaron el portátil de mi padre. Quería enseñarle a Tomás todas las fotos que tenía de mí, de Carla y sus maravillosas pinturas. No estaba encima de la mesa, como lo dejé, y un escalofrío me sacudió veloz toda la columna al no verlo. Recorrí con urgencia todo el salón con mi vista, no lo encontraba, y yo estaba plenamente convencida de haberlo dejado allí. Comencé a moverme por todos lados buscándolo, Tomás me miró sorprendido.

—¿Qué te pasa? ¿Buscas algo?

—Sí, busco un portátil. —Alcé un poco la voz—. Lo dejé aquí, estoy segura. — Señalé la mesa.

—A lo mejor estás confundida y lo dejaste en otro lugar —contestó, poniéndose a buscar también.

—No. Sé que lo dejé aquí, tengo buena memoria —le dije, un poco molesta por su desconfianza.

—Miraré en la cocina. —Salió del salón.

Empecé a levantar los cojines del gran sofá semicircular totalmente alterada, pensando en las palabras de mi padre advirtiéndome de que pudiesen estar vigilándome.

—¿Es uno como este? —me preguntó Tomás, mostrándome el ordenador desde la puerta.

—¿Dónde demonios estaba?

—En la cocina, encima de la isleta. Menos mal que tienes buena memoria. — Sonrió.

—No, Tomás. —Elevé la voz—. Yo no lo dejé allí, estoy segura.

—¿Entonces qué quieres decir? ¿Que alguien ha entrado en tu casa y lo ha cambiado de sitio?

—Puede ser. —Soplé con fuerza—. No que haya entrado para cambiarlo de sitio, sino para ver lo que contiene. —Me acerqué hasta él y se lo quité de las manos rápidamente.

—¿Eres espía y no me los has dicho? —preguntó sonriendo.

—Tomás, este portátil no es mío, es de mi padre, de Alejandro Maxwell.

Su gesto tornó al momento. Su sonrisa desapareció, se quedó circunspecto y callado, muy callado. Ese silencio era tan estruendoso que dañaba mi tímpano.

—Explícame eso mejor, Álex, porque esto empieza a no gustarme. —Posó las manos en sus caderas, esperando a que hablase.

—Han pasado muchas cosas estos días, hay mucho que desconoces. —Soplé con energía, dejando el portátil encima de la mesa. Pasé mis manos por entre el pelo y un ligero miedo comenzó a tomar mi cuerpo, haciendo que un escalofrío lo recorriese.

—Álex, no quería hablar nada sobre Alejandro hasta mañana, pero creo que debemos hablar los dos cuanto antes. Debes decirme todo lo que sepas y yo te diré todo lo que he averiguado. Esto parece más serio de lo que *a priori* creí.

Me senté en el sofá, pensando si contarle lo de las cartas o no. Estaba asustada. Sabía que yo no había dejado el portátil allí; alguien lo había cambiado de lugar, y eso suponía que había entrado en mi casa. Pero ¿cómo? No había señales de violencia en la puerta ni ningún cristal roto. ¿Cómo habían pasado? ¿Tenían llaves de mi casa? Un impetuoso vértigo me hizo sentir mareada en ese instante, y apoyé mi cabeza en el sofá para intentar calmarme. En ese momento el miedo empezó a apoderarse de mis entrañas más rápido.

—Álex, ¿qué te ocurre? Tienes mala cara, ¿qué te pasa? —Tomás se acercó rápidamente a mí.

Sentí un fuerte impulso por coger mi bolso y abrir en ese preciso momento la segunda carta. Hice intención de levantarme, pero no pude, las piernas me fallaron y volví a caer al sofá.

—¡Eh, eh! —Tomás me abrazó—. Estás temblando, Álex, ¿qué ocurre, cielo? Debes contármelo. Si crees que alguien ha entrado en tu casa o si piensas que tiene que ver con tu padre, debes decírmelo, por favor, Álex. —Me miró fijamente, suplicándome con sus azules ojos.

Volví a abrazarme con fuerza a él, llena de miedo. Medité durante el tiempo que me mantuve entre sus brazos, durante unos apaciguadores segundos de consuelo que no quería que terminasen nunca. No sabía si contárselo todo o no, y decidí que primero hablase él, después decidiría qué hacer.

—¿Qué has encontrado tú? —le pregunté, separándome de su acogedor pecho.

—He confirmado mis sospechas. —Hizo una pausa—. Tu padre se mezcló con la gente que no debía, hizo tratos con el diablo.

—¿Con quién te viste? ¿Qué sabía sobre mi padre? —le interpeló mi impaciencia.

—Qué más da quién me lo haya contado. Lo que importa es que esa persona sabía que tu padre era el recadero de Alberto Mendoza, su transportista, su camello a gran escala. Eso es lo que importa.

—No, Tomás —le chillé—. A mí me importa todo. Tú quieres que yo te cuente por qué tengo su portátil, qué es lo que ha ocurrido estos días. Y yo quiero sinceridad por tu parte, quiero saber quién te ha informado y sobre qué. Si no va a ser así no te contaré nada más.

—Está bien, llevas razón. —Resopló—. Me he visto con alguien que, por esa época, fue amigo de tu padre. Precisamente, Alejandro conoció a Alberto Mendoza a través de él, era su cuñado. Michael Gordon, mi fuente, estuvo casado con la hermana pequeña de Alberto. Él sabía de sus negocios, pero permaneció siempre al margen. Era un amante del arte y en especial de la pintura; la adoraba. Compró unos cuantos cuadros a tu padre para decorar su casa de Miami, y en una de sus fiestas, Alberto, que también admiraba la forma de pintar de tu padre, lo conoció. Empezó a encargarle cuadros, a invitarlo a sus fiestas y a preparar homenajes para elogiarlo. Alejandro se convirtió en asiduo a todas ellas, en un habitual en la vida de Alberto, así se hicieron prácticamente inseparables. Tu padre empezó a darse más a una vida llena de vicio que de arte y fue abandonándose poco a poco. Por eso desapareció como artista durante esa época.

—Y durante esa época también se enteró de que yo era su hija —le dije, mirándole firmemente—. Ese fue el detonante final para abandonarse del todo.

—Oye, tú no eres responsable de que tu padre se diese a la mala vida y se juntase con esa gente.

—Lo sé —afirmé—. Tú has dicho que hizo tratos con el diablo. Yo añado que el

diablo se cobra los favores con un alto interés. Sé por qué esa gente lo chantajeaba y de qué forma lo compraron para hacer de camello.

—¿Cómo? ¿Que lo chantajeaban? ¿No lo hacía por propia voluntad? —Me miró sorprendido.

—No. Eso no te lo ha dicho tu fuente —dije con tono irónico.

—Que va. Mi fuente solo sabía que él los ayudaba a pasar la droga a través de sus cuadros. Yo pensé que lo hacía por lo que se suele hacer, por dinero.

—Pues te equivocas por completo —contesté casi ofendida—. Él no quería, pero le obligaron.

—¿De qué forma? —preguntó con curiosidad.

—No, contéstame tú antes. ¿Cómo sabía tu fuente que los ayudaba a pasar droga? ¿Acaso se lo contó el propio Alberto Mendoza? —pregunté, un poco molesta, casi a la defensiva por su acusación de que lo hiciese por dinero.

—No. —Sacudió la cabeza—. Se enteró por casualidad, y esa casualidad le llevó a quedarse ciego. Ese fue el castigo al que le sometió la gente de Alberto, de su cuñado, por ver lo que no debía. Vio cómo camuflaban la cocaína. Creaban una fina capa y la escondían entre un lienzo y otro. Los cuadros llevaban dos lienzos cada uno y, entremedias, la droga. Resultaba inapreciable, jamás levantaría sospechas.

—Pobre hombre —susurré, mientras pensaba un momento—. No entiendo cómo mi padre se pudo ni acercar a esa persona. No hago más que preguntarme si acaso no sabía quién era o simplemente pecó de ingenuo.

—Eso ya no lo vas a saber, él no está para decírtelo. Pero todavía no me has contestado a mí. ¿Cómo le obligaron a pasar la droga entre sus cuadros?

Lo miré fijamente y empecé a hablar. Le expliqué lo del DVD en el que me contaba su error al asumir como propias dos obras que no eran suyas. Y cómo esa estupidez lo llevó a confiar en aquella gentuza y todo lo que ocurrió después. Cómo lo chantajearon y lo coaccionaron, dañando a las personas que él más apreciaba. Empezó a preguntarme de qué manera llegó eso a mis manos y terminé hablándole del piso de Serrano y mi viaje a Madrid. Y continuó preguntando más y más, y una cosa llevaba a la otra, y al final mi boca vomitó todo. Sus cartas, su nota cifrada, su miedo a que descubriesen quién era su hija y su afán por protegerme, aunque eso supusiese no poder acercarse a mí. Todo. Y al acabar rompí a llorar, abatida y consternada. Estaba asustada y me sentía traidora de la última voluntad de mi padre, mi silencio. Había sido desleal a su petición y eso me hacía sentir despreciable.

—¡No, por favor, Álex, no llores! —exclamó, abrazándome fuerte—. No puedo verte sufrir, me parte el alma. Lo sabes.

—Le he traicionado, Tomás. ¿No lo ves? Me dijo que no hablase de esto con nadie. —Lloré con rabia—. Le pidió al notario que me diese las cartas a solas y que nunca desvelase su contenido. Me mandó quemarlas, me suplicó que no confiase..., y yo te lo acabo de contar todo. Soy una judas.

—¿Eres siempre tan dura contigo? —Me observó muy serio y comenzó a secarme

las lágrimas que no paraban de rodar por mi rostro—. No lo has traicionado, solo estás asustada por el rumbo que esto está tomando. Y es normal, Álex. Mira, no pensaba decirte nada para no preocuparte y porque no quería darle más importancia, pero en vista del matiz que están tomando los acontecimientos, te lo tengo que decir. He recibido un anónimo en el que me dicen que deje de meter la nariz en lo que no me importa o me la cortarán. —Sacó su móvil y me le mostró—. No hay número, es una identidad oculta. No le quería dar más vueltas, no es el primero que recibo en mi vida periodística, y seguramente no será el último. Pero si tú estás realmente convencida de que el portátil no lo has dejado donde se encontraba y, además, es de Alejandro, esto no me gusta nada. Álex, alguien está buscando algo y no quiere que nos mezclemos en sus asuntos.

—Ese portátil tenía unos archivos que mi padre me pidió que extrajese en una memoria y luego los borrara.

—¿Dónde está esa memoria ahora mismo? —preguntó preocupado.

—En lugar seguro, no aquí —contesté secamente.

—¿Qué contenían?

—No los miré, joder. —Levanté la voz—. Era una carpeta que se llamaba «cuentas». Yo solo los descargué y ya está. Hice lo que me pidió.

—¿Por qué no abres la segunda carta y acabas con esto?

—Porque él me pidió que la abriese cuando me hubiese llevado los cuadros y el cambio de las galerías se hubiera completado.

—Sí, pero también me has dicho antes que te dijo que si te sentías en peligro no dudases en abrirla.

—Intentaré esperar para abrirla como él me ha dicho. Es cierto que estoy un poco asustada, pero realmente no ha habido un peligro directo.

Se levantó del sofá y comenzó a andar en círculos, soplando fuerte. Me estaba poniendo por segundos más nerviosa de lo que ya estaba. Iba a pedirle que parase un momento cuando al fin lo hizo.

—Creo que voy a comentarle esto a la policía, Álex. No me gusta. —Calló unos segundos mientras su cabeza no paraba de negar una y otra vez—. Yo sí creo que podrías estar en peligro. Si esa gente busca algo y no lo encuentra puede perder los nervios. Pueden creer que tú sabes más y los puedes hacer llegar a lo que quieren. No le di importancia al anónimo en principio, pero ahora me preocupa. Y vuelvo a repetir, me preocupa tú.

Sus palabras empezaron a asustarme más, me hacían pensar con fuerza abrir la segunda carta. Pero una pequeña parte de mí se resistía, creía que no debía hacerlo aún. Era cierto que estaba asustada, que seguramente alguien me vigilaba y que incluso había estado en mi casa. Sin embargo, no habían revuelto nada, solo habían fisgoneado en el ordenador, solo buscaban algo que mi padre les había escondido y de lo cual yo tampoco era realmente conocedora por el momento. Si me quisieran hacer daño habrían ido directamente a por mí, no esperarían a que la casa estuviese

vacía para buscar. Rememoré lo que mi padre me había contado sobre la segunda carta, en ella me decía con quién debía ponerme en contacto, y empecé a preguntarme si sería también con la policía.

—¿Crees que hace falta llegar a eso, a hablar con la policía? —le pregunté, mordisqueándome la uña del pulgar, nerviosa.

—Tengo una conocida, la inspectora De la Torre. Es una buena policía y mejor persona. Iré a verla mañana y la pondré al tanto, a ver qué opina. —Volvió a sentarse a mi lado y me besó con dulzura—. Me voy a quedar a pasar la noche aquí, ¿vale?

—Te lo agradezco —me acurruqué en su pecho y él empezó a acariciar mi pelo.

—Mañana me tengo que marchar temprano. Tengo que estar en Cádiz a primera hora de la mañana. Debo rendir cuentas a mi jefe. —Noté cómo sonreía, el movimiento de su pecho me lo contó—. Y, además, debo pasarme por mi casa, llevo días sin hacerlo.

—¿Tienes casa en Cádiz? —preguntó mi curiosidad con interés.

—Sí, aunque no es mía. Vivo de alquiler. No he querido comprarme nada porque no sé aún dónde voy a acabar trabajando. Espero que este empleo solo sea transitorio. Y si es así, cambiaré de ciudad también. Pero hablemos de otra cosa ahora, por favor. Nada de trabajo ni de la investigación.

—¿Quieres que veamos todas las fotos que mi padre tiene en su portátil de Carla y sus cuadros? —le pregunté, deseando, al igual que él, hablar de algo que pudiese hacerme olvidar durante un rato todo el misterio que escondía mi padre.

—Nada me gustaría más. Vamos a verlas. —Estiró el brazo y lo cogió.

Empezamos a ver todas sus fotos con su correspondiente cuadro. Aquellos preciosos cuadros que se encontraban en Madrid, en el piso de Serrano, y que me había regalado a mí y a Carla.

—¡Vaya! Son una maravilla. ¿Cuándo piensas ir a recogerlos?

—Un día de estos. Tendré que contratar una empresa de transporte y los llevaré a mi piso de Madrid.

—Yo iré contigo, te ayudaré. Además, no quiero que vayas sola. —Me besó en el pelo—. ¿Qué te parece si lo hacemos este fin de semana?

—Perfecto. Yo tampoco quería volver sola allí.

—¿Cuántos hay más o menos?

—Cálculo que al menos treinta.

—¡Guau! —Silbó, abriendo los ojos como platos.

Continuamos viéndolos. Al acabar, le mostré todo cuanto mi padre tenía sobre mí, sobre toda mi vida. Tomás volvió a silbar, quedándose asombrado ante tal cantidad de páginas y páginas. Me preguntó si no me importaba que leyese lo que había escrito. Me encogí de hombros, haciéndole saber que no me molestaba, y empezó a leer en voz alta. Cuando habló del primer cumpleaños de Carla, mi mente se desconectó de su voz sumergiéndose una vez más en mis recuerdos. Pero no recordé su primer cumpleaños, sino el último, cuando cumplió tres añitos. Mi ángel se quedó a las

puertas de cumplir los cuatro, tan solo nueve días antes, falleció. Empecé a evocar lo insoportable y cruel que fue ese día para mí, sin mi pequeña por primera vez en cuatro años. Siempre había sido tremendamente doloroso no volver a tenerla a mi lado, pero ese primer año, en el que todas las importantes fechas llegaban por vez primera sin que ella estuviese conmigo, fue extremadamente duro. Quería morir, pero ni tan siquiera tenía fuerzas para quitarme la vida. Estaba desesperada con mi dolor, mi cuerpo flotaba en el vacío de la soledad y la desolación y no tenía ni la más remota idea de cómo volver a aferrarme a la realidad. Y lo que era peor, no quería volver a ella. Aún no sabía cómo había podido sobrevivir a él, a ese primer tortuoso año. La primera fecha traumática que llegó fue su cumpleaños, dos meses después el mío, y luego las vacaciones. A Carla le encantaba el mar y la piscina, su padre la llamaba «sirenita», y no paraba de bromear diciéndole que le estaban saliendo escamas como a un pez. Todos los años, desde que tan solo tenía cuatro meses, al llegar agosto, nos marchábamos a veranear a Gijón. Raúl quería huir del bochornoso calor de Madrid y le encantaba ir al norte. A mí me parecía genial, aunque me costaba un poco meterme en el agua, que estaba fría para mi gusto, pero Carla no se quejaba para nada. Entraba en el mar con su padre, sonriendo, y lloraba cuando después de un más que largo rato había que salir. A veces, aún tiritando de frío, sollozaba porque quería continuar más rato dentro. Después de pasar mi primer verano sin ella y subsistir, llegó Halloween, una fiesta que Sofía preparaba y disfrutaba por todo lo alto y a la que Carla se sumaba feliz. El último año, las dos íbamos disfrazadas igual, de brujas. Y nos llevamos una grata sorpresa cuando llegamos a casa de Sofía y ella también se había disfrazado de lo mismo. Nos lo pasamos genial ese día. Y sin darme cuenta se presentaron las navidades, una época que vivía con especial entusiasmo con Carla y que nunca más había vuelto a celebrar, no podía hacerlo sin ella. Ese primer año, mi madre insistió en que fuese a su casa; no celebraríamos nada, pero al menos no estaría sola. No quise, no deseaba estar con ella. Sofía también me lo propuso, pero tampoco acepté. Quería estar sola, no ver a nadie, tan solo quería morirme con mi dolor. Pero Sofía y su testarudez se presentaron en mi casa el día de Nochebuena con una *pizza* y el pijama bajo el brazo. No pensaba dejarme sola por mucho que me empeñase. «Solo si me pegas me marcharé», me dijo. Me eché a llorar en sus brazos, totalmente desconsolada, y así pasamos toda la noche y parte del día de Navidad. En Nochevieja hizo lo mismo de nuevo, a pesar de mi insistencia para que saliese y se divirtiera, no se merecía aguantar mi pena. Pero, una vez más, hizo oídos sordos y lo que le vino en gana. Mi gran amiga Sofía siempre a mi lado en todo, en lo bueno y en lo malo, hasta en lo peor. Completa y perpetuamente conmigo.

—Oye, ¿me vas a contestar o qué? —Tomás me zarandeó un poco el hombro.

—Perdona, ¿qué decías? —Lo miré con los ojos empañados en lágrimas.

—Estabas a muchos kilómetros otra vez. Pensabas en Carla, ¿verdad?

—Sí, recordaba muchas cosas. La echo tanto de menos. —Apreté los labios para contenerme de llorar.

—Me imagino. Me habría encantado conocerla, lo digo de verdad.

—Y a ella le habrías gustado, estoy segura. —Nos besamos tiernamente en la boca.

—Te decía que es tarde, ¿quieres que nos vayamos a dormir?

—Vale —contesté, y nos levantamos. Me cogí a su mano y así subimos las escaleras.

—Oye, Álex, si quieres que duerma en otra habitación, lo haré, no me importa —dijo al llegar al pasillo de la segunda planta.

—Si tú quieres puedes hacerlo, pero no me importa compartir mi cama contigo. Es grande, cabemos los dos. —Intenté sonreír.

—Me quedaré para darte cariño, creo que hoy en especial necesitas mucho.

—¿Sabes leer la mente? —Lo miré sorprendida. Realmente estaba necesitada de afecto y consuelo en ese momento.

—Sé leer tu mirada. Dice a gritos que te abrace y te mime.

—Entonces hazle caso, por favor —dije, entrando en mi habitación.

Tras un dulce beso, me puse un pijama corto. Tomás se quedó con la camiseta y los *boxer*, y así nos metimos en la cama. Su pecho se adhirió a mi espalda, notaba el acompasado latido de su corazón pegado a ella. Mientras su brazo, por debajo de la curva de mi cuello, me abrazaba hasta tocar mi hombro y el otro me envolvía la cintura. Empezamos a hablar de muchas cosas, con él era fácil hacerlo. Nos entendíamos a la perfección, daba la sensación de que nos conociésemos desde hacía años. Realmente había más que una conexión entre nosotros, había *feeling*. Tomás había conseguido algo que yo creí imposible, devolvió la luz a mi vida. Me sacó del oscuro túnel en el que llevaba años viviendo, sometiendo a mi alma. Había conseguido que recuperase por completo las ganas de vivir, hasta sentía ganas por volver a pintar. Parecía que la inspiración, tímidamente, regresaba de nuevo a mí. Me quedé dormida entre sus brazos, arropada con su cuerpo, escuchando su agradable y susurrante voz pegada a mi oído. Me transmitió tanta calma con su abrazo, con su ternura, con su calor y sus palabras; que fue un remedio infalible para toda mi pesadumbre, un efectivo calmante para mi corazón.

Desperté poco a poco y vi vacío el otro lado de la cama. Tan solo una pequeña nota encima de la almohada. Me incorporé despacio, cogiéndola para leerla.

Buenos días, cielo, espero que hayas dormido bien. Me ha dado lástima despertarte cuando me he ido, dormías tan feliz que me ha parecido cruel hacerlo. Mándame un *whatsapp* de vez en cuando para saber que te encuentras bien. Regresaré esta noche. Estoy deseando volverte a ver, ya te echo mucho de menos y aún te estoy observando.

TOMÁS

Sonreí al leer sus cariñosas palabras y volví a recordar su mirar tan azul y penetrante. Suspiré con fuerza, llenando mi alma de paz con ese recuerdo y sintiendo sus brazos dándome consuelo y amor. También rememoré el sabor de sus besos, la pasión de su cuerpo recorriendo el mío hasta hacerme estremecer, deseándole con inmensas ganas. Era tan dulce y tierno, me había hecho sentir cosas tan sumamente olvidadas, que me hizo renacer. Había recompuesto mi espíritu, remendado mi interior, reparado mis maltratados sentimientos. Me sentía feliz después de mucho tiempo, realmente feliz, y eso me asustaba un poco. Pensé que ese ligero miedo se debía a la falta de costumbre, aunque muy en mi interior sabía realmente a qué era debido. La sombra de la desconfianza era difícil de reprimir totalmente. Raúl había dejado grabado un ingrato recuerdo en mi corazón y un pequeño resquemor todavía permanecía en él. Sabía que me estaba enamorando, pero sentía miedo de poder salir de nuevo malparada. Me asustaba que volviesen a partirme el corazón y me dañasen en lo más profundo. Si eso ocurría en mis actuales circunstancias, con mi vigente fragilidad emocional, no sabía si volvería a recuperarme. Las recaídas siempre suelen ser mucho peores que la caída inicial.

Bajé a la cocina a prepararme un café. Mientras, mandé un *whatsapp* a Tomás diciéndole que me encontraba bien y que yo también lo echaba de menos. Al momento entró su respuesta, y un sinfín de emoticonos con besos. De nuevo me hizo sonreír, siempre sabía sacarme una sonrisa. Después pensé en llamar a Sofía, y mi sonrisa se esfumó. Quería ponerla al corriente, hacerle saber que le había contado todo lo de mi padre a Tomás. Necesitaba su opinión, saber si ella también me consideraba una traidora como muy en el fondo yo me sentía. Marqué y esperé con ansia a que descolgase.

—Hola, guapa. ¿Qué haces? ¿Está Tomás por ahí? —preguntó de seguido.

—Hola, Sofí. Estoy sola, Tomás se marchó muy temprano. Ni siquiera me he enterado de cuándo.

—¡Uy, uy uuy! —exclamó con musicalidad—. Otra noche más juntitos. Esto promete, Alejandra Villanueva —dijo entre risas.

—Para tu curioso interés te diré que hemos estado juntos pero no revueltos. ¿Lo pillas o te hago un croquis? —le pregunté con un poco de ironía.

—¿Qué? ¿Quieres decirme que habéis estado en la misma cama y no ha pasado nada? —La voz de Sofía denotaba absoluta sorpresa.

—Exacto, las coges a la primera —chasquéé los labios.

—Si tu abuela escuchase eso estaría convencida de que es gay. —Volvió a reír.

—¡Sofía! —exclamé seria y alzando un poco la voz.

—¿Qué? Yo no lo diría, pero tu abuela ten claro que sí. Yo ya sé que no es gay, y tú también. Ahora, que es respetuoso no me cabe la menor duda. Pero mucho, casi demasiado. —Noté un poco de sorna en sus palabras.

—¿Es que no puede meterse un hombre en la cama con una mujer sin ninguna otra pretensión que hablar y mostrarse cariño? —le interpeleé, un poco a la defensiva—. Para mí fue muy tierno y romántico.

—Álex, mujer, normalmente a la cama lo que se dice a hablar no se va. No es que se tenga que estar mudo tampoco, pero se actúa más que se habla. Aunque a Miguel le gusta decirme muchas cosas cuando estamos...

—¡Alto, alto, alto! —exclamé, cortándola—. No quiero saber lo que te dice Miguel, ni lo que tú le cuentas a él. Eso es algo vuestro, ¿vale?

—Vale, tranquila, no te lo iba a contar, relájate. Te sonrojarías demasiado si lo hiciese. —Rio una vez más.

—¡Oh, nunca cambiarás! —terminé riendo también.

—Espero que no, siendo como soy te diviertes mucho conmigo. ¿O no es cierto?

—Es cierto, no lo puedo negar.

—¿También sabes qué puede ocurrir? Que no pueda sacarse de su cabeza lo que le dijimos tu abuela y yo sobre cortarle su aparato reproductor y ahora no se le levante. ¡Espero que no lo hayamos traumatizado, joder! —exclamó riendo.

—Vas a continuar con tus tonterías o vamos a hablar en serio, ¿eh? —le reproché.

—Venga, vale. Tú sabrás que estás con él. Pero yo en tu lugar lo comprobaría cuanto antes. En cuanto entre por la puerta de tu casa tírate a por él, a ver qué sucede.

—Sofía, mejor te llamo en otro momento. Creo que te he cogido en tu hora caliente.

—¡No, no, vale! —gritó—. Me pongo seria y formal y te escucho. ¿Qué quieres?

—Lo primero hablar en serio —dije con rotundidad.

—Que sí, que sí. Habla, por favor, te escucho.

—Le he contado todo a Tomás. —Soplé con fuerza—. Lo de las cartas que mi padre me dejó, lo de nuestra visita al piso de Serrano, lo que me contaba en el DVD... Todo, Sofía. Y ahora me siento mal, siento que lo he traicionado. Él me pidió silencio absoluto y yo lo he escupido todo.

—Si te ibas a sentir mal haciéndolo, ¿por qué se lo contaste?

—Por miedo. Alguien ha entrado aquí, en la casa de mi padre. Bueno..., en mi casa.

—¿Cómo? —Levantó la voz—. ¿Habrás ido a la policía? ¿Lo habrás denunciado? —preguntó alterada.

—Calma, Sofí, calma.

—¿De qué manera quieres que me calme? Álex, tu padre te avisó de que alguien podía estar vigilándote. No puedo calmarme, joder. ¿Has ido a la policía o voy yo?

—Sofía, escúchame, por favor. Nadie forzó ninguna puerta, ni rompió un cristal, ni nada de nada. Lo único que han hecho es tocar el portátil de mi padre. No estaba donde yo lo dejé. Buscaban algo, seguramente lo que mi padre me pidió que extrajese y borrara. ¿Qué denuncio? ¿O en base a qué pongo una denuncia? No tengo nada.

—Y Tomás, ¿qué dice? —preguntó más exaltada.

—Tomás opina como tú y va a hablar con una conocida suya que es inspectora. Dice que tiene miedo por mí. Y, siendo sincera, estoy un poco asustada, Sofía. Por eso le conté todo a Tomás.

—Has hecho muy bien, Álex. Y me parece perfecto que Tomás lo comente con la policía. Cada vez me gusta más ese tío, creo que va a ser tu hombre.

—Y si he hecho bien, ¿por qué no paro de sentirme mal por haber contado su secreto?

—Álex, no le has traicionado, quítate eso de la cabeza. Tu padre entendería perfectamente lo que has hecho, esto te viene grande. Tú nunca te has mezclado con ese tipo de gente, no sabes cómo llevar este asunto. Y mucho menos si no conoces todos los detalles. ¿A qué te enfrentas realmente? Ni idea, no lo sabes. ¿Por qué no abres la segunda carta y das carpetazo a esto de una vez?

—Tomás también me lo dijo y estuve a punto de hacerlo anoche. Pero luego pensé que si alguien quisiera hacerme daño ya me lo habrían hecho. Está claro que buscan algo, aunque no sé si solo serán esos archivos o hay más. Realmente no tengo la menor idea de lo que buscan. El caso es que si viniesen a por mí no estarían esperando, ¿no crees?

—No sé qué creer, de verdad. —La escuché suspirar—. Ahora mismo estoy asustada por ti. Estoy pensando en cogerme unos días e irme contigo para que no estés sola allí.

—No estoy sola, Sofí, no te preocupes. Tomás regresa esta tarde, y Darío vive al lado. No te molestes ni te cojas días por mí.

—Prométeme que a la menor situación de peligro abandonarás corriendo esa casa y abrirás la dichosa carta, Álex, por favor —dijo, suplicándome con su voz.

—Lo haré, te lo prometo. No voy a jugar a ser la heroína de la película, de verdad. Me pondré en contacto inmediatamente con quien mi padre haya dejado escrito. Y si veo que tengo que llamar a la policía, lo haré también, tranquila.

—Espero que sea así. Más te vale o te daré una buena tunda cuando te vea, señorita Sherlock Holmes.

—Bueno, te dejo, tienes que trabajar.

—Sí, es cierto, alguien debe levantar este país. —Resopló—. Hazme caso, por

favor.

—Que sííí, Sofía, no te preocupes. Adiós.

—Ya te llamaré, hasta luego.

•

Al llegar el mediodía, Darío no se acercó por casa. Parecía que la rabieta del otro día todavía le duraba. Me dio realmente igual, no me importaba si estaba molesto y mucho menos lo que opinase de Tomás, porque estaba totalmente equivocado. Me calenté una bandeja de lasaña precocinada en el microondas y me senté a comerla en la isleta de la cocina. Mientras lo hacía recibí otro *whatsapp* de Tomás y lo abrí rápidamente para ver qué me decía.

Hola, Alex. ¿Qué haces? ¿Ya has comido? ¿Te ha llevado la comida tu apuesto vecino? Yo no soy tan buen cocinero como él, solo me defiendo para sobrevivir, pero tengo otros encantos, ya los irás conociendo. Estoy deseando que llegue la tarde para besarte de nuevo, cuento los minutos.

14:32

Le contesté de inmediato y quise jugar un rato con él.

Sí, mi guapísimo vecino me ha traído la comida, estaba buenísima. Luego me ha dado un maravilloso y relajante masaje que me ha dejado como nueva. Sus manos son increíbles... ¿Y cuáles son tus encantos?

14:34

Sonreía sin parar mientras veía en la pantalla de mi *smartphone* que él estaba escribiendo y ansiaba que entrase de una vez su contestación en mi móvil.

Estoy convencido de que sé dar mejores masajes que él, hice un máster. Cuando quieras te doy uno en la parte de tu cuerpo que prefieras y te lo demuestro. Y mis encantos son tantos y tantos, que te abrumarías si te los contase de una vez. Por eso debes ir descubriéndolos tú poco a poco, para que no sea tan impactante.

14:37

Me quedé boquiabierta al leer su respuesta. ¿Podía ser más arrogante? Me reí a carcajada limpia y contesté.

¿Siempre eres tan creído?

14:38

¿Y tú siempre eres tan incrédula?

14:38

Fin de conversación, Tomás Hernández, el engreído.

14:39

Ok, como quieras, Alejandra Villanueva, la escéptica. Nos vemos en unas horas.

14:40

No sé si te voy a dar un beso por ser tan chulito.

14:41

No me importa, te lo robaré. Soy bueno también es eso.

14:42

No sé si serás bueno en ello, pero a ser petulante no tienes rival, tenlo claro.

14:43

Por eso te gusto tanto y empiezas a no poder vivir sin mí.

14:43

Mejor no contestaré a eso, no quiero que llores desilusionado. Chao.

14:44

Me divertía aquel juego tan tonto y a la vez tan seductor que habíamos iniciado a través del *whatsapp*. No podía borrar ni por un segundo la sonrisa de mi boca, era imposible. Ni siquiera pude terminar de comer, la emoción me había quitado hasta el apetito. De repente, toda esa chispa que había en mi interior, esa enorme ilusión, se transformó en inspiración. Unas inmensas ganas por pintar se apoderaron de mí y, sin pensármelo dos veces, subí deprisa al estudio de mi padre. Las musas habían vuelto a conectar conmigo. Busqué un lienzo en blanco que no fuese muy grande; empezaría por poco, no quería agobiarme y que la iluminación volviese a abandonarme. Después saqué los óleos y escogí un pincel apropiado. Me senté frente al caballete y ni siquiera tuve que plantearme qué iba a pintar. Mis manos, con celeridad, comenzaron a trazar líneas y curvas. Noté con brío fluir la sangre por mis venas al dar aquellas pinceladas después de tanto tiempo, y empecé a crear la carita de mi pequeña. Estaba perpetuamente grabada en mi mente, así, tal cual empezaba a plasmarla en aquel retrato. Feliz. Carla era una niña muy feliz. Se despertaba sonriendo y se marchaba a la cama con una sonrisa siempre. Destilaba alegría y su dicha era contagiosa. Todos estos años sin ella habían sido demoledores, una total condena para mí. Con los primeros, aparte de mi pena y dolor que era imborrable, también me consumía sentirme responsable de lo ocurrido. Pensar que yo no me había dado cuenta de su enfermedad a tiempo atormentaba mi alma. No podía parar de castigarme más cada día con ello. Vivir así se hacía muy difícil, insoportable, y empecé a aislarme prácticamente de todo. Al fin, un día, después de casi cuatro años insistiendo, mi psicóloga, la doctora Gálvez, me hizo comprender que yo no había sido responsable de nada respecto a la enfermedad de Carla ni con su muerte. Eso era algo inevitable, no dependía de mí. A partir de ese momento comencé a sentir mi dolor distinto, de otra forma, y entonces el vacío ocupó esa parte también. Debía aprender a vivir así, pero costaba mucho, y ver la felicidad de los demás me hacía sentir peor. Fue entonces cuando decidí abandonar el mundo, aislarme por completo, vivir encerrada solo entre mis cuatro paredes. Sabía que no era la solución, si bien no

encontraba otra salida para no sentirme más desgraciada y no amargar con mi constante aflicción a los demás. Y así lo hice. Me encerré en mi casa con la firme idea de solo salir de ella para visitar la tumba de Carla y poco más. Sin embargo, la vida me tenía reservada una aventura que llegó sin avisar hacía apenas tres semanas. Ella me llevó a relacionarme con el mundo de nuevo. Después de diez meses y trece días sin pisar el exterior, me embarqué en una misión que me había llevado hasta a enamorarme. Resultaba totalmente increíble, incluso un poco descabellado por la velocidad a la que estaba sucediendo todo, pero era así. Mientras pensaba y pensaba, mis manos no paraban de pintar el hermoso rostro de mi ángel. Y las lágrimas, despacio, resbalaban por mis mejillas hasta caer en mi ropa. Con cada trazo que dibujaba intentaba espantar un poco de mi dolor, aunque no era fácil de ahuyentar, tan solo se amedrentaba por unos segundos, pero no se evaporaba, como yo pretendía. A pesar de eso, mi mano continuó pintando, deseosa de acabar ese precioso cuadro. Mi primer cuadro desde la muerte de mi niña y, precisamente, era para ella. Era mi tributo, era mi regalo.

Después de acabarlo bajé a ducharme. Cuando estaba terminado de vestirme escuché el motor de un coche y me asomé por la ventana. Tomás se bajaba en ese momento de él y se acercaba al gran portón de la finca para cerrarle. Mi corazón se emocionó al instante de verlo, los nervios me recorrieron las entrañas raspándome las paredes del estómago y mis labios se estiraron hasta casi rozarme las orejas. Bajé veloz las escaleras para abrirle. Casi llegando a la puerta, el timbre sonó, y cuando aún la vibración de este no había terminado, yo ya había abierto.

—¡Vaya! ¿Estabas detrás de la puerta? ¿Tantas ganas tenías de verme? —Sonrió.

—Seguramente que ni la cuarta parte que tú de verme a mí, señor «ya te echo mucho de menos y aún te estoy observando» —contesté, recordándole las palabras de su bonita nota.

—Pues para no acordarte mucho de mí mis palabras se te han quedado grabadas en la memoria.

—Es que eran muy bonitas. —Sonreí tímidamente.

—Ni la cuarta parte que tú —dijo, acercándose a mí, y nos besamos apasionadamente—. ¿Qué tal el día, todo bien? —me preguntó, pegado a mis labios.

—Bien, tranquilo. Y sí, te he echado mucho de menos. —Volví a posar mis labios en los suyos y entramos en casa pegados a ellos. Escuché el golpe de la puerta al cerrarse y Tomás me cogió en brazos en ese momento—. ¿Qué haces? —le pregunté riendo mientras empezaba a subir las escaleras.

—¿No quieres que nos recordemos? —Sonrió de forma pícara hasta marcar su particular hoyuelo su mejilla.

—¡Oh, qué forma más sutil de llevarme a la cama!

—¿Prefieres que te diga si quieres que hagamos el amor? —preguntó, entrando ya en mi habitación.

—De acuerdo, recordémonos. —Le guiñé el ojo. Me dejó en la cama, se tumbó

encima de mí y nos besamos enardecidos.

Nos fuimos desnudando poco a poco, entre beso y beso. Nuestras manos se perdían en caricias, nuestros labios elevaban cada vez más sus apasionados besos y nuestros cuerpos nos chillaban que deseaban placer.

—Quiero amarte mucho, Álex. Y quiero sentirme tan deseado como antes de ayer me hiciste sentir. No puedo quitármelo de la cabeza, me hizo sentir fenomenal —susurró, prácticamente adherido a mi boca.

—Eso será fácil porque te deseo de verdad. —Volvimos a besarnos enloquecidos, llevados por nuestra alta pasión.

Tomás me giró con suavidad, dejándome encima de él. Nos miramos fijos, silenciosos, en aquel mágico momento solo sabían hablar nuestros ojos. Sus manos tomaron con delicadeza mis caderas, impulsándome en una placentera danza perfectamente armonizada con el sonido de nuestros gemidos, con el compás de nuestros corazones, subiendo de intensidad con unos rítmicos movimientos hasta estallar en el más elevado placer. Me dejé caer encima de su cuerpo, él me envolvió en sus brazos con sedosidad. Ambos vibrábamos en manos del otro, rendidos tras alcanzar el culmen del deleite. Cuando sentí regresar la calma a mi cuerpo, me eché a un lado. Tomás, de inmediato, se puso encima de mí, besándome por todo el cuello, recorriéndolo con dulzura, hasta acabar con sus labios pegados de nuevo en mi boca.

—Ha sido muy dulce, Álex —runroneó con su cabeza apoyada en mi frente.

—Sí, estoy completamente de acuerdo. —Volví a besarlo. Al terminar, regresó a su lado de la cama, sonriendo—. ¿Has tenido un buen día? No paras de sonreír desde que has llegado.

—Bueno, ha sido bastante productivo. Pero lo mejor me aguardaba al llegar aquí. Tú eres lo mejor del día sin lugar a dudas. —Nuestros labios se unieron una vez más.

—¿Has hablado con tu jefe sobre el reportaje de mi padre?

—A medias.

—¿Cómo que a medias? —le pregunté, incorporándome un poco y con curiosidad.

—Verás, ¿recuerdas que te dije que a lo mejor un periódico nacional estaba interesado por el reportaje?

—Sí, lo recuerdo.

—Mi periódico pertenece a un gran grupo de empresas de comunicación, un grupo importante. Hoy he hablado con mi jefe, pero mañana tengo que ir a Madrid para hablar con uno de los jefazos. Si le gusta el reportaje quizá me contrate allí como redactor jefe. Está impresionado con mi currículum. —Sus labios volvieron a estirarse dibujando una feliz y amplia sonrisa.

—¡Eso es genial! Me alegro mucho por ti —dije, y nos volvimos a besar—. ¿Qué periódico es?

—*El Global*.

—¡Guau! Es uno de los mejores periódicos del país. Tendremos que celebrarlo si

te contratan.

—Yo ya he empezado a celebrarlo contigo. —Buscó una vez más mi boca para perdernos en un largo y apasionado beso.

—Espera un momento aquí —dije, saliendo de la cama. Cogí su camisa blanca impoluta y me la puse rápidamente—. Quiero enseñarte algo.

—¿Adónde vas? —preguntó con curiosidad, incorporándose un poco.

—Tú espera aquí. Vuelvo enseguida —contesté, abandonando la habitación.

Subí deprisa al estudio de mi padre. Con mucho cuidado, cogí el cuadro que había pintado de Carla, aún estaba fresco. Bajé y lo escondí detrás de mí mientras me acercaba a la cama, donde Tomás me esperaba.

—Cierra los ojos un momento.

—¿Por qué? Me estás intrigando.

—Tú ciérralos y calla —mi boca casi le ordenó, aunque mis labios perfilaban una sonrisa de satisfacción y nada de mandato.

Tomás los cerró y yo coloqué el cuadro delante de mí con una espectacular sonrisa. No la podía ver en ese momento, pero estaba segura de que abarcaba toda mi cara.

—Ábrelos ya —le dije emocionada.

Se quedó boquiabierto observando mi cuadro, totalmente sorprendido, y silbó fuerte. Yo sonreí más al comprobar su cara de admiración, porque así me miraba, admirándome.

—¿Cuándo lo has pintado?

—Esta tarde, todavía está fresco. —Sonreí más aún, si es que era posible.

—Pero me dijiste que no habías vuelto a pintar desde lo de Carla. Que, que no, que, que no podías... —casi tartamudeó, mirándome desconcertado.

—Y es cierto. Es la primera vez que lo he hecho desde entonces.

—Es precioso, Álex —dijo sin parar de contemplarlo—. Eres tan buena con los pinceles como Alejandro, digna hija de tu padre. —Su semblante denotó emoción, mucha emoción—. Esto sí que se merece una celebración por todo lo alto.

—¡Ah!, ¿sí? —Dejé el cuadro encima del chifonier con cuidado—. Y ¿qué has pensado? —pregunté astutamente, quitándome su camisa y entrando de nuevo en la cama.

—¿Que te parece si volvemos a recordarnos?

—¿Tienes mala memoria? —volví a preguntarle entre risas.

—Mala..., muy mala..., pésima —contestó, besándome una vez más.

—En ese caso tendremos que refrescarla un poco.

—De eso nada, un poco no es suficiente. Tendremos que refrescarla muy a menudo —respondió.

De nuevo empezó a perderse por mi cuerpo con apasionamiento. Me llenó de besos y caricias a la vez que yo le proporcionaba todo mi deseo, todo cuanto él me hacía sentir. No parábamos de rodar por la cama, peleando placenteramente por

colmar la fogosidad del otro, su total vehemencia. Al final, la pasión de Tomás quedó encima de mí, poseyéndonos una vez más de manera dulce, tierna, hasta sucumbir al clímax en un ritual de cópula sin apenas aliento.

Cansados por desgastar en tan poco tiempo nuestro exaltado ardor, decidimos darnos una agradable ducha y regresar a la cama. Al cabo de un rato le pregunté a Tomás si quería picar algo para cenar, pero me contestó que lo único que deseaba era estar conmigo, abrazado a mí, alimentándose con mis besos y nutriéndose con mi cuerpo. Nos quedamos abrazados el uno frente al otro y empezamos a charlar. Hablamos de nuestras vidas, del amor, del desamor, de la felicidad y de las penas. Nos entendíamos muy bien, nos sentíamos muy a gusto el uno con el otro. Era obvio que nos atraíamos, nos estábamos enamorando, iniciábamos una relación. Y era un vínculo bonito, bello, que me llenaba a muchos niveles, que me hacía sentir bien como mujer, como persona. No nos cansábamos de charlar ni de escuchar al otro atentamente y disfrutar con sus experiencias. Las horas así, hablando y hablando, se pasaron sin apenas darnos cuenta. De pronto, Tomás se quedó callado un momento, mirándome fijamente.

—¿Qué piensas? —le pregunté intrigada.

—En muchas cosas —me contestó.

—¿Puedes contarme al menos una?

Se quedó serio, sin apartar su mirada de la mía. Acarició mi cara con ternura, mis ojos se entrecerraron al sentir su cálida caricia recorriéndome la mejilla. Luego cogió mi mano y entrelazó sus dedos en ella con delicadeza.

—Sé que nos conocemos desde hace muy poco y que te parecerá una locura lo que te voy a decir, pero es lo que siento, Álex —susurró, e hizo una pequeña pausa—. Me gustas mucho, me he enamorado de ti, estoy seguro. Lo dice él —dijo, cogiendo mi mano entrelazada a la suya y llevándola a su pecho, justo encima de su corazón—. Palpita a doble velocidad cuando te ve, cuando está contigo. Y también lo dice ella. —Cambió nuestras manos de lugar, poniéndolas encima de su cabeza—. No puede dejar de pensar en ti, de tenerte grabada, de recordarte a todas horas. —Volvió a callarse unos segundos, sin dejar de mirarme—. Dime qué sientes tú, por favor.

Le miré atenta a sus increíbles ojos azul cielo. Unos ojos que me miraban de tal forma en ese momento que podría perderme en su inmensidad. Su boca acababa de decirme que estaba prendado de mí, pero ellos me lo estaban chillando, se desgañitaban a gritos para contármelo. Acerqué despacio mis labios a los suyos y lo besé con deseo.

—Yo también creo que me estoy enamorando, Tomás —musité, a escasos centímetros de su boca.

—¿Cómo que crees? —Separó su cabeza de la mía y me observó asombrado.

—Bueno, me estoy enamorando.

—¿Nada más? Yo te he expresado todos mis sentimientos, me acabo de abrir completamente. No seas tan escueta, por favor. —Sonrió sutilmente.

—¿Quieres florituras? —le pregunté. Él asintió de inmediato con la cabeza—. Vale, pues yo también estoy segura de que siento algo profundo hacia ti. —Lo miré seria—. Mi corazón también late más fuerte cuando te ve y mi cabeza te evoca a cada momento.

—¿Solo? ¿A eso llamas tú adornar? —preguntó, mirándome con cara de sorpresa.

—¿Qué más quieres? —Fruncí el entrecejo con estupor—. Te he dicho lo que siento. —Lo contemplé, un poco desconcertada.

—Lo quiero todo, Álex. —Me dio un pequeño beso en los labios—. De ti lo quiero todo. Soy muy egoísta respecto a ti. —Bajó besándome hasta mi vientre y se detuvo en él para hacerme cosquillas con su boca.

—¡Para, para! —exclamé riendo.

—Pararé con una condición. —Levantó su cabeza para mirarme.

—¿Cuál? —Continué sonriendo.

—Que me digas que soy muy importante para ti, porque sabes que eso es así. Y no vale decir a lo mejor, ni un poquito...

—Y si no lo digo, ¿qué pasará? —le pregunté con arrogancia.

—Entonces me veré obligado a torturarte para hacerte confesar. —Subió hasta mi cara sin dejar de mirarme.

—¡Vaya! Y ¿cómo piensas torturarme?

—Tengo unas cuantas ideas en la cabeza, pero acabo de elegir la más infalible. —Sonrió sagazmente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y en qué consiste?

—En hacerte el amor sin parar hasta que tus labios pronuncien todo cuanto quiero escuchar. Hasta que confieses lo trascendental que soy para ti.

Lo miré callada, en total silencio, apretando los labios para contener la risa.

—¿Me estás desafiando, Alejandra? —preguntó atónito. Me encogí de hombros, admirándolo sin parpadear y presionando más fuerte mi boca para no reír—. ¡Oh, tú lo has querido, Álex! No voy a parar hasta que hables. —Comenzó a besarme con una pasión desmesurada.

Nuestros cuerpos volvieron a estampar su pasión sobre mis sábanas, a tatuar nuestro deseo sobre mi cama, a ser de nuevo solamente uno. Volvimos otra vez a dibujar apasionadas figuras de amor, a dar volumen a nuestra exaltada respiración, a transformarla en enardecidos gemidos consecuencia de nuestro alto frenesí. Y esta vez lo hicimos mientras los últimos minutos de luz de luna reflejaban todo nuestro amor.

Con la respiración más que agitada y el corazón a un ritmo desmedido, notaba el impetuoso cabalgar del motor de su cuerpo pegado a mi pecho, Tomás volvió a preguntarme lo mismo.

—¿Cuánto significo para ti, Álex?

—Creo que te has convertido en alguien importante para mí en poco tiempo. Así que creo que significas mucho —contesté fatigada.

—¿Otra vez un «creo»? —Entornó los ojos, negando con la cabeza.

—Bueno, a lo mejor ahora significas un poquito más que antes. —Mi boca le regaló una sonrisa.

—¡Qué dura eres! —Me clavó su penetrante mirada azul—. Pero no pasa nada, está bien. Me tendré que conformar con eso de momento. —Suspiró con fuerza—. Con un poco más de tiempo sé que seré tan importante para ti que no podrás vivir sin mí. —Se apartó a un lado.

—¡Oh! ¿Por qué eres tan creído? —Lo miré pasmada.

—Y tú, ¿por qué eres tan incrédula? —susurró, mientras una sonrisa surcaba su rostro, y volvió a besarme a la vez que su mano se perdía entre mi pelo.

Nos quedamos abrazados viendo cómo el sol decidía despertar en el cielo, abriendo paso al amanecer. La noche entera se había pasado entre gratas y amenas conversaciones y amándonos continuamente. Mis párpados se cerraban viendo como última imagen el bello rostro de Tomás y sus azules ojos entornándose. Nuestros cuerpos, gastados de amarse tanto y colmados de placer, se vencieron por el cansancio, dejándose atrapar por Morfeo y sus sueños. Sucumbimos, gustosamente, a sus más profundos sueños.

Nuestro estupendo descanso tan solo duró un par de escasas horas. En cuanto el timbre de la entrada a la finca sonó, lo rompió y nos despertó a ambos. Me levanté adormilada, restregándome los ojos sin parar para poder abrirlos. Me asomé a la ventana e intenté ver quién llamaba; un coche estaba aparcado justo al lado del gran portón, pero no veía a su conductor. Tomás se incorporó un poco con los ojos entreabiertos, y preguntó quién era el necio que nos había sacado de nuestro maravilloso sueño. Me encogí de hombros a la vez que me ponía con rapidez mis pantalones vaqueros y, de nuevo, la camisa de Tomás. Incluso fui calzándome a la par que bajaba las escaleras para así no perder más tiempo en ir a abrir. Volvieron a llamar antes de salir de casa, pero en lugar de abrir desde allí, preferí comprobar en persona quién era y dejar abierta ya la finca. Cuando al llegar al enorme portón de madera ruda y envejecida vi la cara de Raúl asomándose por el lateral de la valla, la sangre se me heló. ¿Por qué había venido? ¿Qué demonios hacía aquí? Lo último que deseaba en este mundo era verlo. Antes preferiría mil veces que fuese mi madre la que estuviese tocando ese timbre en aquel momento.

—¿Qué narices haces aquí? —le pregunté nada más abrir la puerta, mirándolo de arriba abajo, viendo cómo lucía uno de sus espectaculares trajes de firma. Venía vestido de negocios, de ejecutivo, si no, no vendría con esa vestimenta.

—Buenos días lo primero, Álex. ¿O has olvidado tus finos modales? —me preguntó con aire irónico.

—Buenos días, Raúl. Y ahora me quieres decir qué coño estás haciendo en mi casa.

—¿Y tú me puedes explicar por qué es esta tu casa? —me interpeló sin parar de observarla.

—Es una larga historia que no te interesa. Además, yo no te debo ninguna explicación desde hace muchos años.

—Continuamos un poco a la defensiva por lo que veo. El otro día creí que ya habías sido capaz de enterrar todo tu rencor hacia mí y olvidarlo. Hablaste conmigo de forma normal. —Me miró fijamente y yo le indiqué con la mano que pasase—. Precisamente por eso me he animado a acercarme aquí en lugar de mandar los papeles por mensajería. Tengo que estar en Cádiz a mediodía por negocios, pensé en venir primero a tu casa y así me llevaba ya firmado el divorcio.

—De acuerdo. Vamos dentro y firmaré todo para zanjar esto de una vez y para siempre —contesté con rotundidad.

Entramos en casa e intenté relajarme un poco, la tensión comenzaba a apoderarse de mi estómago, de mis entrañas, de mi corazón. Era lo que siempre me ocurría desde nuestra separación, me resultaba tremendamente incómodo estar a su lado. Más si

estábamos los dos solos, sin nadie a nuestro alrededor, algo que no ocurría desde hacía muchos años. Raúl sacó los papeles del sobre, me los dio y me pidió que los leyese tranquilamente antes de firmarlos. Me senté un momento para leerlos, eran solo un par de hojas. Mientras lo hacía, observé por el rabillo del ojo cómo Raúl tenía su mirada clavada en mí. No la apartaba ni un solo segundo, me estaba incomodando un poco, tenía la sensación, por muy ridículo que resultase, de que me estaba desnudando con sus ojos. Mis nervios no pudieron más y salté.

—¿Qué miras tanto? —Mi voz se moduló en tono atacante.

—Que estás distinta. Estás muy guapa. Tus ojos centellean, hacía años que no veía ese brillo en ellos. —Acercó su mano a mi cara y acarició mi mejilla. Me levanté de inmediato, sin terminar siquiera de leer.

—¿Qué haces? ¿Qué te pasa? —le pregunté aturdida.

—Nunca has tenido la sensación de no haber finalizado lo nuestro, Álex.

—¿Cómo? ¿Qué coño dices? —Lo miré perpleja, no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Yo siempre lo he pensado. Siempre te he seguido deseando, nunca te he apartado del todo de mi cabeza. Me gustaba tu inocencia tan pura, tan natural.

—¿Estás loco? ¿Hablas en serio? —Levanté la voz, más bien le chillé.

—Por supuesto que hablo en serio, Álex. Intenté acercarme de nuevo a ti cuando sucedió lo de Carla, pero fue imposible, no podías ni mirarme a la cara. —Acercó tanto a mí su boca que tan solo quedó a unos pocos centímetros de la mía. Me alejé de inmediato, pero tiró de mi brazo hasta volverme a acercarme a él como antes—. Mírame fijamente a los ojos y dime que tú no lo sientes también, que no me deseas, que no sigues amándome —susurró. A continuación pegó sus labios a los míos y me besó. Le empujé de inmediato, separándolo de mí.

—Eres un maldito cerdo y un canalla. No tienes vergüenza ni la conoces —le chillé una vez más, sin parar de limpiarme su asqueroso beso con la mano—. Pobre mujer, me da pena, parecía una buena persona, no sabe lo que le espera contigo. No tiene ni la menor idea del pedazo de cabrón que eres. ¡Lárgate de mi casa! —volví a gritar.

Tomás apareció en el salón en ese momento. Iba tan solo con sus pantalones vaqueros negros, a pecho descubierto, su camisa la llevaba yo puesta.

—¿Qué pasa, Álex? He oído gritos. —Tomás miró a Raúl con una mirada desafiante.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Raúl con tono sarcástico—. ¿Y tú quién eres? No tenía ni idea de que Álex tuviese a alguien en su cama. —Sonrió con altivez.

—¿Estás bien? —me preguntó Tomás, desatendiendo la pregunta y comentario de Raúl.

—Sí, tranquilo. Es mi exmarido, Raúl. Ha venido para que firmase los papeles del divorcio y ya se marcha. —Me acerqué hasta la mesa y Raúl me ofreció su estilográfica para firmarlos sin abandonar su arrogante sonrisa. Mi cólera

prácticamente se la arrancó de la mano. Firmé tan fuerte que faltó poco para rasgar el folio—. Toma, ya está firmado. Puedes marcharte y no perder más tiempo —le dije, totalmente cabreada, me levanté y le devolví los papeles.

—Piénsalo, Álex, sabes que en el fondo las cosas son como yo las he dicho. —Intentó acariciar mi cara de nuevo, pero yo me aparté al momento.

—Ni se te ocurra tocarme, eres un despreciable pedazo de mierda. —Lo miré con odio.

—¡Cuidado con lo que dices, Álex! —Levantó un poco la voz.

—¡Eh! —gritó Tomás—. Déjala en paz ahora mismo y lárgate de una vez —dijo, acercándose a mí.

—Tú métete en tus asuntos. Esto es algo nuestro, era nuestro matrimonio y es nuestro divorcio —gritó él también.

—A mí no me importa nada de eso. El fondo de vuestra conversación no es de mi incumbencia, pero la forma sí me importa. No te voy a consentir que le levantes la voz y mucho menos que la amenaces —respondió Tomás muy serio.

Raúl comenzó de nuevo a sonreír y a negar a la vez con la cabeza sin parar de mirarme. A Tomás lo ignoró por completo, había desaparecido para él de aquel espacio.

—¿Sabes? Es gracioso, muy gracioso —dijo entre risas—. Jamás pensé que volvieses a rehacer tu vida con otro hombre, pero, por lo que se ve, me equivoqué. Quizás he estado equivocado durante todo este tiempo y mientras yo creía que tú estabas rota de dolor te estabas tirando a todo el que podías.

—¡¡¡Maldito hijo de puta!!! —exclamé, dándole un fuerte bofetón con el que le crucé la cara. Toda mi rabia le abofeteó con energía. Se quedó callado, tocándose la mejilla y mirándome fijamente. Luego guardó con soberbia los papeles del divorcio, ya firmados, en el sobre y empezó a andar para marcharse. Pero de pronto se giró.

—Espero que en estos cinco años hayas mejorado en la cama; eras un poco sosita, dejabas mucho que desear.

—¡Que te den, maldito cabrón! —le chillé—. Lo que no soy es como las putas a las que tú estás acostumbrado a cepillarte.

—Perdona, ahí es donde está tu error —contestó serio y tranquilo—. A todos los hombres nos gusta tener una de esas en la cama, todos queremos una. Por eso yo tuve que buscar fuera lo que no tenía en casa. ¿A que sí, colega? ¿A que eso es lo que nos gusta a todos los tíos? —preguntó, dirigiéndose a Tomás, que lo miró con cara de asco y me abrazó por la cintura.

—No le contestes, Álex. No entres en su juego, pasa de él, no te rebajes a su nivel. Solo busca provocarte.

—¡Uff, y encima es psicólogo, Álex, joder! —Rio a carcajadas—. Has buscado todo en uno, pequeña, chica lista. Un hombre que te ayude con tus traumas, que te dé compañía y, sobre todo, que caliente tu cama. Estoy seguro que está hecho a tu medida, no creo que folle mucho. Le bastará y sobrará con tu poca destreza en ese

campo —dijo, y se encaminó por fin a la salida.

—¡¡¡Hijo de puta, cerdo, cabrón!!! —grité con todas mis fuerzas mientras Tomás no paraba de sujetarme por la cintura—. No vuelvas por aquí o te mataré, ¡bastardo de mierda! —chillé aún más fuerte, revolviéndome de los brazos de Tomás para soltarme. Tuve la impresión en ese momento de ser un perro de caza dispuesto a atacar, ansioso por devorar a su presa. Escuché cerrarse la puerta de un golpe seco. En ese preciso instante rompí a llorar de rabia.

—Al final has entrado en su juego, era lo que él deseaba —dijo Tomás, abrazándome de nuevo.

—¡Pues lo ha conseguido, sí! —exclamé a voces—. Me exaspera, siempre termina sacando lo peor de mí —contesté entre fuertes sollozos.

—¿No ves lo que le ha molestado? —me preguntó, abrazándome más fuerte—. Le ha enojado que tú estés con otro hombre, que hayas rehecho tu vida. Raúl es de los típicos tíos que se creen con derecho a todo, y que la mujer tiene que estar a su disposición. A lo que ellos quieran y deseen. Por desgracia, no es único en este mundo, todavía quedan muchos así.

—¡Es un cabrón, un maldito cabrón! —clamó mi rabia.

—Pero tú no debes permitirle que te dañe más, ya no es parte de tu vida, debes olvidarlo totalmente.

—Yo lo tengo olvidado, Tomás —contesté seria, y me separé de él.

—Álex, si le odias, si acumulas rencor en tu interior por él, no lo has olvidado aún. —Me miró con seguridad, mientras secaba mi torrente de lágrimas con las manos—. Uno olvida con la indiferencia, ese es el verdadero olvido, cielo, la absoluta indolencia.

El timbre de la puerta volvió a sonar, haciéndome botar del susto. Miré aterrada a Tomás, pensando que fuese de nuevo Raúl.

—Quédate aquí, abriré yo.

—¿Y si vuelve a ser Raúl? —Mi voz sonó a desesperación.

—Pues hablaré con él y lo echaré de tu casa. Tranquila, por favor —dijo dirigiéndose a la puerta.

Escuché a Tomás hablar con alguien y pronto reconocí ese acento de voz; era de Darío. Las voces se fueron acercando al salón y yo me terminé de limpiar los restos de llanto. Oí cómo Tomás le decía que no había pasado nada, pero que hablase conmigo para quedarse tranquilo.

—Hola, Álex —dijo Darío, mirándome un poco aturdido—. Perdona, he oído gritos y me he asustado. Creí que te ocurría algo y por eso he venido. Pero no quiero molestar. Veo que estás bien, así que me marchó.

—No, Darío, tranquilo. Te agradezco mucho tu gesto, de verdad. ¿Quieres un café?

—No, gracias, te dejo. Ya veo que no estás sola, Tomás lleva contigo desde ayer por la tarde —contestó con un tono que me sonó a crítica.

—Sí, ha pasado la noche aquí. ¿También tengo que darte explicaciones a ti? —le pregunté, un poco furiosa.

—No, perdona. —Me miró serio—. No era mi intención molestarte, ni me debes ninguna explicación. Solo me he preocupado y me he acercado a ver qué pasaba, nada más —respondió, dándose la vuelta para marcharse. Tomás nos miraba un poco sorprendido.

—Espera, Darío, perdóname, lo siento. —Resoplé. Él se detuvo y se giró hacia mí—. Los gritos que has escuchado han sido por la visita de mi exmarido. Es un gilipollas integral y un cabronazo. Siempre consigue sacar lo peor de mí, tiene esa habilidad. —Hice una mueca—. ¿Te tomas un café?

—No, gracias. Y no me tienes que explicar nada, como bien has dicho. Ahora os dejo solos, adiós. —Abandonó el salón y después la casa.

Tomás me miró fijamente, con su celeste mirada un poco alicaída, y me preguntó si yo quería un café. Le contesté que sí y fuimos a la cocina para prepararlo. Mientras la cafetera lo hacía y el rico olor impregnaba la estancia, contentando a nuestras pituitarias, Tomás se quedó muy serio. Estaba taciturno y pensativo, incluso me dio la impresión de ver recelo en su semblante.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, un poco desorientada por la acumulación de causas.

—¿Qué te pasa con Darío?

—Bueno, estoy un poco alterada, le he contestado mal por eso.

—No, Álex. —Negó con la cabeza—. Te pasa algo más. O, mejor dicho, os pasa algo más. —Miró hacia el suelo soplando fuerte. Después levantó su mirada de nuevo hacia mí—. Álex, no me gustan las mentiras, hacen daño, y tampoco me gusta sufrir. Dime qué pasa, por favor, la verdad. Solo la verdad. —Su voz lo imploraba.

—Verás, Tomás, lo que pasa..., mejor dicho, lo que sucedió... La verdad es que no sucedió nada porque yo no quise que sucediera —dije, sentándome en uno de los bancos de la isleta—. Darío se sintió atraído por mí nada más conocernos. Me beso en dos o tres ocasiones e intentó acostarse conmigo. Yo también me sentí atraída por él, es guapísimo, habría que estar ciega para no verlo. Y también le correspondí en sus apasionados besos, pero no quise llegar a más, no quise acostarme con él. Mi cabeza no paraba de pensar en ti, en tu tonto beso robado en el aeropuerto. Durante unos días me sentí atraída por los dos, ambos me gustabais. Sin embargo, mi corazón eligió pronto por quién quería latir —le expliqué con toda mi franqueza.

Se acercó a mí y me besó dulcemente, con sumo deseo. Nos quedamos imantados por unos segundos en nuestras miradas y volvimos a besarnos más apasionadamente. Al separar nuestras bocas sonrió victorioso.

—Me estás diciendo que me has elegido a mí pudiendo estar con el dios latino de la hermosura —me preguntó. Yo asentí con la cabeza a la vez que sonreía—. Me dices que ese tío buenorro que tienes por vecino quería llevarte a la cama y tú has preferido acostarte conmigo. —Volví a asentir y sonreí más—. Y luego dices que solo

me quieres un poco, ¡estás loquita por mí! —exclamó sonriendo—. Si a mí me tirase los tejos un tío como ese de macizo, no podría resistirme. Siendo mujer, claro. Bueno..., a lo mejor hasta siendo hombre me lo planteo. Es súper sexy —dijo con una voz un poco afeminada y ambos empezamos a reír.

—¿Nos tomamos el café? Ya está preparado y tú tienes que coger un avión.

—Sí, llevas razón. Tengo el vuelo a las doce —dijo, mirándose el reloj—. Todavía tenemos tiempo. —Sonrió perspicazmente.

—¿Tenemos tiempo? —le pregunté sin saber de qué hablaba—. ¿Para qué?

—Para volver a recordarnos antes de marcharme. —Me miró con sus ojos chispeantes de deseo.

—¡Vaya! Realmente tu memoria es pésima. —Reí.

—Más que eso, *deplorable* sería la palabra apropiada.

—No sé cómo puedes ser periodista con esa memoria de pez, la verdad.

—¡Oh, eso es fácil! Solo tengo mala memoria contigo, con tu cuerpo. Con todo lo demás no me ocurre, trabaja a la perfección. —Volvió a sonreír con sagacidad.

—Eso es algo muy curioso, mucho. —Arrugué los labios y el entrecejo.

—Además, quiero celebrar que teniendo a un tío buenísimo dispuesto a liarse contigo hayas preferido hacerlo conmigo, un tipo normal y corriente.

—No, Tomás —dije, acariciando su mejilla—, tú también eres muy guapo. Es cierto que no tanto como él, eso salta a la vista, no se puede negar, pero estás muy bien. Sois..., cómo te digo..., el tío bueno y el tío buenísimo. —Sonreí, mirándole a sus preciosos ojos azulados—. No obstante, a tu favor diré que tú tienes otras cualidades más importantes.

—¡Ah sí! —Sus labios se estiraron hasta marcar su *sexy* hoyuelo—. ¿Como cuáles?

—Por ejemplo, la belleza que hay en tu interior. —Posé mi mano en su pecho—. Eso realmente es lo que me hizo decidirme por ti, es lo que me hizo sentir algo dentro.

—Ya te advertí que tengo muchos encantos y que en cuanto los fueses descubriendo no podrías vivir sin mí. —Se acercó a mis labios de nuevo.

—¿Ya está de vuelta el creído? —Me acerqué más a su boca.

—Puede. Pero este creído va a conseguir que dejes de ser una incrédula, Álex. Voy a conseguir que vuelvas a creer, a confiar. Lo haré, cielo —susurró, y nos besamos—. Eres tan guapa, tan preciosa; y lo eres tanto por dentro como por fuera. Soy muy feliz contigo, Álex, y quiero que tú también lo seas conmigo. —Me cogió en brazos del taburete y me llevó hasta el salón.

Tumbados sobre el gran sofá, nuestros cuerpos una vez más se buscaron, se desnudaron, se enredaron, empezaron a hacer el amor de forma dulce y pasional. Nos entregamos por completo, amándonos con cada uno de nuestros constantes y sincronizados movimientos. El enorme salón cambió por completo los gritos y el malestar de unos minutos antes por jadeos, respiraciones entrecortadas y susurros de

tiernas palabras. Vibramos, palpítamos, trepidamos de placer al alcanzar la cúspide de este. La cima más alta que podíamos escalar y conquistar con nuestra pasión. Nos embriagamos con la cimbreante satisfacción, con la eclosión mutua. Todo un manifiesto de absoluto placer, de entrega total, de recíproco deseo de complacencia.

Tras acabar de amarnos, Tomás se vistió y se marchó. No regresaba hasta la noche, ansiaba ya su vuelta y apenas hacía unos segundos que acababa de besar mis labios para despedirse. Subí a ducharme, me vestí y comencé a colocar un poco la casa para entretener mi cabeza, para pensar lo menos posible en todo, necesitaba un pequeño descanso mental. Al acabar, decidí salir a sentarme en el porche y relajarme con la espectacular vista que me ofrecía el océano, esa inmensidad donde mi padre descansaba. De inmediato, Raúl asaltó a mis pensamientos con fuerza, luché por evitarlo, pero me era imposible dejar de pensar en su visita. No comprendía cómo pretendía que él y yo volviésemos a iniciar nada después de su traición. Cómo podía ni pensar que yo seguía sintiendo algo por él, que yo lo desease. Solo sentía náuseas cuando pensaba que había hecho el amor con él después de haberse acostado con otras. Lo único que percibía era rencor por el dolor que me causó. Pero a partir de hoy solo iba a experimentar indiferencia, una total y absoluta impasibilidad hacia él. Era peor persona de lo que yo había creído. Raúl no merecía ni un solo sentimiento mío, ni bueno ni malo, ni uno.

El zumbido de mi móvil me sacó de la nebulosa de pensamientos en que se encontraba mi mente. Lo cogí y vi que era un *whatsapp* de Tomás.

Hola, cielo. ¿Qué haces? Yo estoy esperando a ver si entro a hablar con mi jefe. Espero que el dios latino no vaya a tirarte de nuevo los tejos, recuerda que estás conmigo, recuerda que te quiero. Y recuerda que tengo mil encantos más que él, aunque aún no los conozcas todos.

13:38

Una vez más, su mensaje hizo que las comisuras de mis labios se estirasen por completo. Mis dedos comenzaron a escribir velozmente una respuesta.

Vaya, parece que ahora tienes muy buena memoria, recuerdas muchas cosas.

13:39

Me quedé observando al móvil, esperando a que su contestación entrase, sin dejar de sonreír.

Nunca podría olvidarte. Nos vemos esta noche. A lo mejor, para entonces, regresa mi amnesia y tengo que volver a recordarte. Besos.

13:41

Un ruido hizo que levantase la cabeza de la pantalla, Darío estaba frente a mí de pie.

—Hola, Álex. Venía a charlar un rato contigo y a pedirte de nuevo disculpas si te

he molestado antes en algo. No era mi intención. Verás, me importas mucho, aunque tú no lo creas, y solo quiero tu bienestar. Tú eres la hija de Alejandro y yo respetaba y admiraba a tu padre. Por eso me preocupo por ti, independientemente de la atracción que siento. Sé que no tengo nada que hacer contigo en ese sentido, pero no quiero perder tu amistad.

—No, perdóname tú por contestarte de esa forma antes. Sé que solo te preocupabas por mí y te lo agradezco enormemente. Me da tranquilidad saber que te tengo en la casa de al lado, me hace sentir protegida. También te agradezco que entiendas mis sentimientos hacia Tomás. —Sonreí—. Y, por supuesto, a mí tampoco me gustaría perder tu amistad.

—Respecto a Tomás, Álex, no te voy a mentir, sigo opinando lo mismo. Sé que te está utilizando para su reportaje.

—¿Volvemos a empezar con eso? —Levanté la voz.

—No, atiéndeme, Álex, por favor —dijo, acercándose a mí—. Te dije que no era de fiar y así es. El otro día, cuando llegaba a tu casa, yo salía a tirar la basura y le escuché hablando por teléfono. Esperé escondido para oír la conversación y no me gustó nada lo que oí.

—¿Qué narices escuchaste? ¿Por qué le espías? Y ¿cómo sé que es verdad lo que dices y no hablas desde el resentimiento? —le pregunté, cabreada y confusa.

—Álex, jamás me inventaría algo para dañarte. Nunca. No pensaba decírtelo precisamente por eso, porque pensé que no te lo creerías, que pensarías que te lo decía para separarte de él. Estás en tu derecho de creer lo que quieras, pero yo debo contártelo. Sería una mala persona si me lo continuase callando. Tú estás enamorada y debes saberlo.

—Pues dilo, habla. —Volví a elevar el tono de mi voz. Algo en mi interior empezó a presentir que no me iba a gustar lo que iba a oír.

—Tomás hablaba con alguien sobre el reportaje, me imaginé que sería su jefe por la forma de dirigirse a él y la conversación. Hablaban de lo que había investigado en su viaje a París. Por lo que contestaba, esa persona le estaba metiendo prisas, quería que terminase ya. Él le dijo que estaba esperando a ver si tú le podías aportar algo más, aunque te había sonsacado mucha información. Luego habló de información obtenida por un tal Andrés... No recuerdo el apellido. —Negó con la cabeza—. Después de permanecer un largo rato en silencio escuchando al otro interlocutor, Tomás le dijo que no se preocupase, que haría todo lo que tuviese que hacer para conseguir un reportaje jugoso, que ansiaba que lo contrataran en *El Global*. Y terminó diciendo... —Hizo una pausa, mirándome, y suspiró.

—¿Qué? ¿Qué más dijo? —La garganta comenzaba a anudárseme. Aquello no podía ser mentira, conocía demasiados detalles que yo no le había contado ni hablado nunca. Su viaje, sus ganas por que yo investigase, mi acercamiento a Andrés, el contrato en el otro periódico... Mi corazón empezó a palpar a un ritmo frenético.

—Que se estaba acostando contigo para que así confiases más en él y que estaba

dando resultado. El interlocutor volvió a decirle algo y Tomás se rio. Concluyó diciendo que no era ningún sacrificio hacerlo, sino todo lo contrario. Estabas muy buena y era un placer meterse en la cama contigo. —Sopló con fuerza, pasándose las manos por el pelo—. Eso fue lo que dijo, Álex.

Las lágrimas, velozmente, empezaron a cubrir mi rostro. Las palabras que acababa de oír comenzaron a taladrar mi corazón, rompiéndolo poco a poco. Me dolía el pecho al respirar, con cada una de las grietas que sentía quebrajándolo al penetrar el aire en mí. Era un dolor que ya conocía de antemano, lo había vivido en mis propias carnes, pero esta vez dolía aún más que la vez primera. No podía creerlo, me había entregado a él, depositado toda la ilusión que había despertado en mí, apostado por confiar de nuevo, y él acababa de partirme mi incipiente vida, haciéndola trizas. Y no solo eso, también había traicionado a mi padre confiándole todo a él. Y ¿para qué? Para que luego él me vendiese a mí. Le había salido la jugada redonda, perfecta. Había conseguido su codiciado reportaje e iba a ensuciar la memoria de un reputado pintor al que le habían obligado a hacer algo que él detestaba y por lo cual sacrificó mucho en su vida. De paso, se había estado acostando con su hija, haciéndole creer que estaba enamorado de ella. Había conseguido todo lo que quería, absolutamente todo. De pronto, un sudor frío recorrió todo mi cuerpo, erizando mi piel al recordar el tema del portátil de mi padre. Tomás estuvo en mi casa antes de marcharnos el sábado, me pidió entrar al baño y entró solo. ¿Y si lo cogió para fisgonear lo que contenía? Por eso fue a buscarlo a la cocina, porque sabía perfectamente que lo había dejado allí. Ir al baño fue una excusa para entrar un momento él solo en la casa de Alejandro y así satisfacer su instinto periodístico, lo que real y únicamente le importaba. Qué tonta había sido, ahora lo veía claro, completamente nítido. Solamente había sido la herramienta para completar su reportaje. Y siendo aún más estúpida, si no había encontrado nada en aquel portátil, yo le conté después lo que contenía y que lo había extraído de él. Le di más información, toda ella. Menos mal que no le conté dónde se encontraba realmente esa memoria, en mi bolso, dentro de mi caja de caramelos. Gracias a Dios que eso lo omití.

Darío se acercó a mí y me abrazó con fuerza, sin parar de decirme que lo sentía mucho, que no me lo había dicho antes por temor a que no le creyese y porque le daba miedo herirme. En ese momento me sentía tan mal, tan utilizada, que prefería estar sola, encerrada en el interior de mi casa, sin ver nada ni a nadie.

—Lo siento, Darío, me voy adentro. Necesito estar sola —dije, levantándome.

—¿De verdad? No prefieres desahogarte conmigo, expulsar la rabia. Yo te ofrezco mi hombro con gusto, Álex. —Me miró fijamente.

—No, gracias. Prefiero llorar sola, estoy más acostumbrada a hacerlo así. —Pasé a mi casa y cerré la puerta.

Con el segundo paso, las piernas me fallaron y caí de rodillas en la entrada. Allí mismo continué llorando, acurrucada en el suelo, desahogando toda mi aflicción. Tomás me había partido el alma y roto el corazón. Mi ilusión pasó de nuevo a ser

tormento, mi alegría se convirtió en la más nefasta pena, y mi confianza se rasgó en miles de pedazos, transformándose en pura traición. Volvió a sepultarme la inseguridad y el dolor, y esta vez la losa pesaba demasiado para poder quitármela de encima. Llegué a sentirme sucia por haberme acostado con él, con el que iba a vender la memoria de mi padre al mejor postor. Recordé nuestros encuentros, sus besos, sus palabras, su comprensión hacia mi dolor por lo de Carla, y pensé cuánto se había reído de mí mientras lo hacía. Mi estómago se revolvió al momento y sentí ganas de vomitar. Me levanté como pude y me acerqué corriendo al baño, sin parar de darme arcadas por el camino. Tras vomitar, continué llorando; no podía parar de hacerlo. Me sentía tan ilusa, tan ingenua, que el puro desconsuelo empapaba mi rostro sin cesar. Me había cautivado por completo, enamorado por entero, pero él solo me había utilizado sin preocuparle lo más mínimo hacerme añicos el corazón. Había vuelto a ser manipulada por otro encantador de serpientes, parecía tener un imán para atraerlos.

Sus palabras acerca de las mentiras, de lo poco que le gustaban, del sufrimiento que ocasionaban, retumbaban con fuerza en mi cabeza. Resonaba una y otra vez en mi interior su voz diciéndome que me iba a hacer creer y confiar de nuevo. Pero todo había sido una falacia, tan solo era un detestable hipócrita. Después de unas cuantas horas, cuando mis ojos decidieron que ya no tenían más lágrimas que llorar por el momento, decidí ducharme y calmarme un poco para poder hablar con Tomás. Quería que me mirase a los ojos y tuviese el coraje de decirme que tan solo se había acostado conmigo para conseguir su reportaje. Quería escucharlo de su boca, quería leérselo en los ojos. Los mismos ojos que, haciendo un gran papel de actuación meritorio de un galardón, me decían que me deseaban y querían. Quería que todo su cuerpo me lo gritase, que tuviese la valentía. Lo necesitaba. Al igual que necesitaba poder decirle a la cara lo cabrón que era, el daño que me había ocasionado y lo despreciable que era su alma rastrera.

•

El coche de Tomás entró en la finca. Observé desde la ventana cómo cerraba el portón y se acercaba hasta la casa. En ese momento, viéndolo aproximarse, mis nervios zozobraron a mi espíritu, angustiándolo por completo. Ansiaba escupirle a la cara que era un malnacido, pero antes quería escuchar, o mejor dicho, quería sonsacarle su historia. Quería saber con qué mentira pensaba encubrir su engaño. Hasta dónde iba a ser capaz de llegar para conseguir lo que realmente le importaba, su maldito reportaje. Sentía tanto dolor por su traición que me costaba respirar, me quemaba en lo más profundo, me abrasaba por dentro. Cuando llamó a la puerta mis nervios se aglutinaron de golpe en la boca del estómago volviendo a sentir náuseas. Respiré profundamente antes de girar el picaporte y abrir. Al verlo frente a mí, con su magnífica sonrisa marcando su hoyuelo, empecé a temblar; el nerviosismo, el dolor y

la rabia recorrían todo mi cuerpo a una velocidad trepidante.

—Hola, cielo. ¿Qué tal el día? —me preguntó, acercándose a mí para besarme. Me di la vuelta y me encaminé hacia el salón: le dejé con los labios en el aire—. ¿Qué te ocurre, Álex? —preguntó confundido, caminando detrás de mí.

—No he tenido un buen día, ha sido espantoso. Y a ti, ¿cómo te ha ido? —pregunté con impaciencia. No quería hablar sobre mí, necesitaba saber qué me iba a contar él antes de expulsar toda mi ira.

—Bueno..., tengo un poco de todo. Pero eso no tiene interés. Prefiero saber qué te ha ocurrido a ti.

—Pues yo prefiero saber antes lo tuyo, si no te importa —contesté a la defensiva, y suspiré con fuerza.

—Como quieras. Sentémonos. —Señaló el gran sofá.

—¿Te han contratado? —le pregunté nada más sentarme.

—Sí. —Sonrió—. Esa es la parte buena.

—Entonces, ¿cual es la mala?

Sopló mirando al suelo unos segundos y luego volvió a mirarme a mí.

—Necesito contar algo de la etapa difusa de tu padre, quieren...

—¿Qué? —Levanté la voz, cortándole—. Quedamos en que si encontrábamos algo que pudiera ensuciar su memoria de alguna forma no lo publicarías, ¿recuerdas? Me dijiste que ese no era tu estilo, pero está claro que era otra más de tus mentiras. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo? —grité con furia.

—Álex, no publicaré todo, no soy un periodista carroñero. Pero tendré que contar que se alejó durante ese tiempo por problemas con el alcohol y las drogas y que estuvo en una clínica de desintoxicación. ¿Qué te ocurre? ¿Qué quieres decir con que es otra más de mis mentiras? Acláramelo porque no te entiendo. —Me miró sorprendido.

—¿Quieres que te lo aclare, Tomás? —le pregunté con rabia—. ¿Es eso lo que quieres? Porque yo creo que eres tú quien me debe muchas explicaciones a mí. —Me levanté del sillón; mis nervios necesitaban movimiento, no podían estar reposados allí.

—Cada vez te comprendo menos, Álex. —Se levantó él también—. ¿Me vas a decir qué te ocurre?

—¿Por dónde quieres que empiece? ¡Eh! ¿Por lo bien que te ha salido tu reportaje? ¿Por cómo gracias a él has conseguido un trabajo mejor? ¿Por cómo te has burlado de mí haciéndome creer que estás enamorado? ¿Por cómo me has roto el corazón? —La voz se me quebró y las lágrimas tomaron mis ojos—. ¿Por dónde, joder? —Rompí a llorar.

—¿Qué coño estás diciendo? —Me miró perplejo y se acercó a mí intentando abrazarme.

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima, cerdo. —Lo fulminé con la mirada—. ¿Por qué? ¿Dime por qué? —le grité mientras mi llanto no paraba de fluir—.

Hacía falta acostarse conmigo, enamorarme, ilusionarme, hacerme revivir. ¿Has disfrutado rompiéndome el corazón? ¿Te has divertido utilizándome? ¡Dímelo, maldito cabrón! —chillé enojada—. Eres como Raúl. No, qué digo. —Negué con la cabeza—. Tú eres peor que él, mil veces peor. —No pude hablar más, el dolor me lo impedía, mi sollozo me ahogaba.

—Álex, no tengo la menor idea de lo que estás hablando. —Alzó la voz—. Yo estoy enamorado de ti, no te he utilizado para nada. ¿Cómo puedes pensar eso?

—¡No tengas la desvergüenza de negarlo, desgraciado! Querías saber sobre la vida de mi padre, me pediste ayuda para investigar y yo, como una gilipollas, te ayude. Y tú, como un miserable, como una infecta rata de alcantarilla disfrazada de bondad y comprensión te ganaste mi confianza y te aprovechaste de mí. Y no solo eso, me sedujiste con la intención de conseguir lo que querías, para obtener toda la información posible sobre Alejandro. Lo has bordado, no lo podrías haber hecho mejor. Has logrado tu ansiado reportaje y, de paso, has echado unos cuantos polvos. Eres un hijo de puta. Me das asco. —Lo miré con odio. En ese momento sentí el impulso de abofetearlo, pero me contuve.

—¿Estás hablando en serio, Álex? —gritó—. No me puedo creer lo que estoy escuchando. ¿En qué cojones te basas para decirme todo lo que acabas de vomitar? ¿En qué hostias te fundamentas? —chilló más.

—¿En qué? —pregunté encolerizada—. ¿Acaso tú no lo sabes? ¿Quieres que te refresque la memoria? Está bien, hablemos con tu jefe. —Lo miré con desprecio.

—¿Con mi jefe? ¿Qué leches tiene que ver mi feje en todo esto? —volvió a gritar.

—Tú lo sabes mejor que nadie, no te hagas el ignorante ahora. Tú le dijiste por teléfono que harías cualquier cosa para obtener tu reportaje. Que te estabas acostando conmigo para conseguir información y que no te importaba porque estaba buena.

—Ahora sí que ya no comprendo nada de nada. —Resopló, mirándome aturdido—. Mi jefe no tiene ni puta idea de que yo me veo contigo, ni de que me estás ayudando, ni de que Alejandro tuviese una hija, joder —chilló más fuerte.

—No me trago ni una sola más de tus mentiras. —Negué con la cabeza mientras las lágrimas caían indiscriminadamente por todos sitios. Mi llanto se había convertido en un diluvio de agua salada en forma de gotas—. ¿Cómo te enteraste de que yo era hija de Alejandro? ¿Quién te lo dijo?

—Todo esto es por eso, por cómo me entere. —Me miró desconcertado.

—Que me digas cómo te enteraste, joder. Casi nadie lo sabe, ¿quién demonios te lo dijo? —grité.

—Me enteré por casualidad, esa es la pura verdad. —Sopló—. Fui a la notaría, iba a hacerle una entrevista a Joaquín Collado Ursulle, el notario, por su gran labor y dedicación a los niños más desfavorecidos. Escuché una conversación sin querer entre él y su secretaria. Hablaban del testamento de Alejandro Maxwell y de que su hija, Alejandra Villanueva lo había aceptado y se quedaba a pasar unos días en su casa. Todos sabíamos dónde vivía Alejandro, y mi curiosidad periodística fue a

buscarte. Luego, cuando abriste la puerta y te vi, te reconocí al momento; eras la chica por la que me colé en la fiesta de Pedro. Estabas igual de guapa que entonces y volví a sentirme atraído por ti, ya te dije que nunca te olvidé por completo. Cuando me contaste que ni tú sabías que era tu padre, que te habías enterado tras fallecer, no creí apropiado hablar de ello con nadie, no me correspondía a mí contar tal cosa, así que callé.

—¿Por qué tengo que creerte? ¿Cómo sé que eso es cierto? Es más, ¿quién me dice a mí que todo esto no lo hayas hecho por despecho, como represalia? ¿Querías vengarte de mí por como pasé de ti hace años? ¿Querías darme una lección por no hacerte caso entonces? ¿Es eso, Tomás? ¿Lo has hecho por eso? —Volví a elevar mi tono de voz fuerte.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir algo así? —me preguntó aturdido, mirándome con la boca abierta.

—¿Y qué me dices del anónimo? También te lo inventaste, ¿verdad? Lo hiciste para asustarme, así la presión me vencería y yo te contaría todo lo que supiese. Querías que abriese la segunda carta, me lo pediste antes de ayer. Querías averiguar todo para tu asqueroso reportaje.

—Eso es falso —gritó—. Quería que la abrieses porque me preocupas, tengo miedo de que estés en peligro. En cuanto al anónimo, tú lo viste, te lo enseñé. ¿Cómo puedes creer que te he mentado de esa forma? ¿Cómo me ves capaz de algo tan sucio y bajo?

—No entiendo cómo he podido ser tan ingenua, joder. Que bien lo has sabido hacer, que estudiado lo tenías todo, cabrón —contesté, rota de dolor.

—No puedes hablar en serio, no puede ser. —Negó con la cabeza—. Te quiero, Álex, estás totalmente confundida.

—No vuelvas a decir esa palabra, no me digas que me quieres —dije, apretando mis dientes con rabia—. Tú no sabes el significado de esa palabra, no tienes la menor idea de su concepto. Sal ahora mismo de mi casa y olvídate de mí para siempre. ¡Vete, vete! —exclamé a voces.

—De verdad que no puedes estar hablando en serio. No puedes creerte lo que estás diciendo. No sé quién cojones te ha metido en la cabeza esa patraña, pero es eso, una falsa patraña —dijo con aflicción, casi desolado.

—Vete ahora mismo y no continúes con tu interpretación —le contesté con furia—. Ya tienes lo que querías, publica lo que te dé la gana, cuenta todo lo que quieras, ya no me importa nada. Me has roto la vida, me has utilizado y yo he traicionado a mi padre por tu culpa. Ambos somos despreciables.

—Álex, por favor...

—¡Lárgate, fuera! —impiqué, empujándolo hacia la puerta, sin dejarle terminar de hablar.

—No llevas razón, estás equivocada —gritó mientras yo abría la puerta para que se marchase—. ¿Dime quién te ha metido esa mierda en la cabeza? ¿Quién, Álex? —

preguntó con soberbia.

—¿Quieres saberlo? —lo empujé hasta sacarlo de mi casa.

—Sí. ¿Quién? —chilló.

—Darío te escuchó hablando con tu jefe.

—¡Oh, no me lo puedo creer! —exclamó casi riendo—. ¿No lo ves? Está resentido y es vindicativo, busca con esto un escarmiento para mí. Lo mueve el rencor porque no te acostaste con él, sino conmigo, porque me elegiste a mí. ¿Tan ciega estás? —gritó, mirándome asombrado.

—Conocía muchos detalles, Tomás, demasiados. No se lo ha podido inventar. Para ya con tu actuación, ya tienes lo que deseabas. Ten un poco de dignidad y márchate. —Cerré de un fuerte portazo, dejando mi espalda apoyada en ella.

Me dejé deslizar poco a poco hasta el suelo, hasta quedar sentada. Mi alma se desgarraba en llanto y quejidos sin que yo fuera capaz de ponerle fin. Escuchaba a Tomás al otro lado, turnando sus palabras entre maldiciones y gritando que estaba equivocada, que todo era falso, que era una vil mentira. Chillaba sin parar que me quería, golpeando de vez en cuando la puerta y suplicándome que le dejase explicarse. Perdí la noción del tiempo, no sabría decir cuánto rato estuve así, llorando y escuchándole, hasta que de pronto solo escuché silencio, dejé de oírle. Me asomé a la ventana y lo vi alejarse hasta su coche, iba sin parar de dar patadas con violencia a todo cuanto veía. Regresé de nuevo al salón y me senté en el sofá sin dejar de llorar, despedazándome en dolor. Mis músculos se tensaban de tal forma que se entumecían por la desesperación y el tormento. Incluso noté la necrosis en la parte de mi corazón que había vuelto a recobrar vida. Empecé a recapitular todo en mi mente, pensaba en el giro tan radical que había experimentado y lo velozmente que había sucedido. En tan solo unas pocas semanas Tomás se convirtió en una persona importante para mí, había cambiado mi existencia. Me gustaba su compañía, me resultaba muy fácil hablar con él, me comprendía, sabía escucharme, parecía sentir mi dolor, me hacía reír, me había hecho volver a ser feliz, lo había cambiado todo. En tan solo unas pocas semanas se transformó en el recipiente que contenía a mi corazón, lo llenó de savia fresca y lo envolvió en bálsamo reparador para sus heridas. Pero ahora ese recipiente se había roto, dejando que mi corazón se vertiera por mi dolida alma, perdiéndose en el desconsuelo, entre el tormento de la traición. En tan solo unas pocas semanas me había devuelto la vida y ahora me la había arrebatado de forma radical. Unas pocas semanas bastaron para enamorarme, y tan solo unos segundos fueron suficientes para partirme el corazón. Todo había sucedido muy rápido, tanto lo uno como lo otro. Y entonces me pregunté cómo tan poco tiempo de amor podía doler tanto, y pensando y pensando comprendí el porqué. Comprendí que mi dolor no era solamente por la traición, sino por la fractura de la ilusión, por el amargo sabor del desamor, por la pérdida de la esperanza. La esperanza de poder creer de nuevo en alguien, de lograr confiar otra vez. Tomás me había hecho renacer en esas pocas semanas, y ahora había enterrado mi revivir a metros y metros de profundidad. Eso

era lo que verdaderamente dolía tanto: la pérdida del reverdecer, la desaparición del retoñar, el decaer del resurgir. Eso era lo más lacerante y desolador. Y entre toda la confusión de aquel tormentoso dolor, me vi reflejada una vez más en el abismal vacío de la nada, en la suntuosa oquedad de la carencia. Un agujero de inmensa nulidad que me hacía sentir la máxima ausencia de amor que existía. Mi vida volvía a estar desértica de afecto y cariño y, una vez más, regresaba al punto de inicio, al que nunca me fallaba, a Sofía. Tan solo me quedaba su ilimitado querer, su leal amistad. A ella debía aferrarme y agarrarme cual salvavidas. Solo con su dilección debía flotar en el mar del desconsuelo y la aflicción en que se había vuelto a convertir mi vida. Su amor, como siempre, era la isla para mi naufraga y perdida alma.

Mi cabeza giró en dirección a la puerta tras escuchar el timbre. Mis entrañas, de inmediato, se encogieron, creyendo que Tomás había regresado y estaba detrás de esta. Luego sonaron unos cuantos golpes y escuché una voz.

—Álex, soy Darío. ¿Estás bien? He escuchado gritos y he visto irse a Tomás muy malhumorado. Ábreme, por favor.

—Vete, Darío —grité desde la entrada del salón—. No tengo ganas de ver a nadie.

—Por favor, déjame que te vea un momento. Quiero comprobar cómo te encuentras, Álex, te lo suplico.

—Estoy bien, no te preocupes. Me voy a la cama ahora mismo, mañana nos vemos.

—No pienso marcharme de aquí hasta que te vea. Si tengo que dormir en la puerta de tu casa lo haré.

—¡No seas crío, Darío! No me apetece ver a nadie ni hablar. ¿Tan difícil te resulta comprenderlo?

—Haz lo que quieras, yo no pienso moverme de aquí en toda la noche.

Me acerqué malhumorada hasta la puerta para abrirle y decirle lo estúpido y pesado que era, pero al verlo frente a mí rompí de nuevo a llorar. Pasó a casa y me abrazó con fuerza. No sé ni cómo me llevó hasta el sofá, allí continué llorando abrazada a él. Me consolaba sin parar, intercalando caricias y besos a mi pelo continuamente. Yo no podía parar de pensar en Tomás y en el fuerte dolor que me había provocado, con ello, las lágrimas eran imposibles de frenar. Así estuvimos durante largo rato, yo desahogando todo mi penar y él intentando aplacar todo mi desconsuelo, hasta que por fin logré tranquilizarme un poco. Me acerqué hasta el baño para lavarme la cara, Darío vino detrás de mí. Me ayudó a secarme con la toalla de lavabo, volvió a abrazarme y me acercó de nuevo al sofá. Era consciente, al igual que yo, de la debilidad que reinaba en mi cuerpo, de la falta de energía en mis músculos, por eso no quería dejarme andar sola ni un solo momento. Estuvimos durante mucho tiempo envueltos en el ruido más atronador, el silencio. El silencio más total, ensordecedor. Hasta que Darío decidió quebrarlo.

—Álex, aunque no lo creas, sé por lo que estás pasando. Yo también me enamoré una vez profundamente y me rompieron el corazón.

—No, Darío, no. Te aseguro que no sabes por lo que estoy pasando. Mi vida ha sido un tortuoso camino de cristales rotos. Y cuando parecía que ese camino estaba libre de obstáculos, me he estampado contra un muro. Ya había sufrido mucho, estaba malherida, esto solo me ha terminado de rematar.

—Mi vida tampoco ha sido fácil, te lo aseguro. Pero hay que sobrevivir a las

dificultades, a todas las adversidades. No queda otra, Álex.

—Yo ya no sé cómo sobrevivir, no sé a qué aferrarme. No tengo nada a lo que hacerlo. —Las lágrimas llenaron de nuevo mis ojos—. Solo me queda Sofía, y no es justo que cargue todo en ella. También ha sufrido mucho conmigo.

—¿Sabes que nos hace falta ahora mismo? —preguntó, secando mis incipientes lágrimas.

—No —susurré.

—Un trago. Mejor dicho, unos tragos. Es un remedio infalible para ahogar todas las penas. ¿Qué me dices?

—No sé —contesté—. No creo que eso vaya a ser la solución.

—No será la solución, pero te animará durante un rato. Tengo un licor que hacen en mi tierra muy efectivo para estas situaciones. Me acerco a mi casa a por él y regreso.

Pensé que no tenía nada que perder por beber un rato. Además, si con ello era capaz de evadir mi mente del dolor y calmar un poco mi herido corazón, me resultaba más que necesario.

—De acuerdo, te espero aquí.

—No tardo ni cinco minutos. Ahora mismo estoy de vuelta —dijo, y se marchó rápido de mi casa.

En un abrir y cerrar de ojos, Darío estaba de nuevo en el salón con una botella y dos vasitos pequeños. Me propuso un juego muy típico entre sus amigos. Cada uno contaba una desgracia sucedida en su vida y después se bebía de un golpe aquel pequeño vaso lleno de licor. Con ello se pretendía anegar en alcohol al dolor hasta zambullirlo en lo más hondo y poder así *amortiguarlo*. Solo me quedé con la última palabra: amortiguarlo. Era lo que deseaba, más bien, lo que necesitaba; me pareció absolutamente perfecto. Darío llenó ambos vasos y decidió empezar él para romper el hielo.

—Con solo diez años perdí a mis padres y hermana, quedé huérfano. —Cogió el vaso y se lo bebió de un trago, luego lo dejó de nuevo en la mesa—. Tu turno —dijo mirándome fijamente.

—Nunca me he sentido querida por mi madre. Olvidaba hasta mis cumpleaños y lo único que sabía hacer era criticarme. —Cogí el vaso y me bebí el licor de golpe, igual que Darío. Sentí cómo me quemaba según bajaba por mi tráquea hasta el estómago. Llegué a pensar que había abierto un surco por ella—. ¡Joder, qué es esto! —exclamé, guiñando los ojos en un puro acto reflejo—. Es fortísimo, me abrasa las entrañas.

—El primero siempre es el que más cuesta. —Sonrió—. Cuando lleves unos cuantos ni lo notarás.

—Claro, estaré muerta para entonces. —Gesticulé con todos los músculos de mi rostro mientras él llenaba los vasitos de nuevo.

—La vida con mis tíos no fue fácil, me costó adaptarme y vivir en otra ciudad.

Los primeros años, mis primos me putearon todo cuanto pudieron. —Volvió a beberse el licor de un trago y me acercó mi vaso.

—Mis apoyos siempre fueron mi padre y Sofía. Cuando tenía diecinueve años, él falleció y a mí se me vino el mundo encima. —Cogí el vaso y volví a beber. Intenté parar a la mitad, pero Darío empujó mi mano para que siguiese bebiendo a la vez que me decía que no hiciese trampas. Noté de nuevo cómo quemaba hasta bajar a mi estómago y me dieron escalofríos. Él se rio y llenó los vasos una vez más.

—Me enamoré locamente con dieciséis años de una mujer quince años mayor que yo. Era amiga de mis tíos. Con ella perdí la virginidad. Su marido se enteró y me pegó tal paliza que estuve ingresado más de un mes en el hospital. Mi tío estuvo casi un año sin hablarme; según él, lo había avergonzado. —Bebió de nuevo y yo alcancé mi vaso.

—Sofía siempre ha sido la guapa, la despampanante, no había ni una sola mirada masculina que no la contemplase. Yo pasaba desapercibida en la mayoría de los casos. En el *pub* al que solíamos ir también empezó a acudir un chico guapísimo, y yo estaba coladita por él. Un día se acercó a mí y me invitó a una copa. No podía creerme que se hubiese fijado en mí y no en ella. Después de un rato charlando me dijo lo que realmente quería de mí, que le ayudase a ligarse a Sofía. Y yo, como una tonta, le ayudé. Sofía terminó enrollándose con él y yo me fui al baño a llorar. Nunca se lo he contado. —Bebí el contenido de un trago, y esta vez no hice intención de parar. Darío silbó al verme beber con tantas ganas y volvió a llenar los vasos.

—Una noche me lie con una tía, era una diosa, toda una divinidad, y me pillé por ella sin poder evitarlo. Jugaba conmigo como quería, hoy nos vemos, hoy no, hoy nos acostamos, mañana no... Me tenía a su merced. Una noche en la que a ella sí le apetecía meterse en la cama conmigo nos fuimos a mi casa en lugar de a la suya. Por aquel entonces vivía en un piso junto con otro amigo. Cuando desperté por la mañana, ella no estaba en la cama, aunque su ropa continuaba allí. Me levanté a buscarla, escuché unas risas procedentes del cuarto de mi amigo y me acerqué hasta él. Al abrir la puerta los vi revolcándose por la cama; no me lo podía ni creer. Pero, lejos de sorprenderse, ella me invitó a participar y él me ánimo a hacerlo, aluciné. Me abalancé contra mi amigo y nos sacudimos a base de bien. Nunca más he vuelto a verlo, ese día perdimos nuestra amistad. Y lo peor es que la perdimos por una zorra. —Bebió de nuevo.

—¡Oh, eso no es nada! —le contesté, un poco acalorada; el licor empezaba a hacer su efecto—. Yo encontré a mi marido tirándose a otra en mi casa, en mi habitación, en mi cama. El muy hijo de puta llevaba años acostándose con toda la que podía y luego lo hacía conmigo también. —Bebí con rabia, apretando los ojos fuerte al tragar.

—¡Joder, qué cabrón! —exclamó, llenando los vasos de nuevo.

—Sí, un pedazo de cabrón. ¿Y sabes qué pretendía ahora? —Alcé la voz—. Que entre nosotros hubiese algo de nuevo. ¿Cómo puede ni pensarlo? ¿Cómo puede creer

que yo siga sintiendo algo por él? —Cogí el vaso y me bebí el contenido de golpe.

—¡Eh, te has saltado mi turno! —exclamó entre risas—. A ver si te voy a tener que dejar la botella a ti sola.

—¡Oh, con eso no sería suficiente! Al menos me harían falta dos. Tengo mucho dolor que ahogar, créeme —contesté, con la incipiente risa que el alcohol empezaba a provocarme.

—Pues habla, desahógate, yo te acompañaré cada vez que bebas para solidarizarme contigo. —Posó su mano encima de la mía y la apretó ligeramente.

—Como quieras. Voy a desahogarme y esto llevará un buen rato.

—No tengo prisa. No tengo nada mejor que hacer que estar aquí contigo bebiendo y escuchándote.

—Empezaré por lo más doloroso —suspiré profundamente antes de continuar hablando, y él volvió a apretar mi mano, animándome a empezar—. Cuatro meses después de separarnos, Carla, mi niña, falleció. —Las lágrimas saltaron velozmente a mis mejillas—. Eso es lo más duro a lo que me he enfrentado nunca. —Hice una pausa—. Aún no sé cómo he podido sobrevivir a ello. Los primeros años fueron una auténtica tortura, todo un martirio. Solo quería morir, pero no tenía ni fuerzas para quitarme la vida. Las pastillas me dejaban agotada y me impedían centrarme en nada, disminuían mis reflejos, prácticamente los anulaban. Si bien las necesitaba para mitigar un poco el tormentoso dolor, para poder paliar en la medida de lo posible mi desconsuelo y desesperación. —Darío echó su brazo por encima de mis hombros y me acurrucó en su pecho—. No hay ni un solo día que su recuerdo no me acompañe, que no la tenga presente en mi memoria, que no me atormente su pérdida —dije, en medio de un mar de llanto—. Ni uno, Darío. Mi vida acabó el mismo día que ella se marchó de este mundo, de eso hace ya cinco años. Jamás pensé, ni habría podido imaginar, que pudiese volverme a fijar en un hombre y mucho menos enamorarme. Yo ya ni me relacionaba con el mundo, me encerré de forma voluntaria en mi casa. Qué posibilidades tenía de conocer a un hombre. Pero de repente todo cambió en un segundo. El día que regresaba de ver a mi pequeña del cementerio, Esteban Rozalén cambió todo para mí. Me dijo que Alejandro Maxwell era mi verdadero padre y a partir de entonces mi vida sufrió un vuelco en muchos sentidos.

—¿Por qué? —me preguntó con interés.

—Porque eso, de alguna forma, me despertó curiosidad. Y esa curiosidad me hizo salir de mi casa, de mi mundo. Volví a relacionarme con la vida, por primera vez en cinco años sentía ilusión por hacer algo. Entonces llegué aquí y te conocí a ti y a Tomás. En principio me sentí atraída por ambos, algo que me parecía una locura, pero era una realidad. La vida volvía a correr por mis venas, fluía por mi sangre. Después la comprensión y el cariño que me ofreció Tomás me hicieron enamorarme de él. —Rompí de nuevo a llorar—. ¿Y para qué? Para volver a sufrir, para que me vuelvan a partir el corazón, para volver a enterrar mi ilusión y mi vida. Una vida que es un continuo calvario. ¿Cómo ha podido ser tan canalla, tan rastrero? ¿Cómo ha podido

jugar con mis sentimientos tan solo por un reportaje? ¿Cómo? ¿Cómo? —comencé a chillar, separándome de él.

—¡Calma, Álex, calma, pequeña! Es un cabrón que solo buscaba un buen reportaje que le aportase un trabajo mejor, nada más.

—Pues le ha salido redondo. —Llené mi vaso y volví a beber. Y lo llené otra vez y me lo bebí a continuación.

—¡Para, para! ¿Quieres emborracharte rápidamente? —preguntó, apartándome la botella para que no volviese a llenar mi vaso.

—Sí, quiero olvidar este dolor tan espantoso, lo necesito. —Lo miré con firmeza—. Porque yo soy peor que Tomás, Darío. He traicionado a mi padre y por mi culpa su memoria se ensuciará para siempre. —Sollocé.

—¿Qué dices, Álex? Creo que empiezas a decir tonterías, igual empieza a hablar el alcohol.

—No, Darío, soy detestable. —Levanté la voz—. Yo he informado a Tomás de muchas cosas que mi padre me pidió que nadie las supiese salvo yo. Pero confié en él, fui estúpida, y ahora...

—Álex, no te entiendo. ¿Qué le has contado a Tomás que no deberías haber hecho?

Me sequé las lágrimas que corrían por mis mejillas en esos momentos, mientras suspiraba con fuerza y pensaba en todo lo que mi padre me había contado. Cogí de nuevo la botella, llené mi vaso y me lo bebí. Ya no me quemaba ni me resultaba fuerte, ahora, como bien había dicho Darío, ya no lo notaba. Lo miré fijamente, pensando que debería contarle la verdadera historia de mi padre. Total, se iba a enterar de todas formas por la prensa. Tomás se encargaría de hacer llegar a todo el mundo la parte oscura de la vida de Alejandro Maxwell, reputado pintor y hombre de excelente calidad humana. Y todo gracias a mí. Darío tenía que saberlo por mi boca antes que por los medios de comunicación. Se lo debía, era amigo de mi padre.

—Veras, Darío, mi padre escondía un gran secreto que, gracias a mí, Tomás conoce al completo. —Resoplé fuerte. Darío me abrazó acariciando mi brazo, dándole una friega suave de arriba abajo.

—No será para tanto, Álex. Llevaba años conociendo a tu padre y nunca vi nada raro en él ni en su vida.

Me aparté de él sin poder ni mirarlo a los ojos. Me daba vergüenza contar lo que estaba a punto de decirle. Pero no me avergonzaba la actuación de mi padre, sino la mía. Saber cuánto daño haría a su buena memoria mi traición me hacía abochornarme, me sentía vilipendiada por él. Y no estaba falto de razón, lo había injuriado.

—Darío, mi padre pasaba droga a través de sus cuadros. No supo escoger sus amistades. Se mezcló con el diablo, y el diablo le obligó a hacer cosas que él no deseaba. —Levanté la cabeza y lo miré.

—¿Cómo? ¿Hablas en serio? —me preguntó, sobrecogido.

—Totalmente. Aunque el licor este se me ha subido un poco a la cabeza, aún sé lo que digo.

—¿Qué quieres decir con que le obligaban? ¿Por qué?

—Lo chantajeaban con un error de su juventud que él quería ocultar. Dañaban a la gente que a él le importaba si no hacía lo que ellos le mandaban. Por eso no contó a nadie que yo era su hija, por eso no se acercó nunca a mí, para protegerme. —Llené una vez más mi vaso con licor y me lo bebí.

—Y ¿cómo te has enterado tú de todo eso? —preguntó, desconcertado.

—Mi padre me dejó unas cartas y un DVD en el que me lo explicaba todo. ¿Sabes? Pintó un montón de cuadros, la gran mayoría son de Carla, en otros pocos también estoy yo con ella. Son mi regalo, me los ha dejado en un piso de Madrid. Pasó toda su vida castigándose por aquel error y en lo que degeneró su estúpida equivocación. Su condena fue no poder acercarse a mí, ya fue un alto precio a pagar, ¿no crees? —le pregunté. Él asintió con la cabeza, respondiéndome—. Pero yo voy a ir más lejos, voy conseguir que se retuerza en su tumba por mi deslealtad. Él me regala sus maravillosos cuadros retratando a mi pequeña, y yo, en agradecimiento, lo vendó al primero que llama a mi puerta preguntando por él. Soy despreciable; no, peor, lo mío no tiene nombre. —Empecé de nuevo a llorar. Alargué mi brazo y cogí la botella para dar un largo trago directamente de ella.

—¡Basta, Álex! —gritó, quitándomela de las manos—. No te puedes torturar así. Tú no sabías que Tomás solo te estaba utilizando. No sabías que todo era solo una maquinación para conseguir lo que él buscaba, no tenías la menor idea.

—¡Me da igual! —chillé—. Yo tenía que haber estado calladita, era lo único que mi padre me pidió, que nadie lo supiera. Pero el miedo me impulsó a hablar. Un miedo que, estoy segura, él alimentó para llegar a lo que ansiaba. Y por otro lado me transmitía tanta confianza... Joder. ¡Hijo de puta, cómo ha jugado conmigo! —exclamé, sollozando.

—¿Miedo de qué, Álex? No te entiendo.

—Mi padre me advirtió de que seguramente me vigilarían para conseguir lo que buscan. Me dijo que si me siento en peligro avisara a la policía —contesté, con una verdad a medias. No iba a hablar a nadie de la segunda carta, no pensaba hacerlo, ya había sido bastante bocazas.

—¿A la policía? —Alzó la voz, alarmado—. ¿Qué buscan? ¿Qué quiere esa gente?

—No tengo ni idea —susurré, ahogándome en mi llanto—. No me lo ha dicho, no lo sé.

—¿Cómo que no te lo ha dicho? De algo habrá tenido que advertirte. No creo que solo te haya metido miedo en el cuerpo sin aclararte el porqué.

—¡No me ha dicho qué es lo que busca esa gente, no tengo la menor idea! —Subí el timbre de mi voz.

—Quizá no has leído bien las cartas que te dejó. Si quieres podemos volver a

leerlas. Igual encontramos una pista.

—No, no puedo volver a leerlas. Me pidió que las quemara, y eso hice. Pero te puedo asegurar que no me contaba lo que había hecho.

—¿Y el DVD?

—También lo destruí, como me pidió. Y tampoco me decía en él nada. Solo que se había vengado de ellos, que se lo había jugado todo a una carta. ¿Sabes qué pienso? Que a mi padre lo mataron por eso.

—¡No digas chorradas! —voceó—. Tu padre murió por un problema de corazón. La autopsia lo confirmó. Tú lo sabes igual que yo.

—A lo mejor lo hicieron de tal forma que pareciese una muerte natural en lugar de un asesinato. Mi padre me advirtió que esa gente no se anda con tonterías. Si él, haciendo lo que hiciera, los puteó; ellos no se iban a andar con rodeos, se lo quitaron de encima, lo mataron.

—No puedes hacer esa suposición. Porque solo es eso, una conjetura, una hipótesis. ¿Puedes demostrarlo? Si puedes, llamaré a la policía ahora mismo sin perder más tiempo.

—No, no puedo —contesté—. Pero cada vez lo creo con más fuerza.

—¿También le has dicho eso a Tomás?

—No, pero él fue precisamente quien me informó primero de con quién se mezclaba mi padre. Alberto Mendoza, un importante narcotraficante.

—Parece que Tomás también sabía mucho sin que tú le informases.

—Sí, sabía cosas. Aunque yo llené todas las lagunas que a él se le escapaban. Yo fui la pieza clave para terminar su puzle.

—Bueno, no todas. Realmente no sabes lo que tu padre ha escondido.

—Yo no te he dicho que mi padre haya escondido algo. —Lo miré aturdida.

—Sí..., cierto. Pero lo único que puedo pensar es que su venganza haya consistido en ocultar alguno de esos cuadros con droga. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Puede, no sé. No tengo la más remota idea. —Volví a beber un trago de la botella—. ¿Ahora te das cuenta de cuántas penas tengo que ahogar? Creo que te supero ampliamente. —Bebí de nuevo.

—En esto sí debo darte la razón. —Me quitó la botella de las manos y bebió un largo trago él.

Bebimos un poco más mientras hablábamos, hasta que nos terminarnos toda la botella. Noté cómo el alcohol se había subido a mi cabeza de tal manera que me aflojaba por completo el cuerpo. Intenté ponerme de pie, pero las rodillas me fallaron y caí de nuevo al sofá. Me dio por reír al comprobar la flojedad que reinaba en mí, cómo no podía ni sostener mi cuerpo. En ese momento, el dolor estaba ahogándose en el licor que ocupaba a mi ser. Darío comenzó a reír conmigo también. Cuanto más lo hacía él, más fuerte le respondía yo. Las lágrimas cubrían mi rostro, si bien ahora lo hacían de pura alegría. Era imposible parar mi risotada, la bebida actuaba haciendo su efecto disuasorio de la realidad. Y entre risa y carcajada, Darío empezó a besarme.

Al principio le respondí, ni siquiera me paré a pensar, me dejé llevar completamente por la situación. Pero en cuanto sus manos buscaron mi cuerpo, lo aparté de inmediato.

—No, Darío, para. No quiero continuar. ¡¡¡No!!! —grité con rotundidad.

—¿Por qué, Álex? Nos gustamos. Tomás es un cerdo, olvídale.

—No se puede olvidar a alguien en unas horas, no es tan sencillo. No puedo borrar de golpe y porrazo que estoy enamorada de él. Eso lleva su tiempo, por mucho daño que me haya hecho. —Las lágrimas continuaron saltando a mi cara, aunque ahora lo hacían por lo de siempre, por tormento.

—Yo podría curar todo tu dolor, llenándolo de amor y cariño. Te curaría de tus heridas, te haría volver a vivir, te devolvería la confianza. —Intentó besarme de nuevo, pero le frené.

—Será mejor que te marches a tu casa, Darío. Me ha hecho bien desahogarme contigo, pero creo que estás mezclando las cosas.

—¿Qué te ha dado Tomás? ¡Joder!, ¿qué coño te ha dado? —Levantó la voz.

—Dolor. Mucho dolor —balbuceé entre mi llanto.

—Álex, dame una oportunidad, por favor —dijo, levantándome la cara para mirarme a los ojos.

—Vete, te lo suplico. No me compliques más, bastante tengo ya.

—Pero, Álex, déjame...

—¡Que te vayas! —chillé, cortándole—. Quiero estar sola, no quiero tu consuelo ni tu cariño. No quiero nada, solo soledad. Márchate de una vez —dije, indicándole con la mano la puerta.

Darío se levantó y se marchó de mi casa. Cuando escuché cerrarse la puerta, rompí a llorar más fuerte. Me tumbé en el sofá a desahogar toda mi pena y decidí quedarme allí a pasar la noche, no quería meterme en la cama para no acordarme más de Tomás. En esa cama nos habíamos amado, y no quería recordarlo, ni envolverme en el aroma que las sábanas aún guardaban de él. Entonces rememoré que en ese mismo sofá, donde ahora estaba tumbada, hicimos por última vez el amor. Lloré con rabia, dejándome deslizar despacio hasta quedar tirada en el suelo. Ahí iba a pasar la noche, en el frío y duro pavimento. No quería tener contacto con nada que me evocase a Tomás, absolutamente nada. Era excesivamente doloroso, cruelmente desgarrador.

El sonido del teléfono me despertó de golpe. El alcohol y el agotamiento por tanto llanto me habían hecho quedar dormida al fin. Me incorporé y lo cogí rápidamente, sintiendo un fuerte dolor en mi espalda y costados por haber dormido en el compacto suelo. Aunque ese dolor no era ni la mitad de fuerte que el que noté al momento de leer «Tomás» en la pantalla de mi *smartphone*. Dejé que sonase, no pensaba descolgar. Cuando terminó el sonido, sentí un latigazo de nervios recorrerme el cuerpo entero, haciéndome temblar. Unos instantes después entró un *whatsapp*, también era de él. Pensé en borrarlo. Con el dedo a punto de tocar la pantalla táctil para hacerlo, cambié, sin saber por qué, de opinión. Sentándome en el sofá, decidí leerlo antes.

Álex, no puedes pensar en serio todo lo que ayer me dijiste. No te he utilizado nunca, de verdad. Es cierto que iba en busca de un reportaje, no lo niego, pero te encontré a ti y me enamoré. No te miento, créeme. Es más, he decidido que no publicaré nada para que me creas, para que te des cuenta que tú eres lo primero para mí. Te quiero. Y sé el significado de esa palabra perfectamente. Querer a alguien es darle amor incondicionalmente, por encima de todo y todos y para siempre. Yo siento eso por ti. Estoy roto de dolor, no puedo vivir así. Habla conmigo, por favor. Aclaremos esto, te lo ruego.

9:31

Las lágrimas volvieron a acudir a mis ojos vertiginosamente. Me estaba volviendo loca, ya no sabía ni qué creer. ¿Me había engañado o no? ¿Todo había empezado con una idea y al final se había enamorado de mí? ¿Me había utilizado realmente? ¿Cuál era la verdad? No podía parar de hacerme preguntas sin encontrar la respuesta a ninguna. Decía que no publicaría nada para que le creyese, que estaba verdaderamente enamorado de mí. Si eso fuese cierto, si era capaz de renunciar a su reportaje, estaría diciendo la verdad, no mentía. Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Quién me podía asegurar que ese reportaje no vería en algún momento la luz? Necesitaba hablar con él para aclarar muchas cosas, aunque ahora no era momento, no me sentía con fuerza para hacerlo. Esperaría a mañana y le llamaría para hablarlo, debíamos clarificar todo.

Boté del sofá cuando el *smartphone* vibró en mis manos antes de emitir su sonido, Sofía me estaba llamando. Descolgué al instante, yo también había pensado en llamarla, necesitaba contarle todo lo que me había ocurrido. Necesitaba su apoyo y consuelo, tan fundamentales para mí, tan necesarios como el aire para respirar.

—Hola, Sofía —contesté, y la voz se me quebró al momento.

—¡Álex! ¿Qué te ocurre? —me preguntó asustada.

—Es Tomás —balbuceé—. Tomás me ha utilizado para su reportaje y yo me he

enamorado de él como una tonta. Estoy hecha polvo, Sofí, no puedo con más dolor, de verdad. —Rompí a llorar.

—¡Será hijo de puta! —clamó a voces.

—Sí, un cerdo, un cabrón, un mal nacido, un...

—¡Calma, calma, por favor! —volvió a exclamar en alto, interrumpiéndome—. Vamos por partes, Álex, escúchame, te lo ruego.

—Sí, te escucho, dime —contesté entre el llanto.

—Lo primero, vas a dejar de llorar, porque una sola lágrima tuya vale más que todo Tomás entero. ¿Entendido? Si ha sido capaz de hacerte algo así, no te merece y lo sabes. Por muy doloroso que resulte, se pasará, todo termina pasando en esta vida.

—Lo intentaré. —Sollocé.

—Lo lograremos, Álex, yo te ayudaré. Lo segundo es que me voy para allá. En cuanto salga del trabajo esta tarde cojo el vuelo que mejor me venga o más me acerque hasta allí. Buscaré billete nada más cuelgue.

—No, Sofía, no puedes estar faltando a tu trabajo por mí. Ya has hecho mucho durante toda mi vida, más que mi madre y lo sabes.

—Y continuaré haciendo lo que haga falta por ti, Álex. Lo hago porque te quiero y no me gusta verte sufrir. Tu sufrimiento es el mío. Tú en mi lugar harías lo mismo, también lo sabes.

—Como tú quieras. Gracias por estar siempre ahí. —Mi voz tembló.

—No me las tienes que dar, también lo sabes. Y lo tercero es que vas a regresar a Madrid conmigo. Álex, ahí no pintas nada y yo te necesito a mi lado. Y tú me necesitas al tuyo. Ambas lo sabemos.

—Cierto, llevas razón. Regresaré a Madrid contigo. —Las lágrimas resbalaban por mis mejillas sin cesar.

—Mira el lado positivo de la historia. Quédate solo con eso.

—¿Y cuál es? —pregunté con incredulidad.

—Ahora tenemos casa para veranear y marcharnos de puente cuando queramos. —Percibí su sonrisa, solo trataba de alegrarme.

—Cierto una vez más. —Sonreí levemente, mientras mi rostro continuaba empapado en llanto—. Y también tenemos otra en Miami.

—¡Es verdad! —exclamó feliz—. Ya estoy planeando un viaje para verla, ¿te parece?

—Lo que tú quieras, Sofí. Te quiero mucho. —La voz se me volvió a romper.

—Bueno, ya, ¿eh? No derrames ni una lágrima más por ese desgraciado. Te mando un *whatsapp* diciéndote el vuelo que cojo y a la hora que llegaré. No hace falta que vengas a por mí al aeropuerto, cogeré un taxi.

—Vale, un beso muy fuerte.

—Otro para ti más grande, cariño. Ya me contarás todos los detalles en referencia a Tomás y a cómo te ha utilizado. Sabes que no soy morbosa, solo lo digo para cuando le corte los huevos sepa bien explicarle los motivos.

—Anda, adiós —dije con una ligera risa. Sus palabras resultaban graciosas.

—Sí, ríete. Más lo harás cuando me veas con ellos en las manos. Adiós, te quiero.

La llamada de Sofía me había serenado un poco, aunque mi cabeza no paraba de darle vueltas al *whatsapp* de Tomás y la infinidad de veces que me había dicho que todo era una mentira. Me dolía la cabeza mucho, me atronaba por dentro, y creí que no solo se debía a tanto pensar. Seguramente, la cantidad de alcohol ingerida la noche de antes también tendría relación. Estaba convencida de que ese tremendo dolor tenía más concordancia con lo que se denominaba resaca. Me acerqué hasta la cocina a prepararme un café un poco cargado. Pensé en acompañarlo con algo, a pesar de no tener ni un ápice de apetito, pero debía tomarme una pastilla para amortiguar el fuerte dolor y no lo iba a hacer con el estómago vacío. Justo cuando iba a sentarme en la isleta para desayunar, el timbre de la puerta sonó. No era el del gran portón de la finca, sino el de la entrada a mi casa. Entonces caí en la cuenta de que no había cerrado con llave el portón, no salí a hacerlo cuando Darío se marchó, ni me acordé. Es más, ni podría haberme tenido en pie para hacerlo. Con sigilo, me acerqué hasta la ventana para comprobar quién llamaba. Un hombre y una mujer de unos cuarenta y pico de años estaban esperando a que alguien les abriera. El miedo recorrió mi cuerpo pensando que tuviesen algo que ver con mi padre, con su enredo. Me quedé allí pegada, dudando qué hacer. El timbre volvió a sonar con más insistencia, yo continuaba pensando. De pronto, alguien aporreó los cristales de la ventana sobresaltándome.

—Señora, somos de la policía. Nos abre, por favor —dijo una voz masculina.

Me acerqué a la puerta sin comprender qué hacía la policía allí. Mejor dicho, para qué venía la policía a mi casa.

—Buenos días. ¿Es usted Alejandra Villanueva? —me preguntó la mujer nada más abrir la puerta.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Verá, soy la inspectora De la Torre y él es mi compañero Vallejo. —Ambos me mostraron sus placas—. Podríamos entrar un momento para hablar con usted.

—Por supuesto, pasen —contesté, abriendo más la puerta para que entrasen.

Mientras los conducía hasta el salón pensaba de qué me sonaba ese apellido, lo había escuchado antes, pero no sabía cuándo. Les ofrecí sentarse y ambos lo hicieron. A continuación lo hice yo. Me fijé en la inspectora, era una mujer muy atractiva y con una buena silueta. Llevaba una corta melena color caoba muy favorecedora, su tez era morena y sus ojos totalmente azules. El gesto era serio y autoritario, aunque a la vez su mirada ofrecía acercamiento y desprendía confianza. Su compañero, al contrario, era poco agraciado, muy alto y fornido. Me recordó a los porteros de seguridad que solían poner en las puertas de las discotecas como vigilancia. Sofía los llamaba «los armarios empotrados», decía que ocupaban el mismo espacio que estos.

—Ustedes dirán —dije, dirigiéndome a ambos.

—Hace unos días, el señor Tomás Hernández puso en mi conocimiento ciertas

cosas que le hacen creer que usted pueda estar en peligro.

La respiración se me cortó en ese mismo instante. Por eso me sonaba ese apellido, era el que Tomás me había dicho al mencionar a la conocida que tenía en la policía. Realmente pensaba que podía estar en peligro y se había preocupado en informarla. Empecé a sopesar en ese mismo instante la posibilidad de que no mintiese, igual me estaba diciendo la verdad y quería protegerme.

—Sí, creo que alguien ha estado en mi casa. Aunque no ha revuelto nada ni forzado puertas o ventanas. Pero mi portátil no estaba donde yo lo dejé y él solo no tiene patitas para moverse.

—No, la verdad. —Hizo un intento de sonreír—. ¿Tiene siempre abierta la puerta de la finca?

—No. La abro todas las mañanas y la dejo así hasta la noche, entonces la cierro.

—¡Ah! Entonces ya la había abierto.

—Realmente no. Anoche se me olvidó cerrarla, no me encontraba bien.

—Pues no es muy conveniente que la deje abierta, ni por el día, ni mucho menos por la noche. Es un consejo que le doy, señora.

—Lo haré, se lo agradezco.

—Aparte de ese incidente, ¿ha ocurrido algo más? Me refiero si se ha sentido observada o amenazada en alguna ocasión.

—No. Ciertamente, no.

—El señor Hernández estaba muy preocupado por usted. Lo conozco desde hace años, es una buena persona y no es de los que suelen alarmarse sin más. Por eso me he acercado para hablar con usted, pero si no hay nada por lo que preocuparse, nos vamos. De todos modos, tenga —dijo, levantándose y dándome una tarjeta—. Ahí está mi teléfono. Llámeme a cualquier hora si es necesario.

—Muchas gracias, inspectora De la Torre —contesté, cogiendo su tarjeta.

—Que pase un buen día, señora Villanueva. —Su compañero se levantó y acompañé a ambos hasta la salida—. Por favor, cierre la puerta de la finca. Es por seguridad.

—Sí, por supuesto. Los acompaño hasta ella y la dejo cerrada.

Tras despedirnos de nuevo, cerré el portón con llave, como me habían sugerido, y regresé a casa. Al entrar volví a pensar en Tomás y en su preocupación por mí. Estaba claro que algo no encajaba, si solo me había estado utilizando no se habría molestado en alarmar a la policía. Era obvio que aunque solo fuese un poco, yo le importaba. Comencé a sacar deducciones, intentado así averiguar lo que realmente estaba sucediendo. Igual Darío había malinterpretado las palabras de Tomás cuando lo escuchó hablar por teléfono. O sencillamente a su jefe no le contaba toda la verdad. O quizá nos engañaba a medias a ambos. Estaba hecha un lío, un auténtico lío, y ya no sabía que más conclusiones sacar de todo lo ocurrido. Lo único que tenía claro era que Darío no se lo había podido inventar. Conocía datos que yo no le había facilitado, algo así era imposible de urdir sin disponer de conocimientos previos. Eso era lo

único indudable.

Sofía me mandó un *whatsapp* diciéndome que llegaría alrededor de las once y media de la noche. Había dejado contratado de antemano un coche de alquiler en el mismo aeropuerto para desplazarse hasta Rota. Le resultaba más grato que viajar en taxi y el coste era muy similar.

Las horas pasaron velozmente. Los abundantes pensamientos de mi cabeza me hicieron perder por completo la conciencia del espacio. Hasta que el zumbido de mi móvil al recibir un *whatsapp* me devolvió a la realidad. Observé la pantalla, viendo que era de mi madre. Lo abrí con desgana, no me apetecía comunicarme con ella ni a través de un simple mensaje. Siempre acabábamos de la misma forma, discutiendo. Y en esos momentos mis fuerzas estaban demasiado mermadas como para eso.

Hola, hija. ¿Cómo te encuentras? Espero que estés más calmada que el fin de semana. Álex, todo cuanto te dije no fue pensando en mí ni mucho menos, debes creerme. Pienso en el bien de los demás, y sobre todo en el tuyo, por muy increíble que te parezca. Eres todo para mí, aunque a veces no haya sabido demostrártelo y no haya estado a la altura como madre. Te quiero.

17:35

¡Vaya! Maite Ramos mostrando palabras que sugerían arrepentimiento. Todo un logro. Ella misma reconocía que no había sabido mostrarme su amor materno, si bien estaba confundida en la cantidad. Decía que «a veces» no había sabido demostrarlo, pero la palabra apropiada sería *nunca*. Nunca me lo demostró, nunca lo sentí, nunca lo disfruté. Aunque para ella, estaba convencida, aquella frase con la que había dejado asomar sus deficiencias maternas era toda una declaración acerca de mis carencias filiales. Al menos había dado un paso, uno bueno y hacia la realidad.

Me fijé en la hora; eran casi las seis de la tarde y ni siquiera había comido, no tenía apetito, y por lo que parecía, Darío tampoco. No había venido a casa para nada, no había dado señales de vida. Volví a leer el último *whatsapp* de Tomás, despacio y con más calma, y al terminar decidí llamarlo. Quería aclarar lo sucedido, lo necesitaba. Lo llamaría y quedaría con él esa noche, antes de que viniese Sofía. El contestador saltó, su teléfono no estaba operativo en ese momento. Colgué y empecé a escribirle por el *whatsapp*.

¿Puedes venir sobre las nueve de la noche para aclarar todo esto?
Lláname para confirmarlo.

17:55

Eran casi las ocho de la tarde y Tomás no había respondido a mi mensaje ni se había puesto en contacto conmigo. Los nervios empezaban a dominarme haciéndome creer que no quería verme porque no tenía nada que aclarar. No podía defenderse de mis acusaciones. De pronto, sonó el timbre del gran portón de la finca. Corrí para abrir, creí que sería él que había preferido pasarse directamente sin llamarme para decírmelo.

—¿Quién es? —pregunté, escuchando en mi cabeza la voz de Tomás diciendo

que era él.

—Señora Villanueva, soy la inspectora De la Torre de nuevo. Ábrame, por favor.

Los esperé en la puerta de mi casa, contemplando cómo se acercaban deprisa hasta mí.

—¿Qué los trae otra vez por aquí? —pregunté, un poco sorprendida.

—Es por el señor Hernández, ha tenido un accidente de tráfico.

—¿Cómo? ¿Está bien? ¿Qué ha ocurrido? —pregunté de seguido y aceleradamente.

—Mejor pasemos y le cuento, señora.

—Sí, claro —dije, dejándolos entrar—. Pero ¿cómo está Tomás? —pregunté con preocupación.

—Bien, dentro de lo que cabe. Está en el hospital. Tiene múltiples golpes y algunos cortes producidos por la rotura de la luna delantera del vehículo. Le iban a hacer un escáner, radiografías y alguna prueba más y le tenían que dar unos cuantos puntos. Pero, de verdad, no ha sido nada para lo que podía haber ocurrido. Su coche dio unas cuantas vueltas de campana, ha tenido mucha suerte.

—¿En qué hospital está? —volví a preguntar, está vez con angustia.

—En el de Jerez. Pero cálmese y escuche bien lo que vengo a decirle. Al señor Hernández lo han sacado de la carretera, han intentado matarlo. Él me llamó desde el hospital para decírmelo, tiene miedo por usted. Me ha pedido que recoja todo y se marche de aquí. Me dijo que abriese la segunda carta y zanjase esto de una vez, que usted sabría de lo que le hablaba.

Sentí un fuerte nudo en la boca del estómago que me impedía respirar. Habían intentado matar a Tomás; esto no era un juego. Por supuesto que ahora debía abrir la segunda carta sin planteármelo, ahora verdaderamente me sentía en peligro.

—La esperaremos afuera, señora Villanueva. Recoja sus pertenencias, la acompañaremos al hospital.

—De acuerdo. Subo a por todo y en un rato estoy —les contesté, los dos salieron de mi casa a esperarme.

Subí corriendo, metí mi ropa en la maleta de cualquier forma y la cerré. Cogí mi bolso, donde estaba guardada la carta, y con él y la maleta bajé veloz para el salón. Al sacarla, las manos me temblaban por los nervios y no acertaba a abrirla. Me acerqué rápidamente hasta la zona de biblioteca del enorme salón y cogí un abrecartas. Rasgué el sobre con él mientras me encaminaba hacia el gran sofá semicircular. Saqué las dos hojas despacio, casi con miedo, sintiendo vértigo al hacerlo. Un vértigo tan acusado que me hizo caer al sofá en lugar de sentarme, las rodillas me fallaron. Dejé sobre la mesa el sobre y el abrecartas y, suspirando fuerte, comencé a desdoblarlas. En la primera hoja solo venían unos números, como coordenadas, junto a una dirección, un nombre y un teléfono. La otra estaba dirigida a mí.

Querida hija:

Espero que no te hayas visto obligada a abrir esta segunda carta antes de tiempo, pues ello supondría

que te sientes en peligro, algo que siempre he querido evitar. No me voy a andar con rodeos e iré directo al grano. Álex, ponte en contacto lo antes posible con el comisario Cuesta de la UDYCO. En la hoja anexa a esta carta viene su número directo de contacto. Dale la dirección y coordenadas que hay escritas en ella. Eso lo llevará a una nave en las afueras de Madrid donde escondí los últimos cuadros que me enviaron con droga. Mi idea era comprar mi carta de libertad con ellos, aunque sabía que tenía pocas probabilidades de éxito. Por eso actué de esta forma. Si fracasaba, delegaría en ti mi venganza. Hice testamento con la mayor discreción, adjunté las cartas dándote unas directrices e imploré a Dios para que todo saliese bien en caso de no conseguir mi cometido. Al comisario Cuesta también le dejé una carta. Joaquín, el notario, una persona excepcional y de confianza, tenía la misión de enviársela en cuanto falleciera. Seguramente esté esperando tu llamada. También debes darle la memoria con los archivos que te pedí que extrajeses de mi portátil, él sabrá perfectamente que hacer con ello. Espero que todo salga bien y que mi muerte no haya sido en vano. Ya que mi vida fue una auténtica condena por no poder tenerte cerca de mí, que mi alma sea capaz de descansar zanjando todos mis errores. No sientas pena por mí, hija, nunca. Entregaría mil veces mi vida aunque supiese que solo había una posibilidad de triunfo. Y mi triunfo era poder decirte que era tu padre, vivir el resto de mi vida dándote cariño, soltar lastre al miedo que ha convivido siempre conmigo. El miedo de que alguien pudiese dañarte por mi culpa. Llama al comisario y zanja esto de una vez, que paguen por lo que me hicieron, mejor dicho, que paguen por lo que nos arrebataron. Te quiero, Álex, y te querré siempre, hija.

ALEJANDRO MAXWELL

Fue imposible evitar que las lágrimas cubrieran mi rostro. Mi padre no solo había sacrificado su vida para protegerme, en su afán por acercarse a mí, la había entregado. ¿Podía existir una mayor prueba de amor que esa? Imposible. ¿Cómo no iba a sentir pena por él? Se había resignado a un continuo chantaje, a un martirio constante solo para salvaguardarme de los mismos que le hostigaron día a día hasta su fin. Ahora tenía la absoluta certeza de que lo habían asesinado. Su intento de chantaje para comprar su libertad le costó la vida. Pero no se habrían contentado con eso, no habrían conseguido lo que realmente querían, la droga. Por eso mi padre pensó que me vigilarían. Ellos creerían que él me habría puesto al corriente de dónde se encontraban los cuadros que buscaban, aunque yo ignorase lo que escondían. No tenían ni idea del plan que había ideado mi padre para dismantelarlos, ni lo podrían imaginar. Si bien mi padre no contó con algo, con Tomás y su investigación para su reportaje. Eso a ellos les había puesto nerviosos, él estaba descubriendo ciertas cosas que no deseaban que viesan la luz. Por eso también habían querido eliminarlo. Repentinamente, un escalofrío recorrió toda mi nuca, encrespándome hasta el último vello de mi piel. Yo era la próxima. Vendrían a por mí para ver qué sabía sobre los cuadros. Después de lo que le habían hecho a Tomás comprendí que se les había agotado la paciencia, querían lo que era suyo, lo que les pertenecía.

—Señora Villanueva, disculpe —dijo la inspectora De la Torre, haciéndome botar del susto—. Perdone, no era mi intención asustarla.

—No tranquila —contesté, doblando las hojas de la carta.

—Hemos recibido un aviso de un episodio de violencia de género. Solo es a unas manzanas de aquí y somos la patrulla más cercana. En un momento regresamos a por usted.

—De acuerdo, no se preocupe.

La inspectora abandonó mi casa rápidamente. Yo cerré la puerta y corrí a por mi

móvil para llamar al comisario Cuesta, tal y como me pidió mi padre. Los pitidos sonaron una y otra vez, pero nadie descolgaba al otro lado. Lo intenté de nuevo, pero conseguí lo mismo; no obtuve respuesta.

—Álex..., Álex. ¿Dónde estás?

Escuché la voz de Darío y me sobresalté de nuevo. Cogí deprisa la carta, la doblé y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Me estiré un poco más la blusa blanca estilo ibicenco que llevaba para tapar bien el bolsillo y me acerqué hasta la entrada del salón.

—¿Cómo has entrado? —le pregunté sorprendida. Estaba segura que había cerrado la puerta cuando la inspectora se marchó.

—Por la puerta. —Sonríó—. Estaba abierta.

—No, no lo estaba. La cerré. —Lo miré fijamente y aturrida.

—Te lo habrá parecido y no lo has hecho —dijo, acercándose a mí y encogiéndose de hombros.

—No estoy loca, ¿sabes? Sé que estaba cerrada. ¿Cómo coño has pasado? —Levanté la voz.

—Mira, dejémonos de preámbulos. —Sonrió falsamente—. Dame esa carta que estabas leyendo y no pasará nada.

Me quedé helada y paralizada. ¿Cómo sabía él lo de la carta? ¿Cómo había entrado? ¿Qué estaba pasando? No comprendía nada.

—¿Qué carta? No sé de qué me hablas.

—¡Oh, sí lo sabes! —exclamó riendo—. Igual que sabías perfectamente que habías cerrado la puerta —dijo, mostrándome un par de llaves en su mano—. Yo he sido quien la ha abierto. Como he hecho en otras ocasiones, Álex. Y la última vez que lo hice me permití instalar unas cámaras de seguridad para vigilarte.

—¿Por qué? —Lo miré desconcertada—. ¿Quién eres realmente? ¿Qué quieres de mí? —El corazón empezó a golpearme enérgicamente.

—¡Vamos, no te hagas la tonta! No te pega ese papel. Sabes de sobra quién soy —dijo con un tono de voz que me dio escalofríos, sonriendo de forma desafiante.

—Eres de ellos, ¿verdad? —le pregunté, notando cómo mi corazón palpitaba cada vez más bruscamente.

—¡Oh, de ellos! Qué sutil, una forma ingeniosa de decirlo. Sí, Álex, soy un hombre de Alberto Mendoza. Pero no debes temer de mí si haces todo cuanto te digo.

—¡¡¡Maldito cabrón!!! —le grité—. Mi padre te creía su amigo. Eres despreciable.

—Yo era, cómo te explico... —Se quedó pensando—. ¡Sí! Era como el perro guardián de Alejandro. Yo lo vigilaba y controlaba para que nunca hubiera problemas con los envíos. Me gané su confianza y su amistad, y todo marchaba sobre ruedas. Pero hace poco decidió estropearlo todo, y mi jefe está furioso conmigo. —Alzó la voz—. Tenía que arreglarlo como fuera, pero tu padre era muy testarudo y no quiso decirme dónde escondió los cuadros con la droga. Le amenacé con buscar a su hija y

torturarla delante de él hasta que hablase. ¿Y sabes qué hizo el muy cabrón? Reírse. Se burlaba de mí en mi propia cara. Me dijo que jamás sabría quién era su hija y que él nunca me lo diría, antes prefería morir. Su arrogancia colmó mi paciencia y perdí lo estribos.

—¿Qué quieres decir con que perdiste los estribos?

—Lo que he dicho, ni más ni menos.

—No te entiendo, habla claro —grité, mintiéndole. Era obvio lo que había hecho a mi padre, pero quería oírlo de su boca.

—¡Venga! Dejémonos de jueguecitos y tonterías, Álex. Sabes mucho, demasiado. Por querer protegerte tanto, al final tu padre te ha involucrado en exceso. Has pasado a ser un estorbo, y es una pena, me gustabas de verdad. Pero no podías estarte quietecita y no husmear donde no te interesa, igual que Tomás.

—¿Has sido tú el que lo ha intentado matar? —le pregunté, mirándolo inalterable.

—Por supuesto. Aunque ese hijo de perra ha tenido mucha suerte y no ha muerto. Pero no te preocupes, seguramente alguien en el hospital terminará el trabajo por mí, o cuando salga de él.

—Te lo inventaste todo para separarme de él, ¿verdad? —Lo miré con odio.

Volvió a sonreír, acercándose más a mí. Entretanto, mis pies daban pasos hacia atrás, queriéndose alejar de él. Mi espalda topó con la pared. Él apoyó una mano en ella y a continuación la otra, poniéndose frente a mí. Quedé atrapada entre su cuerpo y el tabique.

—Sí, me lo inventé. —Sonrió de forma cínica—. Realmente fue muy fácil, apenas tuve que esforzarme. Con solo cambiar el portátil de lugar fue suficiente para crear la desconfianza en ti, para hacerte pensar que alguien había entrado en tu casa. Pero, además, también la provoqué en Tomás. El anónimo que le envié, y pensar que te vigilaban fueron el detonante perfecto para ejecutar mi plan. Debía separarte de él. Primero por trabajo, órdenes directas; y después por motivos personales, me gustabas y quería acostarme contigo. Escuché vuestra conversación del domingo por la noche, cuando regresasteis de Madrid, y de ahí saqué todo para hacerte desconfiar de él. Tu enamoramiento hacia Tomás ha sido el camino perfecto para tenerte donde te tengo ahora mismo. —Me cogió fuerte las manos y sacó un rollo de cinta americana del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué haces? —le chillé.

—Atarte, ¿o no lo ves? —Sus labios no paraban de estirarse una y otra vez mientras envolvía mis muñecas, estaba disfrutando con aquello—. Quiero hablar contigo antes de tomar una decisión.

—¿Una decisión sobre qué?

—No quieras saber tanto aún, Álex. Como te he dicho, quiero hablar antes contigo. —Apretó mi cuerpo contra el suyo y la pared—. Hiciste bien en no creer a tu exmarido, te puso los cuernos y ahora quería volver contigo. También escuché esa conversación. —Se rio—. El muy cabronazo te habría vuelto a dejar en cuanto te

hubiera echado un polvo. Esos tíos no cambian, solo buscan sexo, no amor.

—Y tú qué sabrás del amor, malnacido. —Levanté con fuerza la voz, estaba rabiosa pensando que me había estado vigilado.

—Si me hubieses dado una oportunidad lo sabrías, cielo. ¡Anda, coño! Así te llama Tomás, o mejor decir te llamaba. *Cielo*, qué palabra más bonita. Aunque no comprendo por qué se llama así a la persona que amas, la verdad.

—No creo que tú sepas amar ni hayas amado nunca —le respondí con furia—. Por eso no lo comprendes.

—Y lo que tú no comprendes es que no sabes elegir a un hombre. Tu exmarido no sabía tenerla guardada en los pantalones, y Tomás, en cambio, prefiere que le reviente antes de intentar sacarla. A pesar de meterlo en tu cama y calentarlo acercándole tu cuerpo.

—¿Qué? —le pregunté desconcertada, impactada.

—Sí, hablo del domingo —contestó, aprisionando más mi cuerpo contra el suyo y la pared—. Cuando le metiste en tu cama para hablar, no para follar. No sé cómo lo aguantó. No sé cómo no intentó tirarse encima de ti y poseerte de una puta vez. Tu cuerpo lo pedía a gritos.

—¿Nos viste? ¿Nos estuviste vigilando también en la cama? —grité.

—Normal que luego se desquitase de la forma que lo hizo al día siguiente —contestó, ignorando mis preguntas—. Y ahora déjame pensar, tengo que tomar una decisión.

—¿Una decisión sobre qué, joder? —volví a chillarle.

—Una decisión sobre cómo te mataré —respondió, separándose un momento de mi cuerpo y acercando una silla para hacerme sentar—. Siéntate —dijo, empujándome para que cayese en ella—. Ahora que estás frente a mí, atada, me vas a decir lo que quiero. De ello dependerá que tu muerte sea rápida o lenta. Que no te dé tiempo ni a enterarte o que sufras hasta el último segundo de vida.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —le grité de nuevo—. Eso es lo que eres. ¡¡¡Un cabrón!!! —exclamé a voces. Las manos me empezaban a sudar por los nervios. El corazón me bombeaba a un ritmo trepidante, cargando de adrenalina hasta la última gota de sangre que corría por mis venas. Estaba muerta de miedo, aunque no le iba a dar la satisfacción de olfatearlo.

—Sí, lo soy. —Se rio a carcajadas—. Un maldito cabrón con un plan estupendo, con un señuelo perfecto, el desamor. Ese sabor que tú ya conocías y que volver a degustar debe de ser tremendamente desagradable. Era sencillamente magnífico.

—Qué tonta he sido, una completa estúpida. Confié en ti y he dañado a Tomás por tu culpa. —Cerré los ojos, negando a la vez con la cabeza.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo. —Volvió a sonreír con cinismo—. Has sido muy manipulable, has confiado en quien no debías. Y lo mejor fue ver a Tomás tan hecho polvo. ¿Quieres que te cuente cómo estaba? —me preguntó con la voz cargada de morbosidad.

—Eres un demente, un jodido perturbado. No quiero escucharte, me das asco. — Bajé la cabeza.

—¡Mírame cuando te hablo, joder! —gritó, levantándose la cara—. Estaba apoyado en su coche, abatido, llorando como un niño pequeño —dijo con tono de burla—. ¡Oh, cómo disfrute viéndolo así! Sentir su alma partida me hizo tan feliz, mucho. —Rio con regodeo—. Había conseguido apartarte de él y estaba contento tanto a nivel profesional como personal. Quería que sufriera, que estuviese jodido por haberse metido entre nosotros dos. Y lo conseguí, estaba muy satisfecho conmigo mismo. Debo reconocer que esto empezó siendo un trabajo, yo debía vigilarte para que me llevases a lo que mi jefe busca y quiere. Pero me gustabas, me atraías y te deseaba, ansiaba cada día más acostarme contigo.

—Menos mal que no lo hice. —Lo miré con odio y desprecio—. Ahora no podría ni mirarme a la cara si lo hubiera hecho, si me hubiera acostado con uno de los asesinos de mi padre.

—No, te equivocas de nuevo. —Me cogió la cara, apretándome con la mano—. Conmigo habrías disfrutado más que con Tomás, dalo por hecho. Como se dice en mi tierra, eres mucha hembra y necesitas un macho a la altura. Te mueves estupendamente bien, Álex, me excitaste mucho cuando te vi follarte a Tomás —dijo soltándose.

—¡Serás cerdo! —chillé con todas mis fuerzas—. ¿Has estado mirándome también cuando estábamos en esos momentos? —le pregunté, llena de ira.

—¡Uff, pues claro! Ya te lo he dicho antes. No podía dejar de hacerlo.

—¡Eres un perverso, joder! —habló mi furia.

—Puede que también lo sea, porque, como ya te he dicho, no podía apartar mis ojos de la pantalla. ¡Coño, qué nochecita tuvisteis! —Volvió a sonreír sin dejar de mirarme—. Estuvisteis todo el rato haciéndolo, parecíais animales en celo, Álex. Aunque, por otro lado, es normal después del calentón al que le sometiste la noche antes. Pero, con sinceridad, conmigo lo habrías pasado mejor, te lo aseguro. Yo soy el tío que necesitas para aplacar tu sed sexual.

—Estás enfermo, cabronazo, desgraciado, hijo de puta... Ya no sé qué insulto buscar para describirte. Eres peor que detestable, eres basura, carroña —grité con desprecio, asqueada, pensando en cómo nos había visto a mí y a Tomás.

—Me da igual lo que digas, no me importa ni me preocupa. Lo que sí me preocupa es tu negativa, nunca una mujer me había dado una. Y no entiendo el porqué, sé que te excito cuando te toco —dijo, poniéndose detrás de mí y acariciando mis hombros. Una de sus manos se deslizó lentamente hasta mi pecho.

—¡Aparta tus sucias manos de mí, pedazo de mierda! —le chillé, zarandeándome para apartarlo. Él me sujetó al momento, parándose.

—Álex, yo habría sabido darte lo que tú necesitas —susurró pegado a mi oído, y volvió a acariciar mi pecho por encima de la ropa—. ¿No lo ves? Yo era tu hombre, yo habría sabido satisfacerte al máximo, yo soy el macho que tu cuerpo precisa. —Se

puso delante de mí, levantándome de golpe de la silla y pegando mi cuerpo al suyo—. Yo te habría follado mucho mejor que él, sin lugar a dudas, te habría vuelto loca de placer. —Le escupí a la cara, no pude contenerme, la repugnancia que sentía hacia él me desbordó.

—¡Oh, una gatita rabiosa, cómo me gusta! Me has puesto hasta cachondo —dijo, limpiándose mi saliva—. Pero debo enseñarte modales. —Sentí su puño chocando contra mi pómulo con fuerza. Me pegó tan fuerte que desequilibró mi cuerpo, haciéndome caer. Mi cabeza se golpeó duramente contra el suelo, creí que la sien me explotaba con ese tremendo dolor. Dejé de ver y, al momento, de escuchar—. Álex, cariño, despierta ya. —Escuché a Darío decirme—. Si no lo haces te echaré un cubo de agua por encima. Llevas unos cuantos minutos dormida y tenemos que hablar, aún no me has dicho lo que realmente me interesa.

—No te voy a decir nada, maldito bastardo —contesté un poco aturdida y con un terrible dolor en mi mejilla debido a su puñetazo.

—¡Claro que me lo vas a decir todo! —vociferó—. Y tienes dos formas de hacerlo, como tú elijas, por las buenas o por las malas —dijo, con los dientes apretados, mientras tiraba de mi pelo hacia atrás—. Ahora levántate y siéntate, hostia. —Soltó bruscamente mi pelo.

Apoyé mis manos, pegadas por las muñecas con la cinta, en el suelo, y me levanté como pude. Él ni siquiera se dignó en ayudarme, parecía hacerle feliz mi sobreesfuerzo para lograrlo. Cuando al fin lo conseguí, me senté completamente agotada y muy dolorida por su fuerte golpe.

—Por segunda vez, ¿dónde tienes la carta que te he visto leer?

Empecé a sonreír, mirándolo fijamente, y eso le molestó tremendamente.

—¿Qué te hace tanta gracia, imbécil? —me preguntó, pegándose a mi cara con una mirada de loco que me asustó realmente. Aunque tampoco le iba a dar el gusto de que lo notase.

—¿No has visto por tus cámaras que la policía vendrá a buscarme en cualquier momento?

—¿Por eso te ríes? —Soltó una carcajada—. Ignorante. —Me miró con insolencia—. Los tengo entretenidos, tardarán bastante tiempo. Cuando quieran venir a por ti ya será tarde. Así que empieza a hablar cuanto antes, no agotes mi paciencia —dijo muy serio.

—¿O qué? —le pregunté sin pensar.

—¿O qué? —Me miró asombrado—. ¿Quieres que te explique de qué manera voy a matarte? ¡Vaya! Eres aún más valiente que tu padre, él no osó desafiarme tanto. Le maté sin darle ninguna descripción.

—Eres un mierda. Tan solo un montón de mierda, pura escoria. —Asentí a la vez con la cabeza—. ¿Por qué tuviste que matarlo? Era un buen hombre. —La voz se me rompió un poco a la vez que mis ojos lo miraban calmando venganza.

—Tú misma acabas de responderte. Precisamente lo maté por ser un buen

hombre. En este negocio hay que dejar a un lado los buenos sentimientos. ¡Y toda la culpa la tienes tú, coño! —chilló con rabia—. Se obsesionó de tal manera con estar contigo, con que supieses que él era tu padre, que le llevó a tomar una decisión equivocada. Nunca se muerde la mano de quien te da de comer. Nunca, ¿lo entiendes? —Volvió a apretarme la cara con su mano, mirándome con gesto de perturbado. Después la apartó, girándome el rostro con fuerza.

—¿Quieres decir que yo soy la responsable de que tú lo mataras? —Hice intención de sonreír y negué con la cabeza—. Qué manera de limpiar tu conciencia más rastrera, ¿no?

—¡Sí, tú tienes toda la culpa! —Volvió a tirarme del pelo hacia atrás, mirándome fijamente, casi pegado a mi cara—. Alejandro llevaba mucho tiempo queriendo dejar de pasar la droga a través de sus cuadros, pero era un negocio extremadamente bueno y mi jefe no estaba dispuesto a perderlo. Además, tu padre se lo debía, Alberto Mendoza hizo mucho por él. —Juntó su boca a la mía y me besó con violencia, a la fuerza. Mi rabia le mordió con vigor el labio, para así separarlo de mí.

—¡Ah! —gritó, apartándose—. Eres una perra rabiosa, muy rabiosa. Lo que no sabes es que a mí me encantan las mujeres así. Voy a disfrutar mucho haciendo esto —dijo, limpiándose la sangre que se deslizaba del labio a la barbilla—. Por última vez, ¿dónde cojones tienes la carta? —clamó a voces.

—No lo sé —contesté, mirándolo con soberbia. Su mano chocó por segunda vez contra mi cara. El bofetón fue tan fuerte que creí que mi ojo iba a salir disparado de su cuenca. Caí al suelo golpeándome la cabeza otra vez—. ¡No sabes con quién estás jugando, Álex! ¡No tienes ni puta idea! —gritó, empezando a revolver los asientos del sofá, los cajones del mueble, las estanterías, todo. Hasta que de pronto paró y me miró sonriendo—. Te registraré a ti, quizá la lleves encima. —Me cogió de un brazo y me impulsó con fuerza para levantarme. Empezó a cachearme y en apenas unos segundos la encontré—. ¡Bingo! —exclamó, sacándola de mi bolsillo, y me empujó para volver a sentarme.

Sin parar de sonreír, empezó a leer aquellas hojas, mientras las comisuras de sus labios se le iban estirando cada vez más. Yo, por el contrario, empecé a llorar desconsoladamente, con amargura. Mi padre había entregado su vida en vano; al final, ellos se salían con la suya, habían ganado.

—¡Vamos, Álex, no llores! Míralo por el lado positivo. Al final vas a poder reunirte con tu padre. Es más, vas a volver a estar con tu niña.

—¡Ni se te ocurra nombrarla, pedazo de cabrón! —me desgañité la garganta al chillárselo.

—¡Esa boquita, por favor! —exclamó con chulería—. Una señora no debe hablar así de mal. —Negó con la cabeza, sonriendo, y cogió una silla para sentarse frente a mí—. Como al final he conseguido lo que quería te voy a dar una muerte fácil. —Me acarició la mejilla. Yo aparté mi cara al instante—. Estás un poco arisca, Álex. Bueno..., es normal sabiendo que vas a morir. —Empezó a reír mientras se sacaba

una jeringuilla del bolsillo lateral del pantalón—. ¿Sabes qué es esto? —me preguntó. Yo ladeé mi cabeza para no mirar—. ¿Que si sabes qué es esto, joder? ¡Contesta! —chilló.

—No —contesté secamente.

—Esta es la diferencia entre una muerte lenta y tortuosa y una rápida y sin dejar rastro. Créeme, soy muy bueno torturando, disfruto con ello. Ser tremendamente cruel es mi especialidad. La única parte mala es que me darías más trabajo, tendría que deshacerme de tu cuerpo para que nadie te encontrara. Bueno, para que nadie encontrara tus pedacitos, porque eso es lo único que quedaría de ti —dijo, acercándose a mi cara.

—¿Con eso mataste a mi padre? —le pregunté, mirándole a los ojos con rabia.

—Exacto. Succinilcolina. Eso es lo que contiene esta jeringuilla. Es un relajante muscular que se usa en los procesos quirúrgicos, en las anestесias. Dependiendo de la dosis puede producir parálisis en los músculos o parada cardiaca. Tu padre tenía una fibrilación auricular, tomaba digoxina, un medicamento para controlar el ritmo cardiaco. Eso me lo facilitó aún más. La mezcla de ambas produce más arritmias, altera completamente el ritmo, haciéndolo fallar en cuestión de escasos minutos. El corazón deja de latir..., muere. —Admiró la jeringuilla.

—Sabes mucho acerca de medicamentos —afirmé.

—Es parte de mi trabajo saber cómo matar a alguien sin levantar sospechas en la autopsia. Porque eso es lo mejor de la succinilcolina, en menos de media hora no se detecta en el organismo. ¡Es genial! —exclamó sonriendo, y la dejó encima de la mesa. Entonces mis ojos vieron el abrecartas que había dejado yo allí minutos antes. Pensé que debía ingeniármelas para poder cogerlo y defenderme. Debía cumplir el último deseo de mi padre, aquello por lo que él entregó su vida. Debía llamar al comisario Cuesta e informarle de todo cuanto él me había dicho, solo después podría morir. Únicamente entonces lograría que Alejandro Maxwell descansase en paz.

—¿No crees que será un poco sospechoso que yo muera de la misma forma que mi padre? —le pregunté, mientras pensaba de qué forma hacerme con el abrecartas.

—¡Qué va! Al revés, es perfecto. —Sonrió de nuevo—. Tu padre tenía un problema cardiaco, y tú también, aunque lo ignores. En mi casa tengo unos informes del servicio de cardiología que lo confirman. Me encargaré de dejarlos aquí para que tu amiga o tu familia los encuentren. Además, yo mismo lo corroboraré. Diré que me lo contaste pero me suplicaste silencio, no querías preocupar a nadie. Y todos sabemos que, por desgracia, ese tipo de enfermedades son fáciles de heredar genéticamente.

—Lo tienes todo muy bien pensado —contesté, mirándolo, y a continuación me eché a llorar.

—¡Oh, Alex! ¿Por qué estás triste? No llores, pequeña. —Comenzó a secar mis lágrimas con su mano—. ¡Ah! Ya comprendo lo que te pasa. —Chasqueó los labios—. Como ahora te acuestas con Tomás ya no quieres reunirte con tu pequeña.

—¡Te he dicho que no la nombres, joder! —le grité tan fuerte que mis cuerdas vocales se resintieron—. Si vuelves a hacerlo te juro que...

—¿Qué? —Levantó la voz, cortándome—. ¿Me matarás? —preguntó con una sonrisa—. Se te olvida un pequeño detalle, tú estarás muerta antes. ¡Levántate! —Me cogió del brazo, despegándome de la silla al instante. En ese momento mi llanto se rasgó intensamente.

—¿Por qué quieres matarme? No diré nada, lo juro, de verdad. Tú ya tienes lo que buscabas y yo me marcharé a Madrid y me olvidaré de todo —dije sollozando.

—¿Crees que soy tonto, Álex? ¿Me tomas por un estúpido? —gritó—. Vuelvo a repetirte que no tienes ni puta idea de con quién juegas, nena.

—No juego, Darío, te digo la verdad. Tengo miedo, estoy muy asustada. No hablaré, no contaré nunca nada —dije con mis lágrimas sin parar de caer, atropellándose las unas a las otras—. Abrázame, por favor.

—¿Quieres que te abrace? —Me miró sorprendido—. Eres un poco retorcida, ¿no? Bueno, igual hasta te apetece echar un polvo antes de que te mate, a mí me encantaría. —Me acercó a él y posó sus manos sobre mis nalgas.

Cuando sus manos empezaron a magrearme y pegó por completo su cuerpo al mío, me armé de valor. Acerqué despacio mi cara hacia sus labios, subí mis manos atadas hacia su pecho para despejar bien el camino y le di un fuerte rodillazo en los testículos. Todo mi miedo, mi dolor, mi angustia y mi rabia estaban presentes en ese rodillazo. Se dobló al momento y terminó postrado en el suelo, agarrándose sus partes. Corrí hacia la mesa, cogí con una mano la jeringuilla que él había dejado encima, y con la otra el abrecartas. Luego me encaminé veloz a la puerta para salir de allí. Cambié la jeringuilla a la otra mano para poder girar el pomo. Apenas empecé a abrirla cuando alguien la cerró con vigor.

—¡Eres una zorra! —chilló Darío, dándome otro brusco bofetón con el que me tiró al suelo de culo. La jeringuilla salió disparada de mis manos y rodó hasta alejarse de mí—. ¡Ven aquí, perra! —gritó, cogiéndome de las piernas, arrastrándome hasta acercarme a él.

Se puso a horcajadas encima de mi cuerpo, rodeando con furia mi cuello con sus dedos, apretándolo, intentando estrangularme. Cuando quise darme cuenta, mis manos estaban pegadas a su abdomen, sujetaban la empuñadura del abrecartas, el resto estaba clavado en el interior de sus entrañas. No sabría decir cómo lo hice, pero se lo clavé sin dudar un segundo, puro instinto de supervivencia. Me miró boquiabierto, sorprendido, tanto como lo estaba yo en ese momento. Bajó la vista despacio, lentamente, para comprobar qué le había ocurrido. Calor. Sentí calor. Un repentino y húmedo calor en mis manos. Miré hacia ellas y observé cómo manaba pausadamente la sangre de su estómago, impregnándose en mi piel. Las aparté de inmediato, limpiándomelas con celeridad en mi pantalón. De pronto, su cuerpo se echó a un lado retorciéndose de dolor. Al sentirme liberada de su peso, serpenté boca arriba con urgencia para acercarme hasta la jeringuilla. Me giré para poder

cogerla y la atrapé. La mano de Darío, sobresaltándome, sujetó la mía con fuerza. Forcejamos tirados en el suelo; no era capaz de apartar su mano, a pesar de estar herido, tenía mucha más fuerza que yo. Acerqué mi pierna a su cuerpo y le di un rodillazo justo en el abrecartas; eso le hizo contraerse y soltar mi mano instantáneamente. Me lleve la jeringuilla a la boca para quitarle el capuchón con los dientes y le clavé la aguja en el cuello, aplicando toda la dosis con urgencia. Volvió a coger mi brazo con rabia y lo apretó tan fuerte que me hizo chillar de dolor. Con su otra mano se sacó el abrecartas del estómago, entre recios quejidos, e intentó clavármelo, pero mis raudos reflejos lo esquivaron y solo me rozó el muslo, rasgándome el pantalón. La mano de Darío dejó de apretarme y se quedó inmóvil, al fin la inyección hacía su efecto y lo paralizaba. Me separé velozmente de él, me levanté deprisa, corrí hacia la puerta y salí al exterior totalmente desesperada. El cuerpo entero me sudaba, inundado en pavor, las manos me temblaban, y mis nervios no conseguían abrir el gran portón de la finca. Mientras lo intentaba, no paraba de mirar hacia atrás por si Darío venía de nuevo a por mí. Con ello, el nerviosismo aumentaba por milésimas de segundo y mis manos se volvían más torpes. Al fin logré abrirlo y salí disparada hacia la calle, totalmente angustiada, prácticamente ciega por el ansia de desaparecer de allí.

—¡Alejandra! —escuché a una voz masculina pronunciar mi nombre. Y ese acento, esa musicalidad, me fue conocida. Giré la cabeza con celeridad y lo vi acercarse a mí rápidamente.

—¿Andrés? ¡Oh, eres tú! —Rompí a llorar mientras él llegaba corriendo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué llevas las manos atadas? —preguntó, mirándome desconcertado.

—Ha sido horrible, de verdad. —Mi llanto me ahogaba, apenas podía hablar.

—¿El qué ha sido horrible?

—Han intentado matarme. Darío ha intentado matarme —contesté como pude. De repente, vi acercarse a Francis Soler hacia nosotros—. ¿Qué hace él aquí? —pregunté confundida—. ¿Y tú? ¿Qué hacéis ambos aquí?

—Eso no importa ahora. ¿Cómo que han intentado matarte?

—Darío mató a mi padre y ahora ha intentado matarme a mí. Tengo que llamar a la policía y al comisario Cuesta. Me lo dijo mi padre. Sé todo, me lo contó, Andrés. Y también sé dónde se encuentra lo que buscan y debo llamar al comisario Cuesta para decírselo.

—Pues vamos rápidamente adentro y llamemos a la policía.

—¡Pero él está ahí! —exclamé gritando—. Creo que lo he matado. —Lloré más fuerte.

—¿Quién Darío?

—Sí, Darío. Le he clavado un abrecartas en el estómago y luego le he inyectado lo que él tenía preparado para matarme a mí. ¡Dios, he matado a un hombre! —Mi desolación se apoyó en el cuerpo de Andrés.

—No, solo te has defendido, Álex. Vayamos adentro y solucionemos esto cuanto antes.

Una vez dentro, empecé a temblar sin parar. Hasta los dientes me castañeaban cuando vi de nuevo el cuerpo de Darío tirado en el suelo y con el vientre lleno de sangre. Mi tiritera se agrandaba por momentos, las continuas sacudidas eran tan incesantes que me dolían los músculos por la tremenda agitación. Aunque no era para menos, después de haber pasado por una situación tan estresante y traumática. Acababa de esquivar a la muerte, la había eludido por poco, y para ello había tenido que herir a otra persona o, quizá, matarla. Andrés se reclinó ante el cuerpo de Darío soplando y negando con la cabeza. Acercó su dedo índice y corazón al cuello para tomarle el pulso, mientras Francis, que aún no había abierto la boca, se puso detrás de mí, sujetándome por los hombros.

—Todavía no está muerto —dijo Andrés, cogiendo el abrecartas de la mano de Darío.

—Por favor, quítame la cinta de las muñecas —le dije a Francis—. Voy a llamar a una ambulancia y después a la policía. —Francis, sin decir nada, me retuvo más fuerte inmovilizándome.

—¿Qué pasa? ¿Qué hace? Habrá que llamar a una ambulancia. ¡Suélteme! —exclamé en alto.

—No, Álex. No vamos a llamar a una ambulancia porque está muerto —dijo Andrés, clavando el abrecartas en el corazón de Darío.

Me quedé totalmente impactada al ver esa imagen, hasta el aire dejó de pasear por mis pulmones durante unos segundos. No podía creer lo que acababa de contemplar, la estupefacción se apropió de mí. Las lágrimas saltaron raudas a mi rostro y mi voz se perdió, se ahogó en la incompreensión.

—Te advertí que la cagaría. Sabes que pensaba más con la entepierna que con el cerebro. Por no hablar de su impulsividad, la misma que lo llevó a eliminar al notario. Su irreflexión fastidió nuestros planes, lo mató sin darle tiempo a hablar —dijo Francis, que continuaba sujetándome para que no me moviese.

—¿Cómo? ¿Él mató al notario? —pregunté, turbada, sintiendo cómo todo empezaba a dar vueltas a mi alrededor. Me sentía superada por todo cuanto había pasado y estaba escuchando. Andrés y Francis no eran las personas que yo creía que eran, ni las que mi padre pensaba—. ¡Sois de ellos! —Alcé la voz—. ¡Vosotros sois de ellos también! Mi padre confió en ti y tú eras uno de ellos. —Lo miré atónita.

Andrés se incorporó y se acercó hasta mí muy serio. Suspiró con fuerza, frotándose la barbilla con su mano, y le pidió a Francis que me desatara y me sentase en el sofá. Francis sacó una navaja de su bolsillo y la abrió, el afilado filo cortó la cinta americana con tremenda facilidad. Yo la despegué con cuidado de mis muñecas, hasta quitármela. Tiró de mí un poco bruscamente y me sentó de golpe en el sofá. Luego Andrés se sentó frente a mí con calma.

—¿Hasta dónde te ha contado tu padre? Quiero decir, ¿sabes realmente lo que hacía?

—Sí. Pero mejor di lo que le obligaban a hacer. Traficaba con droga que trasladaba en el interior de sus cuadros. Y tú, al que él consideraba su único amigo, le estabas clavando un puñal por la espalda. Y no conforme con engañarlo durante toda su vida, has continuado engañándome a mí también. Cuando hablé contigo me contaste que esa gente era la peste, y resulta que tú eras uno de ellos. —Mis ojos le observaron con desprecio.

—Bueno, debía convencerte para que te fiases de mí tanto como lo hizo tu padre. Creo que después de esa corta reunión lo logré.

—Eres un mentiroso de mierda, una auténtica y despreciable alimaña —soltó mi rabia.

—Pues que sepas que esta alimaña ha intentado separarte de todo esto para que nadie te hiciese daño —dijo, acercándose a mí—. Pero tú y tu amigo habéis metido las narices muy dentro, y eso ha llevado a Darío a actuar de forma inapropiada.

Además de haber contado a mi jefe, saltando por encima de mí, que es a quien debía rendir cuentas, todo lo que sabes. Y, por desgracia, sabes en exceso.

—Darío era otro farsante igual que tú. Ambos engañasteis a mi padre, lo utilizasteis, y él os consideraba sus amigos, a ti en especial. Te sentirás muy orgulloso de haber contribuido en su muerte. ¡¡¡Traidor!!! —chillé con furia.

—Mira, Álex, esto no es nada fácil para mí. —Me miró fijamente—. Yo, aunque no lo creas, apreciaba mucho a tu padre.

—¡Ya veo cuánto lo apreciabas, malnacido! —Levanté la voz más—. Él confiaba en ti. Eras en el único que confiaba y en el único que me pidió que confiase yo.

—En la vida no todo es blanco o negro, hay muchos matices. Yo sabía que tu padre confiaba plenamente en mí, y ellos, como tú los llamas, también lo sabían. Por eso decidieron que yo me uniese a la organización. Mi misión consistía en enviar más cuadros con droga. Al principio creí que no sería tan fácil hacerle firmar las cosas sin más, sin ni siquiera leerlas. Pero su confianza hacia mí era tan inmensa que estampaba su rúbrica sin dudar en todo cuanto le ponía delante. Él era el único que podía autorizar las ventas, así que yo, obteniendo su firma, vendía cuadros de sus pupilos a los que llenábamos con droga también.

—¿Por qué? ¿Por qué le hiciste eso? ¿Por qué lo traicionaste? —volví a gritar, llena de incompreensión.

—¿Por qué? —Me contempló asombrado—. Por qué va a ser, por dinero. Mucho dinero, Álex. Verás, tu padre no quería utilizar el dinero que le aportaba la droga, para él era algo execrable, tenía demasiados escrúpulos. Así que todo lo invertía en ONG y en especial en ayudar al Tercer Mundo. Pero yo no soy tan escrupuloso como él. Yo provengo de una familia desestructurada, de un barrio pobre de una ciudad de México. Mi hermano, el que te dije que murió, fue tiroteado por una banda. Algo que allí ocurría a cada momento. Crecí mascando la marginalidad y me juré a mí mismo que el día que tuviese una familia viviría digna y holgadamente. No pasarían por lo que yo viví. Cuando conocí a tu padre en la clínica de desintoxicación, mi vida cambió. Al salir de allí me ofreció su casa para vivir hasta que yo pudiese encontrar trabajo y buscarme mi propia vivienda. Durante ese tiempo me enseñó muchas cosas, prácticamente todo lo que sé. Después me pidió que lo ayudase con las galerías, y más tarde me hizo director de ambas. Siempre le estaré agradecido por ello, a él le debo mi transformación.

—Y tú se lo pagaste traicionándolo, maldito desgraciado. Te dio todo, y aun así no estabas conforme. ¿Qué más querías? —regurgitó la irritación por mi boca.

—Simplemente quería más —contestó tranquilamente—. No tenía un mal sueldo, vivíamos bien. Pero cuando te ofrecen la posibilidad de conseguir mucho más, y con ello poder ofrecer a tu familia una vida de ensueño, no te lo piensas dos veces. Al menos yo no. Mis hijos pueden ir a los mejores colegios de Miami. Mi mujer puede dedicarse al *hobby* que quiera o a los que le venga en gana. Vivimos en uno de los barrios más exclusivos, donde prima la seguridad. Todo eso era lo que deseaba para

mi familia, y ahora lo tengo. No me voy a arrepentir de haber traicionado a tu padre por ellos. Nunca.

—¿Y no habría sido mejor decirle a mi padre que necesitabas más dinero?

—Tú no entiendes nada, ¿verdad? —Me miró con incredulidad—. Álex, no hablamos de unos miles de dólares, hablamos de millones. Tu padre no quería ensuciarse con ese dinero ni que yo lo hiciese. Nunca se paró a pensar que a lo mejor a mí no me importaba. Nunca pensó que podía darme una parte de lo que recibía y donar la otra a quien quisiera. No. En eso se comportó de forma necia y egoísta, solo pensó en él, y en cuánto lo avergonzaba aquello. Pero un día yo recibí una enorme paliza por sus reparos y sus ganas de acabar con todo ello. Fue tan brutal, que permanecí ingresado mucho tiempo en el hospital. Aún conservo secuelas de ese día en mi cara. —Señaló con sus dedos las marcas que yo pensé en su día que eran señales de acné—. Por eso cuando me lo propusieron no me negué; al revés, me alegró. Desde ese momento, si alguien volvía a ponerme la mano encima sería por una mala decisión mía, no de los demás. Aunque eso no iba a ocurrir, yo sabía a lo que jugaba y quería jugar.

—Qué ingenuo fue, demasiado —dije con la voz ahogada en pesar—. Desconfiaba de su abogado, me pidió que me alejase de él, y sin querer me llevó a la boca del diablo.

—Yo sembré la semilla de la suspicacia en tu padre. Sabía que tramaba algo, pero no quiso decírmelo. Entonces pensé que si necesitaba ayuda se la pediría a Esteban, y este se la daría sin más porque apreciaba mucho a Alejandro. Realmente, tu padre, era un hombre que se hacía querer. Así que comencé a generarle dudas sobre él y su lealtad para poder manipularlo. De ahí su recelo. Tanto le creé, que ni siquiera le contó que había hecho testamento. Nos enteramos todos a la vez, cuando falleció y el notario le pidió que te buscara. A mí ya me avisó Darío, tiempo antes, de que Alejandro tenía una hija, pero que no sabían quién era. Yo, a pesar de saber de tu existencia aunque no tu identidad, jamás hablé de ello. No quería que te involucrasen en esto, no me parecía justo. Yo también quería protegerte en la medida de lo posible.

—¿Protegerme? —le pregunté aturdida.

—Sí, exacto. Es lo único que pedí a mi jefe, que a ti no se te mezclase en esto. Que solo te vigilásemos para ver si Alejandro te llevaba hasta nuestros cuadros. Yo estaba convencido de que eso sería así, lo conocía muy bien. Y no me equivoqué. —Señaló con la mano la carta que Darío había dejado encima de la mesa—. Aquí te cuenta dónde se encuentran, ¿verdad?

—Sí. —Suspiré abatida—. Al final ha dado su vida para nada. —Rompí a llorar de nuevo—. Quería que lo dejaran en paz para poder acercarse a mí y lo matasteis. Quería que yo vengase su muerte entregando esto a la policía, y vosotros lo habéis encontrado antes. ¡Pobre hombre..., pobre hombre! —Sollocé en quejidos.

En ese momento sonó el teléfono de Andrés. Lo sacó del bolsillo de su americana, miró la pantalla y descolgó rápidamente, poniéndose de pie.

—Dime... Sí, estamos en su casa, con ella... No... Sí, lo vamos a hacer ahora... Darío está muerto, lo ha matado ella... Claro, pero no hay mucho que lamentar. Sabes que pensaba más con su miembro que con su sesera. Así le ha ido... Sí, la tengo. Están las coordenadas claramente indicadas... Pero ¿estás en España?... Ah, en Madrid... Vale, mañana nos vemos para ir a por ellos... Sí, sí, ya me encargo de llamar a los chicos para que vayan con la furgoneta... No, no te preocupes, lo vamos a hacer ahora mismo. Hasta mañana, Alberto.

Andrés colgó y se quedó callado mirando al móvil. Francis esperó unos momentos y, en vista de que este no abría la boca, le preguntó qué pasaba.

—Nada, continuamos con nuestras instrucciones.

—Quitárnosla del medio, ¿verdad?

—Sí —contestó, resoplando con fuerza, y se volvió a sentar a mi lado—. ¿Sabes, Álex? Si Darío hubiese hecho bien su trabajo yo no tendría que estar ahora aquí. Ni tampoco tendría que mandar hacer lo que no deseo. Pero este gilipollas —dijo, señalando al cuerpo de Darío— no ha sabido tener su aparato reproductor en situación de reposo. Al contrario, relajó la mente, la única parte de su anatomía que no debía bajar la guardia. Lo único que debía mantener activo las veinticuatro horas del día. Era un arrogante capullo, debía haber urdido un plan hace tiempo, se lo veníamos avisando. Necesitábamos algo que te hubiera llevado a los cuadros antes, y a nosotros contigo. Eso habría sido lo perfecto para todos, tanto para nosotros como para ti. Sin embargo, ahora toda la situación es diferente. Han ocurrido dos cosas que lo han echado a perder, y con ello todo lo que yo tenía planeado para no mezclarte en esto. La primera, que sabes mucho, tienes exceso de información. Y la segunda, y más importante aún, que hemos perdido mucho tiempo. Cada día que la droga ha estado desaparecida ha sido un día de sustanciosas pérdidas económicas. Tu padre también lo sabía, estoy convencido de que lo maquinó así para joderlos. Si quería cabrear a Alberto, puede descansar feliz; mi jefe está tremendamente cabreado.

—Hizo bien, pero que muy bien. —Lo miré con odio—. Vosotros le jodisteis toda la vida. Poco os ha hecho comparado con lo vuestro, demasiado poco.

—Pero lo peor no es eso, Álex, la pérdida económica o el cabreo de mi jefe. —Ignoró lo que le acababa de decir y continuó hablando de lo suyo—. La única lucha de tu padre siempre fue protegerte, y por culpa de Darío mi jefe me ha ordenado eliminarte, eso es lo peor. Él y su impulsividad han dejado cabos sueltos, y en este negocio no puede quedar ni uno. Ya no puedo protegerte más, las órdenes son claras y directas. Debo liquidarte.

—Para eso habías venido, ¿verdad? —le pregunté sin apartar mis ojos de él, clavándoselos cuales puñales.

—Sí. Habíamos venido a Rota para recordar a Darío cuál es su trabajo y para quitarte del medio a ti. Yo me encargaría de Darío, tenía infinitas ganas de hacerle entender su fatal negligencia y que comprendiese que era a mí a quien debía rendir cuentas directamente. Pero a ti no sería capaz de hacerte daño, por eso me ha

acompañado Francis. Créeme que lo siento mucho, pero no he podido convencerlo. —Suspiró con fuerza.

—¿A quién, a Alberto Mendoza? El cabrón que le destrozó la vida a mi padre — le grité.

—Sí, al mismo —contestó muy serio—. Te vuelvo a repetir que sabes demasiado, no nos podemos arriesgar. —Se levantó del sofá y volvió a mirar al cuerpo de Darío.

—Y Francis, ¿es un matón? Creí que era abogado, no un asesino a sueldo.

Francis se acercó a mí sonriendo y se sentó en el sofá, a mi lado.

—Por supuesto que soy abogado, pero también trabajo para Alberto Mendoza. Y no me gusta el término que acabas de emplear, «asesino a sueldo». —Negó con la cabeza—. Yo, simplemente, tampoco quiero que a mi familia le falta nada. —Me miró desafiante y acercó su cabeza a mi cara—. Por ellos soy capaz de hacer cualquier cosa y no me tiembla el pulso si debo matar. Todo lo hago por mantener su bienestar.

—Francis, normalmente, solo se encarga de blanquear el dinero. Pero a veces tiene encargos más desagradables, si bien los debe cumplir —me explicó Andrés, acercándose hasta el sofá de nuevo, como si a mí me importase el cometido de Francis dentro de la organización.

En ese momento, el timbre de la puerta sonó y todos nos miramos desconcertados.

—¿Esperabas a alguien? —me preguntó Andrés susurrando.

—No —contesté, mintiendo. Sabía que la policía volvería a por mí.

—Apaga la luz, rápido —le dijo Andrés a Francis, y este la apagó al instante.

—Señora Villanueva soy la inspectora De la Torre. Vengo a por usted, abra, por favor.

Andrés me ordenó silencio poniendo el dedo sobre sus labios. Se levantó, se adelantó unos cuantos pasos y sacó una pistola del bolsillo interior de su americana. El corazón se me contrajo al ver aquel revolver relucir con la tenue luz que entraba por la ventana, con el sutil resplandor de la luna.

—Señora, abra, por favor. Sé que está dentro, he visto luz antes.

Andrés exigió a Francis con un simple gesto que me levantase del sofá y me acercara a él.

—Vas a ir hacia la puerta y vas abrirla solo un poco, lo justo para que te vean la cara. Quiero que te inventes cualquier excusa para que no entren aquí. Francis te estará apuntando con su pistola, si haces cualquier cosa sospechosa, te matará sin dudar. Y antes de que esa inspectora quiere darse cuenta de lo que ha ocurrido, ya tendrá mi bala en su cráneo. No solo morirás tú, sino que serás la responsable de su muerte. ¿Entendido?

—Sí —contesté, temblando de nervios.

—Pues vamos. Ve y abre —me ordenó.

Francis apoyó el frío cañón de su revolver en mi sien, sin parar de sonreír, y me

llevó hasta la puerta. Colocó uno de sus pies a corta distancia de esta, así no podría abrir más que ese pequeño espacio que él había delimitado. Bajó el arma hasta mi espalda y acercó su boca a mi oído para susurrarme que abriese y fuera cauta. Sostuvo la punta hueca y larga de la pistola sobre mi espalda y escuché el seco chasquido que indicaba que el revolver estaba preparado para disparar. Tragué saliva mientras giraba el pomo de la puerta despacio, el corazón me golpeaba con tal violencia que lo sentía intentado escapar por mi boca. Una gota de sudor empezaba a resbalar por mi frente cuando abrí.

—Me empezaba a preocupar, señora Villanueva. Perdone por la tardanza, ha habido un poco de caos con las direcciones y nos han tenido dando más vueltas de lo normal. Coja sus cosas y marchémonos.

—No, lo he pensado mejor y me quedaré aquí hasta mañana. —La voz me temblaba un poco por lo nerviosa que estaba.

—¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? Está muy pálida —me preguntó preocupada.

—Si estoy bien, no se preocupe.

—¿Por qué ha cambiado de opinión? No lo entiendo. No se da cuenta que puede estar en peligro.

—No, no creo que sea para tanto. Igual Tomás ha magnificado todo este asunto, nada más.

—Me permite entrar un momento y charlar con usted, por favor.

—Mire, es tarde, estoy cansada y me voy a ir a dormir. Venga mañana si quiere y hablamos.

—No tiene curiosidad por saber cómo se encuentra el señor Hernández.

La garganta se me anudó en ese mismo momento. Cómo no iba a querer saber de Tomás, lo deseaba, casi lo ansiaba. La angustia me invadió de golpe, sentí la necesidad de hacer un gesto con mis ojos para que ella sospechase que pasaba algo. Pero la pistola de Francis se apretó con más dureza a mi espalda y me asusté. Ya no solo por mí, sino porque le costase la vida a ella también. Fue inevitable que una lágrima resbalase por mi mejilla.

—No está bien, señora Villanueva. Déjeme entrar, se lo ordeno —dijo con rotundidad. El cañón del revolver se estrechó con vigor a mi espinazo, causándome hasta dolor.

—¿Trae una orden judicial para entrar en mi casa? —Alcé un poco la voz, ella se quedó desconcertada, mirándome.

—No. Por supuesto que no.

—Pues entonces hasta mañana. —Cerré la puerta en sus narices y rompí a llorar. Acababa de firmar mi sentencia de muerte, en tan solo unos minutos mi vida llegaría a su fin.

Francis me empujó hacia el salón de nuevo, hasta acercarme a Andrés. Después se asomó con sumo cuidado a la ventana para ver cómo se alejaba la inspectora De la

Torre.

—Ya se ha marchado —anunció Francis secamente, y encendió de nuevo la luz.

—Bien, lo has hecho muy bien —me dijo Andrés sin dejar de observarme—. Eres un alma noble como tu padre. Estoy seguro de que has pensado más en su vida que en la tuya propia. —Asintió con la cabeza de seguido—. Te repito una vez más que he intentado mantenerte al margen de esto para que no te pasase nada. Pero que sepas tanto lo ha complicado todo. Y además, has matado a uno de los nuestros.

—¡Lo has terminado de matar tú, hijo de puta! —le chillé.

—No, te equivocas. Yo solo le he evitado unos minutos de agonía. Y ahora me marchó, no puedo ver lo que viene a continuación. Me habría gustado que todo fuese distinto, de verdad. No te lo mereces —dijo, y caminó en dirección a la puerta.

De pronto se escuchó un disparo y un fuerte ruido. Francis me agarró de prisa, aprisionándome con su brazo por el cuello y apuntándome a la sien de nuevo con el arma.

—¿Andrés? ¿Andrés? ¿Qué carajo pasa? —interpeló a voces mientras andaba despacio hacia la puerta.

El cuerpo de Andrés estaba tirado en el suelo. Una hebra de sangre se deslizaba por su frente debido al disparo que había recibido, y un charco manaba por detrás, extendiéndose lentamente, cubriendo la tarima del suelo. Estaba muerto. Inmediatamente, la inspectora De la Torre apareció por la puerta, que permanecía abierta.

—Suelte a la señora y el arma ahora mismo o le meto una bala entre ceja y ceja, como a su amigo —dijo sin parar de apuntarle.

—¡Ah sí! Eso no se lo creé ni usted —le desafió Francis—. Para cuando quiera dispararme, los sesos de esta zorra se habrán esparcido por todas las paredes del recibidor. —Apretó más fuerte el gélido cañón contra mi sien. Tenía tanto miedo en ese instante, sintiendo el revolver tan apretado a mí, que me costaba respirar.

—No haga tonterías si aprecia en algo su vida. Si usted dispara, a continuación lo haré yo. Lo mataré. Pero si suelta el arma y deja a la señora Villanueva, vivirá.

—No se tire tantos faroles. Puedo disparar a esta puta e *ipso facto* a usted sin ni siquiera enterarse. —Sonrió.

—Mire, señor, no estoy aquí para jugar ni soy una policía principiante. En cuanto escuche el apretar de su gatillo, puedo garantizarle que mi bala le estará atravesando la corteza cerebral.

—¡Vaya! Veo que esto no nos va a llevar a ninguna parte. —Volvió a sonreír—. Mejor haremos una cosa.

—¿El qué? —preguntó, muy seria, la inspectora, con absoluta autoridad.

—Voy a salir despacio y voy a ir hasta mi coche. Ella vendrá conmigo hasta él, es mi seguro. Entonces me montaré en él y me marcharé, no le haré nada. Solo espero que recuerde que yo estoy más cerca de ella que usted, porque si me dispara, yo lo haré a bocajarro. ¿Me ha entendido?

—¿Por qué tengo que confiar en usted?

—Porque no le queda otra.

—Quizá sí —contestó categóricamente.

—Sí. ¿Y cuál es? —preguntó en tono burlón, separando a la vez un poco el arma de mi cabeza.

—Esta —respondió, disparando dos veces seguidas.

Francis me soltó de inmediato y yo corrí hasta la inspectora. Me di ligeramente la vuelta y vi cómo caía al suelo de rodillas. La sangre le brotaba con fuerza del cuello, y tenía otro balazo en el hombro. Me abracé a la inspectora para no caer al suelo, sentía tanto pavor en ese momento, que mis músculos se doblaban; eran de gelatina. La inspectora gritó fuerte que me apartase, empujándome con su cuerpo para separarme de ella. Escuché un disparo, a continuación otro y uno más después. Noté un fuego por mi costado, era tremendamente desagradable, quemaba. Me miré, pero no vi nada, solo sentía un inaguantable escozor que cambió al momento a un dolor desgarrador. Me toqué el costado, dolía, dolía mucho. Y al apartar mi mano, el rojo encarnado de la sangre me asustó. Estaba sangrando, sangraba bastante. Me levanté la blusa y únicamente vi sangre y sangre, manaba como una fuente. Mi cuerpo empezó a sentirse débil, dolorido, agotado, y me desplomé al suelo. Francis estaba muerto frente a mí, y la inspectora De la Torre no paraba de gritarme que no cerrase los ojos, que la ambulancia estaba de camino, que la escuchase. Mientras permanecía tumbada en el suelo, la voz de la inspectora se empezó a alejar hasta evaporarse. Entonces empecé a ver un destello dorado precioso, iluminando todo el recibidor. Era espectacular. No podía apartar mi vista de él y me hacía sentir bien; mejor que eso, fenomenal. El dolor se había disipado por completo desde que apareció ante mí. Estaba hipnotizada con sus movimientos, giraba, parpadeaba, se quedaba estático y volvía a resplandecer. De pronto, apareció ante mí mi ángel, mi pequeña, mi vida, Carla. No lo podía creer. La estaba viendo, estaba frente a mí, a mi lado, inhalando el mismo aire que yo respiraba en ese momento. Era maravilloso, fantástico, era mi niña.

—Hola, mami —dijo con su precioso y dulce tono de voz.

—Hola, cariño —contesté, abrazándola con fuerza—. ¡Eres tú, pequeña, eres tú! —exclamé sorprendida y emocionada—. Te he echado tanto de menos, hija, tanto. — Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas como un río desbordado.

—Yo también, mami. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué, corazón? —le pregunté, empapándome de su aroma, inspirando su peculiar olor a caramelo.

—Que estoy muy bien. Los abuelos Alejandro y Julio cuidan de mí —respondió, separándose un poco y sonriendo—. No llores más, por favor, ya has derramado muchas lágrimas. No me gusta verte así, me pone triste. —Sus pequeñas manitas comenzaron a secar mi llanto.

—Vale, pues no lloraré más. —Cogí sus manos con las mías y empecé a

comérselas a besos.

—Mami, debes dejarme ir. Yo siempre estaré contigo, pero debes dejarme ir y empezar a vivir.

—Pero yo quiero quedarme aquí contigo. No quiero dejarte ir, quiero estar siempre a tu lado.

—No puedes, aún no. Este no es tu lugar todavía. —Me dio un beso y sonrió—. No te preocupes por mí, ya te he dicho que estoy bien, no estés triste. Yo soy muy feliz, ¿sabes por qué?

—¿Por qué, mi vida? —le pregunté, acariciando su suave, casi aterciopelada, y redonda carita.

—Porque tú has sido la mejor mamá del mundo. Te quiero mucho. —Volvió a abrazarme. Y yo volví a llenarme con su dulce aroma.

—Y yo, mi amor, y yo. Te amo con todo mi alma, pequeña. —Lloré de nuevo, aunque esta vez de pura felicidad por sentirla conmigo.

—¡Ah, se me olvidaba! —Sonrió y volvió a separarse de mí—. Me ha dicho el abuelo Alejandro que te diga que lo has hecho muy bien y que llames al comisario Cuesta.

—Dile que gracias y que lo haré enseguida. Y dale muchos besos a los dos de mi parte —continué, acariciando sus sonrosadas mejillas.

—El abuelo Julio dice que le gusta Tomás y a mí también me cae bien, mami. —Me miró con ternura—. Ahora me tengo que marchar. Sé feliz, mami, hazlo por mí, ¿vale?

—Vale —contesté, mientras las lágrimas continuaban bañando mi rostro.

—¿Beso de pingüino? —me preguntó sonriendo.

—¡Beso de pingüino, por supuesto! —afirmé, y las dos nos rozamos la punta de la nariz con continuos movimientos.

Todo se oscureció de golpe. El resplandor desapareció, y con él, Carla. Escuchaba voces a lo lejos, muy lejos de mí. No sabía qué decían ni quiénes eran. Solo notaba mi cuerpo botar de vez en cuando y correr vigorosamente por mis venas una impetuosa descarga eléctrica. Un fuerte dolor regresó de golpe a mi cuerpo, haciéndome estremecer. Y las voces se hicieron cercanas, empezaba a escuchar lo que decían, estaban a mi lado.

—¡Venga, venga! Ya ha recuperado el latido, a quirófano de inmediato.

Empecé a ver luz. Una luz blanca fluorescente que brillaba mucho, molestándome. Sentía un rápido desplazamiento, aunque no era yo la que se movía, al contrario, todo lo demás lo hacía, no se estaba quieto. El color cambió repentinamente, había entrado en un lugar distinto y todo permanecía parado, ya no había movimiento. El olor a desinfectante era tan potente en aquel lugar que me desagradaba hasta el extremo de producirme náuseas. Miré hacia arriba, viendo de nuevo la luz fluorescente; ahora no deslumbraba, era menos intensa. De repente, una cabeza con un gorrito verde y una mascarilla del mismo color se puso frente a mí,

impidiéndome que continuase viéndola.

—Señora, ¿me escucha? Soy el doctor Trillo. La vamos a operar para sacarle la bala. Ahora va a venir el anestesista y la vamos a dormir. Todo va a salir bien, ya lo verá.

—¿Dón... Dónde está Carla? Te... Tengo que llamar, sabe...

—Ahora la vamos a operar, ya llamará después, señora. Tranquilícese.

—Al comisario... comisario Cuesta, por favor. Tengo que llamar. —Intenté incorporarme.

—¡Eh!, ¿dónde va? —gritó el médico, sujetándome para que no me moviese.

—Tengo que llamar... al comisario. Al comisario Cuesta. Tiene que saber... tiene que saber lo de los cuadros. Carla... Carla me lo ha dicho. Me ha dicho que no... que no... lo olvidase. —Me costaba mucho hablar, cada vez más.

—Sí, sí, por supuesto. Le llamará en cuanto la operemos. Ahora relájese, ya está aquí el anestesista.

—Hola, soy Arturo y te voy a administrar la anestesia. ¿Cómo te llamas?

—Alejandra —contesté con dificultad.

—Muy bien, Alejandra, esto será solo un momento —dijo, colocándome una mascarilla en la boca y administrando algo en el gotero—. Ahora quiero que cuentes del diez al uno, harás una cuenta atrás. ¿De acuerdo?

—Va... vale.

—Empieza.

—Diez, nueve, ocho..., siete... —La lengua se me trababa y los ojos me pesaban, me era casi imposible continuar—. Seis..., cinco...

Intenté abrir los ojos, pero los párpados me pesaban demasiado, parecía que tuviese colgada de mis pestañas una saca colmada de piedras. Aun así, yo luchaba por levantarlos, hacía un gran esfuerzo por conseguirlo. En mi tenaz ahínco por lograrlo, mis párpados se elevaron un poco, pero, instantáneamente, volvieron a cerrarse. Al final, mi férrea contienda por abrirlos obtuvo sus resultados, y conseguí entornarlos, manteniéndolos así. Lo primero que vislumbraron mis ojos fue una turbia figura sentada a mi lado derecho. La imagen se fue esclareciendo despacio y comprobé que era mi madre. Estaba cabizbaja, sujetando su frente con su mano. Era su postura de preocupación y tristeza. Una postura que conocía bastante bien, la vi convivir con ella muchos años después de la muerte de Julio, mi padre. Traté de abrir un poco más mis párpados, con fuerza, y de pronto escuché una voz totalmente inconfundible para mí.

—¡Oh, Dios mío, está abriendo los ojos! ¡Maite, está despertando! —exclamó Sofía con alegría, poniéndose frente a mi cara—. ¡Hola, Álex, cariño! —dijo, cogiendo mi mano.

—¡Álex, hija! —Mi madre se levantó y se acercó hasta mí de inmediato—. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó, acariciando mi cara con los ojos llenos de emoción.

—No sé —contesté haciendo un gran esfuerzo, me suponía un enorme sacrificio hablar.

—¿Sabes dónde estás? ¿Recuerdas qué ha ocurrido? —Sofía no paraba de acariciarme la mano.

Me quedé pensando un momento, mirando a mi alrededor, comprobando, por el mobiliario, que me encontraba en la habitación de un hospital. Intenté recordar qué había ocurrido para encontrarme allí, y a mi mente comenzaron a llegar retazos de aquella noche. Recordé a Darío, su intento de matarme y cómo me vi obligada a matarlo yo para defenderme. Luego recordé a Andrés y Francis Soler, traidores también a mi padre, y cómo la inspectora De la Torre me había librado de ellos. Y al final rememoré un dolor muy grande, sangre manando por mi costado y a Carla, mi preciosa niña, y sus palabras y maravillosos besos y abrazos. Fueron tan reconfortantes, tan vivificantes; todo un tónico reparador para mi dolida alma. Por último recordé al comisario Cuesta. Debía llamarle de inmediato para ponerle al tanto de lo que mi padre me había encomendado.

—Debo llamar al comisario Cuesta, por favor —dije con voz tenue—. Tengo que hacerlo. Necesito mi móvil, en él está su número. —Intenté incorporarme un poco.

—¡Para, para, Alejandra! —exclamó mi madre haciendo que me volviese a tumbar—. Informaremos a la inspectora para que venga a hablar contigo y ella hará lo que tú le pidas, pero no puedes moverte, hija. Has perdido mucha sangre, llevas

cuarenta y ocho horas sin despertar de la anestesia, estás muy débil todavía.

—Tu madre lleva razón, Álex. Aún no debes moverte, ni tan siquiera preocuparte de nada. Nos has dado un buen susto. —La voz le tembló—. Pero gracias a Dios todo ha quedado solo en eso. No quieras estropearlo ahora moviéndote antes de tiempo.

Comencé a sentir un fuerte dolor en mi costado y mi mano, la que estaba libre, la que no tenía una vía clavada a ella, se acercó para tocarlo. Estaba vendado, una gran gasa rodeada de esparadrapo lo cubría.

—Has recibido un disparo, cariño. ¿Lo recuerdas? —Mi madre me miró con dulzura.

—Sí, lo recuerdo. Recuerdo todo lo que ocurrió. —Mi voz empezó a recobrar un poco de fuerza—. Fue horrible. —Suspiré débilmente.

—Vale, no pienses en ello, por favor —me rogó la voz de mi madre—. Solo piensa en que nos tienes a tu lado y que te vas a recuperar, solo eso.

—Voy a avisar a la enfermera de que ya ha despertado —dijo Sofía, y salió de la habitación.

Al quedarnos solas mi madre y yo, el silencio, el ruido más fuerte que existía, tomó el lugar. Solo fue capaz de romper aquel incómodo y desagradable mutismo el llanto desgarrador que de repente surgió de ella. Me sorprendió por completo. No había vuelto a escucharla llorar de esa forma desde la muerte de mi padre y el largo luto con que cubrió su alma los años posteriores. Se echó a mis brazos llorando, suplicando mi perdón. Sentí fluir todo su amor maternal con ese simple abrazo, con ese sencillo gesto. Por fin lo sentía, se impregnaba en mi piel, por cada uno de mis poros, me llenó de pura felicidad.

—Hija, no sabes lo mal que lo he pasado creyendo que te podía perder. Pensé que me moría de angustia —dijo, separándose de mí y mirándome a los ojos. Observé los suyos con atención, estaban rojos e hinchados, no podían disimular que habían derramado muchas lágrimas—. Álex, escúchame, por favor. —Sus ojos se cargaron inmediatamente de pesadumbre—. Sé que no he sido una buena madre. No supe ayudarte cuando Raúl te engañó, y mucho menos cuando Carla falleció. Es más, me intenté alejar de ti. Pero no lo hice porque no te quisiera, lo hice por cobardía, por no saber cómo enfrentarme a tu dolor. Verte sufrir de esa manera me desgarraba el alma, me sentía impotente, desconocía de qué forma ayudarte y solo padecía por tu tormento. Me sobrepasaba la situación. Me saturó de tal manera que escogí la forma más ruin para escapar a tu sufrimiento, huir de ti, no verlo, no palparlo. Lo contrario a lo que cualquier madre habría hecho.

—Pero siempre fuiste fría conmigo, nunca me sentí querida por ti. Eso viene desde mucho antes de lo de Carla. Lo he percibido siempre, desde que tengo uso de razón.

—Es cierto, nunca he sabido ser madre. Yo te admiraba cuando te veía con Carla y apreciaba todo el amor que le entregabas, yo nunca he tenido esa abnegación. Muy en el fondo sabía que era una consecuencia de mi grave error con Alejandro. Verte

era ver mi traición, aunque sabía que tú no tenías la culpa, solo yo era la responsable. No estoy intentando justificarme con lo que te voy a decir, pero me sentía tan mal por mi engaño que volqué todo mi amor en tu padre. Era mi forma de compensarlo. A ti no te lo daba no porque no lo sintiese, sino porque creía que no te merecías mi falsedad. Mejor dicho, yo no era merecedora de ti y todo tu amor. Solo era una mentirosa, tu cariño era demasiado puro, excesivamente loable para mí. Yo no era digna de él, hija, te estaba traicionando. —La voz se le quebró momentáneamente a la vez que una lágrima saltó a su rostro—. Mi mente se flagelaba continuamente por mi falta, por mi grave equivocación. Aquello, día tras día, creó en mí un caparazón para aislarme de la culpa y poder sobrevivir. Si bien siempre lo arrastré conmigo y eso me volvió fría hacia ti. Créeme que nunca me perdonaré por ello y que no merezco nada de ti, Álex. Pero aun así quiero suplicarte una segunda oportunidad para intentar sufragar todas esas carencias. Por favor, negociemos una paz con nuestros sentimientos, hija. Déjame ser tu madre, pero esta vez de verdad. —Rompió de nuevo a llorar.

—No te dejes que seas mi madre —contesté con las lágrimas velando mis ojos—. Quiero que lo seas, mamá. —La voz se me rasgó—. Que seas mi madre para siempre. Lo necesito. —Las lágrimas abarcaron mi rostro con vigor.

Mi madre y yo nos volvimos a fundir en un abrazo por el que manaba el amor a raudales, mayor todavía que en el anterior. Jamás hasta hoy había sentido su amor maternal así, con esa intensidad, con toda esa fuerza. Era realmente maravilloso, totalmente reparador. Sentí como el muro que habíamos levantado entre las dos se despedazaba en miles de trozos, convirtiéndose en polvo y desintegrándose.

—Y si quieres ponerte el apellido de Alejandro, hazlo, yo no te lo impediré —dijo sin parar de llorar—. Solo quiero formar parte de ti, y si para eso debo gritar a todo el mundo quién es tu verdadero padre, lo haré, asumiré las consecuencias de una vez.

—No, mamá. No voy a cambiarme los apellidos, en eso llevabas razón. Dañará a más gente que beneficiará, no merece la pena causar más dolor.

Sofía apareció de la nada ante nosotras, llorando, y se abalanzó, con cuidado, a nuestros brazos. Se unió a nosotras sin parar de sollozar.

—Es lo más bonito que he escuchado nunca —dijo gimoteando—. Yo también quiero ser tu hija, Maite, ¿puedo?

Nos separamos un momento y mi madre miró a Sofía con afecto, con una cantidad excesiva de afecto en sus ojos.

—Eso llevas siéndolo desde hace muchos años, aunque a ti tampoco te lo haya sabido demostrar. Tú has protegido siempre a mi hija, has sabido ejercer el papel de madre infinitamente mejor que yo. Has suplido continuamente mi ausencia, te estaré eternamente agradecida por ello. —Ambas se abrazaron con fuerza y de nuevo se abrazaron a mí. Estábamos inundadas de emociones, encharcadas de sentimientos, desbordadas en amor.

Unos golpes en la puerta hicieron despegarnos de toda nuestra ternura y cariño.

Nuestras cabezas giraron al unísono para ver quién aparecía. Cuando vi a Tomás acercarse con el pijama del hospital y andando con un poco de dificultad, el corazón se me contrajo.

—Hola —dijo mirándome con los ojos vidriosos—. ¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto —contesté, secándome el rostro con urgencia.

—Bueno, nosotras nos vamos a tomar un café. ¿A que sí, Maite? —Sofía enjugaba sus lágrimas mientras hablaba.

—Sí, claro —respondió mi madre, limpiándose las mejillas—. Vayamos a la cafetería un momento.

Ambas cogieron sus bolsos y se encaminaron a la puerta. Pero Sofía regresó, acercándose a Tomás.

—No creas que he olvidado cortarte los huevos si le haces daño —dijo muy seria—. Así que aclara bien tus sentimientos y no se te ocurra jugar con ella. ¿Está claro?

—Cristalino —contestó atónito.

—¡Sofía! —exclamé, recriminándola.

—Sofía, nada, cariño. No quiero más cabronazos a tu alrededor. Te estaré vigilando —volvió a dirigirse a Tomás, y por fin se marchó.

—¡Joder! —Silbó—. Si tuviese que cortármelos ahora mismo no creo que los encontrase, se me han encogido hasta desaparecer —dijo serio.

Sus palabras junto a su gesto aturdido me hicieron reír. Sentí un fuerte dolor en el costado provocado por las contracciones de mi risa.

—No me hagas reír, por favor, me duele mucho cuando lo hago. —Llevé instintivamente mi mano a la herida.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó acercándose a mí, y se sentó de medio lado en la cama.

—Bueno, estoy aquí hablando contigo. —Sonreí ligeramente—. Creo que estoy que no es poco. ¿Y tú?

—Un poco magullado, me duele todo el cuerpo, pero también estoy —respondió, y me cogió la mano—. Me has dado un susto de muerte, ¿sabes?

—Lo siento. —Observé sus increíbles ojos azules y los puntos que tenía en la frente por el accidente—. Al igual que siento haber desconfiado de ti. Espero que me perdones.

—No tengo nada que perdonarte, Álex. Tú no tuviste la culpa, Darío supo hacer muy bien su papel.

—Intentó matarme, era uno de ellos. Al igual que Andrés y Francis. Aún me cuesta creerlo. —Suspiré profundamente.

—Vale, no hablemos de eso ahora —dijo, acariciando mi cara, su mano también tenía unos cuantos puntos—. Ya tendremos tiempo.

—Lo he matado, Tomás. He matado a Darío. —Mi voz se ahogó.

—No tenías otro remedio, lo hiciste en defensa propia. Protegías tu vida, no te quedaba otra escapatoria más que hacer lo que hiciste, Álex.

—Aún estaba vivo cuando Andrés llegó. Él terminó clavándole el abrecartas en el corazón. Me dijo que solo lo hizo para evitar su agonía. —Una lágrima saltó rauda a mi mejilla.

—Olvídalo, por favor. No pienses más en ello, ya ha pasado y no merece la pena mirar atrás. —Enjugó mi lágrima con su dedo.

—Pero tengo que llamar al comisario Cuesta. En la segunda carta mi padre me dejó la dirección de una nave donde se encuentran los cuadros que escondió con la droga. Intentó comprar su libertad con ellos, pero como sabía que no sería sencillo, ideó este plan. Era su venganza, Tomás. Tengo que llamarle, aunque no tengo la carta aquí para darle la dirección, está en mi casa —dije un poco alterada.

—Tranquila, no te preocupes. La carta la tiene la inspectora De la Torre y seguramente ya se habrá puesto en contacto con él. De todas maneras, vendrá luego a visitarte, necesita hablar contigo. Entonces podrás aclarar todo con ella. Ahora debes preocuparte por recuperarte, solo de eso.

—Darío fue el que te sacó de la carretera. Él mató a mi padre y al notario también. Era un cerdo y un hijo de puta, y yo confié en él. —Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos.

—No llores, por favor. —Me abrazó—. Nadie podía imaginar que era un hombre de Alberto Mendoza. Nadie, Álex. Pero ya ha acabado todo. Tu padre estará muy orgulloso de ti, estoy seguro..., aunque yo no tanto.

—¿Y eso? —le pregunté desconcertada, y me separé de él.

—Te has jugado la vida, no me gusta que vayas de heroína por ahí. —Me miró fijamente, el labio y la barbilla le empezaron a temblar—. Qué haría yo si te perdiera. —Su voz se quebró un poco, y sus ojos se llenaron de enternecimiento.

—¿Tan importante soy para ti? —le pregunté asombrada.

—Mucho, Álex..., demasiado. No te lo puedes ni imaginar —susurró, acercándose para besarme. Nuestras bocas sellaron un beso de pasión comedida. Al separarse, acarició mi mejilla con el dorso de su mano, mirándome fijamente de nuevo—. Ni yo mismo era consciente de cuánto me importas. Eso lo he sabido cuando creí que te había perdido, cuando pensé que nunca más querrías saber de mí. Y después, al enterarme que te habían disparado, que estabas gravemente herida... —La voz le volvió a temblar e hizo una pausa. Sus bellos ojos azules se enturbiaron por la acumulación de lágrimas—. Álex, estoy completamente enamorado de ti y quiero casarme contigo. No hace falta que sea ya mismo, no quiero asustarte o agobiarte, de verdad —dijo con rapidez—. Vivamos unos meses juntos y luego, si nos amamos realmente como sé que lo haremos, demos el paso. —Una lágrima se deslizó veloz por su rostro y se la limpió con celeridad.

Me quedé asombrada después de oír sus palabras y de ver su emoción, un poco contenida, aunque sin llegar a lograrlo del todo. Le importaba, le importaba mucho. Estaba enamorado de mí y quería compartir su vida conmigo, quería que nos casásemos. Y yo le deseaba, también le quería, estaba totalmente loca por él. Nuestra

relación había sido extremadamente breve, pero sumamente intensa. La felicidad desbordaba a mi alma por completo en ese momento. Mi madre había hecho las paces conmigo, me quería, sentía su amor, y eso me hacía estar pletórica en el plano filial. Pero ahora Tomás también me estaba diciendo que me amaba, y esas palabras, sus sentidas palabras, traspasaron mi corazón. No solo las escuché con los oídos, las percibí a través de sus ojos, se metieron bajo mi piel, eran tan sinceras que se incrustaron en el interior de mis entrañas. Toda una gran esfera de ventura ocupando mi alma, eso sentí con aquel amoroso ofrecimiento. Bueno, toda mi alma se llenó salvo una parte. La única parte que nunca nadie colmaría, la parte que solo pertenecía exclusivamente a una persona, la parte de mi ángel, de Carla. Jamás me había sentido tan henchida de dicha desde su pérdida, jamás creí que volvería a ser feliz sin ella, jamás pensé que podría volver a querer vivir sin tenerla. No obstante lo había hecho, sin buscarlo, sin quererlo, pero la vida me lo había entregado y yo recogí el relevo. Y el relevo llevaba el nombre de Tomás grabado en lo alto.

—¿Piensas contestarme algún día de estos o te he dejado muda? —Me miró sorprendido.

—Vivamos juntos y probemos, me parece bien.

—¿Cómo que te parece bien? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Anda calla y vuélveme a besar. —Lo acerqué a mi cara. Tomás me besó con la mezcla apropiada de pasión y ternura, su beso me cargó más aún de amor.

—Te quiero. Te quiero, Álex. Te amo, Alejandra Villanueva Maxwell —dijo, mezclando los dos apellidos de mis padres. No pude evitar reír sin parar, a pesar del dolor que ello provocaba en mi herida, y volví a pegar mis labios a los suyos.

—Yo también te quiero, Tomás Hernández —declaré nada más separarme de su boca.

—Sabes que te lo advertí. —Sonrió victorioso.

—¿El qué? —le pregunté sin saber de qué hablaba.

—Mi encanto especial. Recuerda que te dije que después de pasar el fin de semana conmigo caerías rendida a mis pies. —Me guiñó el ojo.

—¡Oh, eres...! ¡Eres un vanidoso! —Levanté mi voz entre risas.

—Puedo permitírmelo, voy a terminar casándome contigo.

—¡Anda calla, presuntuoso! Utiliza solo tu boca para besarme de nuevo.

—¡Lo ves! Ya no puedes vivir sin tener mis labios pegados a los tuyos.

—¡Dios, eres lo peor! Eres..., eres... un chulito. Eso es lo que eres. —Asentí con la cabeza.

—Sí, pero no olvides que soy tu chulito, al igual que tú eres mi incrédula. —Contempló mi rostro, examinando mis facciones por milímetros, y terminó perdiéndose en el fondo de mi pupila durante unos segundos. Luego me acarició despacio la mejilla, hasta que su mano terminó rozándome los labios—. Somos el uno del otro, de nadie más, Álex. Te quiero.

—Y yo —volvimos a besarnos una vez más, esta vez con más pasión, con mucho

deseo.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué están haciendo? —preguntó un poco enfadada la enfermera que acababa de entrar en mi habitación. Era una mujer joven y guapa, con unos grandes ojos marrones y una morena melena recogida en una coleta—. No se da cuenta de que estamos en un hospital y la señora está recién operada.

—Sí, desde luego. Pero comprenda la situación; la señora y yo estábamos sellando con un beso nuestro compromiso de vivir juntos —contestó Tomás, dibujando una enorme sonrisa en su cara con la que resurgió el hoyuelo que tanto me gustaba. A continuación se levantó de la cama.

—Perdónenos, por favor. Sé que no es lugar para esto, nos hemos dejado llevar —le expliqué, notando cómo me sonrojaba, aunque no me arrepentía.

La enfermera se acercó hasta mí, me midió la saturación de oxígeno en sangre, las pulsaciones cardiacas y la tensión. Todo lo hizo sin abrir la boca y sin mirarnos. Después me realizó un electrocardiograma, y cuando estaba retirándome los cables, comenzó a sonreír.

—La verdad que no es el lugar más romántico para hacer esa petición, pero lo que importa es el amor que se profesen, no el lugar más idóneo para hacerlo —dijo con su particular acento gaditano tan bonito.

—Cierto —contestó Tomás, mirándome—. Así tendremos una bonita anécdota para contar a nuestros hijos y nietos. —Me cogió de la mano—. Luego les diré que la enfermera nos regañó al pillarnos besándonos.

—¡Ea, pues no! No quiero que sus descendientes piensen que era una desabrida. Así que va a cambiar esa parte y les contará que la enfermera se alegró mucho y les dio la enhorabuena.

—De acuerdo, la contaremos de esa forma —afirmó Tomás, y terminamos riendo los tres.

—Y ahora, donjuán, a su habitación —dijo la enfermera—. Deje descansar a su doña Inés y esta tarde vuelva a hacerle una visita.

—Como usted diga. ¿Puedo darle un beso para despedirme?

—Pero uno chico, no me la altere —respondió sonriendo.

—Hasta luego, cielo —dijo, dándome un tierno y casto beso. A continuación abandonó la habitación junto con la enfermera.

•

Al llegar la tarde, la inspectora De la Torre vino a hablar conmigo. Como bien me había dicho Tomás, ella se había puesto en contacto con el comisario Cuesta y ya habían intervenido los cuadros. Le conté que tenía escondida en mi bolso la memoria con los archivos que extraje del portátil de mi padre. Me dijo que iría a casa a por ella y unos agentes se encargarían personalmente de llevarla a Madrid, allí era donde ejercía el comisario Cuesta. También me dijo que el comisario quería hacerme unas

cuantas preguntas y que debería trasladarme en cuanto recobrase las fuerzas. Le expliqué que regresaba a mi casa, que volvía a Madrid, así que en cuanto llegase me pondría en contacto con él. Ella me realizó un breve interrogatorio, y al terminar le pregunté si podía despejarme una duda.

—Usted dirá —dijo, mirándome.

—¿Cómo supo que no estaba sola?

—Por su forma de proceder. Había pasado de querer ver al señor Hernández lo antes posible a querer esperar hasta el día siguiente; ese fue el primer indicio de sospecha. Luego, cuando le pedí entrar, se puso a la defensiva y algo no me encajó.

—Pero ellos la vieron irse. Francis se lo dijo a Andrés.

—Y lo hice. Pero me di la vuelta con el coche y salté la valla trasera. Me acerqué a la puerta y escuché voces masculinas. Pensé en asomarme a la ventana, cuando la puerta se abrió de repente. El señor Suárez intentó sacar su pistola al verme y yo le disparé.

—Andrés se marchaba, dijo que no podía ver cómo me mataban, que él había intentado protegerme, pero que sabía demasiado y su jefe le dio la orden de eliminarme.

—Bueno, todo lo demás lo sabe usted igual de bien que yo. Ambas estábamos allí.

—Sí. Solo tenía curiosidad por saber qué es lo que le hizo sospechar. Ahora ya lo sé. —Asentí con la cabeza—. Gracias inspectora, me ha salvado la vida. Si no hubiera llegado en ese momento y hubiese actuado como lo hizo, sé que ahora mismo no estaría hablando con usted.

—No tiene por qué dárme las gracias, es parte de mi trabajo.

—Menos mal que tiene buena puntería. —Sonreí.

Sí. —Me devolvió la sonrisa—. Esta mal que lo diga yo, pero soy buena en eso y en deducir. Por eso actué así, no crea que no lo pensé. Jamás le habría dejado ir con vida si lo hubiésemos hecho como él propuso. No dude que le habría pegado un tiro en cuanto se hubiese metido dentro del coche y hubiera huido a continuación. Sé perfectamente la forma de proceder de esa gentuza. —Asintió con la cabeza—. Me marchó. —Se levantó del sillón—. Cuídese mucho, Álex, deseo que se recupere lo antes posible —dijo, estrechando su mano conmigo para despedirse.

—Adiós, inspectora. Y gracias de nuevo.

En cuanto ella se marchó, Sofía y mi madre entraron de nuevo en la habitación y empezamos a charlar. Unos minutos después, Tomás regresaba para visitarme otra vez. Estuvimos hablando todos durante largo rato, hasta que de pronto un médico entró en mi habitación. Se presentó, era el doctor Trillo, el mismo que me había operado. Venía vestido de verde y con una bata blanca. Era un hombre de más o menos mi edad, alto, bien parecido, con el pelo castaño muy repeinado hacia atrás y unos ojos verdes intensos. Solo le afeaba un poco la nariz aguileña que tenía. Saludó a todos los presentes y me preguntó, por mi nombre, cómo me encontraba. Después

empezó a explicarme que había recibido dos disparos en el costado; uno a la altura del hígado y otro un poco más abajo. Este último había causado una herida más superficial, la bala me atravesó sin afectar a ningún órgano. La otra, en cambio les tenía más preocupados por el lugar donde estaba alojada, podía provocar una hemorragia interna. Pero, gracias a Dios, la bala no había perforado órganos vitales ni había habido ninguna complicación posterior. Tan solo me había costado despertar de la anestesia debido a la debilidad de mi cuerpo por la pérdida de sangre. Comenzó a contarnos cómo habían procedido en la intervención y volví a percibir algo muy familiar para mí. Ahí estaba una vez más el magnetismo, que, sin ser consciente de ello, Sofía desprendía. El médico no dejaba de mirar hacia ella muy a menudo, en muchos momentos parecía que nadie más estuviese en esa habitación. A pesar de que su rostro mostraba el cansancio y la angustia vivida estos días, ni eso hacía mella en su atractivo para los hombres. Al término, el doctor estrechó su mano conmigo para despedirse y después los miró a los tres.

—Sé que están deseosos de estar con ella, pero Alejandra necesita mucho descanso, debe recuperar fuerzas. Así que qué les parece si la dejan dormir un poco.

—De acuerdo —contestó mi madre—. Lo que usted diga, doctor.

—Veo que usted también es paciente del hospital. —El doctor se dirigió a Tomás. En ese momento la enfermera, otra distinta de la de la mañana, entró en la habitación. Traía una jeringuilla y una pequeña botella para poner en el gotero—. Por favor, enfermera, le importaría acercar al caballero hasta su habitación.

—No, por supuesto —contestó—. En cuanto le ponga esto a Alejandra lo acerco. —El doctor asintió con la cabeza. La enfermera empezó a colocar la botella e inmediatamente abrió paso a su administración, las gotas comenzaron a caer a un ritmo medio—. Esto que te acabo de poner es un analgésico para que no te molesten los dolores. Y ahora te voy a inyectar directamente en la vía un relajante muscular —dijo, mientras lo hacía—. Así actuará más rápido y te ayudará a descansar mejor. —Sonrió y miró a Tomás—. Vamos, señor, lo acompañaré a su habitación.

Tomás se acercó hasta mí y me besó dulcemente, acariciando mi mejilla mientras sus labios se separaban despacio de los míos. Luego se marchó resignadamente con la enfermera. Mi madre y Sofía me miraron sonrientes, felices, tanto como lo estaba yo en ese momento. Se acercaron a mi cama y me besaron las mejillas ambas a la vez con un beso que parecía interminable, creí que no tendría fin. Tuve que pedirles que parasen y las tres comenzamos a reír sin parar, aunque yo tuve que comedirme un poco por el dolor que me provocaba la agitación de mi risa en la herida.

—Vamos, señoras, no alteren a mi paciente —reprendió el doctor Trillo a mi madre y Sofía—. La pueden volver a ver a la hora de la cena. Ahora salgan a darse una vuelta o a tomar un café. Dejemos que duerma.

—Está bien, como usted diga, doctor —contestó Sofía con una sonrisa, mientras salía de la habitación. Él se la devolvió al momento y más grande. No pude evitar sonreír yo también al pensar que se le había metido en el bolsillo con un simple

pestañeo. Como siempre, o casi siempre, le sucedía con el género masculino.

Con el silencio reinando en la habitación, el recuerdo constante de Carla en mis brazos y sintiendo sus besos, me abracé al más abismal de los sueños. Un sueño que, gracias a la narcosis, me hizo estrecharme con extrema fuerza a la cama.

•

Tomás recibió el alta hospitalaria dos días después. Decidió trabajar por la mañana y la tarde entera la pasaba conmigo en el hospital. Cogía el relevo a mi madre y Sofía para que ellas también pudieran descansar un rato. Así estuvimos una semana más, hasta que por fin el doctor Trillo decidió que me podía marchar. No me dejaron ir a casa de mi padre a por mis pertenencias, prefirieron traérmelas ellos y que yo no pisase de momento aquel sitio. Tenían miedo de que regresar allí me afectase emocionalmente, era el lugar donde habían intentado quitarme la vida.

Cuando regresé a Madrid, Tomás también me acompañó, no quería separarse de mí. Fui totalmente arropada por los tres, y los tres querían quedarse a dormir conmigo esa primera noche, no querían que la pasase sola. Los contemplé en el salón de mi casa sin parar de sonreír, sintiéndome afortunada por tener el amor de cada uno, mientras ellos no se ponían de acuerdo sobre quién debía quedarse y no paraban de medio discutir.

—¡Basta! —exclamé, mirándolos con firmeza—. He vivido muchos años sola, puedo hacerlo hoy también. No hace falta que os quedéis ninguno.

Los tres empezaron a hablar a la vez, atropellándose unos a otros y sin dejarme comprender a mí nada de lo que decían.

—¡Ya, basta! —volví a mandarles callar—. Cada uno a su casa. —Les indiqué con la mano la puerta.

—¡Pero, hija! —Mi madre me miró con incompreensión en los ojos.

—¡Qué no, mamá! Vete a casa y mañana nos veremos —contesté categóricamente. Sin decir nada se acercó a mí y, tras darme dos besos se marchó.

—Bueno, ahora sí me puedo quedar —me dijo Sofía sonriente.

—Tú a tu casa con Miguel, llevas casi doce días sin verle. ¿Cómo piensas hacerme tía así? —Le guiñé el ojo y sonreí.

—Vaaale, lo pillo —contestó soplando—. Estoy un poco corta de reflejos, perdona. No me he percatado de que quieres quedarte sola con Tomás.

—Eso también, aunque lo que más me impulsa es lo primero que te he dicho. Tienes a Miguel abandonado y sabes que es cierto. Mañana nos vemos, corazón. —Le di un gran abrazo y un gran beso.

—Hasta mañana —me respondió, devolviéndome un beso cargado de cariño—. Adiós, Tomás, y cuídamela bien o ya sabes. —Lo señaló con los dedos.

—Sííí, lo sé de sobra. Me cortarás los huevos, no se me olvida. —Sonrió.

—Buen chico. —Chasqueó los labios.

En cuestión de segundos nos quedamos tan solo los dos. Tomás comenzó a sonreír acercándose despacio hacia mí. Retiró con sumo cuidado un mechón de pelo que cubría un poco mi cara y me observó con absoluta vehemencia.

—Al fin solos —susurró.

—Sí. Ha costado lo suyo pero lo he conseguido.

—Eres preciosa, Álex. —Acercó sus labios a mi boca y nos besamos con pasión—. ¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó mientras me abrazaba por la cintura.

—No tengo la menor idea —contraí mis labios y cejas, negando a la vez con la cabeza y apoyando mis brazos sobre sus hombros.

—¿A qué te apetece jugar? —preguntó con perspicacia.

—Al parchís y a las cartas no, desde luego.

—No, a mí tampoco. —Reímos los dos.

—Y si vamos a mi habitación, nos damos una ducha y lo vamos pensando en la cama —dije con sutil argucia.

—¡Umm! Creo que es una buena idea. —Volvimos a besarnos con más pasión—. De hecho, creo que es una idea excelente.

—Pues no esperemos más. ¡Vamos! —Tiré de él hacia mi habitación. Al llegar, me abrazó y volvió a mirarme, lleno de pasión.

—Te quiero, Álex, y quiero que empecemos a vivir juntos ya, desde hoy.

—¿Y qué vas a hacer con tu trabajo? ¿Piensas vivir a caballo entre Madrid y Cádiz?

—No, buscaré uno aquí.

—¿Qué pasó con *El Global*? ¿Ya no están interesados por ti?

—Como no les entregué el reportaje no se han vuelto a poner en contacto conmigo.

—Y ¿por qué no se lo entregaste?

—Por ti —me miró aturdido.

—Es tu reportaje, Tomás. Tú también te has jugado la vida con él. Yo confío en tu criterio profesional, tú sabrás perfectamente qué debes publicar y qué no.

—Entonces, ¿qué hago? —me preguntó confundido.

—Es tu trabajo, debes hacerlo. Además, puedes conseguir un buen empleo por él. Te lo mereces, cariño —contesté con la más absoluta sinceridad.

—Haremos una cosa, te enseñaré todo y lo leerás. Si me das el visto bueno, lo enviaré para que se publique.

—Confío en ti, ya te lo he dicho. No hace falta que lo lea.

—Sí, Álex, sí hace falta. Para mí tú eres lo primero y no quiero que este reportaje siembre ninguna duda sobre mi amor hacia ti. Ya sufrí bastante cuando creí que te había perdido. No puedo volver a pasar por algo así, no lo resistiría —dijo con tono de tristeza.

—De acuerdo, lo leeré y decidiremos. ¿Conforme?

—Conforme. Ahora serías tan amable de decirme qué era lo que íbamos a hacer.

Recuerda que tengo una memoria pésima —sonrió sagaz.

—Más bien deplorable —dije riendo, repitiendo las mismas palabras que hacia menos de un par de semanas me había dicho él acerca de su memoria.

—Cierto. Perdón, ¿de qué hablábamos? —preguntó, haciendo un raro gesto de no saber ni dónde estaba. Ambos volvimos a reír.

—Íbamos a quitarnos la ropa y a irnos juntos a la ducha. Debíamos pensar a qué queríamos jugar —susurré, mirándole a sus increíbles ojos color cielo.

—Pues venga, desnudémonos y vayamos a la ducha. Se me acaba de ocurrir algo para jugar allí y sé que te encantará.

—¿El qué?

—Te lo explicaré dentro —contestó, comenzando a desvestirse veloz.

Yo empecé a desnudarme a la misma velocidad, ambos no podíamos dejar de sonreír mientras lo hacíamos. Cuando nos desprendimos de toda nuestra ropa tiró de mi mano hasta el baño y entramos dentro de la ducha. Nada más cerrar la mampara me apoyó en la pared de azulejos y empezamos a besarnos locamente. Bajó con su boca recorriendo mi cuerpo hasta llegar a mi herida prácticamente cicatrizada. La observó pausadamente, recorriendo el contorno con la sedosa yema de su dedo. Acercó despacio sus labios a ella y la besó con suavidad. Y volvió a hacerlo, y otra vez, y otra, y una más después, la cubrió de besos pretendiendo terminar de cicatrizarla así.

—¿Te duele? —me preguntó levantando su vista hacia mí.

—No. —Negué a la vez con la cabeza—. Solo me molesta un poco, pero ahora ya no la siento. —Sonreí—. Tus besos han sido un remedio infalible.

Se levantó despacio, sin perder en ningún momento mi mirada de la suya. Posó su mano encima de mi mejilla y acarició suavemente con su pulgar mi barbilla.

—Tú has sido para mí la panacea de mi vida, Álex —musitó, acariciando con sus palabras mis labios—. Me has devuelto todo lo que perdí hace años, todo lo que creí que nunca recuperaría.

—Creo que eso debería decirlo yo, no tú. Tú has devuelto la luz a mi vida, Tomás. —Lo miré con deseo.

—Y tú la felicidad y la esperanza a la mía. Tú has sido el antídoto perfecto para mi desilusión.

—Entonces ambos hemos sabido curarnos —dije, posando mis brazos alrededor de sus caderas.

—Igual estábamos hechos el uno para el otro precisamente para eso, para curarnos y amarnos profundamente. Y hablando de amarnos, ¿por qué no nos demostramos cuánto nos amamos? —Sus labios volvieron a dibujar sagacidad—. Estoy loco por amarte muchas veces.

Nos besamos arrebatados de pasión, perdiendo nuestras manos en desbordadas caricias. Su cuerpo tomó al mío, llenándolo de amor con cada rítmico movimiento a la vez que su boca no paraba de besarme y cubrirme de pasión. Tras terminar de

hacer el amor, nos envolvimos en un abrazo, culminando así todo nuestro placer, aunque nuestras bocas no terminaban de saciarse. Abrimos el grifo del agua a la vez y la dejamos caer por nuestros satisfechos cuerpos, resbalando despacio, mojándonos por entero, mientras nosotros continuábamos besándonos. Cuando terminamos de ducharnos y de colmar nuestros labios, regresamos a mi habitación. Nos tumbamos en mi cama el uno frente al otro, sin parar de admirarnos. Y de nuevo comencé a recordar al Tomás de años atrás sin poder evitar mi risa, fue imposible.

—¿De qué te ríes? —preguntó interesado.

—De ti y tus granos. —Solté una inevitable carcajada.

—¡Oh, no me lo puedo creer! ¿Aún me recuerdas así?

—Sí. —Volví a reír—. Si alguien ese día me hubiera dicho que yo acabaría contigo, jamás le habría creído. Nunca —contesté, sin ser capaz de poner fin a mi risa.

—Pero, sin embargo, estoy en tu cama y serás mi mujer. —Sonrió presumiendo.

—La señora del caragranos. —De nuevo solté otra carcajada—. Perdona, perdona, no quiero que te molestes. No sé el porqué de ese recuerdo en este instante.

—Tranquila, no me molestas. Total, solo estás diciendo la verdad. Mi cara parecía una paella por aquel entonces. —Sonrió él también—. Aunque si continuas riéndote de esa forma me enfadaré y te castigaré.

¡Uf, eso suena interesante! —Continué riendo—. ¿Cómo piensas castigarme? ¿Me dejarás sin postre o sin periódico? —pregunté entre risas, secando mis incipientes lágrimas.

—Te quedarás sin ambas cosas y te daré unos azotes en tu precioso culo.

—¡Oh, no! Por los azotes sí que no paso. —Empecé a ponerme un poco seria—. No admito la violencia de ninguna forma. Ni siquiera la sutil como excitante sexual. Así que ve pensado otro castigo, cariño.

—Entonces te azotaré todo tu cuerpo con mi boca. Mis labios y mi lengua te flagelarán sin compasión. Disfrutaré mucho con ese castigo —susurró, besando el lóbulo de mi oreja.

—No me dejas otra opción, ¿te das cuenta? Tengo que reírme más de ti, quiero que me castigues duramente. —Comencé a reír.

—Tú lo has querido, Alejandra —dijo, poniéndose encima de mí con cuidado para no rozarme en la herida—. No tendré piedad, no conozco la clemencia —se lanzó a mi cuello y empezó a besarme. Entretanto, mis manos acariciaban su musculosa espalda.

Mientras no paraba de recorrer mi cuello y mis hombros con su boca, pensé en nosotros y en todo lo que estaba sucediendo.

—¿Crees que estamos locos? —le pregunté de repente. Él paró un momento y me miró fijamente sonriendo.

—Yo, desde luego, lo estoy completamente por ti —contestó, regresando a lo que estaba haciendo otra vez.

—No, lo digo en serio. —Reí un poco. Quería ponerme seria, ya que la conversación lo requería, pero sus labios me hacían cosquillas en las partes más sensibles de mi cuello—. Todo ha surgido muy rápidamente, hemos actuado a mucha velocidad. —Lo separé un momento y lo miré con firmeza—. Apenas nos conocemos, no hace ni un mes que llamaste a mi puerta y ya queremos vivir juntos. ¿Realmente no es una locura?

—No lo creo, estamos enamorados. ¿A qué debemos esperar?

—No lo sé —le contesté; me había dejado sin argumentos.

—En lo que sí llevas razón es en la celeridad de los acontecimientos. Porque si lo repasamos todo bien, en ese corto espacio de tiempo nos ha pasado de todo. Nos hemos vuelto a encontrar después de muchos años, nos hemos enamorado, nos hemos acostado, nos hemos peleado, nos hemos dejado y nos han intentado matar. ¡Caray, qué de cosas hemos vivido! —Silbó y después sonrió—. Algunas parejas necesitan años para vivir todo eso, dejando a un lado lo de intentar matarlos, obviamente. —Volvió a sonreír, intentando así quitarle hierro al asunto.

—Sí, es cierto. Espero que el resto de nuestra vida sea un poco más sosegada.

—Más nos vale, o no sobreviviremos a ese frenético ritmo. —Me besó tiernamente en los labios—. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Todo se lo debemos a tu padre, Alejandro Maxwell. Sin él nunca nos habríamos reencontrado.

—Cierto una vez más. —Volví a besarlo—. Sin él, hoy no sería el primer día de nuestra vida en común.

—Aún no es nuestro primer día, sino la primera noche. Y esta noche no ha hecho más que empezar, cielo. Quiero volver a amarte —dijo, besándome con absoluto deseo, y yo me dejé llevar de nuevo por todo su amor.

Cuando nuestra pasión llegó a su fin, Tomás me acurrucó en su pecho. Mi mano se posó en su corazón notando el latir acompasado y calmado de este. Ese golpeteo rítmico, armónico con su respiración, que mi mano percibía, llenándome de paz y sosiego siempre. De pronto, mi garganta sintió un nudo y mis ojos se cargaron de llanto. Carla, mi pequeña, regresó con fuerza a mi mente. Sentí la necesidad, casi la absoluta obligación, de hacer partícipe a Tomás de lo que viví con ella la noche que me dispararon.

—Tomás —dije levantando mi cabeza.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó preocupado, al ver mis ojos a punto de derramar lágrimas.

—Esa noche, cuando Francis me disparó..., vi a Carla. No pienses que estoy loca —dije rápidamente para que no me cortase—. La vi, la sentí, la abracé, olí su aroma e incluso hablé con ella. Estaba allí, conmigo. —Mis lágrimas resbalaron por todo mi rostro.

Se incorporó un poco y yo lo hice con él. Comenzó a secar mi llanto y me besó en

la frente. Mis brazos se abrazaron con fuerza a él.

—¿Qué te dijo? —me preguntó dulcemente.

—Que quiere que sea feliz, que la pone triste verme llorar. —Hice una pausa para suspirar—. Me dijo que la dejase ir, pero yo no puedo, no puedo, Tomás. —Lloré más fuerte.

—Álex, cielo, escúchame, por favor —dijo, separándome de él para verme la cara—. Nunca podrás olvidar a Carla, jamás. Ella era, mejor dicho, es parte de ti, y eso nunca podrá ser borrado. Pero estoy seguro de que lo que ella quería decir es que vivas, que no te prohíbas hacerlo, que seas feliz, por eso no la vas a querer menos. Siempre estará ocupando un lugar en tu corazón y en tu vida, eso nada ni nadie lo cambiará. Si bien debes dejar que su recuerdo sea grato, no tortuoso, eso no te hace bien. Ella querría decirte que la recuerdes con una sonrisa, no con lágrimas en los ojos. Y yo quiero recordarla contigo así, con alegría, porque tuvo que ser una niña maravillosa, como su madre.

Volví a abrazarme fuerte a él, Tomás se deshacía en darme cariño con ese abrazo. Su amor consiguió que mi llanto dejase lentamente de asaltar mi rostro, se apaciguaba. Continué abrazada a él durante un largo rato, necesitaba sentirme querida y la calma que sabía transmitirme. Mi alma poco a poco comenzó a llenarse de emoción, de ternura, de comprensión, hasta de satisfacción. Carla siempre estaría en mí, yo siempre mantendría vivo su recuerdo y siempre la recordaría como era ella, feliz. En mi mente solo se alojaría la remembranza de su risueña sonrisa ocupando su redonda carita. Solo así mi alma sería capaz de convivir en paz finalmente. Únicamente de esa forma lo lograría.

Tal y como estábamos, abrazados, nos tumbamos en la cama de nuevo. Tomás me besó en el pelo y me dijo que intentásemos dormir un poco, lo necesitábamos. Y tal y como estábamos, abrazados, buscamos el sueño juntos en esa noche tan importante para nosotros. La primera noche en la que acababa de comenzar nuestra vida en común.

Seis años después.

La emoción me embargaba y los nervios cosquilleaban sin parar las paredes de mi estómago. «¡Al fin ha llegado el gran día!», pensaba mientras esperaba allí de pie sin poder creerlo aún. De vez en cuando hasta me pellizcaba para comprobar que todo aquello no fuese un sueño que de repente se evaporase. Era un día muy especial e importante para mí: hoy inauguraba mi primera exposición. Veinticinco cuadros llenaban aquel espacioso lugar en forma de U. Todos eran míos salvo tres. Esos eran de Alejandro Maxwell, mi padre. De todos los que me regaló, los que dejó en aquel piso de la calle Serrano, tan solo me quedé con dos y uno que le regalé a Sofía. Con los demás hice lo que me pidió, los vendí, y el dinero recaudado lo doné para la investigación de enfermedades cardíacas infantiles. Los dos que me quedé los escogí basándome en lo que me transmitían, en lo que significaban para mí. Uno era el que mi padre, además de retratar a Carla, había escrito aquel poema tan sentido describiendo su sufrimiento por su pérdida. Era demasiado personal; ese solo me pertenecía a mí. El otro era de las dos. Estábamos en la playa, uno de los lugares favoritos de mi pequeña, abrazadas, mostrándonos todo nuestro cariño. Eso era lo que aquel cuadro rezumaba: amor, puro amor, por eso lo escogí. Y ambos lienzos expresaban, aparte de la soberbia maestría de Alejandro con los pinceles, la ternura en su estado más natural y genuino. Con ellos yo pretendía rendirle homenaje a él, quería que, de alguna forma, también estuviese presente allí conmigo. Además, solicité que me envasen desde una de sus galerías un paisaje maravilloso de un lago de Canadá. Lo pintó durante unas vacaciones en ese país, por lo visto, esas eran las vistas desde su cabaña. Desde que lo vi me enamoré de él, transmitía tanta paz y calma que adoraba observarlo. Lo había colocado en un lugar privilegiado dentro de mi exposición. Y, encabezándola, como no podía ser de otra forma, el cuadro que Carla y yo pintamos juntas con nuestros pies y manos. *Nuestro amor.*

Tomás se acercó a mí para intentar relajarme, me conocía perfectamente y sabía que, a pesar no haberle dicho nada, estaba nerviosa. Algo lógico y normal. Sofía estaba con Miguel y con Irene, la hija de ambos; una niña preciosa, la viva imagen de Sofía, y tremendamente inteligente pese a sus recién cumplidos cinco años. Mi madre y un grupo de sus amigos pululaban por alrededor de mis cuadros. No paraba de hablarles de mi obra, del talento que tenía y de lo orgullosa que estaba de mí. En ese momento Coral, la gerente de la galería, me hizo saber que iba a abrir las puertas, ya era la hora. Todo mi vello se encrespó de repente y me cogí de la mano de Tomás, apretándola con fuerza. Él se acercó a mi mejilla y me besó con dulzura para

tranquilizarme. Lo miré a sus azules ojos; estaban tan llenos de amor como siempre, eso era lo que me daba fuerzas para continuar comiéndome el mundo. Bueno, eso y Nacho, mi pequeño.

—¿Y Nacho? —le pregunté preocupada, mirando alrededor. Con todos los nervios me había olvidado por unos minutos de él.

—Tranquila, cielo. Tu madre y Sofía están cuidando de él. Tú solo concéntrate en la exposición, hoy es tu día —contestó, dándome un casto beso en los labios—. ¡A por ellos, leona! —Me guiñó el ojo.

Miré al frente y vi cómo la gente empezaba a entrar en la galería. El primero que vi acercándose a mí fue a Esteban, el abogado de mi padre, y me asombré mucho. Cuando le llamé para invitarlo me dijo que no creía que pudiera venir. Al parecer tenía un viaje por negocios y estaría fuera de España.

—Esteban, no contaba con usted. ¡Cuánto me alegro de verlo!

—Hola, Álex. —Me estrechó la mano—. Hola, Tomás. —Ambos se saludaron también—. Bueno, he tenido que hacer muchos cambios para venir. Pero su señora madre no me lo habría perdonado nunca. Y, créame, cuando se enfada me da miedo.

—No es tan fiero el león como lo pintan, se lo digo yo. —Sonreí.

—Mejor no arriesgarse. —Sus labios se estiraron con sutileza.

—Bueno, de una vuelta y vea los cuadros. A ver qué le parecen.

—Eso mismo voy a hacer. Luego nos vemos, Álex —dijo, y se adentró con paso firme en la exposición.

Los siguientes que mis ojos contemplaron fueron al comisario Cuesta junto con el inspector jefe Balaguer y Cristina, su esposa. Conocí a ambos el día siguiente de mi llegada a Madrid. Esa misma mañana llamé al comisario para reunirme con él, y en menos de una hora los dos se presentaron en mi casa. Cuando me mostraron sus placas para identificarse y se presentaron, no sabía aún si creerme que aquel guapísimo hombre, el inspector jefe Balaguer, era realmente policía. Con su espectacular físico y sus increíbles ojos verdes, más bien podría dedicarse a ser modelo. Aunque después de hablar con él un rato y contemplar la autoridad que emanaba, no me quedó ninguna duda al respecto de su profesión. El comisario Cuesta, por el contrario, tenía aspecto de sabueso y no podía negar, ni a simple vista, cual era en verdad su carrera. Era un hombre alto y corpulento, con una mata de pelo totalmente canosa y una barba del mismo color muy bien cuidada. Su sobriedad se dulcificaba un poco con una leve sonrisa emitida de tarde en tarde. Pero lo que no se ablandó en ningún momento fue la profesionalidad y entrega por parte de ambos. Estuve muy vigilada por agentes de la UDYCO durante los dos años posteriores al desmantelamiento de la organización de Alberto Mendoza. Mi padre, en aquellos archivos que me mandó extraer y guardar, había recopilado toda la información necesaria para que la policía llevase a cabo tal operación. Ellos tan solo quisieron asegurarse de que no estaba amenazada por nadie, que mi existencia no corría ningún peligro. El inspector jefe Balaguer se convirtió en un asiduo en mi vida. Tanto fue así,

que la relación profesional terminó convirtiéndose en amistad. Hasta todos mis trámites referentes a la herencia los llevó el bufete donde su mujer trabajaba y del que además era socia. Ana Espinosa, profesional en patrimonio y sucesiones, se encargó de ello. Así conocí también a Cristina, una mujer guapísima que desprendía belleza por cada poro de su piel. Realmente Marc, el inspector jefe, y ella formaban una pareja digna de portada revista. Cristina, además de guapa, era una maravillosa persona y le encantaba el arte, como a mí; eso nos unió mucho. Y lo uno llevó a lo otro, y cuando quisimos darnos cuenta nos habíamos hecho amigos y quedábamos para cenar juntos o salir. Los cuatro congeniábamos a la perfección, mejor dicho los seis, porque Sofía y Miguel también se unían a nuestros encuentros. Habíamos pensado incluso en ir este año a veranear todos juntos a mi casa de Miami. Así Marc y Cristina podrían visitar ambas galerías y conocerlas, ambos lo estaban deseando. Sofía y Miguel podrían disfrutar de una nueva exposición por un talento puntero en este momento, un pupilo de mi padre que había absorbido su maestría de forma excelente. Además, nosotros estábamos deseando regresar. No pude viajar hasta Miami y conocer personalmente la magnífica obra de mi padre y su espectacular casa orillas de la playa, hasta que el comisario Cuesta, el mismo que se acercaba a mí en este momento, me lo autorizó, basándose en que ya estaba fuera de peligro. Eso ocurrió tres años después de desarticular la organización de Alberto Mendoza.

—Hola, señora Alejandra —dijo el comisario Cuesta, estrechando mi mano a la vez. Jamás había conseguido que me llamase Álex, cuando menos de tú. A Marc, el inspector jefe Balaguer, también le había costado lo suyo. Pero al igual que cambió nuestra relación, cambió su manera de dirigirse a mí—. Hola, señor Hernández. —Estrechó la mano de Tomás también y ambos se saludaron.

—¿Qué tal, comisario, cómo se encuentra?

—Bien, muy bien. Vengo a disfrutar de su arte. El inspector jefe no para de hablar de lo virtuosa que es usted con los pinceles.

—Seguramente exagera. —Desplegué una sonrisa—. He hablado hace un rato con su esposa. Me ha explicado lo de su ciática y me ha pedido que la disculpe. Dice que en cuanto se recupere vendrá a ver mi exposición. Ya le he dicho que no se preocupe, tiene dos largos meses para poder venir.

—Estaba muy ilusionada con venir el día de la inauguración, pero, como dice el refrán: «El hombre propone y Dios dispone». Tendrá que conformarse con venir a admirarla cualquier otro día que sea capaz de enderezarse.

—Bueno, pues admírela usted, comisario. Adéntrese para después darme su más sincera opinión.

—La tendrá, no lo dude —contestó, asintiendo con la cabeza, y entró a la exposición.

—Hola, Cristina, Marc. —Saludé a ambos con un abrazo y dos besos. Tomás también los saludó y, como de costumbre, Marc y él empezaron a hablar de sus trabajos.

—¿Nerviosa? —me preguntó Cristina, cogiéndome de las manos.

—Un poquito. —Le guiñé un ojo.

—O sea, que mucho. Cómo no vas a estar nerviosa, si lo estoy hasta yo.

—Pues no debes, no es bueno para el embarazo. A propósito, ¿te dijeron ayer que va a ser?

—Sí...

—Una niña —respondió Marc, adelantándose a Cristina—. Será una preciosa niña como su madre. —Esbozó una sonrisa.

—¡Vaya, cuánto me alegro! Y Nico, ¿qué dice? Él quería un hermano, ¿cómo se lo ha tomado?

—En cuanto su padre le dijo que era mucho mejor, que así él sería el hombre de la casa y el que cuidaría y protegería a su hermana, le pareció perfecto —contestó Cristina, mirando a Marc ilusionada.

—Solo es un poco de psicología, cariño. —Se encogió de hombros.

—Y ¿cómo pensáis llamar a esa preciosidad? —preguntó Tomás a ambos.

—En eso hay división de opiniones, cada uno queremos un nombre distinto —explicó Cristina—. A Marc le gusta Arabela, Nico quiere que su hermana se llame Paula, y a mí me gustaría Rebeca. No sé qué vamos a hacer. —Negó con la cabeza marcando su rostro una sonrisa.

—Pues yo creo que sé quién terminará ganando —contestó Tomás.

—Nico, sin lugar a dudas —añadió Marc.

—Tenlo claro. —Tomás asintió con la cabeza.

—Bueno, pasad para dentro y luego continuaremos charlando. Espero que os guste.

—¿Acaso lo dudas? —me preguntó Marc.

—El arte es muy subjetivo, ya lo sabes.

—Perdona, Álex, pero disiento —aseveró Cristina—. Lo bueno es bueno siempre. Eso tú también lo sabes. —Me abrazó y me dio un beso antes de marcharse para adentro.

Comenzaron a llegar más amigos de mi madre y familiares, tanto míos como de Tomás. Sus padres y hermanos se fundieron conmigo en un eterno abrazo, estaban tan ilusionados con la exposición como nosotros. Pero ese día no era un día para concentrarme solo en ellos, todo lo contrario, debía repartirme con todos los presentes. Y, me daba la impresión, esta noche iba a ver a muchos asistentes, más de los que imaginé. La gente continuaba llegando, no paraban de afluir personas, caras conocidas y otras totalmente extrañas, mi corazónada no iba mal encaminada. Fui saludando uno a uno, cargándome por instantes de emoción entre tantos besos, abrazos y alabanzas. Cuando vi aparecer a mi maravillosa abuela Angélica en su silla de ruedas, con Helen, su inseparable asistente personal, no pude contenerme más y las lágrimas se me saltaron.

—¡Abuela! —exclamé abrazándome a ella.

—Álex, cariño mío, no llores o me harás llorar a mí. ¡Tomás! —Levantó la voz—. Haz el favor de secar a esta muchacha las lágrimas, se le va a estropear el maquillaje. Además, está muy guapa y cuando llora se pone feísima.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —le pregunté separándome de ella y sonriendo—. ¿Que me ponga fea?

—No ves que hoy es tu día; no puedes llorar. ¿Cómo saldrás luego en las fotos?

—Tu abuela lleva razón, como siempre —dijo Tomás, regalándole a mi abuela su sonrisa embaucadora.

—Menos mal que elegiste a la perfección con el segundo, hija. Cuánto me alegro por ti.

—Y yo me alegro más aún de que ella me eligiese a mí. Soy un hombre con mucha suerte. —Me abrazó por la cintura, mientras yo, con cuidado, enjugaba mis lágrimas tratando de no quitarme el maquillaje.

—¡Para ya, Tomás! —dijo mi abuela emocionada—. O al final la que se pondrá a llorar seré yo. Ambos habéis tenido suerte en encontraros. —Asintió con la cabeza, mirándonos a los dos—. Y mi maravilloso biznieto, ¿dónde está?

—Por ahí, con mi madre y Sofía.

—Pues vamos para dentro a verlos a todos, y en especial a tu obra. Continúa atendiendo a la gente, luego hablamos otro ratito, cariño.

—De acuerdo, abuela. —Le di otro beso antes de que entrara en la exposición.

—Vamos, Helen, pasemos a ver la gran obra de mi nieta —se dirigió a su asistente.

—Hasta luego, Helen.

—Luego nos vemos señora Alejandra —me contestó con su cariñosa sonrisa.

Tomás y yo decidimos dividirnos para atender mejor a toda la cantidad de personas allí congregadas. Paseé por toda la sala despacio, parándome con todo el que me lo demandaba, viendo la cara de admiración de unos y de entusiasmo de otros. Parecía que mi obra estaba gustando bastante. Coral se acercó para decirme que ya había vendido diez cuadros, me faltó poco para gritar de la ilusión, no podía ni creérmelo. Tres horas más tarde, después de terminar el pequeño *catering* que habíamos organizado, cerca de las diez de la noche, algunos de los asistentes empezaron a abandonar el lugar poco a poco. Uno de los primeros en hacerlo fue el comisario Cuesta. En cuanto lo vi acercarse a mí con su gesto de despedida, supe que había dado por zanjada la noche para él.

—Bueno, señora Alejandra, me marcho ya. No tengo palabras para expresarle cuánto me ha gustado su obra, es una auténtica maravilla. El inspector jefe no le hizo justicia cuando me habló de su arte con los pinceles. Sus cuadros hablan, están llenos de vida —dijo admirado.

—¡Me va a ruborizar, comisario! —exclamé, un poco cohibida por sus halagos.

—Solo digo la verdad. Al César lo que es del César.

—Gracias. Me alegro mucho de que le haya gustado la exposición.

—Más que eso, me ha encantado. —Sonrió levemente, como solía hacer él—. Volveré con mi mujer en cuanto esté recuperada.

—Puede volver cuantas veces quiera, ya lo sabe.

—Y a propósito de volver, me ha dicho su marido que piensan volver a Miami dentro de un par de meses, más o menos.

—Sí, en cuanto clausure la exposición. También viene Marc; bueno, el inspector jefe. Y usted porque no quiere venirse, sabe que llevo insistiendo en ello tiempo.

—Y usted sabe que yo no tengo ningún problema en ir, pero a mi señora no le gusta nada montar en avión.

—Sí, siempre me pone la misma excusa. —Tracé una sonrisa con mis labios.

—Si va el inspector jefe con ustedes le diré que hable con la policía de allí y les echen un ojo. Nunca está de más un poco de vigilancia.

—¿Siempre va a ser tan protector conmigo, comisario?

—Toda precaución es poca, señora Alejandra. Todos nos quedamos más tranquilos así. Y ahora me voy, a ver qué tal continúa mi señora y su ciática.

—Dele recuerdos de mi parte y dígame que se mejore.

—Se los daré, no se preocupe. —Me estrechó la mano—. Adiós, ha sido todo un placer, de verdad.

—Hasta otro día, comisario.

Nada más marcharse el comisario Cuesta, la gente comenzó a acercarse a mí para felicitarme y marcharse también. Tras unas cuantas despedidas, me encaminé al baño con urgencia, mi vejiga no aguantaba ni un solo minuto más. Al salir, me acerqué a admirar el cuadro de mi padre, el que había ordenado traer desde su galería de Miami, ese increíble paisaje canadiense que me embobaba. Era tan hermoso, tan increíblemente perfecto, que contemplarlo me dejaba hipnotizada.

—Es usted la artista de esta exposición, ¿verdad? —me preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—Sus pinturas son maravillosas, señora. Enhorabuena por su excepcional obra.

—Gracias. ¿Le interesa alguna en especial?

—Sí. Bueno..., no. Lo que realmente me interesa es su autora, o sea, usted. —Me guiñó el ojo.

—Lo siento, caballero, pero soy una mujer casada.

—¡Ah, no se preocupe! Yo no soy celoso. —Negó con la cabeza.

—¡Vaya! Parece que es usted un hombre persistente.

—Mucho. Hotel Ritz. —Me extendió una tarjeta—. Esta es la llave y ahí esta anotada la habitación. La estaré esperando con ansia.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. La esperaré en la cama. Solo estaremos yo, una botella de champán y una fuente de fresas. Nada más.

—¡Papá, mamá! La abuela me ha dicho que esta noche me voy a dormir a su

casa. ¡Es genial! —gritó Nacho, que venía saltando de alegría. Mi madre se paró, esperando a ver qué decía yo.

—Bueno, ya ha descubierto nuestro hijo mi identidad oculta. ¿Pero a que lo estaba haciendo bien? —preguntó Tomás, sonriendo.

—Muy bien. Estaba a punto de irme con un desconocido a la cama. —Reímos los dos. Nacho se lanzó a los brazos de su padre.

—A ver, campeón, ¿sabes cómo debes portarte?

—Sí, tengo que ser un chico bueno y obediente. Ya tengo cuatro años y medio, papá, sé esas cosas.

—¡Oh, es cierto! Se me olvidaba que hablo con un hombrecito. —Tomás lo besó—. Muy bien, entonces yo creo que debes ir a dormir a casa de la abuela. ¿A que sí, mamá?

—Sí, por supuesto. Pero antes deberás darme un beso, ¿no crees?

—Claro que sí, mami. —Nacho se bajó de los brazos de su padre y vino a besarme a mí.

—Voy a recoger mis cosas, me despido y nos vamos —dijo mi madre.

—De acuerdo, mamá.

—Ahora os acerco yo a casa —expresó Tomás.

—Ok, te lo agradezco. Vamos Nacho, ahora venimos a despedirnos de mamá.

Cuando Nacho y mi madre se marcharon miré fijamente a Tomás.

—¿De quién ha sido la idea? —le interpele intrigada.

—De tu madre. Sabes que le gusta pasar tiempo con Nacho. Me sugirió que podíamos pasar la noche solos para celebrar tu éxito, ella se quedaría con el niño. La verdad, a mí me pareció muy buena idea. —Me miró con absoluto deseo.

—Realmente lo es —contesté, abrazándome a él—. ¿Por eso has reservado una habitación de hotel?

—Exacto. Hoy tenemos mucho que celebrar. Tú la exposición de tus obras con muy buen triunfo, y yo tengo que comunicarte que mi novela acaba de lanzar su quinta edición.

—¡Pero eso es maravilloso! —exclamé emocionada—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque hoy era tu día, no el mío. Hoy solo debías concentrarte en ti. —Me besó.

—¡Eh! Guardad vuestra pasión que llegan menores —dijo Sofía, acercándose a nosotros junto a Miguel y con Irene de la mano.

—Bueno, ¿qué? ¿Te ha gustado la exposición? —le pregunté a Irene, agachándome para ponerme a su altura.

—Sí, tus cuadros son muy bonitos, tita. Mi madre me ha dicho que puedes enseñarme a pintar así.

—Por supuesto, dalo por hecho —dije, dándole un beso.

—¿Se lo dices tú a la tita? —preguntó Sofía a su hija sonriendo.

—¿Qué me tienes que decir? —Admiré Irene con curiosidad.

—Que voy a tener un hermanito. Mamá lo tiene guardado en su tripita.

Me quedé boquiabierta y miré a Sofía totalmente sorprendida e ilusionada. Abracé a Irene y le di un beso.

—¡Qué bien, eso es fantástico! ¿Estás contenta, Irene? —le pregunté con una sonrisa.

—Mucho, tita —contestó. Acto seguido se abrazó a las piernas de su madre.

—¡Cuánto me alegro, es maravilloso! —exclamé, abrazándome yo también a ella.

—Sí, lo es —respondió Sofía emocionada.

Di la enhorabuena a Miguel, y un enorme abrazo del que me costó separarme. Tomás hizo lo propio con ambos también, luego cogió en brazos a Irene y la llenó de besos, hasta que esta le suplicó que parase y la bajase ya. Felicidad. Eso era lo que corría por todos nosotros en ese momento. Una inmensa felicidad. No podíamos parar de sonreír mirándonos ilusionados, todos estábamos dominados por la alegría de la noticia.

—Bueno, Álex, nos marchamos. Espero que esta sea la primera de muchas exposiciones, me ha encantado. Te hemos comprado hasta un cuadro —me anunció Miguel.

—Pero ¿por qué? —pregunté asombrada—. Vosotros no tenéis que comprar, yo os regalo el que queráis.

—Así no harás negocio, cariño. Los cuadros son para venderlos, no para regalarlos —me respondió Sofía, negando a la vez con la cabeza, y se acercó a mí para darme dos besos de despedida. En ese momento, mi madre regresaba con Nacho para despedirse también.

—Bueno, cómete a besos a mamá y vayámonos para casa —le dijo mi madre a mi hijo, y este se lanzó a por mí.

—Ven aquí, grandullón. —Lo cogí en brazos—. ¿Me vas a echar de menos?

—Muchísimo, mamá. —Me besó con fuerza—. Mañana te enseñaré los libros que me va a regalar la abuela cuando lleguemos a su casa —dijo, bajándose al suelo. Luego se acercó a Irene para jugar con ella.

—¿Más libros, mamá?

—Hija, le gusta leer y yo tengo una editorial. ¿Qué quieres que haga?

—Pues piensa en comprarme otra casa solo para meter sus libros. —Nos echamos a reír todos.

—Qué felices se os ve, tenéis una sonrisa de oreja a oreja que sois incapaces de borrar. —Mi madre nos observó a los cuatro—. ¿Me he perdido algo gracioso?

—Ahora te lo cuento por el camino. Nosotros también nos vamos ya —contestó Sofía—. ¿Quieres que te acerquemos, Maite?

—No, no te preocupes —respondió Tomás, adelantándose a mi madre—. Los llevo yo y ya me despido allí de Nacho.

—Pues pongámonos en marcha y cuéntame el chiste —dijo mi madre—. Adiós,

hija, hasta mañana. Disfruta de tu noche. —Me dio dos besos, y Miguel lo hizo a continuación. Mi madre se entrelazó al brazo de Sofía para marcharse, y Tomás les pidió que se fuesen adelantando, en un momento se unía a ellos. Contemplamos cómo se alejaban despacio en dirección a la salida, entonces Tomás sonrió mirándome.

—Ya sabes dónde te espero, cielo —dijo con los ojos fulgurantes de pretensión.

—¿Cómo has dicho que ibas a esperarme en esa habitación? —Sonreí, posando mis brazos encima de sus hombros.

—Sin nada —runruneó—. Solo con una botella de champán y unas fresas. Tengo muchas cosas planeadas para los dos esta noche. —Sus labios afloraron astucia a la par que sus ojos centelleaban más por momentos.

—¡Umm! Eso suena genial. Estoy deseando que se vacíe la galería para irme contigo. —Nos volvimos a besar.

—Me voy. Acompañaré a Nacho y a tu madre hasta su casa y luego iré al hotel. Cuando llegué te mandaré un *whatsapp*, dejarás todo como esté e irás corriendo hacia allí. Bueno, mejor en taxi, tardarás menos. —Soltamos una carcajada.

—Pero ¿y si no he acabado cuando me mandes el mensaje?

—Delega en toda la gente que tienes ayudándote en esto, ¿vale? Al fin y al cabo, tú eres la artista. —Me abrazó más fuerte por la cintura, pegando mi cuerpo totalmente al suyo—. Y necesito que esta noche, esta artista esboce su cuerpo al mío sobre las sábanas, que trace cada línea de nuestra pasión con absoluto deseo. —Volvimos a besarnos.

—Vale, me has convencido —asentí—. En cuanto reciba tu *whatsapp* volaré para estar entre tus brazos.

—¿Y entre mis piernas? —Sonrió con descaro.

—También —susurré.

—¿Y entre mi cuerpo?

—Por supuesto, no lo dudes. —Lo miré astutamente.

—¡Uff! Me marchó corriendo, mejor volando, estoy deseando estar ya en esa cama contigo. Me derrito solo de pensarlo. —Me besó y se alejó rápidamente.

Lo miré sin parar de reír, siempre sabía cómo sacarme una sonrisa, era tremendamente divertido, a todo terminaba buscándole el lado gracioso para bromear. Pero detrás de esa apariencia jocosa y aguda que definía a Tomás, se escondía un hombre sensato e inteligente. Como se suele decir, con la cabeza muy bien amueblada. Por no hablar del cariño y admiración que me profesaba día a día, lo querida que me sentía por él, muy amada. Al darme la vuelta, vi a mi abuela sentada en su silla de ruedas hablando con Helen, su asistente personal. Admiraban un cuadro de Alejandro; era en el que Carla y yo estábamos en la playa. Me dirigí hasta ellas para charlar un rato.

—¿Te ha gustado la exposición, Helen?

—Sí, mucho, señora Alejandra.

—Me alegro. —Sonreí.

—¿Te gusta esta obra, abuela? —le pregunté, acariciándole los hombros.

—Muchísimo, realmente es precioso —contestó emocionada—. Parece más una fotografía que un cuadro, es asombroso.

—Lo es. Alejandro era un genio, un verdadero genio. Un ser inimitable —contesté, llenando mi alma de admiración ante su obra.

Disfrutando de aquel hermoso cuadro, medité sobre muchas cosas acerca de mi vida. Nadie sabía, salvo un *petit comité*, que Alejandro era mi padre. Todos creyeron que me había dejado su herencia por la amistad que lo unía con mis padres y por no tener a nadie más para hacerlo. Realmente a nadie, salvo a mí, le importaba si mi apellido era Maxwell o Villanueva. Y con el tiempo comprendí que no podía elegir entre ellos; ambos serían siempre mis padres. Julio porque siempre había ejercido de progenitor, y Alejandro por haber sido mi procreador. Los dos me habían querido y protegido constantemente, aunque de formas muy distintas. Uno pudo estar a mi lado y lo hizo siempre, y el otro lo había hecho igual, aunque a distancia. Todo eso me hizo aprender una lección importantísima que jamás olvidaría. El extracto de la vida se encontraba en lo que habías creado, en lo que amabas, en lo que protegías; pero también se encontraba en quién a ti te había creado, en quién a ti te amaba, en quién te protegía. Dar y recibir. Hacerlo con las personas significativas, con las imprescindibles. Ellas son las destacadas en tu mundo, las trascendentes, las imposibles de olvidar. Como a mi padre le pasó conmigo, como a mí me ocurría con Carla. Ella junto a Nacho, Tomás, Julio, Alejandro, Sofía y mi madre, eran los indispensables en mi vida, los que movían mi universo.

En estos años Tomás se había convertido en el ancla de mi vida. Un ancla que me impidió zozobrar en el tormentoso mar de mi alma. Un alma herida que él supo aliviar y reparar a base de amor y confianza. Una confianza que estaba restablecida, se había hecho fuerte y era crédula. Todo eso había sido capaz de conseguir en estos seis años. Me había devuelto la existencia, llenado de fuerza, regalado savia y energía para seguir. Pero el mejor regalo que me había hecho era Nacho, mi príncipe. Él me colmó por completo de felicidad y alegría. Carla siempre estaría en mí, ocupando una parte de mi corazón, de mi alma. La otra la tenía que repartir entre los dos hombres de mi vida, la incondicional amistad de Sofía y el abnegado cariño de mi madre. Sí, el abnegado cariño de Maite Ramos. La misma mujer que años atrás no pensaba en nadie más que no fuese ella. Había cambiado por completo, incluso se sacrificaba por los demás. Parecía que la vida la había hecho entender cuáles eran verdaderamente las prioridades importantes. Ahora las tenía muy claras; su familia. Y qué decir de Sofía, mi Sofí, no podía añadir más. Ella continuaba siendo todo para mí y siempre lo sería.

Resumiendo, lo importante en nuestras vidas, el motor del universo, era el amor. A pesar de que nuestro mundo estaba ocupado por muchas más cosas, él era lo que más importaba, lo único que nadie quería que le faltara, el maravilloso elixir para el corazón. Tan solo cuatro letras tan poderosas como dañinas. Porque el amor no era

solo el unguento perfecto para la felicidad, también era doloroso, dolía irremediabilmente. El suyo era un dolor universal, ya fuera por exceso de él como por escasez. A pesar de ello, todos lo necesitábamos y queríamos a nuestro lado. Daba igual de qué forma llegara: maternal, paternal, fraternal, filial, amistoso, amoroso...; todos se concentraban en esas cuatro letras. Todos deseábamos que se nos mostrase aunque solo lo hiciera de una forma. Y afortunado era aquel que lo disfrutaba de más maneras o a todos sus niveles a la vez. Por amor se habían declarado guerras, abdicado reinos, transferido secretos de Estado, incluso, en ocasiones, entregado la vida. Así de poderoso era, así de maravilloso, así de lacerante. La esencia de la vida, de nuestra vida, de la vida de todos y cada uno de nosotros, de mi vida, era el amor. Todos lo destilábamos, todos lo absorbíamos, todos sabíamos que apacigua y que dolía; aun así, todos lo queríamos sentir, lo necesitamos para vivir, era el oxígeno de nuestro corazón, el aire que llenaba de vida plenamente nuestra alma. AMOR. Cuatro letras, dos sílabas, una corta palabra que por sí sola no contaba nada y a la vez lo decía absolutamente todo.

El verdadero amor, el amor ideal, el amor del alma, es el que solo desea la felicidad de la persona amada, sin exigirle en pago nuestra felicidad.

El verdadero amor no es el que perdona nuestros defectos, sino el que no los conoce.

Al verdadero amor no se le conoce por lo que exige, sino por lo que ofrece.

JACINTO BENAVENTE

Agradecimientos

Quiero agradecer el apoyo incondicional de mis seres queridos, mi familia más próxima, por sus ánimos y alentadoras palabras siempre tan balsámicas y reparadoras. A mi marido necesito pedirle disculpas por las horas de soledad soportadas al encerrarme en mi mundo a escribir, aunque sé que él lo entiende y me apoya. A mi hijo, escritor en ciernes, por animarme a hacer lo que a él más le gusta, transcribir en un papel las aventuras que crea y moldea en su cabeza. A Elena, mi primera lectora, por aguantarme tanto; a Ana, por sus repetidos ánimos; a Luis, profesor y amigo, por ayudarme siempre que le he necesitado; a Belén, prima, vecina y primera lectora de esta novela en particular; a mis compis y amigas, y en especial a Begoña y Nieves, por su aliento continuo; a Rita Turza, amiga desde la distancia pero amiga fiel, a ella principalmente quiero agradecer su contribución a esta novela con un precioso poema, concretamente el que se encuentra en el capítulo 10. Y a todos los que me han leído y apoyado, que ellos saben quiénes son, por darme su sincera opinión y pedirme que nunca dejase de escribir. Gracias a todos, familiares y amigos, gracias de corazón.



EVA ZAMORA (Madrid, España, 1972), se crio en Arganda del Rey, y ahora reside en la localidad de Campo Real. Es una mujer normal a quien le apasiona la literatura desde niña, aunque nunca se atrevió a dar el paso de escribir, sus novelas solo existían en su cabeza, y nunca llegaban a plasmarse en papel. Pero eso cambió hará unos años, animada por su hijo adolescente, otro amante del mundo de las letras y quien la animó a dar ese salto. Compagina su faceta de escritora con los quehaceres diarios y siempre con el apoyo y empuje de su familia.

Actualmente ha escrito varias novelas, *La esencia de mi vida* (2015) y *Todo por Daniel* (2015) son sus primeras obras en ver la luz. Ahora está escribiendo la que será su séptima novela, una historia intensa y cargada de intriga.